

**REVISTA VENEZOLANA DE
ECONOMIA Y
CIENCIAS SOCIALES**

Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad Central de Venezuela

Tema central:

**Los Retos
del Estado Nacional**

CARACAS, ENERO-ABRIL

1 / 2002

Universidad Central de Venezuela

RECTOR

Giuseppe Giannetto

VICERRECTOR ACADÉMICO

Ernesto González E.

VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Manuel A. Mariña M.

SECRETARIA

Elizabeth Marval V.

**Facultad de Ciencias Económicas
y Sociales**

DECANO

Víctor Rago

COORDINADOR ACADÉMICO

Flérida Rengifo

COORDINADOR ADMINISTRATIVO

Omaira Santoyo

COORDINADOR DE EXTENSIÓN

Eira Ramos

COORDINADOR DE INVESTIGACIÓN

José Rafael Zanoni

*En Homenaje a los 280 años de la UCV
y del Primer Aniversario de la Declaratoria
de la Ciudad Universitaria de Caracas
como Patrimonio Mundial de la Humanidad*

**REVISTA VENEZOLANA DE
ECONOMÍA Y
CIENCIAS SOCIALES**

**CARACAS, enero-abril
vol. 8, nº 1, 2002**

REVISTA VENEZOLANA DE ECONOMÍA Y CIENCIAS SOCIALES

enero-abril, 2002

vol. 8, n° 1

Directora: Margarita López Maya

Comité Editorial: Victor Abreu, Vladimir Acosta, Catalina Banko, Enzo Del Bufalo, Edgardo Lander, Luis E. Lander, Dick Parker, Víctor Rago, Judith Valencia.

Comisión Asesora: Gioconda Espina (Venezuela), Daniel Mato (Venezuela), Haydée Ochoa (Venezuela), Sergio Chejfec (Venezuela), Clóvis Cavalcanti (Brasil), Lidia Girola (México), Aníbal Quijano (Perú), Fernando Robles (Chile), Carlos Vilas (Argentina).

Secretario de Redacción: Ardly Oswaldo Crespo Díaz

Corrector Arte Final: Pedro Moreno

ISSN-1315-6411

Depósito Legal: 199502DF21

La *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* es una publicación cuatrimestral. Es una edición de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela.

Arbitrada e indizada en la Bibliografía Socioeconómica editada por REDINSE y LATINDEX.

Fundada en 1958 como *Economía y Ciencias Sociales*, el actual nombre se adoptó en 1995.

Manuscritos, correspondencia, suscripciones, etc., deben dirigirse a: REVECISO. Ciudad Universitaria, Edificio FACES-UCV, Piso 6, Oficina n° 635, o Módulo UCV, Código Postal 1053-A, Caracas, Venezuela.

Canje al Centro de Documentación "Max Flores Díaz", apdo. 47703, Los Chaguaramos, Caracas 1041.

Telef-fax: 605-26-29, reveciso@faces.ucv.ve

Versión electrónica: www.ucv.ve/humanitas.htm

Expresamos nuestro agradecimiento al Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la UCV y al Conicit por su apoyo financiero de esta edición

ÍNDICE

EDITORIAL	7
ARTÍCULOS Y ENSAYOS	
Repertorios de poder y globalización	13
Frances F. Piven y Richard A. Cloward	
El <i>santiagoñazo</i> (Argentina 1993). Las memorias de la protesta	33
Javier Auyero	
La transformación de las instituciones de reciprocidad y control: del <i>don</i> al <i>capital social</i> y de la <i>biopolítica</i> a la <i>focopolítica</i>	57
Sonia Álvarez Leguizamón	
Las paradojas de la globalización	91
Rubén Alayón M. y Sary Levy C.	
Partidos de vocación popular en la recomposición del sistema político venezolano: fortalezas y debilidades	109
Margarita López Maya	
Literatura reciente sobre la democracia latinoamericana	133
Steve Ellner	
TEMA CENTRAL	
LOS RETOS DEL ESTADO NACIONAL	
Presentación Victor Abreu	153
¿Ser o no ser? El dilema del Estado-nación en los procesos de globalización	155
Eira Ramos Martino	
La centralidad del Estado en la mundialización	175
Jaime Osorio	

El Estado-nación, la globalización y la inmortalidad del cangrejo 195
Simón Alberto Consalvi

Estados-nación en el nuevo capitalismo global: confines
 de la democracia, subcontratación y derechos ciudadanos 213
Jorge Rojas Hernández

Introducción a los orígenes y transformaciones del Estado-nación 237
Victor Abreu

DOCUMENTOS

Plan de guerra contra el terrorismo 249
George W. Bush

Juro que América no vivirá en paz 255
Osama ben Laden

Amenaza terrorista en las Américas 257
Resolución de la OEA

El choque de las ignorancias 259
Edward W. Said

Injusticia infinita: la nueva guerra contra el terror 265
Noam Chomsky

ÍNDICE ACUMULADO 2001 283

RESÚMENES/ABSTRACTS 285

COLABORADORES 295

INSTRUCCIONES PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES 299

EDITORIAL

Con este número la *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* abre su octavo año de publicación ininterrumpida. En este lapso se han ido afinando todos los aspectos concernientes a mejorar la forma, los procedimientos y la calidad de los contenidos de nuestros artículos. Este año nos hemos planteado seguir en la dirección que llevábamos desde un inicio, cual es de hacer a la revista una de las publicaciones periódicas sobre economía y ciencias sociales más importantes de Venezuela, y este año nos hemos propuesto aumentar su volumen en un esfuerzo por llevarle a nuestros lectores una mayor multiplicidad de estudios temáticos.

Este primer número de 2002 está dedicado al tema “Los retos del Estado nacional”. Una temática que está a la orden del día, especialmente luego de los lamentables sucesos del 11 de septiembre del año pasado, cuando el mundo, tan globalizado comunicacionalmente, observó mudo e indignado, y prácticamente al mismo tiempo que se sucedía, el ataque terrorista a dos emblemas del poderío imperial de EEUU. El atentado a las torres gemelas y al Pentágono arrojaría un saldo de miles de civiles muertos y parece dar una pauta tenebrosa a lo que serán las relaciones internacionales del siglo XXI. Este tema había sido acordado por el Comité Editorial muy anteriormente a este acontecimiento, y viene a resultar especialmente oportuna la aparición de este conjunto de artículos por ser éste un año que se avizora pleno de tensiones y acontecimientos que directamente van a afectar a este actor clave del escenario sociopolítico internacional. El tema fue coordinado por el profesor Víctor Abreu, miembro del Comité Editorial de nuestra revista y docente de la Escuela de Economía de nuestra facultad. A él le damos las gracias por su responsable y creativa labor en prosecución de la óptima pertinencia y calidad de los materiales que aquí presentamos. El profesor Abreu introduce el tema central, y a la vez participa en él con un trabajo que esboza los orígenes y las transformaciones del Estado-nación.

En nuestra sección de artículos y ensayos presentamos seis trabajos. Abrimos con un artículo de los profesores Frances Fox Piven y Richard A. Cloward, dos reconocidos académicos norteamericanos en el campo de la investigación sobre los sectores populares, sus luchas y las políticas del Estado hacia ellos. El artículo “Repertorios de poder y globalización” busca responder a la interrogante sobre si en esta nueva fase modernizadora el factor trabajo ha perdido o no su capacidad de construir relaciones de poder con empleadores y políticos. Su respuesta es negativa. Los autores argumentan que, si bien se han producido importantes alteraciones en las relaciones del trabajo, los trabajadores siguen siendo portadores de poder en las relaciones de producción capitalista.

Lo que se ha perdido –plantean– ha sido la eficacia de los “repertorios de poder” usados por los sectores laborales organizados durante la anterior fase modernizadora industrial. Por lo tanto, el reto de hoy es crear nuevos repertorios que se ajusten a las nuevas modalidades del trabajo y que sirvan para movilizar con éxito a los trabajadores en la búsqueda de una mejoría de sus vidas. En el período en que se traducía este artículo para la revista, murió el profesor Cloward. Queremos expresar aquí nuestro pesar por su desaparición física, pero a la vez recordar que, como sucede con intelectuales sólidos y perseverantes como él lo fue, sigue estando con nosotros cada vez que, como ahora, leemos y reflexionamos a partir de sus trabajos sobre las posibilidades del cambio social progresista. Hacemos llegar nuestras condolencias a su esposa y compañera de tantos estudios, la profesora Frances F. Piven.

El segundo artículo es un sugestivo trabajo realizado por el profesor Javier Auyero, sobre la revuelta popular argentina ocurrida en 1993 en Santiago del Estero. Auyero reconstruye el evento a partir de una investigación etnográfica y hemerográfica que nos dibuja un cuadro con diversas dimensiones, niveles y colores. Algunos de los textos de sus entrevistas son extraordinarios en su capacidad de ilustrar el trastocamiento de vidas que para la gente común y corriente se da en este tipo de sucesos. Este estudio del *santiagoueñazo*, con la novedosa metodología utilizada por Auyero, es invaluable como referencia y comparación con otras revueltas populares que se han venido dando en América Latina en el contexto de las políticas de ajuste. En especial, sirve como comparación con el *sacudón* venezolano de 1989 y ahora, mas recientemente, con las revueltas en Buenos Aires en diciembre y enero pasado, cuando el colapso económico, social y político vivido por esa sociedad ilustra una vez más la explosividad de la región ante los retrocesos en la calidad de vida de sus habitantes producto del neoliberalismo.

El artículo “La transformación de las instituciones de reciprocidad y control: del ‘*don*’ al ‘*capital social*’ y de la ‘*focopolítica*’ a la ‘*biopolítica*’”, de la profesora Sonia Álvarez Leguizamón, es un acucioso análisis crítico sobre las categorías asociadas a las instituciones de reciprocidad en las ciencias sociales. Álvarez realiza un recorrido histórico de estas categorías, comenzando con el concepto del “don” acuñado por el antropólogo Marcel Mauss hasta el concepto, muy en boga hoy, del “capital social” usado en el discurso del Banco Mundial y que viene extendiéndose en los discursos y políticas de diversas agencias internacionales y nacionales. Álvarez hace un aporte enriquecedor al debate sobre las ideas que subyacen a la lógica del neoliberalismo y su mirada sobre la pobreza.

“Las paradojas de la globalización” de los profesores Rubén Alayón Monseñat y Sary Levy Carciente de nuestra facultad es un ensayo que proporciona una mirada amplia y cuestionadora a los actuales procesos de globalización.

Los profesores organizan el ensayo en tres ideas-imágenes paradójales del proceso y presentan abundantes cifras relevantes sobre los resultados que arrojan en la actualidad diversas actividades de la globalización en curso.

El quinto artículo, “Partidos de vocación popular en la recomposición del sistema político venezolano: fortalezas y debilidades”, de la profesora Margarita López Maya, está centrado en el proceso político venezolano actual, en específico, en las características de dos partidos que han tenido protagonismo en los últimos años: el Movimiento Quinta República y el Patria Para Todos. La profesora se pregunta sobre las posibilidades de supervivencia política de estos actores emergentes, y busca en los aspectos organizativos y en las capacidades para cumplir lo que Alessandro Pizzorno llama la “función identificante” una parte de la respuesta. De este artículo emerge una pronunciada debilidad de los partidos populares emergentes, que pone en duda la perdurabilidad de ellos, la estabilidad del sistema político en vías de recomposición y la calidad democrática de ese sistema.

Finalmente, esta sección se cierra con un artículo-reseña del profesor Steve Ellner, de la Universidad de Oriente. El tópico es la literatura estadounidense reciente sobre la democracia latinoamericana. Ellner analiza cinco libros, presentando los aportes teóricos de estas obras, sus debilidades y contrastes. Gracias al análisis de Ellner, se corrobora cómo se ha venido complejizando el tema de la democracia latinoamericana entre la politología norteamericana y también latinoamericana, pues algunos académicos que escriben en estos libros provienen de América Latina, a partir de las experiencias democráticas contradictorias vividas en los últimos 20 años por nuestras sociedades.

En la sección documental nos ha parecido pertinente publicar un total de cinco materiales que están relacionados con los sucesos del 11 de septiembre de 2001. Son ellos, el discurso del presidente estadounidense George W. Bush, las declaraciones del jefe del Al Qaeda, Osama ben Laden, la resolución aprobada por la Organización de Estados Americanos de considerar el ataque terrorista como un atentado que cae dentro de lo pautado en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), y dos textos de reflexión dados por intelectuales de amplio prestigio: el profesor Edward W. Said, crítico cultural, autor de *Orientalismo* y *Cultura e imperialismo*, y el muy conocido profesor Noam Chomsky, vetado en numerosos medios de comunicación en EEUU por su crítica a políticas de su gobierno. Finalmente, este primer número del año, como siempre, trae el índice acumulado de 2001.

Este número ha sido posible por la responsabilidad y perseverancia del equipo que hemos venido conformando con los años. Contamos a partir de ahora con Oswaldo Crespo como asistente de la dirección. Oswaldo también realiza el montaje de los textos en sustitución de Roberto Pérez León, quien

por siete años se desempeñó en esta labor. Así mismo, se incorpora Pedro Moreno con la tarea invaluable de corregir el arte final. Aprovecho la oportunidad para darle la bienvenida a la profesora Catalina Banko en el Comité Editorial. La profesora Banko fue la directora encargada de los dos números anteriores y su excelente desempeño permitió la continuidad institucional de esta revista dentro de sus conocidos parámetros de calidad.

ENSAYOS Y ARTÍCULOS

REPERTORIOS DE PODER Y GLOBALIZACIÓN¹

Frances Fox Piven y Richard A. Cloward

Por más de un siglo, la idea de que la clase trabajadora podía desarrollar un poder propio en las relaciones políticas y económicas animaba las esperanzas de estos sectores de acceder a un mejor nivel de vida. Como empleados tenían poder, o por lo menos un tipo de protopoder, basado en la dependencia de los empleadores en el producto de su trabajo, pues el capital no es capital sin trabajo. También, como ciudadanos podían ejercer poder, pues los líderes estatales necesitaban de sus votos para conservar su posición de autoridad. La huelga general y el voto de la clase trabajadora movilizada constituían la manifestación de dichas formas de poder. A veces juntas, a veces como alternativas la una de la otra, la huelga y el voto estuvieron situados en el centro de los mitos del siglo xx, iluminando el camino hacia una sociedad mejor.

Subyacente a estas ideas de poder desde abajo, yacía el reconocimiento de las profundas interdependencias creadas por los arreglos institucionales propios de las sociedades democráticas y capitalistas. Para asegurar su empleo, los trabajadores dependían del capital, los capitalistas dependían de los trabajadores y, al expandirse las instituciones electorales y de representación, también las élites estatales dependían del voto del trabajador. Así fue durante la época de oro de la producción industrial masiva y de un Estado-nación más o menos autónomo. Hoy, se dice que estamos viviendo en la nueva era de la globalización y si bien esta globalización adquiere distintos significados, dependiendo del analista, el común denominador entre los diversos enfoques es definitivamente la idea de la aceleración del comercio internacional y la movilidad del capital, junto con la idea de la tecnología de comunicaciones electrónicas que fusionan tiempo y espacio para hacer posible que los movimientos económicos instantáneos tengan lugar.

¹ Este artículo sirvió de base a la sesión inaugural de la conferencia: *Are Social Movements Reviving?* (International Sociological Conference 48 and Manchester Metropolitan University), celebrada del 3 al 5 de noviembre de 2000 en Manchester, Inglaterra. Agradecemos a la profesora Piven su autorización para publicarlo en nuestra *Revista*. La traducción es de Luisa Ortiz Pérez.

Por su lado, la globalización parece hacer mella en la centenaria idea del poder del trabajo. Si bien en el pasado la posibilidad que tenían los trabajadores de rescindir de sus labores les proveía de poder económico sobre sus empleadores, hoy temen su reemplazo por algún miembro del ilimitado ejército de trabajadores virtual-globales, o el reemplazo de los productos o servicios que manufacturan por otros de menor costo. Y si los trabajadores alguna vez creyeron que tenían poder político, siendo que quienes tomaban decisiones estatales necesitaban sus votos, hoy en día el Estado-nación parece haber perdido su poder, las alternativas en políticas públicas ahora son dictadas por agentes de cambio internacionales o por amenazas de retiro de inversiones o competencia comercial, en vez de depender de las preferencias electorales.

Repertorios

Éste es, por lo menos, el diagnóstico común y sus enormes efectos depresivos en la moral política popular. ¿Pero es éste un diagnóstico acertado? ¿Habremos pasado de una época en la que los trabajadores y ciudadanos ostentaban cierto poder, a otra en la que los trabajadores no pueden competir con los capitalistas internacionales? Creemos que no. Las posibilidades inherentes al poder que emanan de las relaciones capitalistas y democráticas persisten. Los empleadores todavía necesitan de sus empleados, y los políticos siguen necesitando electores. Lo que sí ha cambiado y continúa cambiando son las complejas estrategias utilizadas por grupos y clases sociales en confrontación para explotar estas fundamentales y duraderas relaciones de poder. Las estrategias construidas por los trabajadores durante la era industrial han sido minadas, no por los efectos que tuvo la globalización sobre el poder laboral, sino porque se debilitaron las viejas estrategias del sector laboral y se impulsó el surgimiento de nuevas y agresivas estrategias por parte de las élites, que el sector laboral aún no ha aprendido a manejar. Desarrollamos aquí esta argumentación basándonos en la experiencia estadounidense, pero creemos que nuestra distinción entre el potencial de poder inherente a las relaciones políticas y económicas, y las contingencias complejas que influyen la construcción de estrategias para actualizar dicho poder, puede aplicarse de manera más general.

Para desarrollar el tema, hacemos uso del concepto de “repertorio”, entendiendo por tal una constelación históricamente específica de estrategias de poder. Dicho término fue introducido por Charles Tilly (1982) quien lo definió como “un inventario de medios disponibles” para la acción colectiva e implica que los medios disponibles están en mayor o menor grado determinados por los arreglos institucionales. A Tilly le importaba particularmente poder explicar la transición en el siglo XIX de formas de lucha locales y defensivas, a estrategias nacionales proactivas, como la huelga o los mítines electorales. Tilly percibió que la forma cambiante de las modalidades de la acción popular era un reflejo del surgimiento de las grandes estructuras del Estado-nación y del

capitalismo, las cuales moldearon “la lógica de la situación” que la gente confrontaba.

Tilly tiene en parte razón cuando relaciona el impacto de las transformaciones del capitalismo y del Estado sobre las formas de lucha popular a largo plazo². Sin embargo, su comprensión de los repertorios fusiona las posibilidades de poder que pueden institucionalmente ser creadas con las estrategias populares que surgen realmente. Es esta fusión la que queremos problematizar para dirigir la atención hacia la discrepancia existente entre el potencial de poder creado por el cambio de los arreglos institucionales y las estrategias por medio de las cuales el poder puede o no constituirse. Existe una variedad de razones detrás de esta discrepancia. Por un lado, como explicaremos posteriormente, las estrategias de lucha se moldean por una multitud de factores que van más allá de las relaciones de poder en ese momento presentes. Por otro lado, como sugiere el término “repertorio”, las estrategias una vez construidas tienden a perdurar, debido a que se graban en la memoria y en los hábitos culturales, ya que son reiteradas por las organizaciones y líderes creados en las luchas previas; porque las estrategias están limitadas por regulaciones promulgadas en respuesta a periodos de contención anteriores, y porque en el pasado las luchas basadas en estas estrategias obtuvieron con frecuencia éxito. La gente se aferra inevitablemente a formas de acción específicas, especialmente cuando éstas han tenido sus logros, aunque sean parciales. Sin embargo, este lazo inevitable con el pasado puede también restringir la posibilidad de realizar ajustes estratégicos, que son necesarios cuando los repertorios de las élites cambian por querer aprovecharse de nuevas oportunidades que han nacido para imponer desde arriba su poder. Los nuevos repertorios para enfrentar las condiciones cambiantes, manejando con provecho las posibilidades institucionales de poder, sólo emergen en la práctica muy lentamente, tras experiencias de fracaso y represión, por un lado, y por las contingencias que ofrecen la imaginación, la creatividad y el mejoramiento de la actitud desafiante, por el otro.

Comenzaremos por recordar que, por supuesto, nunca existió una edad de oro. La efectividad del poder de la huelga y del voto organizado siempre estuvo condicionada a la superación de una serie de dificultades para que pudiese surgir el poder del trabajador o del ciudadano, y el éxito de esta tarea con mucha frecuencia era la opción menos plausible. En principio, los trabajadores tenían poder sobre sus empleadores, los cuales necesitaban su trabajo, y en principio, también, tenían influencia sobre los políticos, que necesitaban de sus votos para ganar o para retener sus posiciones. Sin embargo, el poder del trabajo sólo logró hacerse una realidad cuando pudo superar obstáculos de

² Decimos “en parte”, ya que pensamos que la formulación de Tilly no explica la persistencia actual de viejas formas de lucha, particularmente entre los grupos más marginados (ver Piven y Cloward, 1992).

considerable profundidad. En lo que sigue intentamos presentarlas centrándonos en las relaciones laborales.

Primero, los trabajadores tuvieron que reconocer que las relaciones laborales no sólo los hacían depender de los empleadores, sino que los empleadores también dependían de ellos. Este dato puede parecer obvio para un analista que está fuera de relaciones jerárquicas; sin embargo, no lo era en absoluto para los participantes que se encontraban inmersos en dichas relaciones, acostumbrados a ver el mundo en forma fatalista, y que seguían patrones de deferencia en la relación con sus patronos.

Más aún, un puñado de trabajadores no podía parar la producción. La realización del poder laboral requería de la solidaridad de muchos o de casi todos los trabajadores en alguna relación laboral en particular, o en el mercado laboral en general, y dicha solidaridad no se lograba fácilmente. Identidades comunes tenían que ser construidas, tal vez enfrentando las divisiones inherentes de raza o de etnicidad, de comunidad o de profesión, y las redes de comunicación tenían que construirse para impulsar y coordinar la acción colectiva.

El ejercicio del poder de la huelga también requería del desarrollo de estrategias laborales que limitaran las posibilidades del empleador de terminar la relación con el trabajador, ya fuese a través de un cambio de ubicación de la planta, a través de la contratación de esquiroleros, o a través de la reestructuración de los procesos productivos.

También estaba el problema de sobrevivir a la suspensión de la relación laboral. Cuando los trabajadores paraban la producción, los empleadores podrían tener pérdidas, pero podían tratar de vencer a los trabajadores teniendo en mente el largo plazo. En contraste, cuando los trabajadores perdían sus salarios, perdían toda forma de poder mantenerse y, a veces, en pueblos constituidos a partir de una compañía, los trabajadores también perdían su casa. No les era nada fácil calcular con miras en el largo plazo.

Las estrategias de los trabajadores para lidiar con estos obstáculos no fueron desarrolladas como respuesta a las posibilidades de aumentar el poder del trabajador en forma aislada; fueron moldeadas inevitablemente por una serie de relaciones complejas y concretas en las que la clase obrera se veía enredada. Las relaciones con el empleador desempeñaban, sin duda, el rol principal, y sus estrategias estuvieron influidas por la “dialógica” interacción con las estrategias de los empleadores³. Pero las estrategias no sólo estaban conformadas sobre la base de esta interacción con los empleadores, también inter-

³ Marc W. Steinberg (1984) utiliza el término “dialógico” para explicar lo que él llama el nivel discursivo de los repertorios. Creemos que dicho concepto también puede aplicarse a estrategias instrumentales conformadas para ejercer el poder laboral.

venía la relación multilógica con la familia, la Iglesia y la comunidad, que proporcionaban distintos moldes a las vidas de los trabajadores. Los trabajadores se encontraban restringidos en sus acciones de confrontación laboral y en las ganancias y pérdidas que dichas confrontaciones conllevaban, por sus obligaciones familiares, la devoción hacia la Iglesia que predicaba paz y recompensas en la vida eterna, y los patrones comunitarios de deferencia frente a la jerarquía.

De todas estas relaciones, las existentes con los órganos del Estado fueron las que más influyeron en las estrategias laborales. El poder de los trabajadores sobre sus empleadores dependía críticamente del papel del Estado, debido a que éste era el asiento de la ley y del poder militar, que hacía posible que dichas leyes se respetaran en forma efectiva. Exceptuando momentos de agitación social extraordinaria, las relaciones laborales, tanto en el lugar de trabajo como en la política, se conducían de acuerdo con ciertas reglas. Algunas de estas reglas fueron definidas por la costumbre, pero las más importantes fueron promulgadas por el gobierno y defendidas por la fuerza de éste. Estas reglas especificaban quién podía hacer qué a quién, de tal forma que podían negar el poder potencial inherente a las relaciones interdependientes en el lugar de trabajo. Desde tiempos inmemoriales, el poder de los trabajadores sobre sus patronos —lo mismo que el de los esclavos sobre sus amos— ha estado restringido por reglas que prohíben o limitan el derecho de los trabajadores a dejar de trabajar. En contraste, los derechos de propiedad que otorgan poder a los empleadores sobre los trabajadores no han tenido restricciones. En forma similar, las leyes estatales prohibían o restringían las formas de auto-organización asociadas con el paro laboral, de la misma forma en que restringían acciones secundarias a través de las cuales los obreros trataron de reforzar el poder de la huelga. Mientras que un Estado formalmente democrático no gozaba de la autoridad que otorgaba el derecho divino de mando, sí adquiría algo parecido a la autoridad divina por medio de rituales de legitimación tales como procesos electorales o el monopolio sobre el ejercicio legítimo de la fuerza coercitiva.

Repertorios en el lugar de trabajo: empleadores y trabajadores

Los repertorios fueron forjados en el conflicto continuo con los empleadores, quienes, por supuesto, desarrollaron también sus propias estrategias y repertorios. Los patronos recurrieron a la tradición y a la ley para atar a los trabajadores a sus trabajos. Éstos desarrollaron sus propias tradiciones, una serie de batallas heroicas y victorias que revelaban el poder de los trabajadores movilizados sobre sus empleadores y a veces organizaban a comunidades enteras para participar en huelgas solidarias y boicots que potenciaban el poder de la huelga. Cuando los trabajadores se organizaban, los patronos también lo hacían, provocando que los trabajadores de algún negocio o industria en particular debieran lidiar con una sólida falange de empleadores intransigentes. Los empleadores sembraban las filas laborales de saboteadores,

espías y trabajadores traídos desde afuera de las propias comunidades, creaban mezclas raciales y étnicas entre los trabajadores, y manipulaban remuneraciones y tareas, en busca de exacerbar las divisiones en la comunidad y fracturar las solidaridades construidas con mucho esfuerzo. Los trabajadores, por su parte, cultivaban solidaridades basadas en lazos por oficio, algunas veces deponían las divisiones raciales y étnicas, y más frecuentemente cultivaban identidades y lealtades que superaban dichas divisiones. La amenaza de despido, de ruptura de la relación laboral, sobre la cual descansaba el poder del trabajador, siempre fue la carta fuerte del empleador, aun antes de la globalización. Era la base de todo un arsenal de tácticas patronales, incluyéndose la creación de listas negras, de despidos masivos y de encarcelamiento de trabajadores rebeldes, el cambio de la producción hacia fábricas no sindicalizadas, la reestructuración de los procesos de trabajo tendientes al desuso del trabajo de expertos obreros insurgentes, y políticas de inmigración libre inundando los mercados locales de trabajadores vulnerables (Gordon et al., 1995). Los trabajadores se las arreglaban para aumentar su habilidad de soportar la suspensión de las relaciones laborales, echando mano de sus ahorros y confiando en la lealtad de comerciantes locales que les otorgaban créditos, para asegurar la supervivencia de sus familias durante las huelgas. Pero, durante la era industrial, estas estrategias de lucha laboral no se desarrollaban solas. También estaban influenciadas y limitadas por la política y el papel del gobierno.

Repertorios políticos

Inevitablemente, tanto trabajadores como empleadores se movilizaban para influenciar al gobierno, para torcer las reglas del gobierno, y lograr el apoyo de las fuerzas estatales para defender su lado en las luchas laborales. En su búsqueda de influencia, los empleadores contaban con las ventajas propias de su riqueza y posición social. Pero los trabajadores tenían votos; inclusive, en algunos lugares, poseían la mayoría de votos desde finales del siglo XIX; habían superado también algunos de los efectos anquilosantes de políticas paternalistas y de divisiones étnicas para usar en su provecho esa mayoría de votos. La posibilidad de poder influir a través de la urna electoral de hecho ha tenido una influencia enorme sobre los repertorios de los trabajadores en muchos países. Los Caballeros del Trabajo (*Knights of Labor*), por ejemplo, confiaban tanto en la influencia potencial del voto trabajador que se oponían a las prácticas de huelga por considerarlas innecesarias, creyendo que por medio del voto los trabajadores podrían asegurar la producción de leyes que limitaran los negocios (ver Brecher, 1997, 45). Pero, para buena parte de la historia estadounidense, esta convicción probó ser un error. Los esfuerzos de los trabajadores por usar sus votos para influenciar al gobierno en su mayoría fracasaron, mucho antes de que las supuestas amenazas de fuga de capitales y de competencia comercial dejaran al gobierno sin poder.

Los empleadores gozaron de un sinnúmero de ventajas decisivas. Una de ellas fue el importante papel de los tribunales de justicia dentro del sistema estadounidense de gobierno. El Poder Judicial se encontraba mayormente aislado de la influencia de los votantes, además de estar limitado por viejas tradiciones legales que privilegiaban la protección de la propiedad y la jerarquía de las relaciones sociales. Por más de un siglo, tradiciones del derecho consuetudinario y la Constitución misma eran invocados por los tribunales para reforzar los derechos de propiedad de los empleadores y para prohibir a los trabajadores acciones de huelga (la barrera amenazadora que para los trabajadores significaron los tribunales y las tradiciones legales que en ella se invocaban, puede explicar la sorprendente campaña laboral que tuvo lugar en el siglo XIX que buscó avanzar la teoría legal, argumentando que la 13ª Enmienda, además de proscribir la esclavitud, otorgaba una base legal al derecho de los trabajadores de organizarse y de hacer huelga) (ver Pope, 1997, 941-1.031). Inclusive cuando los trabajadores lograban ganar nuevas protecciones legales para sus sindicatos y acciones de huelga, con frecuencia éstas volvían a ser revocadas por los mismos tribunales⁴.

Más aún, los trabajadores no ganaban protecciones legislativas muy a menudo, debido a que su influencia como votantes se veía limitada por otros aspectos de la estructura del gobierno estadounidense. El federalismo fue muy importante, puesto que hizo a los estados y gobiernos locales responsables de sus propios negocios y de las políticas laborales. En la medida en que las corporaciones fueron desarrollando el mercado nacional en el siglo XIX, estados y gobiernos locales se hicieron excesivamente vulnerables a inversionistas que podían influenciar el diseño de sus políticas por medio de amenazas de mudar sus negocios fuera de las fronteras estatales o locales, llevándose consigo los impuestos que se recaudaban y los empleos que generaban. La analogía con la globalización y las amenazas que inversionistas hacen de retirar negocios e inversiones en los países base es bastante obvia.

La descentralización gubernamental perjudicaba también el ejercicio de posibilidades democráticas por parte de los partidos políticos. Un sistema estatal que dividía y descentralizaba autoridades se reflejaba inevitablemente en organizaciones partidarias fragmentadas y descentralizadas, las cuales, como consecuencia de lo anterior, eran más fácilmente penetradas por intereses⁵. Asimismo, el sistema bipartidista norteamericano forzaba a los líderes de partidos a eludir las inevitables y contenciosas demandas del sector laboral, para privilegiar el desarrollo de símbolos, como Dios, la familia o la bandera. Símbolos que pudieran asegurar el apoyo de mayorías integrantes de una sociedad fraccionada y dividida (Piven y Cloward, 1997).

⁴ Ver en Orren (1991) la discusión presentada sobre la relación persistente en los tribunales de justicia de los esquemas feudales de amo y siervo; también Forbath (1989). En lo referido a los derechos de propiedad, ver Horowitz (1977).

⁵ Sobre este punto, ver Schattschneider (1942), en especial los capítulos 5 y 6.

La reinención periódica de movimientos laborales independientes y de partidos obrero-campesinos en Estados Unidos fue una respuesta a la resistencia ejercida por los principales partidos a las demandas laborales, y en particular a las demandas por el derecho legal de organizarse y de declararse en huelga. Estos esfuerzos por construir un “tercer partido” jamás pudieron sobrevivir a la serie de obstáculos creados por el distrito uninominal, las leyes de acceso obstruccionista a las casillas de voto y la oposición unificada de los partidos mayoritarios. Tras una serie de fracasos a finales del siglo XIX, los sindicatos abandonaron sus ensayos por promover los intereses de los trabajadores por la vía de los partidos políticos⁶.

La oposición del gobierno y del empleador moldeó y constriñó el repertorio de los trabajadores. A lo largo del siglo XIX y hasta tiempos de la Gran Depresión a finales de los 20⁷, el uso del poder de huelga fue considerado ilegal y se declaraban como conspiraciones a todas aquellas acciones de huelga coordinadas por sindicatos, primero por la ley y luego por sentencias en los tribunales. Esto significó que la expresión más elemental y esencial del poder de los trabajadores —la interrupción concertada de su trabajo— estaba condicionada a que éstos estuvieran dispuestos a desafiar la ley, a los tribunales y en última instancia a las fuerzas armadas del Estado. De ahí proviene la extraordinaria violencia con la cual el movimiento obrero estadounidense lucharía hasta bien entrado el siglo XX. Los empleadores utilizaron matones y esquiroleros, apoyados por la policía, la milicia y el ejército. Los trabajadores recurrieron a la fuerza bruta del número, y en algunas ocasiones la violencia física o amenazas de violencia contra sus empleadores y su propiedad. Sin embargo, resultaba difícil combatir una alianza entre el sector patronal y el Estado. Eugene Debbs resume la experiencia de las huelgas de finales del siglo XIX:

Las corporaciones en perfecta alianza tienen todo lo que el dinero puede comprar: una prensa subsidiada, lo que significa que pueden controlar la prensa, y eso produce una opinión pública falsa o viciada. El clero casi unánimemente se les unió para derribar cualquier denuncia, junto con las cortes, la milicia estatal, las tropas federales... (Brecher, 1995, 112)

El movimiento obrero, tras su gran fracaso en política, se concentró en tratar de acumular poder económico por medio de la organización de un “gran ejército laboral”, dentro de “una federación unida”⁸. A principios del siglo XX, los sindicatos basados en oficios calificados enlistaron con mayor frecuencia a trabajadores sin formación en sus huelgas y llevaron a cabo una serie de

⁶ El argumento de que el renovado énfasis en el voluntarismo de los sindicatos estadounidenses fue una respuesta al bloqueo del gobierno sobre sus demandas laborales es desarrollado en Hattam (1993, 168-169).

⁷ Precisión del traductor.

⁸ Estas palabras fueron usadas por Samuel Gompers para describir la campaña de apertura a la convención de la AFL en 1901 (Robertson, 1999, 150).

“acciones secundarias”, incluyendo boicots comunitarios contra empleadores recalcitrantes, huelgas solidarias y huelgas generales. El repertorio laboral aumentaba temporalmente al ampliarse las acciones sindicales de los centros sindicales organizados a fábricas completas organizadas como ejércitos laborales; y de huelgas en el mismo lugar de trabajo a otros lugares, e inclusive al pleno de la clase trabajadora⁹. Sin embargo, los empleadores respondieron con una feroz campaña de promoción de fábricas donde los trabajadores no podían estar sindicalizados (*open shops*), la cual forzó a los sindicatos a retirarse.

Si bien el muro de oposición al poder del trabajo cayó en la década de los 30, esto no dio lugar a una edad de oro para los movimientos laborales. Frente a una insurgencia laboral masiva y una inestabilidad electoral mayúscula generadas por la Gran Depresión, el gobierno federal rompió su alianza histórica con los empleadores y apoyó el derecho de los trabajadores a organizarse. La Ley Nacional de Relaciones Laborales de 1935, una serie de decisiones de la Corte Suprema de Justicia, la Ley Taft Hartley de 1947 y las nuevas relaciones contractuales entre sindicatos y corporaciones patronales delinearon los términos del nuevo pacto. Por un lado, apoyados en la Ley Nacional de Relaciones Laborales, los sindicatos y las acciones de huelga adquirían una legalidad limitada y condicional: los líderes sindicales no serían perseguidos por cargos de conspiración, los sindicatos y los huelguistas no tendrían que acudir a los tribunales y no tendrían que enfrentarse a ejércitos privados, milicias estatales y tropas federales. La habilidad de los empleadores de sabotear los esfuerzos de sindicación de los trabajadores estaba también limitada, aunque con el tiempo ésta fue aflojándose, forzándolos a negociar en colectivo los términos del salario, horas y condiciones de empleo. La Ley Federal de Estándares Laborales –Federal Labor Standards Act– de 1938 limitaba la libertad de los empleadores para determinar salarios y horas de trabajo. A su vez, el gobierno otorgaba algunas victorias a los trabajadores, por medio de la introducción de una serie de programas gubernamentales para la protección del ingreso –asistencia social, seguro de desempleo y pensiones para ancianos y minusválidos– todos establecidos por la Ley de Seguridad Social de 1935. Dichos programas estabilizaron los ingresos del trabajador para hacer frente a sus necesidades básicas, bajas de mercado o despidos de personal.

Al mismo tiempo, las estrategias disruptivas que los trabajadores desarrollaron durante décadas pasadas fueron controladas, algunas de ellas inclusive fueron prohibidas. Sindicatos amarrados por cláusulas de no-huelga eran ahora responsables de detener acciones laborales durante la duración del contrato. Inevitablemente, se enjaulaba el poder del trabajo, limitando su efectividad. Adicionalmente, la introducción del *check-off* significaba que los

⁹ Ver Gordon, (1995, 121-127); Arrighi y Silver (1999, 182-183); Montgomery (1979); Brecher (1997) y Robertson (1999).

sindicatos ahora necesitarían de gerentes para administrar sus recursos, debilitando la dependencia de los líderes sindicales con sus bases y aumentando su dependencia a las empresas que eran supuestamente sus antagonistas. La estrategia de la ocupación del lugar de trabajo, tan exitosa en la huelga de automotores Flint en 1936-1937, durante la cual los trabajadores tuvieron el control de la planta y del equipo y los usaron como instrumento para la negociación con los patronos, fue declarada ilegal por la Corte Suprema en 1939. En 1947, la Ley Taft Hartley prohibió las huelgas de brazos caídos y exigió la purga de algunos de los líderes sindicales comunistas más militantes, como condición para que sus sindicatos gozaran de los beneficios de la Ley Nacional de Relaciones Laborales. Más importante aún, la Taft Hartley proscribió las acciones secundarias, incluyendo en tal prohibición las huelgas de solidaridad y los boicots que en el pasado habían apalancado algunas veces el poder económico de los trabajadores, y habían ayudado a los trabajadores a orientarse, junto con sus sindicatos, hacia la búsqueda de una comunidad mayor de aliados potenciales.

Las reglas establecidas por la nueva legislación y contratación reescribieron el repertorio de los trabajadores industriales. Los sindicatos se vieron ahora en la responsabilidad de tener que frenar las interrupciones laborales durante el tiempo de duración de la contratación colectiva, y, como las huelgas quedaron restringidas al período final de la vigencia del contrato, los empleadores podían fácilmente acumular inventarios con anticipación para debilitar las acciones de huelga y así no acusar pérdidas. Asimismo, el liderazgo sindical comprometido con la gerencia que administraba sus fondos se iba alejando de sus bases. Finalmente, las reglas contra huelgas secundarias y boicots contribuyeron a que el liderazgo sindical se ensimismara, alejándose de la vasta comunidad obrera que había hecho posibles esas estrategias de lucha.

Por supuesto, en retrospectiva, el nuevo pacto significaba un paso adelante para el trabajo organizado. Durante los años de la posguerra, debido a que los salarios aumentaron rápidamente, las condiciones de trabajo mejoraron especialmente para aquellos trabajadores cubiertos por contratos sindicales. Dichas mejoras ayudaron a reafirmar las estrategias que constituirían el nuevo repertorio en la cultura laboral y su organización.

Globalización y repertorios

¿Cuál es la relación entre repertorios y globalización? De alguna manera, los cambios económicos asociados con la globalización, especialmente aquellos referentes a la reducción y agilización de los procesos productivos que están a la cabeza de la competencia global, han unido al capital con el trabajo en una interdependencia más estrecha y menos flexible que en el pasado. Extensas cadenas de subcontratación traen como consecuencia que el capital esté ahora expuesto a sufrir las interrupciones provenientes de una huelga en

varios sitios y estadios del proceso productivo. La forma de producción “al momento” (*just in time*) hace de lado el cojín protector de los inventarios acumulados. La proveniencia única de las partes a lo largo de cadenas productivas extensas otorga a los trabajadores un extraordinario poder potencial sobre un sistema de producción industrial, que a pesar de la descentralización de su propia producción está intensamente concentrado¹⁰. Y la infraestructura electrónica sobre la cual todo esto reposa es también vulnerable en extremo a dichas disrupciones. Más aún, las mayorías electorales, de las cuales dependen los gobiernos nacionales, están lejos de ser débiles en sus relaciones con el capital móvil, pues las corporaciones siguen enraizadas en el Estado-nación¹¹ y siguen dependiendo de tales gobiernos para obtener subsidios y exenciones fiscales. Más importante aún, los gobiernos nacionales son los que están estableciendo el marco regulatorio internacional, son los que establecen las reglas y reducen los riesgos del comercio y la inversión internacionales, y son también los que continúan funcionando como agencias garantes de la aplicación de dichas reglas. Así es como, de esta y muchas otras formas más, las corporaciones multinacionales siguen dependiendo de los gobiernos nacionales.

Empero, mientras el capital y el trabajo permanecen estrechamente unidos en relaciones de interdependencia, hay aspectos de la globalización y de la producción con eficiencia que han permitido la construcción de nuevas (y el retorno de unas no tan nuevas) estrategias capitalistas y estatales para lidiar con los trabajadores. Estos nuevos repertorios de las élites exigen a su vez la construcción de nuevos repertorios laborales si es que los trabajadores van a ejercer alguna capacidad de poder bajo estas nuevas condiciones.

Los nuevos repertorios patronales

Los repertorios de la lucha obrera no fueron los únicos regulados y limitados por los acuerdos de los años 30; también los repertorios patronales fueron regulados y limitados por requerimientos gubernamentales, forzándolos a negociar con los sindicatos y a tolerar el ejercicio del poder de huelga en su expresión más limitada. Sin embargo, una confluencia de acontecimientos que se iniciaron a finales de la década de los 60 fue permitiendo a las industrias liberarse de las limitaciones de dichos acuerdos, creándoles nuevas oportunidades estratégicas para enfrentar su conflicto perenne con los trabajadores. Las corporaciones estadounidenses comenzaron a sentir presión sobre el nivel

¹⁰ Ver Wells (1997, 1998, 23), Moody (1997, 106-109). Harrison argumenta que muchas de las empresas formalmente independientes son de hecho sucursales de empresas mucho más grandes, y que es indiscutible la evidencia de que la descentralización y la dispersión productiva están acompañadas por un creciente control concentrador (1995, 151-171).

¹¹ Ver Doremus et al. (1998) y Moody (1997, 82). Moody enfatiza en el punto de que el capital de inversión en telecomunicaciones en los países de origen ha aumentado enormemente.

de sus ganancias ocasionada por la creciente competencia internacional, en el mismo momento en que se estaban intensificando las demandas laborales¹². La competencia internacional y la presión que ésta generaba sobre precios y ganancias no sólo hicieron que el yugo de los pactos con la clase obrera oprimiera más intensamente, también sugirieron nuevas posibilidades estratégicas para romper el yugo. En consecuencia, las estrategias de los empleadores comenzaron a cambiar dramáticamente.

a. La ideología

Una de las estrategias que se impulsaron fue una nueva campaña ideológica por medio de la cual se negaba la existencia del poder laboral en el lugar de trabajo o en la política. Una infraestructura de “institutos de reflexión” (*think-tanks*) e institutos de formulación de políticas se creó para tal propósito, penetrándose con ella las universidades, inundando a los medios de comunicación y al Congreso con argumentos y cifras producidas para justificar los análisis de tipo neoliberal (ver Paget, 1998; Covington, 1997; Williams, 1996, 5; y Callahan, 1998). Durante el siglo xix, la ideología del *laissez-faire* neutralizaba los esfuerzos de trabajadores y ciudadanos para desarrollar un poder político que pudiera obligar al Estado a regular el capital. Esta ideología argumentaba que la intervención gubernamental en mercados nacionales representaba un riesgo de consecuencias desastrosas. Los mercados presuntamente estaban regidos por una forma de ley natural que no podía soportar ningún tipo de interferencia. Hoy, a finales del siglo xx, vemos que las teorías neoliberales usan los mismos argumentos, ahora a una escala internacional, en la cual, en efecto, el aceleramiento del comercio y la inversión parece a simple vista estar fuera del alcance del gobierno.

La importancia de esta doctrina es considerable y difícil de sobrestimar, pues, si bien anteriormente las esperanzas de un nuevo futuro reposaban en el poder laboral, el neoliberalismo argumenta ahora que el futuro depende de un capital móvil y competitivo que opere a escala internacional. Bajo este argumento, el poder económico del trabajo y el poder del ciudadano no ocupan ningún lugar en la economía internacional. Los mercados internacionales competitivos castigarían a aquellos trabajadores que intentaran ejercer su poder de huelga, por medio de la huida de los inversionistas hacia lugares con salarios más bajos, o por medio del desplazamiento de sus productos por otros más baratos hechos en sitios de bajos salarios. El mismo efecto tendrían las demandas populares sobre impuestos gubernamentales y políticas de gasto y regulación que aumentan los costos de producción y/o reducen las ganancias.

¹² Sobre el crecimiento del conflicto laboral, ver Arrighi y Silver (1999, 284); Moody (1997, 181). También Panitch (1986, cap. 4), el cual otorga un gran papel a la militancia defensiva del movimiento obrero inglés, en la evolución de las políticas neoliberales en el Reino Unido.

b. Solidaridades

No sólo las palabras comenzaron a aplastar el poder del trabajador. A la par que se hacían dominantes las doctrinas neoliberales, el capital procedía también a crear condiciones que otorgaran al neoliberalismo el barniz de la verdad. El primer paso consistió en un ataque concertado a los sindicatos que habían crecido y ganado estabilidad bajo los acuerdos laborales de los años 30. Aun sobre la base de sus considerables limitaciones, estos sindicatos fungían tanto de órganos coordinadores como de símbolos de la solidaridad obrera. A inicios de los 70, las corporaciones adoptaron una postura tan agresiva contra los sindicatos que sorprendió a los líderes obreros acostumbrados al acuerdo y llevó a decir al dirigente Lane Kirkland que los empresarios estadounidenses estaban declarándole la guerra a la clase obrera. Empresas antisindicales, que habían desaparecido durante los 30, reaparecieron ahora armadas con abogados y expertos en publicidad en vez de detectives y matones. Las decisiones tomadas por la Junta Nacional de Relaciones Laborales (JNRL) –National Labor Relations Board– sobre disputas asociadas con reconocimiento sindical, comenzaron a adquirir lentitudes tortuosas, destruyéndose ahora de manera muy efectiva las protecciones legales que se habían ganado durante los años 30. La membresía sindical, que se había acostumbrado a seguir los procedimientos dictados por la JNRL, disminuyó drásticamente. Como culminación, en 1981, el presidente estadounidense Ronald Reagan¹³ tomó un papel protagónico en la tarea de demoler los sindicatos, tras su notable y publicitada decisión de despedir masivamente a los controladores aéreos en huelga.

Los sindicatos intimidados cedían a las demandas patronales, comenzando este proceso a darse en 1979-1980 en las rondas de negociación y concesiones de las industrias con el sindicalismo más fuerte (Moody, 1997, 24). El número de huelgas se redujo, bajando en 1995 (Brecher, 1999, 8) a los niveles más bajos en 50 años. Hacia finales de los 80 la reestructuración masiva del empleo entró en operación, incluyendo en ella los despidos masivos de empleados permanentes¹⁴, los contratos de dos niveles (*two tier contracts*) que recortaron los salarios y los beneficios de los trabajadores recién contratados. Se iniciaba un período de aceleramiento productivo¹⁵, donde formas menos permanentes de empleo comenzaron a volverse habituales, como el empleado de medio-tiempo, el temporal y los contratos por fuera de la empresa, formas

¹³ Precisión del traductor.

¹⁴ Chris Tilly reporta que la tasa de terminaciones involuntarias de trabajadores fue más alta en el período de 1991 a 1993, que durante los años de la recesión de 1981-1983 (Tilly, 1998, 21).

¹⁵ Moody denomina el nuevo método de gestión “gerenciando mediante estrés” (1997, cap. 5).

todas que crecieron dentro de un sistema de producción crecientemente descentralizado¹⁶

Estos cambios crearon obviamente nuevas divisiones entre los trabajadores, disminuyendo la creación de solidaridades horizontales, inclusive en los casos en que las nuevas categorías de trabajadores quedaban cubiertas por contratos sindicales, lo cual no era la regla. Mientras tanto, prácticas de “trabajo en equipo”, “círculos de calidad” o “alianzas productivas” (en Europa “concejos laborales”) minaron aún más las solidaridades sindicales y los acuerdos colectivos alcanzados por medio de la negociación, privilegiando la idea de que trabajadores y empleadores estaban en el mismo equipo en la lucha por las ventajas competitivas (Moody, 1997, 92, 246-247; Wells, 1998, 489).

c. Salida

Simultáneamente, los empleadores demostraban su habilidad para salirse de los contratos de trabajo estables asociados con el repertorio creado en los años 30. La amenaza de cambio es comúnmente asociada con la globalización y su saturación del mercado de productos de bajo precio, y con la fuga de capitales. Sin embargo, la reestructuración del empleo asociada con la producción efectiva era igualmente importante. La alta incidencia de despidos, así como el apoyo al empleo de medio-tiempo, temporal y contratado por fuera, todos contribuyeron a incrementar y generalizar la inseguridad de los trabajadores.

d. Resistencia

Asimismo, estas estrategias en el sitio de trabajo se desarrollaban de forma paralela a cambios que se estaban dando en las políticas gubernamentales que empeoraban la inseguridad laboral. Las políticas de inmigración producían altos niveles de trabajadores recién llegados, quienes saturaban los empleos de menor remuneración, con altos grados de inseguridad laboral. Estos trabajadores muchas veces no calificaban para los beneficios del Welfare State¹⁷. En general, los programas de seguridad social que garantizaban un ingreso mínimo, creados por primera vez en los años 30 y expandidos durante los 60, fueron presa de ataques políticos concertados, a menudo encabezados por profesionales de los *think-tanks* financiados por las empresas. Los recortes masivos en la cobertura de seguros de desempleo, de seguridad social y de programas de asistencia social, que comenzaron a darse en la década de los 80 y continúan hasta la fecha, cerraron la posibilidad de salirse de la relación

¹⁶ Los datos sobre el empleo temporal en compañías aumentaron 20 veces desde inicios de los 60 hasta finales de los 90 (Tilly, 1998, 20).

¹⁷ Durante 1996, casi un millón de inmigrantes ilegales entraron a Estados Unidos, el número más alto desde 1914 (Schuck, 1998).

laboral para la mayoría de los trabajadores y profundizaron en mayor grado la inseguridad laboral (Piven, 1998).

Cada una de estas estrategias reforzaba a las otras. Las doctrinas neoliberales daban fe a ideas como que la reestructuración del trabajo y los despidos eran necesarios para una productividad eficiente; o a las bondades de los conocidos complots corporativos, que consistían en traer camiones etiquetados con el nombre de “México” a los puertos de embarque de aquellas empresas cuyos trabajadores hacían esfuerzos por mantenerse sindicalizados. El debilitamiento de los sindicatos, los contratos de dos niveles y la creciente recurrencia a trabajadores temporales permitían ir sin mayores obstáculos a la descentralización de la producción. Y esta descentralización hacía posible forzar a los trabajadores de una fábrica a confrontarse con los de otra. Alianzas productivas o equipos de producción debilitaban las solidaridades, los sindicatos, las reglas del trabajo sindicalizado del viejo repertorio. El desmantelamiento de los programas de ingreso mínimo añadían más desesperación a aquellos trabajadores envueltos en la vorágine desconocida, creada por los nuevos repertorios patronales. Esto, dice Don Wells, es “una era de terror laboral –terror de ser despedido, de ser cesado, de no lograr llegar al retiro, de sumirse en la pobreza y la marginación de la ‘nueva economía’ del medio-tiempo, la inseguridad, los bajos salarios, en una sociedad neoliberal donde se denigra de los ‘perdedores’ en el juego de la ‘competencia’ global” (Wells, 1998, 489).

Los nuevos repertorios del trabajo

Nuevos repertorios de los trabajadores también han venido emergiendo aunque más lentamente. Los repertorios de los de abajo, siempre parecen rezagados ante nuevas estrategias iniciadas por las élites. Esto es debido parcialmente a que la gente se aferra a repertorios del pasado que alguna vez probaron ser efectivos. También se debe a la influencia de líderes y organizaciones que usaron esos viejos modelos y aún confían en ellos. Y, finalmente, también porque en parte las reglas del juego del viejo repertorio siguen estando en vigor constriñendo las posibilidades de nuevas iniciativas. Todas estas influencias suprimen el forjamiento de nuevas estrategias, impiden tomar ventaja sobre las nuevas oportunidades que se presentan, obstaculizan la reinención de estrategias más antiguas que alguna vez se usaron para responder a las incursiones de las élites contra los repertorios de los trabajadores y ciudadanos.

Los obstáculos que los nuevos repertorios tienen que sobrepasar son considerables. El poder de los trabajadores y ciudadanos debe redescubrirse a la luz de las doctrinas neoliberales. Las solidaridades obreras tienen que ser reconstruidas para poder tomar en consideración la composición cambiante de la fuerza de trabajo. Este forjamiento de identidades también debe enfrentar no sólo las divisiones persistentes de género, raza y etnicidad, sino también

las nuevas divisiones promovidas por los procesos de reestructuración laboral y la difamación insidiosa provocada por las campañas de destrucción de los programas sociales. Además, las estrategias para ejercer el poder de huelga tienen que ser rediseñadas para tomar en cuenta las amenazas de cierre de la empresa, incluyendo la reestructuración de los empleos, la producción descentralizada y la contratación por fuera.

A pesar de lo anterior, están apareciendo los primeros gérmenes de las nuevas estrategias de los trabajadores. En primer lugar, ha habido acciones obreras que revelan el poder laboral bajo las nuevas condiciones de globalización y de producción eficiente. En 1996, el paro de los trabajadores portuarios de Liverpool, en resistencia a la privatización, puede considerarse la primera acción obrera global pues se extendió en 1997 a más de 100 puertos, paralizando un número significativo de puertos importantes (Moody, 1997, 249-251). También en 1996, una huelga en las dos fábricas productoras de frenos para la General Motors (GM) detuvo en la práctica casi todas las operaciones de la General Motors en Estados Unidos, México y Canadá, sugiriendo que cadenas extendidas de producción pueden acentuar el poder de la huelga. Durante el mismo año, los trabajadores de automotores de Canadá no sólo hicieron un paro con fines de detener las contrataciones por fuera (*outsourcing*), sino que revivieron viejas técnicas de ocupación, al tomar por un día la planta de Ontario. En 1998, los trabajadores portuarios de Australia condujeron una protesta contra las políticas laborales del gobierno y fueron apoyados por estibadores en Estados Unidos, Japón, Europa y Sudáfrica. Los trabajadores en huelga de United Parcel, Estados Unidos, expandieron acciones obreras y manifestaciones en Europa, y hasta en la India y Filipinas¹⁸. En cada uno de estos casos, la reestructuración industrial hizo a los empleadores no menos sino más vulnerables al paro laboral. Y en una porción de ellos, los trabajadores demostraron capacidad para trascender sus fronteras e inspirar acciones secundarias que aumentaron la fuerza de la huelga en un país. Si experiencias como éstas son nutridas por tradiciones obreras y no son enterradas bajo propaganda neoliberal, pueden constituir la base para el renacimiento de la fe en el poder del trabajo.

Por otra parte, existen algunas evidencias de la emergencia de nuevas identidades y solidaridades entre trabajadores, y entre trabajadores y sus comunidades. Irónicamente, el asalto de los empresarios sobre los sindicatos debilitó el poder de las oligarquías laborales despejando el camino para el surgimiento de un nuevo liderazgo y, quizás, de nuevas posibilidades para los trabajadores. Sindicatos de prestadores de servicios, con sus membresías mayoritariamente femeninas y de minorías, están ahora a la cabeza del liderazgo, y el liderazgo mismo de AFL-CIO es ahora menos blanco y menos masculino que antes. Se están ensayando nuevas formas de organizar a los trabajadores, mayoritariamente en el sector servicios, incluyéndose los seg-

¹⁸ Wells (1997, 23) ofrece breves descripciones de dichos eventos.

mentos de ese sector que emplean trabajadores de alta tecnología (ver *The New York Times*, 26-7-1999). La campaña de “Justicia para los empleados de mantenimiento” (*Justice for Janitors*), por ejemplo, inauguró una nueva modalidad al organizar a la fuerza laboral de un mercado local en su totalidad, en vez de tratar de organizar uno a uno a los contratistas de limpieza. Los llamados centros o comités laborales y la nueva categoría sindical de “miembro asociado” forman parte de los intentos por captar a trabajadores no sindicalizados y en algunos casos entrar a las maquilas sin tener que confrontar las prohibiciones que tienen los sindicatos. El nuevo director de organización de la AFL-CIO fue, hace poco, tan lejos como declarar que la vieja costumbre de seguir los procedimientos fijados por el Acta Nacional de Relaciones Laborales era una “trampa mortal” para los intereses sindicales (citado en Scher, 1999, 31). Asimismo, la huelga de camioneros dentro de la compañía UPS marcó el camino para superar las divisiones generadas por la reestructuración laboral, al desarrollarse previamente a ella esfuerzos considerables para vincular a los trabajadores de medio tiempo a la huelga, y al adoptar la táctica sin precedente de colocar las quejas de estos trabajadores en el primer lugar dentro de la lista de demandas de la huelga (Gruelle, 1998).

Las nuevas alianzas entre obreros, comunidad y consumidores recuerdan, en algunos de sus rasgos, las viejas movilizaciones comunitarias que con frecuencia acompañaron los paros laborales que se hicieron antes de que la Ley Taft Hartley las eliminara del repertorio. Brecher informa que en Flint, donde los trabajadores temporales se veían obligados a trabajar horas extra y estaban demandando que la GM los contratara permanentemente, el apoyo que les dio el clero negro fue crucial (1998, 15). Las campañas contra las maquilas, que buscan recoger fuerza de las comunidades universitarias, son un modelo importante; básicamente, estas campañas movilizan el poder del consumidor estadounidense en apoyo a las demandas de trabajadores mal pagados en países en desarrollo. Esta estrategia podría muy bien ser utilizada también por los trabajadores de las maquilas estadounidenses para ganar alguna fuerza. Campañas corporativas también intentan aumentar el poder de la huelga al movilizar apoyos más generales, en especial de clientes y financieristas —que pueden poner en riesgo ventas o financiamientos o hacer campañas de publicidad lesivas—, contra una determinada compañía y sus redes de afiliados, clientes y afines. La campaña de los trabajadores del acero contra el cierre de la compañía de aluminio Ravenswood, la cual comenzó en 1990 y duró veinte meses, es un buen ejemplo. El sindicato finalmente triunfó al ejercer presión sobre las grandes corporaciones compradoras de latas Ravenswood, y al rastrear a los inversionistas de la compañía en Europa, donde los obreros estadounidenses habían logrado movilizar opiniones favorables a su causa, al igual que el apoyo de los sindicatos europeos (Juravich y Bronfenbrenner, 1999).

En la década de los 30, las huelgas de ocupación o brazos caídos resultaban ser particularmente efectivas porque los obreros que ocupaban la fábrica y

mantenían secuestrados los equipos de trabajo no podían ser reemplazados. Hoy en día, las ocupaciones son ilegales, pero la lucha de “trabajar por las reglas” (*work to rule*) está siendo redescubierta como táctica. Ella cuenta con ventajas internas similares a las de las ocupaciones: la producción se frena, pero los trabajadores permanecen a cargo de las instalaciones donde trabajan, impidiendo la utilización de trabajadores de reemplazo.

La descentralización de la producción puede socavar el poder del trabajo al promover el enfrentamiento de unos trabajadores contra otros, especialmente al incentivar el roce entre trabajadores sindicalizados contra otros que no lo están, o a veces al permitir que los empleadores puedan trasladar la producción de un lugar a otro, dentro de una cadena productiva. Algunos de los nuevos enfoques organizativos buscan remontar estas debilidades. Mucha de la descentralización que empresas de Estados Unidos promueven se ha dado dentro de sus propias fronteras, dejando las cosas en forma no muy distinta a como eran en los períodos iniciales de la descentralización industrial. Sin embargo, debido a que la globalización se ha establecido tan firmemente en el discurso común (y ciertamente ha sido fatídica para algunas empresas), se ha dedicado mucha atención a la construcción de la cooperación laboral entre distintos países, impulsada con frecuencia por algunos conflictos laborales bien publicitados. Otra estrategia a la que se le ha prestado mucha atención es la de alianzas de largo plazo. Hasta ahora, gran parte de este internacionalismo laboral ha sido meramente simbólico, sin embargo, ha habido ocasiones en las que puede haber sido decisivo¹⁹. De florecer, la importancia de estas tendencias son evidentes: el internacionalismo laboral efectivo puede menoscabar tanto las amenazas retóricas como las realidades del despido laboral.

Finalmente, existen ya algunas señales de que este emergente dinamismo de los trabajadores busca obtener el apoyo del gobierno para su causa. Éste ha sido muy claramente el caso de las grandes acciones de los trabajadores europeos en los últimos años. Asimismo, el incipiente esfuerzo de los trabajadores estadounidenses porque se establezca la definición del derecho a la organización como un derecho humano, tiende a evolucionar en la misma dirección de las campañas laborales del siglo XIX por darle una base constitucional al derecho a la organización, y por consiguiente al uso del formidable poder del trabajo en la era de la globalización y la producción eficiente.

Así que tal vez éste no es el final, sino el principio de una nueva era del poder de los trabajadores.

Bibliografía

¹⁹ Ver Moody (1997, 24-27, y parte III) para una descripción exhaustiva de dichos esfuerzos.

- Arrighi, Giovanni y Beverly Silver (1999): *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Brecher, Jeremy (1999): "World Crisis and Worker Response" (borrador para la revista *Politics and Society*).
- _____ (1997): *Strikes*, Boston, South End Press.
- Callahan, David (1998): "State Think Tanks on the Move", *The Nation*, 12 de octubre.
- Covington, Sally (1997): *Moving a Public Policy Agenda: The Strategic Philanthropy of Conservative Foundations*, Washington D.C., National Committee for Responsive Philanthropy, julio.
- Doremus, Paul N., William W. Kelley, Louis W. Pauly y Simon Reich (1998): *The Myth of the Global Corporation*, Princeton, Princeton University Press.
- Forbath, William (1989): "The Shaping of the American Labor Movement", *Harvard Law Review*, vol. 102, n° 6, abril, pp. 1111-1256.
- Gordon, David M., Richard Edwards y Michael Reich (1995): *Segmented Work, Divided Workers: The Historical Transformation of Labor in the United States*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Gruelle, Martha (1998): "UPS Strike: A Landmark Victory", *New Politics*, n° 24, invierno, pp. 27-31.
- Harrison, Bennett (1995): *Lean and Mean: The Changing Landscape of Corporate Power in the Age of Flexibility*, Nueva York, Basic Books.
- Hattam, Victoria C. (1993): *Labor Visions and State Power: The Origins of Business Unionism in the United States*, New Jersey, Princeton University Press.
- Horowitz, Morton J. (1977): *The Transformation of American Law*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Juravich, Tom y Kate Bronfenbrenner (1999): "Steelworkers, Victory at Ravenswood: Picket Line Around the World", *Working USA*, julio-agosto, pp. 53-64.
- Montgomery, David (1979): *Worker's Control in America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Moody, Kim (1997): *Workers in a Lean World: Unions in the International Economy*, Nueva York, Verso.
- Orren, Karren (1991): *Belated Feudalism: Labor, the Law and Liberal Development in the United States*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Paget, Karen (1998): "Lessons of Right-Wing Philanthropy", *The American Prospect*, n° 40, septiembre-octubre.
- Panitch, Leo (1986): *Working-Class Politics in Crisis*, London, Verso.
- Piven, Frances Fox (1998): "Welfare and Work", *Social Justice*, vol. 25, n° 1, pp. 67-81.
- Piven, Frances Fox y Richard Cloward (1997): "Movements and Dissensus Politics" en Frances Fox Piven y Richard Cloward (eds.), *The Breaking of the American Social Compact*, Nueva York, The New Press, pp. 287-306.
- _____ (1992): "Normalizing Collective Protest" en Aldon D. Morris, y Carol McClurg Mueller (editores), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press, pp. 301-325.
- Pope, James Gray (1997): "Labor's Constitution of Freedom", *The Yale Law Journal*, vol. 106, pp. 941-1031.
- Robertson, David Brian (1999): "Voluntarism Against the Open Shop: Labor and Business Strategies in the Battle for American Labor Markets", *Studies in American Political Development*, vol. 13, n° 1, primavera.
- Schattsneider, E. E. (1942): *Party Government*, Nueva York, Reinhart and Co.
- Scher, Abby (1999): "Scofflaw Star: Avondale", *Dollars and Sense*, septiembre-octubre, pp. 28-29.
- Schuck, Peter H. (1998): "The Open Society", *New Republic*, 13 de abril.

- Steinberg, Marc W. (1984): "The Roar of the Crowd: Repertoires of Discourse and Collective Action among Spitafields Silk Weavers in Nineteen Century London" en Mark Traugott (ed.), *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Durham, North Carolina, Duke University Press, pp. 57-87.
- Tilly, Charles (1982): "Charivaris, Repertoires and Urban Politics" en John M. Merriman (ed.), *French Cities in the Nineteenth Century*, Londres, Hutchinson.
- Tilly, Chris (1998): "Part-Time Work: a Mobilizing Issue", *New Politics*, vol. 24, invierno.
- Wells, Don (1998): "Building Transnational Coordinative Unionism" en Humberto Juárez Núñez y Steve Babson (eds.), *Confronting Change: Lean Production in the North American Auto Industry*, Detroit, Wayne University Press.
- _____ (1997): "Fighting the Mexico Mantra", *Our Times*, noviembre-diciembre.
- Williams, Lucy (1996): "The Right's Attack on Aid to Families with Dependent Children", *The Public Eye*, n° 10.

EL SANTIAGUEÑO AZO (ARGENTINA, 1993) LAS MEMORIAS DE LA PROTESTA

Javier Auyero¹

Introducción: los objetos del deseo

“Esto es para vos”, me dijo Nana, una empleada de los tribunales de Santiago del Estero, al darme una lágrima de la araña de cristal de la casa de gobierno. “Me la llevé como un *souvenir*, cuando tomamos y quemamos esa casa corrupta... quedátela, como un recuerdo de mi Santiago.” Tomado por sorpresa, le pregunté: “¿Qué significa esto para vos?”. “Es un recuerdo”, me contestó. “Es un recuerdo de ese día... y estoy chocha [feliz] porque de pronto ese recuerdo te interesa a vos, entonces es un recuerdo valioso. Al menos vale, porque si ya te interesa a vos. Es un *souvenir*, yo dije ‘voy a entrar (a la casa de gobierno) porque quiero un *souvenir*’. Para vos, ¿qué es eso?”

Esta fue nuestra última entrevista en lo que es ahora una transcripción de unas 50 páginas sobre su participación en el *santiagoueño azo*, el “estallido social” que conmovió a esta provincia y al país el día 16 de diciembre de 1993. Durante este día de furia miles de manifestantes (la mayoría empleados públicos) invadieron, destruyeron y quemaron los edificios de la casa de gobierno, la legislatura, los tribunales y las residencias de cerca de una docena de prominentes políticos locales. Empleados estatales y municipales, maestras de primaria y secundaria, jubilados, estudiantes, dirigentes sindicales y otros reclamaban el pago de sus salarios, jubilaciones y pensiones (adeudados desde hacía tres meses), protestaban contra la implementación de políticas de ajuste estructural y expresaban su descontento con la generalizada corrupción gubernamental.

¹ Por su hospitalidad en Santiago del Estero quiero agradecer a Sonia, Raúl y Raulín. Carlos Zurita, Alberto Tasso y Raúl Dargoltz fueron una indispensable guía intelectual en mi paso por Santiago. No sólo compartieron conmigo sus ideas sobre la realidad de Santiago y las causas y consecuencias de la protesta, sino que hicieron de mi estadía allí una experiencia inolvidable. No tengo palabras para agradecer a todas y cada una de las personas a las que entrevisté, sin su tiempo este trabajo –demás está decirlo– hubiera sido imposible. Por sus comentarios y críticas a un borrador de este trabajo quiero agradecer a Ethel Brooks, Jeffrey Olick, Carmenza Gallo, Charles Tilly, Loïc Wacquant, Naomi Rosenthal, Lucas Rubinich, Alejandro Grimson, Wayne Te Brake, Howard Lune, Roy Licklider, Carol Lindquist, Ann Mische, Elke Zuern y Marina Farinetti.

“Después de ese día –me contaba Mario (en aquel momento oficial en el departamento de policía local)– comencé a buscar las cosas que se habían robado de la casa de gobierno. Enseguida, mis superiores me ordenaron recuperar las cosas robadas.” El hecho de que los objetos de más valor (no aquellos “insignificantes” como la lágrima de cristal que ahora ornamenta mi oficina) que Mario encontró estaban en posesión de gente cercana al gobierno (“amigos del poder”, según él los definió) llevó a su expulsión de la fuerza. Parte de su ira frente a esta decisión arbitraria fue expresada en una larga conversación que tuvimos en el verano de 1999. En esta charla, Mario insistió en contarme “lo que realmente pasó”. “Ese día, se terminó mi carrera”, me dijo apenadamente, “y quería contarle mi versión de la historia”.

En este artículo, me voy a concentrar en las diversas experiencias del evento, o, mejor dicho, en las maneras en que las experiencias del “estallido” son recordadas y relatadas seis años después del mismo. Estoy interesado, particularmente, en la forma narrativa que adquieren las memorias cuando la entrevista etnográfica abre un espacio de recuerdo. Basado en una serie de entrevistas y conversaciones informales llevadas a cabo en el invierno de 1999 en la ciudad de Santiago del Estero y en investigación conducida en los archivos de la hemeroteca del Congreso Nacional, en Buenos Aires, y en los archivos del diario *El Liberal*, en Santiago del Estero², este trabajo debe verse como un primer intento por hacer de las historias del *santiagoueñazo* un objeto de explicación social. Tiene tres objetivos. En primer lugar, el trabajo busca reconstruir parte de la historia de la protesta más violenta en la Argentina democrática contemporánea. Este “estallido” fue el primero en combinar protesta contra medidas de ajuste y contra corrupción pública generalizada, en confluir en los símbolos del poder público en las residencias de políticos locales. En segundo lugar, este artículo intenta contribuir a los recientes debates sobre la relación entre movilización, narrativa, y construcción de identidad (Polletta, 1998a, 1998b; Tilly, 1998), prestando particular atención al rol de los relatos en la creación de los diferentes significados de un evento y en la construcción de las identidades de los participantes; en el trabajo argumento que los múltiples sentidos que los protagonistas del evento (manifestantes, policías, funcionarios del Estado, políticos, etc.) han estado construyendo desde que éste ocurrió no han sido creados por los individuos sino que son producto de diálogos, de un “*sparring* retórico” (Steinberg, 1995), de una “conversación beligerante” (Tilly, 1999) entre los detentadores del poder, los medios de comunicación y los manifestantes.

En tercer lugar, centrándose en la entrevista etnográfica como un espacio de “recuento”, este trabajo busca explorar el papel del analista social en la reconstrucción interactiva de los sentidos de la protesta colectiva, un rol que, a

² A los efectos de proteger su anonimidad, he modificado los nombres de los entrevistados, salvo en el caso de conocidos funcionarios públicos.

pesar de comprensivos tratamientos sobre el alcance y las formas de los “métodos cualitativos” (Denzin y Lincoln, 1994; Emerson, 1983), ha sido poco explorado. Argumentaré que la entrevista etnográfica no sólo posibilita la reconstrucción de estas conversaciones beligerantes sino que también facilita el surgimiento de sentidos que, de otra manera, se perderían.

En la primera parte, reconstruyo las historias que los periodistas, políticos, y un prominente juez cuentan sobre el mismo episodio, historias que –en combinación– constituyen una “memoria oficial”. Hablar de un “punto de vista oficial” sobre los eventos –el “punto de vista de los funcionarios en el que se expresa el discurso oficial” (Bourdieu, 1991, 136)– no significa que considere a este relato como algo monolítico y homogéneo. La historia de ese día y de sus efectos contada por un ex oficial de policía busca iluminar este punto. Mi reconstrucción, sin embargo, enfatizará en los acuerdos más que en las diferencias, porque es con estos acuerdos con los que los manifestantes construyen un diálogo contencioso. El *sparring* retórico que ocurre entre el punto de vista oficial y las historias más fragmentadas contadas por los manifestantes constituye el objeto principal de la segunda parte de trabajo. Aquí prestaré especial atención a dos sentidos particulares de la protesta: a) la dimensión carnavalesca que antagoniza con el énfasis que el discurso oficial pone en el carácter “lamentable” y “triste” de ese día, y b) el “respeto” y la “dignidad” que los manifestantes dicen haber buscado cuando protestaron; respeto y dignidad que la memoria oficial descarta cuando habla de un “mero reclamo salarial”. En la última parte, exploraré el rol de la etnografía en posibilitar que estos distintos significados salgan a la luz.

El marco dominante: las historias que cuentan periodistas y funcionarios

El relato que sigue es una reconstrucción basada en el número aniversario del *santiagueñazo* del periódico *El Liberal*, en la compilación de artículos publicada por el mismo diario “El estallido social en Santiago” y en el libro publicado por dos jóvenes periodistas del citado medio (Curiotto y Rodríguez, 1994).

La calurosa mañana del 16 de diciembre de 1993, el pueblo de Santiago explotó contra el atraso y la corrupción en una violenta manifestación que comenzó en la casa de gobierno. El relato de *El Liberal* describe detalladamente los hechos desde el punto de vista de quienes están en el interior del edificio atacado y detrás del cordón policial. La alarma del puesto de guardia suena de una manera inusual –continúa el relato– el agente de policía intenta alertar al resto de un grupo de manifestantes (300 de acuerdo al reporte) que se acercan hacia la casa de gobierno. El reporte, titulado “El día más triste”, sostiene que nada hacía prever la violencia de ese día, porque la policía estaba esperando una manifestación para el día siguiente, convocada por el líder de la oposición, el caudillo radical, José Zavalía. La violencia de esa “mañana fatal”

fue, entonces, imprevista y tomó a la policía por sorpresa, careciendo ésta de las municiones especiales necesarias para reprimir la protesta.

Veinticinco minutos pasaron luego de la primera alarma, cuando un grupo de “enardecidos manifestantes” se apropia de una camioneta de uso oficial, le da vuelta y la incendia. Ésta es, según el reporte, la primera indicación de que algo terrible ha de suceder. Dando a entender que los eventos de este día obedecen a algún plan oculto, el reporte sostiene que los manifestantes (identificados como empleados públicos, profesionales, desempleados, maestras, jubilados, estudiantes, políticos, y agitadores), aparentemente mejor organizados que en otras oportunidades, comienzan a arrojar objetos contundentes (ladrillos, piedras, palos, botellas, baldosas) hacia la casa de gobierno. Una de las piedras, arrojada por una “mano desconocida”, da en la cara del jefe de policía quien, en ese momento, está tratando de dialogar con los manifestantes. Éste es el instante crucial para el desarrollo de la violencia. Cuando el jefe de policía, con su cabeza llena de sangre, se desmaya, el desorden y la represiva respuesta policial se suceden. Minutos después la policía agota la balas de goma y los gases lacrimógenos. Ya es tarde cuando la guardia de infantería obtiene nueva munición, para ese entonces los manifestantes son los “dueños del campo de batalla”; ya están “a cargo de la situación”. Cientos de proyectiles rompen las ventanas de la casa de gobierno, mientras la policía en su interior “corre de un lado al otro sin saber qué hacer”. El fuego comienza a tomar partes del edificio y la policía es completamente sobrepasada. El gobernador Lobo se rehúsa a abandonar el edificio. A las 11:30 am el edificio está casi “completamente en llamas” y el jefe de policía convence al gobernador para que se marche del edificio: “Gobernador... puede haber una masacre, salga del edificio con los miembros del gabinete que nosotros lo escoltamos”. Apenas el gobernador se aleja, los 27 guardias de infantería también dejan el edificio, y comienza el ataque final. Cuarenta minutos después, los tribunales se convierten en el blanco de más de cien enardecidos manifestantes. Rompen las ventanas y entran al edificio, robando computadoras, máquinas de escribir, expedientes de los juzgados, y quemando sillas y mesas. En medio de los disturbios, se podía observar a gente del Partido Radical y de partidos de izquierda quienes “fomentan la violencia”. Es importante resaltar –continúa el reporte– que algunos empleados de tribunales facilitan la entrada de los manifestantes al edificio. La acción de los “revoltosos” no era al azar dado que algunos juzgados son “más atacados” que otros (el juzgado criminal de 5ª, por ejemplo, donde se procesaban muchos de los casos más notorios de corrupción).

A la 1 pm, un grupo de furiosos manifestantes ataca la legislatura, “destruyendo todo lo que encuentran”. La “horda” arroja las bancas de los legisladores por las ventanas y luego se dirige a la casa del gobernador Lobo, con el “firme propósito de quemarla”. Apenas los “revoltosos” entran a la casa de Lobo, un grupo de guardias de infantería llega al lugar y previene el asalto. Pero la “horda” se mueve más rápido que la policía; una hora más tarde están

saqueando y quemando las casa de políticos, funcionarios locales prominentes, y ex gobernadores (Crámara, Iturre y Juárez). Sillones, mesas, alfombras, ropa interior, electrodomésticos, trajes, puertas, y ventanas son los “principales trofeos de la turba enardecida”, entre los cuales sobresalen mujeres y niños. Una de las casas que sufren la mayor devastación es la del ex ministro de Obras Públicas, López Casanegra, quien inicialmente intenta defender su propiedad. Otro grupo de manifestantes se dirige hacia la casa de uno de los líderes de la oposición (Zavalía), quien se defiende a balazos, apostado con algunos de sus seguidores en su residencia, evitando que los revoltosos entren allí. Son las 4:30 pm cuando un grupo de 250 personas ataca la residencia del ex gobernador Mujica, quemando su casa y su auto, “se roban muebles y electrodomésticos” mientras que los vecinos “aplauden y celebran” la destrucción. Más tarde, 200 manifestantes atacan las casas de los ex legisladores Gauna y Granda, este último intenta sin éxito defender su propiedad. Las casas del miembro del Superior Tribunal de Justicia (Moreno), del subsecretario de medios y relaciones institucionales (Brevetta Rodríguez), de una legisladora (Riachi) y del líder del sindicato de docentes más numeroso de la provincia (Díaz) también son destruidas y quemadas. Esa noche, el edificio de Matelsan –propiedad del ex gobernador Iturre– es atacado, sus puertas y muebles destrozados, mientras que los vecinos “dan vivas a los atacantes”. Finalmente, a las 9:30 pm uno de los edificios del Ministerio de Bienestar Social es asaltado. Una hora después, el Senado Nacional autoriza la intervención federal a Santiago del Estero. “Este es el comienzo de un nuevo período en la historia de la provincia” –una historia, concluye el reporte en diciembre de 1994–, que “está por escribirse”.

Junto a este reporte cronológico, el periódico presenta los testimonios de seis mujeres y tres hombres que, como espectadores de los eventos, expresan sus sentimientos y evaluaciones sobre lo sucedido. Como es de esperar, “el día más triste” es recordado con pena. “Me sentía muy mal por lo que estaba pasando –dice Susana–, estaba muy preocupada por mi familia, sobre todo por mis tres hijos. Creo que la gente no tendría que haber actuado tan violentamente, y no tendrían que haber destruido los edificios públicos.” Ester sostiene que ella sentía miedo y estaba enojada, Eugenia que vivió los eventos con dolor y amargura. “Prefiero no recordar –dice Sandra–, porque fue algo muy triste”, mientras María rememora el “terror” que sintió. Para Gustavo, el 16 de diciembre es una “mala memoria” porque “fue inútil”. Una historia triste, dice otro empleado público, pero “fue bueno para la provincia porque el pueblo reaccionó”.

También fue un día triste para el juez Luis Lugones, cuyo juzgado en el Palacio de Tribunales fue uno de los blancos preferidos de los “revoltosos”, y que tuvo a su cargo a las 144 personas arrestadas el 16 de diciembre. Luego de seis años de transcurridos los eventos, ¿Cómo los recuerda? ¿Qué historia cuenta sobre el 16 de diciembre?

Sus primeras palabras en nuestra larga charla dan cuenta de que su interpretación de lo que pasó ese “triste día” se confunde con la descripción de sus propias acciones, antes, durante y después de los episodios: “No me arrepiento de nada de lo que hice”, me dice. ¿Por qué debería estar arrepentido? Él tenía a su cargo uno de los casos más notorios de corrupción de la provincia, aquel que involucraba al subsecretario de medios y relaciones institucionales (Brevetta Rodríguez) quien, en conexión con otros funcionarios y el gobernador, habían firmado un contrato entre el gobierno y una empresa de publicidad fantasma por 300.000 dólares (*El Liberal*, 23-11-93, 7). Luego de estar fugitivo por 20 días, Brevetta Rodríguez se presentó al juzgado de Lugones pero fue liberado al día siguiente –decisión que para muchos analistas locales (Curiotto y Rodríguez, 1994; Dargoltz, 1994) fue el golpe final a la imagen pública de los tribunales: quedaba así demostrada la complicidad de la justicia con el poder político. “Dado que el delito era excarcelable y dado que soy un leal defensor de las garantías constitucionales, lo saqué de la cárcel”, me dijo Lugones en agosto de 1999. “La gente no lo entendió así –comentó–, porque estaban guiados por los medios. Fueron los medios los que hicieron las cosas más difíciles, los que seguían echando leña al fuego.” Él hizo “lo correcto, lo que había que hacer –es una frase que repitió en más de una oportunidad durante nuestra entrevista–” con el caso de Brevetta como con aquellos arrestados por el saqueo y la destrucción de las residencias de políticos y funcionarios. Lugones justifica su decisión de liberar a los 144 detenidos (88 hombres, 7 mujeres y 49 menores, todos varones) explicando que “éstos estaban en peligro, dado que los que estaban dentro de la cárcel se habían enterado de que sus expedientes habían sido quemados e iban a castigar a los responsables”. En realidad “estaba protegiendo” a los detenidos. Éstos eran “gente muy humilde, incapaz de actuar por sí mismos: eran un rebaño”. Este “rebaño inocente” fue incitado a la violencia por “agitadores”, el juez me explica. “La multitud consistía de aquellos que provocaron, que fueron los que prendieron fuego a todo, y aquellos que sacaron ventaja de la situación” (saqueadores que se llevaron una mesa o una silla, algunos de los cuales fueron arrestados y luego liberados por él). Estos “agitadores –continúa– eran una mezcla de gente de otras provincias, como Tucumán y Córdoba y dirigentes sindicales locales”. Pero eran “una pequeña minoría aislada. Trescientas personas no son toda la sociedad... solamente 50 decían ‘Vamos a quemar todo’. Vinieron preparados con nafta. Estos activistas tenían unos papelitos con los nombres de las casas que iban a quemar... Había intereses políticos detrás”.

Es muy dudoso, escribe el historiador George Rudé sobre la multitud, que se pueda establecer “una clara distinción... entre los que se suman a la multitud y los que permanecen en las veredas o incluso se quedan en sus casas... existe un evidente lazo de simpatía e interés común que vincula a los pocos activos con los muchos inactivos” (1964, 212). El juez Lugones estaría completamente en desacuerdo. Aparte de quienes “agitaron” y de quienes “sacaron ventaja de la situación”, él sostiene que la mayoría de la gente “miró todo por la televisión con gran pena porque se quemaba un monumento histórico

(la casa de gobierno)". Pena y dolor son los temas principales en su historia, sobre todo cuando recuerda sus propios sentimientos al saber que los tribunales ardían: "Sentí un gran dolor, porque era *nuestra casa*".

¿Cuáles fueron las causas del "estallido"? El juez y la mayoría de los periodistas locales tienen una explicación formada que combina la identificación de un reclamo con el surgimiento de la movilización (conjunción que estudiosos del surgimiento de acciones colectivas han probado errónea) (Tarrow, 1998). De acuerdo con este punto de vista, los eventos del 16 fueron causados por el retraso de tres meses en la paga de los salarios, ni más ni menos. El gobierno dejó de pagar a sus empleados durante tres meses y, en diciembre, "la gente estaba como loca" –como me explicaba un periodista. O como sostiene otro periodista de *El Liberal* "la furia, el desencanto, la irritación y la necesidad de robar se apoderaron de la ciudad y no hubo fuerza de contención que aplacara esa sed de romper y tomar lo ajeno" (Gallardo, 1994, 39). La falta de pago de salarios está también en la raíz de la ausencia de represión por parte de la policía. Cierto es que la policía fue sobrepasada por los manifestantes (el reporte policial al que tuve acceso menciona la cantidad de manifestantes, su "agresividad" y la falta de municiones antimotines, como las razones fundamentales detrás de la falta de respuesta policial), pero, como "acá en Santiago, todo el mundo sabe", me contaban muchos periodistas locales, los salarios de la policía también estaban impagos. Uno de los directores de *El Liberal* me expresaba lo que su amigo, el ex gobernador Lobo, le había confesado en privado luego del "estallido": "No le pagué a la policía, ése fue mi error". Esto, de acuerdo con muchos, explica la falta de represión y la "libertad" de la que gozaron los manifestantes ese día.

Además de la falta de pago de salarios a empleados públicos y policías, la corrupción generalizada alimentó la "bronca", la "furia" y la "irritación" que "el pueblo" sintió en ese momento. Como lo explicaba otro periodista: "Los santiagueños se cansaron de tanta corrupción, felonía, impunidad e inmunidad institucionalizadas. Explotaron debido al hartazgo de asistir perplejos, atónitos y casi de rodillas al lamentable espectáculo que daban los políticos, la dirigencia sindical y los gobernantes de turno, que se repartían el botín privilegiando el interés propio por encima del comunitario" (Jozami, 1994, 26). Otro periodista de *El Liberal* coincidía en que la corrupción gubernamental era uno de los "motores de la protesta" (Luna, 1994, 56). Así como el juez, muchos periodistas que cubrieron los eventos crean una taxonomía de participantes, distinguiendo a los manifestantes de los "vándalos" (Garay, 1994, 24; Díaz, 1994, 54) y acentuando la presencia de agitadores: "muchos rostros extraños, algunos con tonadas porteñas o tucumanas, cordobesas y hasta santafesinas" (Gallardo, 1994, 38); y "entre las 1.200 personas que concurren a la movilización de los empleados públicos, sólo figuraron 100 vanguardistas, que fueron los que asaltaron y quemaron..." (Díaz, 1994, 49).

Una multitud inocente liderada por activistas –un “pasivo instrumento de agitadores externos”, como diría Rudé (1964, 8)– descargó su ira y furia por la falta de pago de salarios, me explica el juez; y por la corrupción generalizada, añaden la mayoría de los periodistas locales. Los políticos locales también acusan a activistas “de afuera” por los “actos de vandalismo”. Con las diferencias y contradicciones internas que están más allá de los límites de este artículo, quienes ocupan las posiciones dominantes en los campos periodístico y político construyen un “marco dominante” (Steinberg, 1995) –esto es, un esquema interpretativo que condensa y simplifica las diferentes dimensiones y sentidos de la protesta– para explicar los eventos del 16 de diciembre. Como veremos, es en relación con este marco (en diálogo con él) que los participantes en la protesta construyen historias parcialmente diferentes de los mismos eventos, si bien están siempre condicionados “por el habla hegemónica de los detentadores del poder” (Steinberg, 1995, 60). Este marco dominante tiene, para sus defensores, la fuerza de los hechos. Después de todo, el gobernador Juárez fue electo por cuarta (y en 1999 por quinta) vez por “la misma gente” que saqueó y quemó su casa. “Ves, no cambió nada”, me explicaron en repetidas ocasiones.

De acuerdo con esta construcción discursiva del 16 de diciembre, dado que no mucho cambió en Santiago del Estero, nada significativo pasó ese día, fue “un mero reclamo salarial”. Como me describía el juez Lugones, para quienes “se robaron una silla o una televisión, lo que pasó el 16 no significó nada, nada de nada, por ahí un par más de botellas de vino, eso es todo... el llamado ‘santiagoñazo’ no existió. No cambió el destino de Santiago del Estero”. El juez interpreta el 16 de diciembre como un no-evento, no como ese “hecho histórico que deja una traza singular y única, que marca a la historia con sus consecuencias particulares e inimitables” –como define Dumoulin al evento (citado en Tarrow, 1996, 586)– sino como un “pico de fiebre, como un par de grados más en el calor de Santiago. Después de eso, todo volvió a la normalidad”.

El policía despedido tiene su oportunidad de hablar

“Ese día me costó la carrera”, me dijo Mario, oficial de policía encargado de la seguridad de la casa de gobierno el 16 de diciembre de 1993, luego de presentarse. Para él, nada volvió a la normalidad. En los meses que siguieron al “estallido”, fue dado de baja de la policía debido a una serie de episodios relacionados con la quema y el saqueo de edificios públicos y residencias privadas de los notables locales. Desempleado y enfurecido con “aquellos al frente de la institución”, encontró (¿finalmente?) alguien al cual “contarle la verdadera historia de lo que pasó”, según me dijo cuando –al ver una nota de *El Liberal* reportando mi presencia en Santiago bajo el título “El *santiagoñazo* desde la óptica de un sociólogo”– llamó al hotel donde me hospedaba. Por teléfono me dijo: “Quiero contarle mi versión de lo que pasó”. Conversamos en el *lobby* del hotel por más de dos horas, al final de las cuales tuve la sensa-

ción no sólo de haber tenido acceso privilegiado a una versión tan privada como relevante de los hechos –una historia que se hubiese perdido de otra manera– sino de haber tocado una dimensión ausente en el discurso dominante sobre los eventos. Para Mario, el “estallido” –y lo que vino después– no tuvo sólo que ver con demandas específicas sino, sobre todo, con una búsqueda de dignidad y de reconocimiento.

“Cualquier oficial de combate –escriben McAdam, Tarrow y Tilly– admite en privado... que tanto las representaciones públicas de identidades políticas como otras formas de participación en conflictos se suceden mediante una intensa coordinación, contingente improvisación, maniobras tácticas, respuestas frente a señales de otros participantes, reinterpretaciones de lo que es posible, deseable, o eficaz realizadas en el momento...” (1999, 5). Mario estaría totalmente de acuerdo con esta afirmación. En realidad, él estaba “estudiando, –según me dijo– todos los movimientos y la coordinación” que ocurrían “antes del 16”. Estaba “haciendo inteligencia porque me interesaba lo que estaba detrás del reclamo salarial, los motivos, la gente que estaba involucrada”. Sabiendo, implícitamente, que la interacción entre actores es “la base y el sitio de la contención” (McAdam, Tarrow y Tilly, 1999, 6), Mario “salía de (su) jurisdicción para identificar a los grupos que solían demostrar frente a la casa de gobierno” y para detallar las relaciones existentes entre éstos. “Iba a las reuniones en los sindicatos y sacaba fotos. Tenía muy buena información de los gremios más activos, sobre la coordinación entre los distintos grupos”. Si bien admite que “yo sabía que se venía algo grande, y que la quema de la casa de gobierno estaba entre los objetivos de la gente, toda la responsabilidad por lo que pasó recae en la policía. La policía no tomó en serio la situación”. Sin que yo mencione el reporte de *El Liberal*, Mario hace explícita referencia a él, “los diarios mienten”, lo que el periódico reporta como el momento crucial en el inicio de la violencia (la piedra que impacta en la cara del jefe de policía) es “pura mentira. Él hizo teatro y ordenó la represión. La gente se enardeció”, las tácticas policiales no dieron resultado alguno, “y nosotros fuimos los reprimidos”. En explícito diálogo con las versiones como las del juez y varios periodistas, que ven al estallido como producto de la presencia de “agitadores y activistas externos”, Mario sostiene que éste fue producto de una intensa coordinación y planeamiento por parte de los manifestantes durante las semanas previas: “Sí, activistas sí, sí, por eso se refiere a que alguna gente era más activa que otra... pero eran todos de Santiago”.

Mario me detalló las razones por las que cree que la policía no reprimió efectivamente la protesta: no tenían municiones y las que tenían era de “muy mala calidad” (eran de 1978), lo mismo que los gases lacrimógenos los cuales no ardían, permitiendo a los manifestantes “devolvernos los gases”. Pero principalmente, dice Mario, la ausencia de represión se debió a que “la infantería recibió la orden de abandonar el lugar... y a la gente de mi comisaría la dejaron sola. No teníamos ropa, nuestra ropa estaba toda rota, estábamos vestidos de civiles. No pudimos hacer nada”. Él se opone tajantemente a la versión

que señala los salarios de la policía como la razón fundamental de su inacción, y apunta, sin decirlo explícitamente, a una economía moral de la fuerza policial que estaba siendo amenazada en ese momento y que explicaría por qué no reaccionaron de la manera esperada:

...[el reclamo salarial] es una excusa... podríamos haber hecho algo para proteger la casa [de gobierno]. Tratamos de calmar a la gente, pero no teníamos armamento. Estábamos totalmente desarmados. No teníamos la ropa adecuada.... Si bien no teníamos los medios, podíamos haberlo prevenido. Yo estaba muy enojado con la falta de capacidad y liderazgo de mis superiores, no de los subalternos... La política siempre estuvo metida en la fuerza [policial], todos los ascensos se hacían por política.

No tenían ropa, repite varias veces en la entrevista. “No teníamos armas”, enfatiza, “y las balas eran viejas”, y “los superiores estaban ahí por la política”. Para Mario, los eventos del 16 de diciembre no tuvieron tanto que ver con reclamos salariales sino con la organización (de los manifestantes) y una (ya en ese entonces perdida) dignidad policial. En aquel día, la falta de municiones, ropa y liderazgo legítimo expuso la falta de reconocimiento que ellos –“los subalternos, no los superiores”– tenían como policías. Dado que ya habían dejado de ser policías, hicieron lo que tenían que hacer: se retiraron de escena.

La dignidad de Mario como policía fue nuevamente cuestionada luego del “estallido” cuando “mis superiores me ordenaron encontrar las cosas que habían sido robadas ese día y los siguientes”. “Una pistola española muy bonita... ésa fue la primera cosa que el gobernador Juárez me ordenó recuperar. Recuperé muchas cosas del saqueo de su casa: muebles clásicos, una mesa muy linda, el tapado de piel de la señora Nina (la esposa del gobernador), muchas, muchas cosas.” Mario me mostró una detallada lista de las cosas que encontró: máquinas de escribir, ventiladores, estufas, bicicletas, computadoras, teléfonos, armas, acondicionadores de aire, reproductores de video, ropa. Durante nuestra entrevista me mostró las fotos que él y sus oficiales tomaron durante los saqueos a las casas de los políticos locales y que le permitieron luego encontrar los objetos de más valor. “No fue tan difícil recuperar las cosas”, me dijo. Los problemas comenzaron cuando descubrió que los objetos más valiosos (el tapado de piel de Nina, sus joyas y sus zapatos) estaban en manos de funcionarios muy cercanos al gobernador Juárez. “El guardaespaldas de Juárez tenía la pistola española... la amante de un diputado tenía el tapado de piel de Nina”, me contó Mario y, viendo mi cara de sorpresa, rápidamente agregó: “Sí, ya sé, estaba jugando con fuego”. Pero siguió en búsqueda de los objetos robados: “Como un buen policía, yo seguía órdenes”. Comenzó a recibir amenazas: “La gente en la fuerza me decía que parara porque me iban a echar”. No se detuvo y, al poco tiempo, “me implicaron en el robo de un camión de sidra, diciendo que yo iba a vender toda la sidra que había sido robada”. Abre, entonces, otra carpeta, no ya la que tiene fotos de los manifestantes, sino una con recortes de diarios que reportan el “escándalo en la policía.

Agente involucrado en el robo de camiones”. Como era de esperar, fue despedido de la fuerza, “despedido por jugar con fuego”, me dice. “El 16 de diciembre es el comienzo del fin de mi carrera de policía”, sintetiza, “por eso le quería contar mi versión de lo que pasó”.

El discurso de los participantes

Las historias que cuentan los manifestantes

Enfurecida espontaneidad, dignidad, y el carácter festivo del incendio y saqueo son, contra el marco dominante, los elementos que los participantes directos en el “estallido” o bien tematizan explícitamente o bien refieren implícitamente.

“Antes que [los policías] se retiraran hubo un contacto entre la gente y la policía que no sabías si putearlos [insultarlos], pegarles, perdonarles, los aplaudieron y se fueron. Cuando ocurrió eso, no sabíamos qué hacer...” me contaba Roberto.

Yo empecé a buscar a la gente del frente³, para decirles que se hagan cargo de la situación... nadie sabía qué hacer... En ese momento vemos que la muchachada... los muchachos de los barrios, se levantan, se ponen los pañuelos, las camisetitas, para cubrirse. Yo me acuerdo que entré hasta la mesa de entradas, cuando veo que los muchachos empiezan a quemar. Y eso me pareció horroroso. Subo y le digo a uno: ‘No quemen, no seas boludo, semejante casa tan linda’. No nos daban bola [prestaban atención] los changos, imparables, cuando yo le hablaba a este había tres o cuatro meta prender fuego arriba. Fue fracción de segundo y los tipos estaban quemando todo. Era imparable.

Contra la supuesta presencia de agitadores, esta confusión da cuenta de un sentido de espontaneidad que es explícitamente señalado en las entrevistas. Se hace referencia y, al mismo tiempo, se objeta la versión oficial de los hechos. “Fue espontáneo... no había gente de otros lugares *como dicen*. Acá nos conocemos todos, estaba en el ánimo de la gente”, me decía María, dirigente de uno de los sindicatos docentes. Y su compañera René agregaba: “Fuimos a tribunales, pero no había nada de organización. La gente se movía por grupos. Por ahí escuchábamos que la gente iba para tribunales y todos íbamos para tribunales... escuchábamos de otros... para ir a casa pasé por la legislatura, y no vi ninguna persona extraña *como se dice por ahí*, activistas, no...” Todos y cada uno a quienes entrevisté conectan su narración con la versión oficial del episodio, negando rotundamente la presencia de activistas o agitadores, y recurriendo a la imagen de una suerte de *bronca contagiosa* para explicar las razones por las que hicieron lo que hicieron. “Fue una cosa espontánea, fue un hecho que ocurrió por la situación en la que estábamos vivien-

³ Se refiere al Frente Social, un grupo de organizaciones sociales y sindicatos que se había formado en las semanas anteriores a los eventos del 16.

do”, dice Juana quien, en ese momento, era dirigente en una comunidad eclesial de base. O como afirma Nana: “*Algunos dicen* que fue sólo una cosa de vándalos. Ponele que haya habido vándalos aquí o allá, pero los que iniciaron todo, los que rompieron el cordón policial, no fueron los vándalos, fueron los laburantes [trabajadores], fueron gente de laburo; no contratamos ningún barra brava que venga a romper el vallado policial. Lo hacíamos nosotros, hacíamos círculos, nos poníamos a saltar y nos tirábamos contra la cana [policía], haciendo remolino, como hacen los pendejos [jóvenes] en los boliches [discotecas], para hacerlos romper... para no ir de frente”. En realidad, Nana y los demás acentúan la falta de organización como el problema más importante del “estallido”: fue debido a esta falta de organización que los hechos no tuvieron la trascendencia esperada.

Mientras que la “fiebre” de la que habla el juez sirve para dar a entender cierta irracionalidad de la multitud y cierta inocencia de “la horda”, el contagio y la espontaneidad de la que hablan los manifestantes cumplen otra función. De manera similar a las protestas realizadas por los estudiantes afroamericanos analizadas por Polletta (1998b), la repetida referencia (y el énfasis explícito) a la espontaneidad proporciona a los manifestantes “alguna defensa frente a las acusaciones que dicen que las protestas eran organizadas por ‘agitadores externos’” (Polletta, 1998b, 149). Como lo afirma Nana,

(E)sto fue algo hecho por santiagueños y desde Santiago del Estero, aquí no hubo barra brava de ningún club. *Eso es lo que más me calienta [enoja] del santiagueñazo, que la gente diga que esto fue organizado por Cavallo, fue organizado por Araoz, por Palito Ortega, por Schiaretti o por Juárez*⁴. Yo pienso que, si alguien quiso organizar esto, se le fue de las manos. Totalmente, totalmente, totalmente. Ojalá te pudiera poner una tribuna de gente que estuvo ocupando distintos lugares, y te van a decir lo mismo. Gente como yo, que no tenemos nada en juego y que no tendríamos por qué haber arriesgado el cogote. Como lo arriesgó mi compañero, porque las balas eran para cualquiera de nosotros.

Mientras que insisten en el carácter espontáneo de la revuelta, tanto Roberto, como María y René reconocen que —como Mario, el policía, bien lo supo— había habido incansantes esfuerzos organizativos antes del 16 de diciembre. En realidad, cuando se les pregunta por los orígenes o causas del “estallido”, todos los manifestantes ubican este día en una larga serie de eventos: “Todo comenzó al principio del 93”. Los esfuerzos organizativos incluían la formación de un Frente de Gremios en Lucha, que agrupó a varios de los sindicatos más combativos (lo que McAdam, Tarrow y Tilly llamarían *brokerage* o agente negociador) y una participación casi semanal en marchas, demostraciones, clases públicas, sentadas, cortes de calles, durante el año. En estas protestas (que fueron, desde 2 de enero a 30 de septiembre, 28 en las primeras dos semanas de diciembre), los manifestantes no sólo se encontraban en la calle y

⁴ Nombres de prominentes funcionarios nacionales y provinciales.

se daban “cuenta de que no estábamos solos, era increíble” –como lo describía Nana–, sino que también aprendían a lidiar con la creciente represión policial. “Aprendimos a devolverles los gases lacrimógenos.” Incluso una mirada superficial a los eventos que ocurrían en la región durante esa época notaría que las acciones del 16 fueron cualquier cosa menos espontáneas, que el estallido “se veía venir” desde hacía ya unos meses. ¿Por qué razones los manifestantes enfatizan tan vehementemente en el carácter espontáneo de la movilización? ¿Cuál es el significado de esta afirmación en el contexto de sus recuerdos?

Quizás la insistencia en la espontaneidad signifique otra cosa que revuelta sorpresiva. Quizás la espontaneidad, como es recordada hoy en 1999, significa que los manifestantes estaban siguiendo un imperativo moral que los urgía a actuar y estaban expresando su decisión de romper con una creencia compartida sobre la supuesta apatía provincial. Como lo expresaba María, del sindicato docente, “me gusta lo que hicimos. Si no hubiéramos hecho eso, hubiéramos sido unos indignos. Aunque se haya quedado ahí, quedó en un estallido...”. Por un lado, al afirmar la iniciativa local, la espontaneidad denota una respuesta al marco oficial de los eventos que pone a los agitadores externos como motor principal de la “furia popular”. Por otro lado, al afirmar la dignidad de los manifestantes, la espontaneidad expresa un esfuerzo por realizar una visión moral, como diría Jasper (1997), una visión que, si bien abarca, trasciende el simple reclamo material. Así es como Nana explica sus acciones: “Porque quería protestar, porque no me parecía justo lo que estaba pasando. Sí, es cierto, uno quería que le paguen, pero también quería terminar con la basura de gobierno que teníamos, terminar de alguna manera con darle la papa a tanta corrupción”.

Fue espontáneo porque no se trató únicamente de sueldos impagos, fue una protesta moral, acción directa contra quienes eran percibidos como los causantes de tantos males: “Fue como un castigo...Yo estaba orgullosa de lo que había pasado. Sentí como que habíamos dado un castigo”, me decía Nana. Para ella la revuelta no fue sólo “un mero reclamo salarial”, sino que tuvo (y, como veremos, aún tiene) un significado más abarcador: tuvo que ver con la justicia y con el respeto.

Esa noche, cuando todavía se sentía el olor a quemado, yo pensaba, bueno, tuvimos que poner tanto el pecho, armar tanto quilombo para que al menos se hable de Santiago desde la capital federal, para que Santiago salga por una vez en su historia en la tapa de *The New York Times*, porque también lo sabíamos. Somos la primera provincia y la más pobre, la más postergada, donde más nos cuesta educar a nuestros hijos, criarlos sanos, donde más nos cuesta abrirnos un futuro digno... Se tuvo que hacer mucho quilombo [desorden, lío], para que alguien te lleve el apunte, para que se interese...

La espontaneidad entonces funciona como un rechazo a la supuesta presencia de activistas externos y como una afirmación de la dignidad de los ma-

nifestantes, una dignidad que va en contra del marco oficial de los eventos que construye al “estallido” como un simple reclamo salarial. Así como para Mario (pero por razones enteramente diferentes), para los manifestantes la revuelta fue una afirmación de dignidad, fue un enfrentamiento a los corruptos.

“Nosotros queríamos en el fondo que fuera un despertar, el inicio de una nueva etapa política, un símbolo histórico, un antes y un después, y, bueno, le adjudicábamos muchos símbolos... Y en contrapartida, había en general la derecha, quería hacer aparecer como que esto era sólo por salarios... un periodista fue el que más perfeccionó su argumento de que éste es un pueblo que se calienta si no le pagan, si le pagan van con el que le pagan”, dice Roberto. Él reconoce expresamente cierta verdad en la interpretación dominante de los eventos que sostiene que el 16 de diciembre estuvo lejos de ser todo eso. Pero insiste en la existencia de un significado más abarcador –aunque no realizado– de la protesta: “(E)s indiscutible [como dicen algunos periodistas] que la gente se sublevó porque no le pagaban, también es indiscutible que la gente naturalmente quemó los edificios de las instituciones y si los quemó es porque para ellos no significaban nada. Y eso no se lo va a poder sacar nunca de la historia de Santiago, porque están avisados...”. La dimensión dignificadora de la protesta es algo que muchos de los manifestantes que entrevisté quisieran ver en los eventos pero que los episodios que vinieron luego del 16 (sobre todo la reelección del gobernador Juárez) ponen en duda. “Parecía en ese momento que el santiagueño recuperaba su dignidad, su capacidad de protesta. Eso era positivo. Lo veíamos como muy sano... también fue una lección para los políticos. El *santiagueño* se la aguanta, se somete. Pero que todo tiene un límite, que es capaz de reaccionar. De alguna manera eso está ahí. Ustedes pueden seguir ajustando las tuercas, pero ojo que ha habido un *santiagueñazo* y se puede repetir... es una posibilidad latente...”. En otras palabras, la dignidad, la dimensión moral expresada durante ese día, es una suerte de potencial que, como tal, está abierto a interpretación y reinterpretación. Nadie lo expresa mejor que Nana cuando dice: “Para mí, el *santiagueñazo* es una sinfonía inconclusa”. La revuelta es un *proyecto* que va más allá de la prosecución de un interés material y apunta a la realización de una cultura política diferente: “Lo vimos como algo sano, como una suerte de liberación de un miedo muy internalizado. Fue un aire fresco, un viento de esperanza”, sostiene René. De la misma manera que para *El Liberal*, pero nuevamente por razones diferentes, la historia del 16 de diciembre “aún está por escribirse”.

El “aire fresco”, el “fuego purificador” –como lo definió otro manifestante–, encuentran clara expresión en la naturaleza festiva que la protesta tuvo para muchos. Ciertamente es que la furia y el disgusto figuran de manera prominente en las descripciones de los manifestantes. Pero la entrevista etnográfica posibilita el surgimiento de otras percepciones y emociones. En contraste con la “tristeza” oficialmente construida, muchos manifestantes hacen referencia a la diversión y al goce que experimentaron ese día: “Fue muy cómico”, acuerdan Roberto y Nana.

“¡Devuélvanos al gordo!”. La protesta como fiesta

“Hay muchas anécdotas muy interesantes. Nos moríamos de risa. ¿Querés que te las cuente?” Roberto me preguntó sonriendo. Lo que siguió fue una serie de relatos que contradicen la tristeza y la pena que dominan el marco oficial de los eventos. “Nos moríamos de risa. Fue muy cómico”.

Las calles principales de Santiago se convirtieron en escenario de una performance colectiva inolvidable. “Por un día Santiago fue nuestro”, me decía Nana. Y Marcelo, un joven periodista, recuerda la atmósfera festiva de los saqueos:

Sí... sí... hay mucha gente que ha ido de espectadores. Cuando estábamos en la terraza era algo risueño, divertido porque la gente estaba sentada en la terraza con sombrilla, porque hacía mucho calor, viendo lo que estaba pasando. Y se comentaba, “miralo aquél como sale con esa valija, miralo a aquél con el chanchito”... Sacaban puertas, sillas, valijas con ropa adentro...

Los manifestantes no trazan una línea divisoria entre los apenados espectadores y los furiosos participantes que la memoria oficial construye. En sus recuerdos, el espectáculo observable se confunde con la fiesta experimentada. No sólo existe un “vínculo de simpatía” entre aquellos que se sumaron a la multitud y aquellos que la miraron desde la vereda o en el aparato de televisión, sino que hay un intercambio constante entre los roles de espectador y participante activo. Como lo expresa René:

Yo en ese momento tenía un Citroën. Como a las 3 de la tarde, por televisión veíamos que seguían quemando las casas. Y la televisión y la radio transmitían como si fuera un partido de fútbol: “Ahora se dirigen a la casa de...” (risas). Entonces por la TV alcanzamos a ver que le estaban incendiando la casa a Juárez. Yo estaba con mis tías. Y se veían espectadores que miraban con satisfacción. Las cargué a mis tías en el Citroën, y me fui al barrio Belgrano a mirar. A media cuadra de la casa, la gente de aquí del centro que se había agolpado en sus autos, mirando todo como se hacía... La gente festejaba... Yo también (risas)... claro... si nos estaban masacrando...

Y María agrega: “Lo veíamos como un espectáculo popular, una cosa del pueblo, nosotros lo veíamos como una gesta popular, como una cosa del pueblo, bien espontánea, y comprensible”. La triste y penosa revuelta de la versión oficial es recordada por los participantes como una experiencia placentera y entretenida. “¡Qué va a ser triste!”, decía Sergio en abierta referencia al titular de *El Liberal*, “triste para ellos que se les quemaba la casa”.

... [en la casa del ex ministro de Obras Públicas] Las ventanas del dormitorio de arriba estaban enrejadas y los muchachos ya habían saqueado todo. Ya habían empezado a incendiarla, y vos veías que las llamas subían. Y habían quedado unos muchachos arriba que no iban a poder salir por la ventana, porque era de rejas, y vos veías que ellos se quedaban, revisaban (risas). Y afuera una multitud,

todos preocupados para ver cuándo salían esos tipos, una mina levanta un zapato bellissimo rosado, y aparece un morocho entre las rejas que la ubicaba, se ve que le tiraba cosas. Y ella le señala el zapato, y le dice "Necesito el otro" (risas). El loco se estaba jugando la vida y ella le pedía el otro zapato. Qué divino, un cagadero de risa era eso (Roberto).

Yo me quedé en tribunales, y después volví a la casa de gobierno, disfrutaba el momento, caminaba por las calles, veíamos, caminábamos, dábamos la vuelta por tribunales.... Nosotros estábamos de festejo, tranqui... yo nunca me he fumado un porro pero me imagino que debe ser algo parecido... sí, porque lo disfrutábamos, como sentarse a fumar un faso y tomar un café con un buen amigo. Nos sentamos, y en eso estábamos sentados, disfrutando de todo eso, con el calor aquí, de lo que se quemaba la casa (Nana).

Los reportes periodísticos mencionan muy superficialmente los aplausos y las vivas de quienes miraban la quema y el saqueo. En las memorias de los participantes, la celebración ocupa un lugar central. Un conjunto de imágenes apuntan a una dimensión carnavalesca presente en ese día: imágenes de parodia, degradación y abierto insulto. Una de las imágenes más citadas entre los entrevistados es la de un manifestante sentado en la silla del gobernador, sus brazos abiertos, saludando a la multitud desde los balcones de la casa de gobierno. "Eso realmente me impresionó", recuerda René; "eso fue lo que más me impactó", afirma Juana. Abajo, la gente pintaba con aerosol las paredes del edificio con insultos y amenazas a las autoridades: "X traidor. Te vamos a matar"; "Que Dios me perdone, Obispo, sos un hijo de puta". Episodios de profanación ritual también son recordados como cómicos: "Este tipo le meó toda la cama a Nina y a Juárez... toda, así... fue tan cómico". Una degradación que aún continúa: "¿Te imaginás lo lindo que es cagar en el inodoro de la Nina?", me preguntaba un señor ya mayor al final de nuestra conversación.

Durante esta festiva destrucción, los participantes señalan la conformación de una comunidad: "Una cosa que me llamó la atención –comentaba Roberto– es que nadie se peleaba con nadie en el saqueo. Cada uno se llevaba algo y nadie lo molestaba". No era la guerra hobbesiana de todos contra todos; nadie "ni siquiera tocaba lo que otro estaba sacando", decía Gustavo, otro joven periodista. Para él, la protesta "fue una fiesta, una catarsis y una venganza". La transitoria comunidad que se formó entre los manifestantes transformó al castigo en festejo, y, por un día, dio vueltas a las jerarquías sociales y políticas locales:

En una de esas vemos que venía un gordo enorme, impresionante, con un diván, una joya, una pieza única debe haber sido, una belleza. El gordo lo transportaba solo, caminaba por medio de la (calle) 9 de Julio, como dueño de su casa. En eso se da vuelta y viene un carro de policía lleno de policías de la guardia de infantería. Frena y era obvio que había que meterlo en cana [cárcel], el gordo no podía negar que estaba robando. Entonces lo rodean, le hacen bajar el sillón y lo sientan. El gordo tampoco ofreció resistencia, ocupó toda la caja y se sentó de espaldas a la cabina. Y se dejó llevar. Cuando da vuelta, la gente para a la policía. Y dicen:

“¡Devuelvan al gordo, devuelvan al gordo!”. Ya era joda. Y uno grita: “¡Te cambiamos el gordo por el sillón!” (risas). Vos sabés que lo cambiaron. Lo bajaron al gordo y la cana [policía] se llevó el sillón... ¡Qué bueno! La gente aplaudía [risas].

En los recuerdos de los participantes, no hay activistas ni agitadores externos, tampoco tristeza ni arrepentimiento. Por el contrario, el 16 de diciembre tiene elementos de una igualación carnavalesca. Ese día es recordado como “un tiempo privilegiado en el que lo que se pensaba podía ser por una vez expresado con relativa impunidad”, un tiempo especial que Peter Burke (1978) ve como una característica de los rituales populares. Es día es recontado como una “suspensión temporal de todas las distinciones y barreras jerárquicas”, que Bakhtin define como central en el carnaval (Bakhtin, 1984, 15; Stallybrass y White, 1986). Como recuerda René:

Yo te cuento lo que yo he vivido cuando me iba a la casa de Juárez. Estaba gente conocida, nos saludábamos mientras veíamos el fuego. Y la gente que salía con sillas. Gente como nosotros, nada de activistas, ni Sendero Luminoso, ni nada. Entonces con el Citroën agarramos por una calle para volver y nos cruzamos con un automóvil de la policía, con cuatro o cinco policías. Ellos tocaron bocina y saludaron. Y yo también. Primera vez en la vida, porque generalmente los rechazo. Toqué bocina y nos saludamos. Como hermanos, no sé [risas].

Las historias que cuentan los participantes no contradicen la versión oficial en términos factuales, esto es, en lo que se refiere a lo que sucedió. Ciertamente es que, como es de esperar, estas historias son más detalladas en cuanto a las acciones directas. Sin embargo, cuando se refieren al carácter recreativo de las acciones, a sus formas grotescas y paródicas, al momento liminal en el que se conformó una comunidad de iguales en contra de los detentadores del poder, las historias de los manifestantes apuntan a un significado más profundo de los eventos, a una dimensión carnavalesca de los episodios sobre la cual la versión oficial de los eventos calla.

La reina del carnaval: la etnografía como reconocimiento

Hacer etnografía tiene momentos muy tediosos, pero también tiene otros fascinantes⁵. El día en que Nana me regaló el cristal de la araña de la casa de gobierno fue uno de ellos. Revisar los archivos de uno de los periódicos locales y ver una fotografía de ella gritando durante una manifestación callejera dio lugar a otro de esos episodios memorables. “Estaba leyendo los periódicos de esos días, y vi tu foto con una línea que decía ‘Joven insulta a la prensa’”, le

⁵ Es importante remarcar que aquí me refiero no a una etnografía de la protesta sino a una etnografía de las memorias de ésta. La distinción es crucial porque la investigación no se desarrolló durante la protesta (esto es, inmersa en el mismo tiempo y espacio junto a los manifestantes) sino seis años después de la misma, centrándose en los recuerdos de la misma. En este sentido hablo de una etnografía de la memoria del evento, no de la protesta en sí.

comenté a Nana en una de nuestras largas conversaciones. “Joven insulta de forma virulenta a la prensa, sí soy yo...”, y sonriendo me explica:

Estaba puteando [insultando] porque me ofendía que se pusieran del otro lado de los canas [policías], porque a mí me hubiera gustado que como laburantes hubiesen estado de este lado y no fotografiándonos para el escrache. Cuando pedí la foto, me la negaron. Y me fotografió el mismo fotógrafo que me fotografiaba cuando era bailarina... Era bailarina del carnaval...

Hacer etnografía no sólo tiene momentos singulares sino, como cualquier investigador sabe y pacientemente espera, tiene sus momentos de ruptura. El instante en que Nana me dijo que había sido por largo tiempo bailarina en el carnaval santiagueño, una nueva dimensión de su historia comenzó a surgir.

Sí... era bailarina del carnaval... la mejor, bueno eso es lo que decían. Eso fue en la época del proceso, cuando mi mente todavía estaba en pañales.... Siempre era noticia. Me llamaban si había que hacer alguna ceremonia, me pedían que colaborara, “vos que sos la mejor bailarina del carnaval”. Era un premio que se instituyó desde que yo salí a escena. “Qué lindo que baila esta chica, hay que tener un premio”, dijeron. Entonces inauguraron el premio a la mejor bailarina del carnaval.... Cuando tenía 18 años entraba a cualquier lado y todo el mundo se codeaba.

Para quienes participaron en un evento públicamente negado (“algo que la gente sigue diciendo que no existió”, como Nana me dijo repetidas veces), para personas que viven en una provincia olvidada en una región olvidada (“la más pobre, la más postergada, donde más nos cuesta educar a nuestros hijos, criarlos sanos, donde más nos cuesta abrirnos un futuro digno”), la entrevista etnográfica –lejos de ser aquel acto intrusivo de la mirada científica– constituye una “oportunidad para contar parte de su historia” (Scheper-Hughes, 1994, 28). Ésta es percibida como un medio de comunicación, como una manera de intrometerse ellas mismas en las narrativas públicas, en las cuales no muy usualmente se les permite tener presencia alguna. El encuentro etnográfico es, entonces, parte de una lucha política continua por el sentido de la protesta, una ocasión en la cual pueden recrear parte de la diversión que experimentaron (“fue un cagadero de risa”, “como fumarse un porro”), pueden formular lo que en ese momento esperaban (“un despertar”), pueden evaluar el impacto de ésta en sus propias vidas y en la vida de la comunidad (“Estaba orgullosa”, “algo positivo en la historia de Santiago”), pueden hacer oír sus voces en esta historia “que aún está por escribirse”, y/o pueden intentar vincular sus propias biografías con la importancia y significado del evento, como cuando Nana comenzó a hablar de la relación entre “su carnaval” y el 16 de diciembre.

En este inusual intercambio de comunicación que, si se realiza con cuidado, ofrece la entrevista etnográfica, las personas tienen “una excelente oportunidad... para testificar, para hacerse escuchar, para transferir su experiencia de la esfera privada a la esfera pública...” (Bourdieu, 1996, 24). Tienen una oportunidad para adquirir parte del respeto que perseguían cuando protesta-

ban o cuando buscaban (o guardaban en secreto) objetos saqueados. La entrevista no genera estas historias. Sólo produce las condiciones en las que éstas pueden surgir y desarrollarse, el espacio en el que Mario puede intentar reclamar su honor al contar(me) su “versión de los hechos”, o en el que Nana puede intentar dar sentido a su vida:

Treinta y seis años tengo, y treinta y seis años de comer bosta. Muchas veces me deprimó y me pongo a pensar, sobre todo en una sociedad en la que todo lo que vos sos está negado. Si yo soy parte del *santiagueño* y vos estás hablando con gente que dice que el *santiagueño* no existió, es como decir que (Nana) es una farsa, que no existe... yo muchas veces caigo, me voy a la mierda... Yo pienso que una de la cosas que hacen que yo me confirme de nuevo en esos 36 años de comer mierda... es que vos estés aquí y estés hablando conmigo. Y que te vas a ir y vas a hacer un laburo. A mí no me interesa lo que vos escribás, vos vas a escribir lo que vos descifrés lo que fue esto. Y yo voy a estar chocha [feliz] de la vida, pongás lo que pongás, que fue un carnaval o no, no me interesa. Pero a mí me da la certeza de que yo hice la posta.

Como vemos, la entrevista es una oportunidad para responder a la versión oficial del evento. Es también una ocasión para establecer un diálogo sobre posibles interpretaciones erróneas. Cuando –intuyendo algún vínculo entre su activa participación en la protesta del 16 y su vida anterior como reina del carnaval– sugerí algunas implicaciones de lo carnavalesco, Nana me aclaró de inmediato de cuál carnaval deberíamos estar hablando: el carnaval como experiencia vivida, el carnaval no como “un espectáculo visto por el pueblo” sino como un mundo en el que el pueblo “vive” (Bakhtin, 1984, 7); su carnaval.

Nana-(si alguien dice que el *santiagueño* fue un carnaval)... Y me va a doler, me va a doler, porque no somos mayoría, pero un grupo de santiagueños somos orgullosos del *santiagueño*, y... vemos en el *santiagueño* una sinfonía inconclusa... Javier-¿Por qué te enojarias si alguien dice que fue un carnaval, con las cosas buenas y las limitaciones que tiene un carnaval?

Nana-¿Porque el *santiagueño*, asimilarlo al carnaval en el que te mojan o te ensucian o hacen cosas que no permitís, no. Asimilarlo al carnaval que yo viví, al que yo me creía que era la diosa del baile, y estaba en el limbo porque estaba en lo mío, estaba en mi salsa y lo disfrutaba, si tengo que compararlo a mi carnaval que me transpiraba y me chupaba seis kilómetros por noche, por baile, a ese carnaval sí. Porque no era la lindita ni la colita lo que se movía. Era una bestia que iba bailando y que se comía todo. Si es ese carnaval, sí. Porque dejaba el alma, yo dejaba el alma en el carnaval.

Como un *keeper of records* (depositario de los archivos) (Scheper-Hughes, 1994; ver también Bourgois, 1995), como un escucha activo y metódico que fomenta un “autoanálisis inducido y acompañado” (Bourdieu, 1996, 24), el etnógrafo puede también jugar un rol importante en un acto de reconocimiento. En este caso, se trata de un reconocimiento que muchos manifestantes buscan activamente en el acto de contar sus historias. En este sentido es que uno podría decir que las historias son, en parte, productos discursivos de la entre-

vista interactiva. Sin embargo, estas historias no son un producto artificial, sino un “discurso extraordinario... que ya estaba allí, aguardando meramente las condiciones para su actualización” (Bourdieu, 1996, 24). El carácter moral del acto etnográfico de ser testigo (que Scheper-Hughes recupera de los ataques posmodernos con su *good enough ethnography*) se encuentra, en este caso, con la necesidad que los manifestantes tienen de seguir expresando su descontento, de seguir manteniendo viva la memoria de ese día y de expresar su propia dignidad.

Sed de reconocimiento es lo que las historias de Nana, la reina del carnaval, y de Mario, el honorable policía, tienen en común. A pesar de estar en lados radicalmente opuestos, para ambos haber tomado parte de la protesta se convirtió en un tema personal. Sus vidas, desde ese entonces, han cambiado radicalmente: Mario fue despedido de la fuerza policial y trabaja ahora como agente de seguridad privado; Nana aún trabaja en los tribunales pero es hoy reconocida como una militante y es asiduamente invitada a reuniones sindicales de izquierda como una “activista del *santiagueño*”. Sus identidades están hoy marcadas por el “fuego purificador” del 16 de diciembre. Ambos llevan su participación como un distintivo de honor. Fue un día en el que hicieron lo que había que hacer y un momento en el que, en medio de la confusión, hicieron “lo correcto”. Contar sus historias es parte de una búsqueda de respeto, reconocimiento y dignidad; recordar ese día es parte de la continua construcción de sus identidades.

Conclusiones y tareas futuras

Este es un primer intento por reconstruir las diferentes memorias de una protesta muy singular en la Argentina contemporánea. Las memorias de los manifestantes no están fuera ni separadas de la narrativa oficial, sino que participan de un diálogo condicionado con y por ella. Si bien mi presencia y el acto de la entrevista activan y amplifican el diálogo, esta no es una conversación creada por mí, una yuxtaposición de voces producida en el acto de “escribir la memoria”, sino un intercambio, trazos del cual están presentes en los testimonios de los participantes en la forma de alusiones explícitas o contestaciones a “lo que se dice por ahí”, a lo que “un periodista asegura”, a lo que “alguna gente cree”.

Este artículo exploró este continuo proceso de contestación de la memoria como uno de los legados más importantes del episodio. También intentó examinar la entrevista etnográfica como un espacio en el cual algunos significados desplazados pueden ser reconocidos y algunas interpretaciones pueden ser disputadas. Reconocimiento y respeto están en el centro tanto de las memorias de los manifestantes como de la relación entre etnógrafos y sujetos.

La relación entre las narrativas dialógicas y las experiencias contenciosas es compleja y problemática. Los actores gritaban y reclamaban diferentes co-

sas (y un trabajo futuro debería dar cuenta de la heterogeneidad y los distintos anclajes relacionales de estas distintas voces), y experimentaban los eventos de manera también disímil (como un “despertar”, como una “venganza”, como una “búsqueda de respeto”, etc.). Lo que es aún más importante para el presente trabajo: lo que los manifestantes dicen que reclamaban seis años después de los eventos no necesariamente da cuenta de: a) lo que estaban reclamando en ese momento, y b) las maneras en que experimentaban esos reclamos. En otras palabras, las narrativas orales no necesariamente revelan patrones de conducta de forma directa (Passerini, 1987; James, 1997). Como lo expresa Daniel James en su provocador análisis de la historia de vida de doña María:

Si el testimonio oral es una ventana hacia lo subjetivo en la historia, hacia el universo cultural, social e ideológico de los actores históricos, debe decirse que la visión que éste nos proporciona no es una visión transparente que simplemente refleja pensamientos y sentimientos tal y como fueron/son. A lo sumo la imagen es refractada, el vidrio de la ventana no es claro (1997, 36).

En todo su carácter incierto, las historias que los actores cuentan luego del evento no sólo hablan de la continua construcción política del evento (la “construcción social de la protesta”), sino que también dan cuenta de las esperanzas, expectativas, emociones y creencias de los manifestantes. Poco claras como estas voces son –aún más porque han sido oscurecidas por el discurso oficial– constituyen una importante ventana hacia la trama de significados en la que la protesta estuvo y está anclada y, por tanto, hacia la comprensión del evento. Las historias que cuentan los manifestantes son una de las pocas llaves que –si bien oxidadas, dobladas e impredecibles– nos permitirán comenzar a contestar la pregunta que E.P. Thompson formuló hace ya un tiempo: “Teniendo hambre, ¿qué hace la gente? ¿Cómo es su comportamiento modificado por la costumbre, la cultura y la razón?” (Thompson, 1993, 187).

Además de los manifestantes y las élites, ha habido y hay otros participantes en este proceso de disputa de la memoria: curas católicos, intelectuales locales, artistas. Los recuerdos de los participantes están, sin duda, influenciados y en diálogo con estas otras prácticas mnemónicas (obras de teatro, libros, videos, conmemoraciones públicas del evento, etc.). Dado que las historias que la gente cuenta sobre “lo que pasó” el 16 de diciembre están, sin duda, conformadas en parte por estas prácticas, deberíamos prestar atención al trabajo de lo que Fine (1996) llama “empresarios de la reputación” (actores involucrados en una lucha por el control de las representaciones del episodio)⁶.

⁶ La conversaciones beligerantes también se desarrollan en el tiempo. Una vez examinada la forma del diálogo, necesitamos estudiar cómo las memorias del 16 de diciembre se transforman en el tiempo. En otras palabras, para examinar la memoria debemos realizar un análisis diacrónico y sincrónico.

Las historias que relatan los manifestantes y los objetos –los *souvenirs*– que conservan pueden ser parte de una política difusa de inversión de jerarquías (Stallybrass y White, 1986) o de una infrapolítica de resistencia (Scott, 1985; 1990). De ser así, deberíamos explorar esta heterogeneidad de voces y de objetos como resto cultural activo y como base discursiva potencial de acciones colectivas, y examinar también las condiciones bajo las cuales esta base discursiva puede convertirse en acción beligerante (ver Tilly, 1991; Tarrow, 1998). Las historias y los *souvenirs* pueden servirnos de entrada para indagar el continuo proceso de constitución y reconstitución de la cultura política local y de las maneras de hacer política, para saber, en otras palabras, si el 16 de diciembre fue o no fue “una lección para los políticos”.

Bibliografía

- Bakhtin, Mikhail (1984): *Rabelais and His World*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press.
- Bourdieu, Pierre (1991): *Language and Symbolic Power*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press.
- _____ (1996): “Understanding”, *Theory, Culture and Society* 13, nº 2, pp. 17-37.
- Bourgeois, Philippe (1995): *In Search of Respect*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press.
- Burke, Peter (1978): *Popular Culture in Early Modern Europe*, Inglaterra, Wildwood House.
- Cerulo, Karen (1997): “Identity Construction: New Issues, New Directions”, *Annual Review of Sociology*, vol. 23, pp. 385-409.
- Coronil, Fernando and Julie Skurski (1991): “Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 33, nº 2, pp. 255-87.
- Curiotto, José (1994): “El patrón omnipotente y la pobreza moral”, *El estallido social en Santiago*, pp. 3-6.
- Curiotto, José and Julio Rodríguez (1994): *¡Arde Santiago! La verdadera historia del estallido social de Santiago del Estero que asombró al país y al mundo*, Tucumán, Ediciones El Graduado.
- Dargoltz, Raúl (1994): *El Santiagueñazo. Gestación y crónica de una pueblada argentina*, Buenos Aires, El Despertador Ediciones.
- Denzin, Norman e Yvonna Lincoln (1994): *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Díaz, Oscar (1994): “La culpa fue haber callado”, *El estallido social en Santiago*, pp. 49-54.
- El Liberal* (1994): “Las noticias de los últimos días explican el estallido”, *El estallido social en Santiago*, pp. 7-9.

- Emerson, Robert (1983): *Contemporary Field Research: a Collection of Readings*, Boston, Little Brown.
- Fine, Gary (1996): "Reputational Entrepreneurs and the Memory of Incompetence: Melting Supporters, Partisan Warriors and Images of President Harding", *American Journal of Sociology*, vol. 101, nº 5, pp. 1.159-1.193.
- Gallardo, Gustavo (1994): "Un costo social difícil de remediar", *El estallido social en Santiago*, pp. 38-42.
- Garay, Alejandro (1994): "El estallido social en La Banda", *El estallido social en Santiago*, pp. 20-25.
- James, Daniel (1997): "Tales Told Out on the Borderlands. Doña María's Story, Oral History and Issues of Gender" en John French and Daniel James (editores), *The Gendered Worlds of Latin American Women Workers: from Household and Factory to the Union Hall and Ballot Box*, Durham, NC, Duke University Press, pp. 31-53.
- Jasper, James (1997): *The Art of Moral Protest*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Jozami, Marcelo (1994): "Cansado de tanta corrupción", *El estallido social en Santiago*, pp. 26-32.
- Luna, Gabriela (1994): "Un largo camino de inacción, injusticia y corrupción", *El estallido social en Santiago*, pp. 55-60.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (próximo a publicarse): *Dynamics of Contention*.
- Passerini, Luisa (1987): *Fascism in Popular Memory. The Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press.
- Polletta, Francesca (1998a): "Contending Stories: Narrative in Social Movements", *Qualitative Sociology*, vol. 21, nº 4, pp. 419-446.
- _____ (1998b): "'It Was Like a Fever...' Narrative and Identity in Social Protest", *Social Problems*, vol. 45, nº 2, pp. 137-159.
- Rodríguez, Julio (1994): "Clase dirigente carente de autoridad moral", *El estallido social en Santiago*, pp. 33-37.
- Rudé, George (1964): *The Crowd in History*, Nueva York, John Wiley & Sons.
- Scheper-Huges, Nancy (1992): *Death Without Weeping. The Violence of Everyday Life in Brazil*, Berkeley, CA, California University Press.
- Scott, James (1990): *Domination and the Arts of Resistance*, New Haven, Yale University Press.
- _____ (1985): *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press.
- Soria, Oscar (1994): "Las peleas del poder, un drama teatral de la escena política", *El estallido social en Santiago*, pp. 65-70.
- Stallybrass, Peter y Allon White (1986): *The Politics and Poetics of Transgression*, Nueva York, Cornell University Press.
- Steinberg, Marc (1999): *Fighting Words. Working-Class Formation, Collective Action, and Discourse in Early Nineteenth-Century England*, Ithaca, NY, Cornell University Press.
- _____ (2000): "The Talk and Back Talk of Collective Action: A Dialogic Analysis of Repertoires of Discourse among Nineteenth-Century English Cotton Spinners", *American Journal of Sociology*, vol. 105, nº 3, pp. 736-780.
- Tarrow, Sidney (1996): "The People's Two Rhythms: Charles Tilly and the Study of Contentious Politics", *Comparative Studies in Society and History*, pp. 586-600.
- _____ (1998): *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Thompson, E. P (1993): *Customs in Common*, Nueva York, The New Press.

Tilly, Charles (1998): "The Trouble with Stories" en Ronal Aminzade y Bernice Pescosolido (ed.), *Teaching for the 21st Century: The Handbook for Understanding and Rebuilding the Social World of Higher Education*, California, Thousand Oaks, CA, Pine Forge Press.

_____ (1999): "Spaces of Contention", trabajo no publicado, Nueva York Columbia University.

LA TRANSFORMACIÓN DE LAS INSTITUCIONES DE RECIPROCIDAD Y CONTROL: DEL *DON* AL *CAPITAL SOCIAL* Y DE LA *BIOPOLÍTICA* A LA *FOCOPOLÍTICA*

Sonia Álvarez Leguizamón

Nos proponemos analizar la importancia del incentivo a la participación y los vínculos primarios a escala local en el nuevo paradigma de desarrollo. Éstos se constituyen en recursos activos o capitales en los programas de gestión de la pobreza desarrollados por los organismos internacionales, en el contexto de la “nueva agenda social” y la reforma neoliberal en curso, en América Latina.

El nuevo paradigma de desarrollo combina medidas económicas de cuño neoliberal, desregulación de relaciones laborales y reforma del Estado (descentralización y privatización de servicios públicos) con el denominado “desarrollo humano” (satisfacción de necesidades básicas y desarrollo de capacidades humanas)¹. La *governabilidad* no es otra cosa que el conjunto de medidas necesarias para sostener los procesos de reforma macroestructural propugnadas por el denominado Consenso de Washington y las reformas posteriores denominadas de segunda generación. La “reforma social” o la “nueva agenda social” que propugnan los organismos internacionales financiadores son medidas tendentes a darles legitimidad a las reformas y un eufemismo para neutralizar el descontento social. No se pretende erradicar la pobreza o luchar contra ella como el discurso dice propiciar. Se trata sólo de gestionar la pobreza por medio de políticas compensatorias o focalizadas.

Las políticas de ajuste implican, entre otros aspectos, el debilitamiento de las instituciones de lo público-estatal en su responsabilidad para atender y socializar la resolución de los problemas sociales. Como contracara se incenti-

¹ El discurso del desarrollo humano, además de prácticas y concepciones particulares sobre la “gestión de la pobreza”, incluye la promoción de los derechos denominados de tercera y cuarta generación. Entre éstos se encuentran los derechos ambientales, de minorías étnicas, de género, de la niñez, entre otros.

va que la protección social repose en la “solidaridad no estatal”, tanto de instituciones de reciprocidad basadas en relaciones verticales como horizontales. Las primeras actualizan, refuerzan y resignifican las formas de asignación de la “ayuda” propias de la beneficencia religiosa y la filantropía asistencial, predominantes en las etapas previas al desarrollo del Estado benefactor. Las segundas conforman diversas formas de asociatividad, mutualidad y sociabilidad que las familias y las personas normalmente estructuran en su vida diaria. Éstas pueden ser relaciones de parentesco, de amistad, de vecindad, más o menos informales y permanentes cuya denominación ha variado, desde el “don” y las “redes” estudiadas por los antropólogos sociales al “capital social” en la actualidad.

El achicamiento de lo “público-estatal” y el traslado al mercado, a la denominada “sociedad civil” y a las relaciones primarias de los más pobres del riesgo social, modifica los estímulos subjetivos que el discurso “autorizado” (Bourdieu, 1985, 80 y 81) propugna. El estímulo actual se puede sintetizar como sigue: “Solidaridad entre los pobres, competencia e individualismo para los más ‘capaces’, subsidiariedad para el Estado”. Se refuerzan las redes de solidaridad de los más pobres para que sirvan de contención en el nuevo contexto de aplicación del ajuste, al tiempo que se atienden los reclamos de autonomía de ciertos grupos sociales. Otro de sus objetivos es eliminar “costos” y transferir responsabilidades públicas, algunas de ellas basadas en derechos y una cierta juridicidad, al ámbito privado y local, sin ningún reaseguro institucional. Paradójicamente, el nuevo paradigma tiene lugar en un contexto de fuerte desigualdad social y de un agresivo avance del individualismo y la mercantilización de las relaciones sociales, lo que profundiza el debilitamiento y destrucción de las instituciones comunitarias y los lazos locales de proximidad, iniciados con el surgimiento del capitalismo.

Analizaré, en primer término, la transformación histórica de los vínculos de reciprocidad y su relación con las instituciones de resolución del riesgo social para situarla luego en la problemática específica de América Latina. Seguidamente haré un breve recorrido por las categorías asociadas a la reciprocidad informal en las ciencias sociales latinoamericanas y su actual funcionalidad en el discurso del desarrollo del Banco Mundial. Finalmente y con carácter de conclusión realizaré breves reflexiones sobre las paradojas que plantea este nuevo paradigma y el paso de las formas de control de la “biopolítica” a lo que denominamos “focopolítica”.

La biopolítica para Foucault es lo que caracteriza a las formas de control y gubernamentalización de la vida que se inician en el siglo XVIII en la Europa central, a diferencia de la sociedad disciplinar anterior. Implica control sobre la vida y sobre los cuerpos: “El cuerpo ya no debe ser marcado, debe ser domado y corregido; su tiempo debe ser medido y plenamente utilizado; sus fuerzas deben aplicarse continuamente al trabajo ... en resumen, instauración de una nueva disciplina de la vida, del tiempo, de las energías” (Foucault, 1993).

Algunas de estas formas de control, como los sistemas de seguro, se desarrollaron en la etapa del Estado de bienestar. En la actualidad no es objetivo prioritario controlar los cuerpos y las vidas para obtener una mayor productividad. Se trata de territorializar y de producir formas de autocontrol comunitario sobre las poblaciones pobres, aunque se mantienen algunas de las técnicas de la biopolítica. El tiempo ya no debe ser dedicado al trabajo sino a las formas de subsistencia comunitarias y locales. Estamos en el tiempo de lo que hemos dado en llamar la “focopolítica”.

Los cambios en las formas de reciprocidad, su relación con las políticas sociales

Partimos del supuesto que las políticas sociales modernas, desarrolladas durante el Estado de bienestar, son formas especializadas de reciprocidad no mercantiles como otras que les antecedieron, aunque basadas en derechos con diversos grados de garantías.

Para entender las formas de protección social en un momento histórico dado debemos tener en cuenta la forma de relación de las familias con diverso tipo de instituciones que constituyen sistemas de obligaciones recíprocas (Donzelot, 1980). Las primeras serían vínculos más informales y privados de solidaridad, de carácter local o comunitario como las redes, soportes de proximidad, diversas formas de mutualidad basadas en la costumbre, la lealtad, la confianza, no en derechos jurídicamente garantizados. Luego tendríamos sistemas de obligaciones a partir de instituciones más especializadas, lo que Donzelot denomina “bloques de dependencia” de carácter público y, finalmente, la inserción de las familias en la división social del trabajo. Las familias se inscriben, entonces, en forma complementaria con estas instituciones en grados y formas diversas. Se pueden observar las mutaciones y cambios de naturaleza de los grupos de pertenencia de las familias, a través de la historia. A mediados del siglo xx, será el Estado de bienestar el bloque de dependencia más importante, instalándose con distintos grados de intensidad y de derechos asociados a la condición de ciudadano –según los países–, junto a un proceso creciente de urbanización, asalarización y debilitamiento de las redes de solidaridad.

Las formas de intervención sobre lo social implicaron una mayor inscripción de las familias en bloques de dependencia más especializados y un progresivo debilitamiento de las instituciones autorreguladas comunitarias en sus funciones de protección social. Según Castel (1997) la aparición de lo “social” implicaría el aumento de relaciones de tutela y dependencia de las familias a instituciones más especializadas y públicas, debido a una falla en los sistemas de protección cercana. Una vez instalado, el mercado fue otro factor de debilitamiento de las relaciones no mercantiles basadas en la reciprocidad. Según Polanyi (1997 [1944]) la expansión del Estado protector constituiría un conjunto de medidas defensivas contra la destrucción de las formas de subsistencia producidas por la

acción del mercado. Fue la manera en que el Estado y las luchas sociales vinieron a dar una respuesta “moral” a la vida de la gente ante las agresiones del capitalismo (Boltvinik, 1999). La pobreza como fenómeno social masivo, en el sentido moderno, aparece en esta etapa, con el surgimiento del capitalismo en Europa (Rahnema, 1996; Polanyi, 1997 [1944]), cuando la destrucción de los lazos comunitarios –por la extensión de la economía de mercado y los procesos de acumulación originaria– privó a millones de personas del acceso a la tierra y a otros medios de subsistencia. Éste sería el primer rompimiento en las concepciones y la administración de la pobreza según Rahnema (1996). El segundo lo constituiría el advenimiento del desarrollo en el Tercer Mundo, a mitad del siglo xx. La caridad religiosa había sido la institución de control sobre los pobres que eran sujetos legítimos de asistencia, es decir aquellos imposibilitados de trabajar e inscritos en las comunidades locales como el convento, primero, y la parroquia, luego (Castel, 1997). En la etapa de transición al capitalismo surgen otras formas de control de las poblaciones no inscritas en los cuerpos como los hospitales generales, los hospicios o los conventos del antiguo régimen (Foucault, 1981 [1975]) sino en la educación y el ahorro como la filantropía (Donzelot, 1980). A estas últimas formas de control e intervención social son las que Foucault denomina biopolítica y que aparecen en Europa central a finales del siglo xviii.

Durante la etapa del Estado de bienestar, las regulaciones entre el capital y el trabajo vinieron a contrarrestar los efectos nocivos de explotación del trabajo, disminuyendo, en cierto sentido, el carácter de mercancía del trabajo (lo desmercantilizaron), al hacer reposar parte de la reproducción en relaciones no mercantiles fundadas en las políticas denominadas de protección social (Esping-Anderson, 1993).

Podemos plantear que las formas de intervención social que se fueron materializando a través del tiempo –diversas instituciones, prácticas y regulaciones– son fruto de un proceso histórico asociado a las formas como las sociedades modernas han, por un lado, ido resolviendo problemas de cohesión y control social y, por otro, dado respuestas a las luchas sociales. En sus inicios, estuvieron fuertemente asociadas al control y administración de la pobreza y luego, con el advenimiento del Estado de bienestar y el surgimiento de las denominadas políticas sociales, a éstas se sumaron formas de protección y regulación al trabajador (leyes laborales o sistemas de seguro) y al ciudadano (sistemas de cobertura universal). Las políticas sociales modernas incluirían entonces dos formas de intervención claramente diferenciadas, las más asistenciales de gestión y administración de la pobreza y las vinculadas a derechos. Las primeras serían, según Castel (1997, 33), “un conjunto extraordinariamente diversificado de prácticas que se inscriben no obstante en una estructura común, determinada por la existencia de ciertas categorías de poblaciones carecientes y por la necesidad de hacerse cargo de ellas ... estas características constituyen la lógica de la asistencia”. La configuración asistencial además sigue interfiriendo o sigue presente, en parte para hacerse cargo o para ocultar la problemática del trabajo.

Tendríamos entonces las sociedades donde los vínculos primarios “servían como freno a la desafiliación y daban cobertura eficaz contra el riesgo social” (Castel, 1997) y aquellas donde aparece la asistencia especializada. Estos dos modelos de sociedades fueron homologadas en las ciencias sociales a “comunidad” las primeras y “sociedades” las segundas (Weber y Tonnies), preeminencia de solidaridades mecánicas en las primeras y orgánicas en las segundas (Durkheim). Predominio de la costumbre, la tradición y las verdades formularias para enfrentar el riesgo en la primeras y racionalización, burocratización y sistemas de expertos en las sociedades modernas (Guiddens, 1994a, 1997 y Weber).

Veamos las características de los vínculos y lazos no mercantiles de reciprocidad informales en los que se inscribe la familia. Una primera cuestión a señalar es que tienden a naturalizar los vínculos sociales, al igual que las relaciones mediadas por la mercancía². Mauss planteaba que las clasificaciones de las cosas son homólogas a las relaciones entre los hombres (1971, 69) y en el intercambio de la reciprocidad, “las relaciones y lazos entre los hombres parecen relaciones entre las cosas” (Mauss, 1991, 170), esto hace que parezcan naturales y racionales. Además, un don o regalo siempre requiere de otro, aunque la contraprestación se concrete más tarde y aparente no ser el efecto esperado del primer regalo (Mauss, 1991, 254).

Una segunda cuestión a destacar es que, si bien estos vínculos no están intermediados por relaciones mercantiles, implican luchas de poder³ sean contraprestaciones más horizontales o más jerarquizadas. Los vínculos que se estructuran reproducen la diferencia y la jerarquía (Mauss, 1991, 255 y 254). El contrato –que es la materialización de la progresiva institucionalización de la reciprocidad– esconde las apariencias de las desiguales relaciones entre los hombres y de las propias características del contrato (Salhins, 1983, 192). Otro elemento muy importante es que los vínculos y relaciones de reciprocidad no mercantil promueven la cohesión social. Si no hubiese reciprocidad se desencadenaría la guerra privada, “el contrato es la paz” (Mauss, 1991, 160 y 262).

Las formas de reciprocidad informales, sin embargo, son más que la dialéctica social desigual de la mutualidad, entre necesidad y obligación; más que relaciones de poder que reifican las desigualdades sociales y que pacifican las

² La reificación de las relaciones sociales mediadas por la mercancía es lo que Marx denominó “fetichización de la mercancía”.

³ “... Clasificar no significa solamente constituir grupos: significa disponer estos grupos según relaciones muy especiales ... Hay unos que dominan, otros que son dominados, unos terceros que son independientes los unos respecto de los otros. Toda clasificación implica un orden jerárquico, del que ni el mundo sensible ni nuestra conciencia nos ofrecen modelo alguno” (Mauss, 1971, 17).

diferencias. Como plantea Thompson (1995) se trata de un campo de fuerzas donde se expresa un mutuo regateo entre fuerzas desiguales, entre personas que intentan dominar y grupos que ponen sus límites a los dominantes. Finalmente, hay más, la reciprocidad también construye comunidad y crea identidades de pertenencia. La gente no sólo intercambia, en sus prácticas significativas también crea lazos, construye proyectos y utopías, ritualiza la vida, discute valores.

Las formas de tutela sobre la familia y los procesos de mercantilización producidos por la generalización del capitalismo –como lo señaló Marx– fueron debilitando los vínculos e instituciones más primarias de subsistencia doméstica y comunitaria en las que se inscribían las familias, haciendo reposar la reproducción en los circuitos monetarios⁴ y en las instituciones más especializadas de control y luego de protección. Por ello, en el caso del Estado de bienestar, las instituciones de tutela implicaron un grado importante de desmercantilización al liberar al individuo o la familia de su dependencia del mercado y, por otro, debilitaron las redes más locales de protección. En el actual modelo neoliberal se produce un proceso contrario: se reindividualiza y desjuridiza el mundo del trabajo (Castel, 1999, 27), al tratarlo nuevamente como a una mercancía y se coloca parte de la protección en los vínculos e instituciones de base local y comunitaria. La metamorfosis de lo social⁵ en la actualidad se presenta como un debilitamiento de las instituciones especializadas, reenganche en las formas de sociabilidad primaria, en la filantropía y beneficencia y traslado a las regulaciones económicas de servicios que antes se encontraban en el espacio de lo público-social⁶.

El intercambio no mercantil y la protección social

Podríamos señalar tres tipos de instituciones de intercambio no mercantiles asociadas a formas de protección social. Si bien se pueden señalar diferencias entre estos lazos e instituciones de reciprocidad podemos encontrar fuertes vínculos entre ellas. Algunas relaciones como las de clientela o dádiva inter-

⁴ “El despojar a la sociedad de las capas institucionales que garantizaban la reproducción social fuera del contrato laboral significó la conversión de los individuos en mercancías, su mercantilización” (Esping-Anderson, 1993,41).

⁵ A la metamorfosis de la cuestión social, Castel la define como la dialéctica de lo igual y lo diferente. Se trataría de identificar las transformaciones históricas, subrayar lo que sus principales cristalizaciones traen a la vez de nuevo y de permanente, así sea bajo formas que no permiten reconocerlas de inmediato (Castel, 1997,17). “La ‘cuestión social’ es una aporía fundamental en la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. Es un desafío que interroga, pone de nuevo en cuestión la capacidad de una sociedad (lo que en términos políticos se denomina una nación) para existir como un conjunto vinculado de interdependencias” (Castel, 1997, 20).

⁶ Los procesos actuales de desocialización son analizados en profundidad en Álvarez Leguizamón (1999a)

median la lógica de las instituciones estatales más formales o burocratizadas y también permean las relaciones mercantiles para obtener mejores recursos.

Las primeras serían las redes de solidaridad más horizontales como la familia, las relaciones de parentesco, de amistad, de vecindad, entre otras. Estas fueron abordadas por las ciencias sociales con diferentes categorías y desde diversos ángulos, desde el concepto antropológico fundante de *don* de Mauss, pasando por las redes de los antropólogos ingleses y las estrategias de vida de los sociólogos y antropólogos latinoamericanos. Al mismo tiempo que cohesionan al grupo y brindan protección también ejercen un fuerte control sobre sus miembros. Un segundo grupo estaría constituido por diversas formas de vínculos jerárquicos informales, como la clientela, el patronazgo, las relaciones de dádiva, el compadrazgo. Este tipo de lazos estaría basado en una reciprocidad vertical entre los subordinados y los poderosos que sin embargo no significa una dominación a secas, se constituiría en un campo de fuerzas. La noción de “economía moral” de Thompson (1995) y Scott (1976) remite a esta otra faceta de la reciprocidad, en el sentido del equilibrio o “campo de fuerza”, en el regateo entre fuerzas sociales desiguales en el cual el más débil todavía no tiene derechos reconocidos sobre los más poderosos, pero donde los límites entre lo que pueden hacer unos con otros – como las obligaciones mutuas que atan a los dos juntos– no aparecen establecidos en constituciones ni contratos formales y por escrito. “Lo que tiene lugar es un continuo sondeo por parte de los gobernantes y los súbditos para averiguar qué es lo que pueden hacer impunemente, para poner a prueba y descubrir los límites de la obediencia y la desobediencia.” Este aspecto no es sólo el de las formas tenaces de resistencia al poder por parte de los débiles y de los pobres: “en la burla ... en la ironía, en los pequeños actos de desobediencia, en el disimulo ... en la incredulidad ante las homilias de la élite, en los esfuerzos continuos y arduos por mantenerse firme frente a fuerzas abrumadoras” es también, y al mismo tiempo, el de los límites que los débiles pueden imponer al poder (Moore citado en Thompson, 1995, 385).

El tercer grupo de formas de reciprocidad no mercantiles lo conformarían las instituciones más especializadas de intervención sobre lo social a las que denominamos *bloques de dependencia* (Donzelot, 1984) o también instituciones de tutela (Castel, 1997), como conventos, parroquias, hospitales generales. Diversas instituciones de encierro en las que se desarrolló la caridad, la beneficencia y luego la asistencia social laica y estatal. Espacios por excelencia para el control y disciplinamiento público (Foucault, 1981 [1975]). Finalmente, en la transición al capitalismo, la filantropía higienista y las instituciones basadas en derechos y garantías en la etapa del Estado de bienestar. En cada una de estas instituciones especializadas de intervención social de la historia de occidente existen distintas lógicas de la reciprocidad, acordes con los estímulos subjetivos propios del momento histórico en que se desarrollaron:

economía de la salvación para la beneficencia⁷ (Castel, 1997), ahorro, control y aumento de la autonomía del padre de familia a cambio de protección, educación (Donzelot, 1980) y control sobre la vida (Foucault, 1992) en las prácticas filantrópicas; y, finalmente, la economía de la igualdad “ciudadana”: pago de impuestos o aportes directos e indirectos del salario a cambio de políticas de “seguro social” o de “bienestar social” de carácter universal. Si bien estas instituciones se han modificado y metamorfoseado a través del tiempo, todas expresan fetichización de lo social, variadas técnicas de control y jerarquización de la diferencias. Las últimas se fundan en sistemas más inclusivos y los primeros en la tradición y la costumbre o formas de dominación serviles o de sujeción al territorio o al patrón. Durante el siglo xx algunas contraprestaciones se fueron constituyendo paulatinamente en derechos o garantías, por medio del ejercicio de la ciudadanía social. Estos estilos de reciprocidad implicaron identidades más inclusivas como el ciudadano o el trabajador, aunque también estratificación y diferenciación puesto que las contraprestaciones se esconden en el contrato ficticio de la igualdad del ciudadano y sólo algunas poblaciones pudieron acceder a la legalidad de los derechos. Por ello Gosta Esping-Anderson (1993, 41-47) denomina regímenes de Estado de bienestar a las diversas formas que adquirieron, en los estados nacionales, las políticas sociales modernas según las características de los derechos sociales, la estratificación del bienestar y los ordenamientos entre el Estado, el mercado y la familia. En este sentido, la estratificación que producen las políticas sociales son el producto de la legalidad de los derechos y llevaría a una progresiva desmercantilización del ciudadano y de las relaciones laborales.

La pobreza es la alteridad de los poderosos, es la alteridad de la modernidad, es su espejo deformado. A pesar de su transformación paulatina de una economía de la salvación a una “economía laica” y luego gubernamental, el campo asistencial que incluye una variada gama de vínculos de reciprocidad, entre gobernantes y grupos de poder con los pobres, mantuvo la alteridad radical de las formas de intervención sobre el otro que debe conjurarse, excluirse o integrarse de manera subordinada y distinguirse, diferenciándolo del resto. En esta diferenciación la estigmatización de origen también se mantuvo, fuertemente vinculada a la moralización de la “vagancia que encubre toda pobreza” y a las relaciones de interdependencia obligadas de las diversas relaciones paternalistas en las que se inscriben siempre los vínculos asistenciales. Desde la servidumbre, el patronazgo, sujeciones semiserviles o la protección al “vulnerable” o “débil”, a la asistencia social moderna. Si bien su importancia como gestoras de la pobreza

⁷ Según Castel (1997, 59-69) el cristianismo tiene un carácter fundador en la génesis del campo asistencial en Occidente, desde la Edad Media. La “economía de la salvación” es una economía cristiana inspirada en la caridad terrenal con los pobres a cambio de indulgencias para llegar al cielo, la “limosna” que borra el pecado. Los pobres no son cualesquiera, son los domiciliados e inscritos en redes de participación comunitaria e incapaces para trabajar, lo que sustenta la división entre “buenos” y “malos” pobres. Los primeros, sujetos legítimos de asistencia.

se redujo paulatinamente, debido a la extensión de la ciudadanía social, a la laicización del Estado y a la profesionalización de lo “social”, su presencia se mantuvo hasta nuestros días alcanzando una importancia fundamental en las formas actuales de “lucha contra la pobreza”. Las contraprestaciones entonces adquirieron distintas formas: aportes indirectos y directos del salario para los sistemas de seguridad social, impuestos y condición de ciudadanía para las políticas denominadas universales y trabajo gratuito, fidelidad, sujeción en los vínculos asistenciales, benéficos o filantrópicos.

América Latina, de tutelas y Estados de malestar

Cabe preguntarse ¿hasta qué punto se produjo la mercantilización de las relaciones de producción, o la progresiva tutela o la gubernamentalización de la vida sobre las poblaciones en América Latina? ¿Qué grado de desmercantilización se alcanzó en la etapa del desarrollo de los Estados de bienestar?, ¿hasta qué punto fueron debilitados los vínculos de solidaridad comunitarios para resolver problemas de protección social? Sin pretender ser exhaustivos, ni precisar las particularidades del desarrollo diverso de cada país, podemos intentar al menos algunas observaciones generales que nos aproximen a las respuestas.

En primer término, los aportes de los teóricos del desarrollo desigual demostraron que en los países denominados de la periferia las relaciones capitalistas no han destruido radicalmente las formas de producción anteriores sino que las han funcionalizado a su lógica, siendo la asalarización poco generalizada (Amin, 1979, 19-20) en comparación con los países centrales. Éste fue un tema muy importante en la discusión marxista de las ciencias sociales de los 70, en América Latina, y versó sobre las características que asumían los procesos de acumulación originaria. Es decir, se preguntaban hasta qué punto la destrucción de formas de producción anteriores para liberar a los trabajadores de su sujeción a la tierra o a los medios de producción había terminado. Si bien este proceso de convivencia, articulación, funcionalización de relaciones de producción de subsistencia, de pequeños productores, semiasalarizadas con relaciones capitalistas ha alcanzado diversa intensidad dependiendo de los países, lo cierto es que en la mayoría de ellos⁸ sobrevivieron y se funcionalizaron a la lógica capitalista, sin destruirse. En muchos casos continuaron siendo reservorio de mano de obra para la hacienda, el ingenio o la mina, sirviendo como recursos para la reproducción de los semiasalariados. El debate sobre las particularidades de las formaciones sociales periféricas se refería a los modos diversos que han asumido en América Latina los procesos de desarrollo desigual, “satelizando en grados variables a formas pre o proto-

⁸ Los casos de Argentina, Chile y Uruguay quizás pueden ser la excepción. En éstos la extensión del capitalismo fue más temprana, y para algunos autores (Cuevas, 1981) ello se debió a que en estos países no existía una alta densidad de población nativa previa al inicio de las relaciones capitalistas.

capitalistas de producción” (Nun, 2001). No hay que pensar que esta convivencia y funcionalización fue pacífica. Implicó, como dice Esteva (1996, 66-67), una historia de violencia y destrucción que a menudo adoptó carácter genocida. Establecer el valor económico exigió desvalorizar todas las demás formas de existencia social. “El desvalor produce una metamorfosis grotesca de las destrezas en carencias, de los ámbitos de comunidad en recursos, de los hombres y mujeres en mano de obra comercializable...” Esto explica, por un lado, la debilidad de la mercantilización de las relaciones sociales en general, la débil asalarización y su claro carácter racista –las relaciones asalariadas se circunscribieron, la mayoría de las veces, a la población blanca (Quijano, 2000)–, la permanencia de las relaciones serviles y semiserviles y las más variadas formas de paternalismo las que se mantuvieron, en algunos países, hasta muy entrado el siglo xx y, por ende, la vigencia de interdependencias paternalistas con las poblaciones pobres o de origen nativo que pusieron y ponen freno a la extensión de la protección social basada en derechos.

Si bien adquirieron características diversas según países y regiones, estos procesos explican la importancia que han tenido, en la reflexión de las ciencias sociales en América Latina, una serie de categorías que intentaban explicar la existencia de formas de vivir en el mundo distintas a las clásicas asalariadas, tanto en la ciudad como en el campo. Se explica, por ejemplo, las discusiones sobre la funcionalidad o disfuncionalidad de las *economías de subsistencia*, de las *economías campesinas* y, en el espacio urbano, de la *marginalidad*⁹, de las *economías de pequeña escala* (Roberts, Bryan, 1980 o el *sector informal* más tarde (Raczynki, 1979; Tokman y Sousa, 1976). También explica las diversas categorías explicativas que surgieron en América Latina asociadas a los vínculos primarios de base comunal o local para enfrentar la pobreza, la migración, la segregación urbana y el desempleo como las *redes* y las *estrategias de supervivencia*. Da cuenta del debate sobre la relevancia política de estos grupos denominados de diversas formas para diferenciarlos de los clásicos trabajadores asalariados integrados tales como *marginales*, *masa* o *polo marginal*¹⁰, informales y ahora vulnerables.

⁹ Tanto para Nun (1970, 1972) como para Quijano (1973), en los países del capitalismo periférico no puede aplicarse el concepto de “ejército industrial de reserva” de Marx, puesto que la superpoblación relativa se procesa de manera diferente en los países del capitalismo periférico, no son más una reserva sino un sobrante. No cumplen las funciones del ejército industrial de reserva del capitalismo clásico. Por ello proponen nuevos conceptos para explicar esta realidad: “masa marginal” o “polo marginal”. El debate de Nun con Cardozo (1970) sobre la funcionalidad o no de estas poblaciones y las críticas posteriores realizadas por Toranzo (1977) a la teoría de la no funcionalidad, son una expresión de este debate.

¹⁰ Para Nun estos sectores de población son también marginados políticos ya que las relaciones que mantienen con la clase dominante, al ser inestables, no constituyen fuente de conflictos que puedan cuestionar las relaciones sociales existentes.

En América Latina, los Estados de bienestar tuvieron un desarrollo muy débil en la mayoría de los países. Con sarcasmo algunos autores hablan de los “Estados de malestar” propios de los países de América Latina o un Estado sin ciudadanía (Fleury, 1997). Sobre todo, si los comparamos con los procesos que tuvieron lugar en los países del capitalismo central. Se explica así la débil desmercantilización producida por los Estados de malestar. En los países centrales la mercantilización de la sociedad impulsó una importante sustitución parcial del sector doméstico –recursos provenientes de la familia, comunidad, la vecindad, el parentesco, etc.– no sólo por el Estado sino también por el mercado. Esto implicó un significativo proceso de socialización de parte del capital en áreas que antes eran de subsistencia doméstica que disminuirían considerablemente el tiempo de trabajo y la producción de bienes y servicios en este ámbito. Lo que antes era un dominio no mercantil pasó a ser mercantil (guarderías infantiles, lavanderías, comidas precongeladas, empresas de limpieza, etc.). En estos países las formas de reproducción reposan entonces en los aportes redistribuidos por el Estado, salarios relativamente suficientes y un mínimo aporte de las redes de solidaridad locales. En el caso de nuestros países, al haber sido la mercantilización menos generalizada y en condiciones desventajosas para los trabajadores –salarios insuficientes y formas precarias de contratación del trabajo–, así como por las intervenciones débiles del Estado, la reproducción de grupos de población significativos ha reposado significativamente en los recursos provenientes de las redes de solidaridad no mercantiles y trabajos de la economía informal y, por lo tanto, parte del riesgo social ha sido encarado por medio del fortalecimiento de redes de solidaridad locales. Parafraseando a García Canclini (1992) cuando se refiere a las características híbridas de América Latina, tenemos “una tradición que no ha terminado de irse, un Estado que no ha terminado de llegar y un mercado que no ha terminado de integrar”.

En el escenario actual, de reforma del Estado y privatización de servicios públicos, se suprimen o debilitan los escasos aportes redistributivos del Estado por medio de políticas de seguro o de cuño universal, conjuntamente con una reducción drástica de formas asalariadas además de la flexibilización y precarización laboral, las que minan los sistemas de seguro asociados al trabajo. En este contexto, la “lucha contra la pobreza” de los organismos internacionales que promueven políticas compensatorias sólo para los pobres trata de “integrar la racionalidad no mercantil dentro del modelo económico” (Michael, 1999), luego de siglos de destrucción. Esto significa que los bienes, servicios y formas organizativas de las relaciones de reciprocidad no mercantil en el ámbito local se incorporan como recurso de los programas de gestión de la pobreza tanto en las relaciones domésticas como en lo referido a la ayuda mutua comunitaria, expresada en las diversas formas de trabajo informal. La revalorización de estas prácticas históricas de los pobres o excluidos de América Latina, de parte de los programas de “gestión” de la pobreza, y su

importancia cada vez mayor en el debate académico plantean algunas paradojas.

La lógica mercantil apela ahora a la lógica de la solidaridad y al espacio donde ésta se desarrolla prioritariamente, la “comunidad”, siendo que fue promotora directa de su destrucción y transformación. La destrucción y reconversión de los lazos primarios ha sucedido históricamente por muchas razones. Por la generalización de las relaciones de intercambio mercantiles –como lo han demostrado los antropólogos y científicos sociales que estudian la transición a sociedades basadas en el mercado (Polanyi, 1997; Mauss, 1923, 24; Sahlins, 1983)–; por la creciente destrucción de las formas de producción comunitarias y la división entre el lugar de habitación y producción (Marx); por los procesos de urbanización, división del trabajo y predominancia de la solidaridad mecánica (Durkheim); por la democratización y constitución de la figura del ciudadano por oposición a las formas políticas patrimoniales y comunales (Weber, 1979 y Arendt, 1993); por la importancia de instituciones de tutela, desde la vieja caridad al Estado de bienestar que debilitaron las redes más locales de protección (Castel, 1997 y Donzelot, 1984); por el miedo producido por la violencia y la represión, y por la explotación y humillación que minan la confianza mutua.

La segunda paradoja tiene que ver con la inversión casi copernicana que se opera sobre las valoraciones de las formas culturales de supervivencia adjudicadas por las visiones desarrollistas a los sectores populares de América Latina. Lo que antes era considerado un rezago de la tradición, propio de las culturas nativas de origen rural y que los procesos de modernización deberían erradicar, hoy es la panacea para resolver la exclusión en el marco de una “modernidad” cada día menos inclusiva. La persistencia de la familia ampliada, las relaciones de autoayuda comunitaria, la neolocalidad urbana, etc., y las expresiones de trabajo denominadas *informales* había que erradicarlas. Las primeras eran parte del retraso, de los resabios de la tradición que remitían a formas culturales nativas *primitivas*. Las segundas eran consideradas formas atrasadas de producción o formas anómalas de trabajo. Ahora ambas son capacidades que hay que reforzar, capitales que hay que dinamizar y que se han incorporado al “modelo económico” en forma residual dándole el color “cultural” al desarrollo.

Del “don” al “capital social”

Decíamos que las ciencias sociales han denominado y acompañado con diversas categorías las instituciones de reciprocidad primarias. Desde el *don*, las redes, las estrategias de supervivencia, la economía moral, los soportes de proximidad, hasta llegar al actual *capital social*. La mayoría de estas categorías intentaron explicar problemas de “desintegración social”, “marginalidad” o “exclusión social”. Su utilidad explicativa pretendía dar cuenta de procesos de adaptación y de cohesión social. En este sentido, las funciones que en las

sociedades primitivas le daba al *don* Mauss de lograr la paz y Durkheim a la solidaridad orgánica en las sociedades tradicionales, las cumplen también la “redes”, el “capital social” o los “soportes de proximidad”, en las sociedades modernas.

La categoría de redes fue la primera y tuvo importancia tanto en el campo de la antropología como de la sociología. La antropología, cuando comenzó con estudios de las sociedades complejas, se interesó por demostrar la relevancia que seguían teniendo las relaciones informales de reciprocidad no mercantil, a pesar de la generalización de las instituciones de la modernidad más formales. Los estudios tuvieron lugar en sociedades poscoloniales y en los países del Tercer Mundo, básicamente. En las décadas de los 60 y 70, en Europa se desarrollaron estudios de antropólogos sociales ingleses —con base en la concepción de Barnes y Bott de redes como una serie de relaciones de carácter personal que un individuo configura en torno suyo— sobre su funcionalidad en situaciones de migración y en procesos de urbanización. El interés se centraba en abordar las redes como estructuras intersticiales y complementarias a otras instituciones de las sociedades complejas (Wolf, 1980; Mayer, 1980; Mitchell, 1980).

Los estudios acerca de la cultura de la pobreza (Lewis, 1961) puntualizaron la importancia de las redes de parentesco y vecindad de los pobres para resolver problemas propios de la industrialización en América Latina. En los 60 y 70, asociadas a estudios etnográficos en barrios de las ciudades, las redes y estrategias explicaban la importancia de las formas de reciprocidad, para la supervivencia de los sectores populares urbanos. El trabajo “¿Cómo sobreviven los marginados?”, de Larissa Adler de Lomnitz (1976), es pionero en esta línea. Los abordajes sobre estrategias familiares de supervivencia y de vida ampliaron el marco de estudio de las redes, en ámbitos locales y barriales a la reproducción de la fuerza de trabajo (Torrado, 1980). El planteo se basaba en el análisis de las consecuencias particulares de la lógica de la acumulación capitalista, los modelos de desarrollo en América Latina y la importante cantidad de población que quedaba sin posibilidad de sobrevivir a través de relaciones asalariadas (Rodríguez, 1981)¹¹. Estos mecanismos o estrategias permitían generar recursos y contrarrestar las distintas formas de violencia que generaba la modernidad: destrucción de valores de origen rural por la migración, adaptación, contención y generación de recursos para la supervivencia en las ciudades. Si bien daban por supuesto que las redes o estrategias de ayuda mutua eran propiedad exclusiva de los sectores pobres o de origen rural, y que provenían de los saberes “tradicionales” de origen, los estudios de estrategias puntualizaron la creatividad y las capacidades de los pobres para hacer frente a diversas situaciones de exclusión, a diferencia de la representa-

¹¹ También desde el movimiento feminista surgieron investigaciones relacionadas con el rol jugado por la mujer en la reproducción de la unidades domésticas y su aporte gratuito a la reproducción de la fuerza de trabajo.

ción inerte e inane de la cultura de la pobreza y de las corrientes desarrollistas (Desal, 1969). Estas preocupaciones junto a los debates sobre la marginalidad y la informalidad demuestran la importancia que tuvieron en el campo académico latinoamericano las formas no mercantiles de supervivencia o las formas asalariadas no contractuales.

En el debate contemporáneo reciente, en la Argentina, cobró relevancia la categoría de *soportes de proximidad* asociada a los vínculos relacionales que utiliza Robert Castel (1997) para explicar, junto a las características débiles o fuertes de la inserción laboral, lo que él denomina las “zonas de cohesión social”. Esta es una categoría que se inserta dentro del marco de las discusiones sobre las formas de exclusión social en Francia y de la crisis de lo que Castel denominó la sociedad salarial. “He encontrado que el análisis de una relación con el trabajo (o con la ausencia de trabajo, o con el trabajo aleatorio) representa un factor determinante para reubicarlas en la dinámica social que las constituye. No encaro aquí el trabajo en tanto que relación técnica de producción, sino como un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social. Existe, en efecto –se lo verificará en el largo término–, una fuerte correlación entre el lugar que se ocupa en la división social del trabajo y la participación en las redes de sociabilidad y en los sistemas de protección que ‘cubren’ a un individuo ante los riesgos de la existencia. De allí la posibilidad de construir lo que yo llamaría metafóricamente ‘zonas’ de cohesión social. Entonces, la asociación ‘trabajo estable/inserción relacional sólida’ caracteriza una zona de integración. A la inversa, la ausencia de participación en una actividad productiva y el aislamiento relacional conjugan sus efectos negativos para producir la exclusión o, más bien –como trataré de demostrarlo– la desafiliación. La vulnerabilidad social es una zona intermedia, inestable, que conjuga la precariedad del trabajo y la fragilidad de los soportes de proximidad” (Castel, 1997, 15).

La exclusión social y los problemas de cohesión social en Francia, que a diferencia de América Latina había vivido los 30 años posteriores a la posguerra en situación de pleno empleo y con un importante desarrollo del Estado de bienestar, se acercan a las temáticas que venían discutiéndose desde hace 40 años en América Latina. La aplicación de las zonas de cohesión social, sin ponerlas en cuestión para aplicarlas al contexto latinoamericano, se generalizó, en la Argentina, para comprender la problemática de la precarización y flexibilización del trabajo. Si se tiene en cuenta que las formas de inserción inestables en el mercado de trabajo en América Latina –denominadas con diversas categorías a lo largo de los años, desde marginalidad, masa marginal, mano de obra marginal, sector informal– han sido muy significativas y que la fragilidad de la inserción se ha encarado, la mayoría de las veces, por medio de fuertes redes de protección cercana, se puede deducir entonces que la vulnerabilidad conjugaría la precariedad del trabajo y la fortaleza de los soportes de proximidad, por oposición a lo que plantea Castel para el caso de Francia. Por ello, tanto la producción de categorías teóricas para explicar esta

problemática como los estudios antropológicos y sociológicos sobre la importancia de las estrategias de vida en los sectores populares muestran que lo que ahora se denomina zonas de vulnerabilidad, en nuestra América, lo son en relación con el trabajo y no en relación con los soportes de proximidad. Los “informales” y los “marginales” han sobrevivido o subsistido gracias a esas redes. En el marco de la preocupación de Castel por la cohesión e integración social¹², en la etapa de la crisis de la sociedad salarial francesa, los *soportes de proximidad* tienen un parecido de familia con los análisis de la funcionalidad de las *redes* y *estrategias* como formas de integración y adaptación al mundo moderno, la industrialización y la urbanización acelerada, durante las décadas de los 70 y 80 en América Latina.

Me detendré en otra noción asociada a vínculos primarios, costumbres y usos para enfrentar problemas de supervivencia, la “economía moral” proveniente de la historia social de origen inglesa (Thompson, 1995; Scott, 1976). La economía moral por oposición a la economía política intenta comprender las formas de reciprocidad y las normas que regían la vida de los campesinos en situaciones de transición al capitalismo. Me interesa detenerme un poco en la noción de economía moral, a pesar de su escasa influencia en América Latina para estudios más contemporáneos, por dos razones. La primera es que esta noción aparece en el corpus teórico de Thompson (1995, 321) asociada a las formas de encarar las hambrunas al igual que la noción de titularidades de Amartya Sen, fuente básica de la reflexión del Banco Mundial sobre la categoría de capital social, como veremos más adelante. En ambos casos la economía moral y las titularidades son el reaseguro para no caer en la inanición y también incidir en las regulaciones en relación con las provisiones mínimas de subsistencia que debe proveer el Estado. La otra causa es que muchos de los estudios actuales más progresistas sobre la importancia de las redes no mercantiles se basan en esta energía como forma de lucha y resistencia a la economía de mercado, como planteaba Thompson para la transición al capitalismo.

Para Thompson el término es el mejor para describir la manera en la cual, en comunidades campesinas y en comunidades industriales tempranas, muchas relaciones “económicas” eran reguladas de acuerdo con normas no

¹² La crisis de la sociedad salarial Castel la encara en términos de la integración social. Castel (1997,14) considera que su intención “de explicar la incertidumbre de los estatutos de fragilidad del vínculo social, de los itinerarios cuya trayectoria se ve estremecida” parte de la concepción de integración e interdependencia durkheniana. Sus ideas sobre la “desconversión social, el individualismo negativo, la vulnerabilidad de masas, la handicapología, la invalidación social, la desafiliación, adquieren sentido en el marco de una problemática de la integración de la anomia; de hecho, se trata de una reflexión sobre las condiciones de la cohesión social a partir del análisis de situaciones de disociación”.

monetarias. Éstas existen como un tejido de costumbres y usos hasta que son amenazadas por racionalizaciones monetarias y se hacen conscientes como economía moral. La indignación provocada por el lucro durante emergencias que ponían en peligro la vida le daba una carga “moral” particular a la protesta. La economía moral es convocada a existir como resistencia a la economía del “libre mercado” (Thompson, 1995, 340) y generalmente se manifiesta en los elementos de los que la subsistencia depende centralmente. Scott utiliza el concepto de Thompson para aplicarlo a las rebeliones campesinas en el sureste asiático. Los modestos pero críticos mecanismos redistributivos existentes en esas sociedades proveen un seguro de subsistencia mínima para los habitantes y son parte de la economía moral (Scott, 1977, 5)¹³. La economía moral tendría entonces dos elementos fundamentales: por un lado, formas de reciprocidad y normas no monetarias que constituyen un tejido de costumbres y usos que sirven para la supervivencia; por otro, formas de lucha y resistencia a la economía de mercado. El tercer elemento es que la economía moral constituiría un campo de fuerzas como ya hemos visto entre súbditos y dominantes. Para Thompson la economía moral y la economía política no implicarían dos economías diferenciadas. Según él, los amotinados que estudia “ya estaban profundamente inmersos, en alguna parte de su vida, en los intercambios de trabajo, servicios y bienes de una economía de mercado” (1995, 308). Este punto es importante puesto que la literatura sobre la marginalidad e informalidad y ahora sobre el “mundo de los pobres”¹⁴ plantea una visión dual e inclusive, en el último caso, se la promueve. Señala en esta reflexión una advertencia de David Thorner que considera sabia y que si bien se refiere a los campesinos es perfectamente aplicable a los pobres urbanos de finales del siglo xx: “Es seguro que nos extraviaremos si tratamos de concebir las economías campesinas como orientadas exclusivamente a la ‘subsistencia’ y a sospechar capitalismo siempre que los campesinos den señales de estar orientados al ‘mercado’. Es mucho mejor dar por sentado, como punto de partida, que durante siglos las economías campesinas han tenido una doble orientación hacia ambas cosas. De esta manera, pueden evitarse muchos debates infructuosos en torno a la naturaleza de las economías denominadas ‘de subsistencia’” (citado por Thompson, 1995, 308).

La introducción del concepto *capital social* de Bourdieu (1980) en las ciencias sociales latinoamericanas, en los 80 y 90, marca un hito en la tendencia a la extensión de la aplicación de las relaciones de reciprocidad, a través de redes, a otros grupos sociales no pobres. Hasta ese momento esas estrate-

¹³ En la furia y la indignación que lleva a los campesinos a levantarse en protesta está su economía moral: su noción de la justicia económica y su definición operacional de explotación, su visión de cuáles exacciones externas sobre su producto eran tolerables y cuáles no.

¹⁴ La pobreza se representa como un espacio separado del resto. Las categorías para nominarla son el “mundo de la pobreza” o el “mundo pobre” o también de la “organización marginal”, o “marginados” (PNUD, 1988, 46-50).

gias parecían ser patrimonio exclusivo de los pobres o de la fuerza de trabajo explotada. Bourdieu plantea la idea de redes sociales dentro de uno de los capitales o fuerzas que actúan en un campo cualquiera. Estos capitales no provienen de la tradición ni son propiedad de los pobres exclusivamente, se encuentran en todos los grupos sociales. Bourdieu entiende como capital social el “conjunto de los recursos actuales o potenciales que están ligados a la posesión de una red durable de relaciones más o menos institucionalizadas de interconocimiento y de interreconocimiento; o, en otros términos, a la pertenencia a un grupo, como conjunto de agentes que no sólo están dotados de propiedades comunes (susceptibles de ser percibidas por el observador, por los otros o por ellos mismos), sino que también están unidos por lazos permanentes y útiles” (Bourdieu, 1980a, 2)

Según Bourdieu el capital social puede procurar beneficios materiales o simbólicos, como aquellos asociados a la participación en un grupo raro y prestigioso. También puede multiplicar otros tipos de capitales. Por ejemplo a partir del rendimiento diferencial de un capital —económico o cultural— más o menos equivalente, dependiendo del volumen del capital social que se puede movilizar en relación con un grupo o red-familia, antiguos compañeros de escuela de élite, nobleza, club selecto, etc. La red de relaciones es el producto de *estrategias de inversión social*, consciente o inconscientemente orientadas hacia la institución o la reproducción de relaciones sociales directamente utilizables, a corto o largo plazo. El propio intercambio transforma los objetos intercambiados en signos de reconocimiento mutuo y de pertenencia al grupo, lo que construye al grupo y determina sus límites. Delimita el espacio más allá del cual el intercambio no puede tener lugar. El volumen del capital social no sólo depende de la extensión de la red de relaciones sino del volumen del capital económico, cultural o simbólico de los miembros de la red.

En Argentina, en los 90, muchos estudios sobre la nueva pobreza y sus estrategias para enfrentar o mitigar el empobrecimiento utilizaron el concepto de capital social (Kessler, 1999; Minujin y Kessler, 1995). Hasta ese momento se aplicaban a grupos de iguales. Su empleo en las relaciones de compadrazgo (Adler, 1994) y clientela política (Auyero, 1996) pone en el tapete la importancia de relaciones jerárquicas y de cambios de roles en las redes. Además, muestra cómo los intercambios informales más o menos estables, tanto horizontales como verticales, pueden ser encarados con el mismo concepto.

De cómo “la productividad comunal” devino en capital para las políticas de “lucha contra la pobreza”¹⁵

La participación y el capital social se han convertido, en estos últimos años, en una herramienta fundamental de política local y de los organismos internacionales de desarrollo, como el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de

¹⁵ Un mayor desarrollo de este tema en Álvarez Leguizamón (2001a y 2001b)

Desarrollo (BID), la Comisión Económica para América Latina (Cepal), el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en sus políticas de “ataque” o “alivio” a la pobreza en los 90. Ambas categorías remiten a relaciones de reciprocidad no mercantiles basadas en vínculos informales de base local y se constituyen en prácticas para convertir los recursos autogenerados por las redes en capitales para la supervivencia, en recursos para la autogestión de programas focalizados (Álvarez Leguizamón, 2001c) y en formas de resolver el conflicto social. El objetivo fue autonomizar a las poblaciones del Estado y a compensar su débil, escasa o nula relación con el mercado, así como fortalecer sus capacidades de autosubsistencia y de autogestión.

A mediados de los años 70 se produce una transformación significativa en el concepto de desarrollo, trayendo a primer plano la consideración de factores sociales y culturales. Esta nueva sensibilidad se produjo después de reconocer los pobres resultados obtenidos mediante las intervenciones impuestas desde arriba y basadas en inyecciones masivas de capital y de tecnología. Este cambio de rumbo político se manifestó claramente en el giro que efectuó el Banco Mundial al adoptar una política de programas “orientados hacia la pobreza”, anunciada por su presidente Robert Mac Namara, en 1973, y en otras agencias de desarrollo internacional, como en algunas oficinas técnicas de las Naciones Unidas (Escobar, 1997). A partir de allí se trata de promover el “desarrollo comunitario”, se considera que los pobres deben participar en los programas. Se debe implicar a los beneficiarios directos de modo substancial si se pretende alcanzar un resultado positivo en los programas. Los Estados desarrollan, entonces, cada vez más programas destinados no a erradicar la pobreza sino a regularla y administrarla, incluyendo en la gestión a los propios pobres y sus “capitales”.

En los 90 dos fenómenos concomitantes intensifican la importancia de los factores sociales como formas de administrar y controlar la pobreza, una renovada visión “social” del Banco Mundial y el surgimiento del paradigma del “desarrollo humano” promovido por el sistema de las Naciones Unidas. El protagonismo del ex vicepresidente senior y jefe de economistas del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, en forma conjunta con James Wohlfensson, el actual presidente, ha sido fundamental para incorporar una visión “social” de la misión del Banco (Edwards, 1999) y la importancia de los factores sociales como alternativa al desarrollo. Conjuntamente con estas tendencias, el “desarrollo humano” es el nuevo paradigma de “desarrollo” promovido, a partir de finales de la década de los 80, por las agencias de las Naciones Unidas (PNUD, Unicef, entre otros). Este discurso marca un quiebre en las transformaciones de la economía capitalista del “subdesarrollo” de la última mitad del siglo xx. El “desarrollo humano” se plantea como una estrategia para el ataque a la pobreza, concibiéndola como consecuencia de la pérdida de legitimidad y eficacia de algunas funciones que se asignaba al crecimiento, al Estado y al mercado. Ya ni el mercado ni el Estado les aportan recursos ni posibles oportunidades. Ahora es la “solidaridad” entre los más pobres uno de los pilares de este nuevo paradigma. El estímulo actual se puede sintetizar como

sigue: “solidaridad entre los pobres, competencia e individualismo para los más ‘capaces’, subsidiariedad para el Estado”. El Banco Mundial afirma que “el Estado, en tiempos de inseguridad, tiene el rol de sumar a los hogares o comunidades mínimos niveles de provisiones a aquellos que están incapacitados de ganar en el proceso de crecimiento. Las políticas efectivas tendrán que tomar en cuenta lo que los individuos y los hogares pueden hacer para protegerse a sí mismos y cuáles son sus limitaciones” (World Bank Group, 1998).

Esta nueva estrategia del discurso del desarrollo se funda en una concepción de la sociedad donde la pobreza es el producto de las “incapacidades” de la gente para competir en el mercado y donde el Estado debe ser prescindente de la regulaciones laborales y de la provisión de servicios y bienes para la reproducción. A pesar de ello, se percibe a los pobres como poseedores de capacidades y recursos para resolver problemas a partir de las redes de proximidad y encarar la subsistencia por medio de la autogestión comunitaria o familiar. Esta visión es como el espejo invertido de los fundamentos de la “promoción comunitaria”. Antes había que promover capacidades que los pobres no poseían para superarse y que eran causales de nuestro “subdesarrollo”. Ahora dichas capacidades adquieren visibilidad para los ojos de la política y de la academia y se convierten en “la” solución para el “ataque” a la pobreza, no en su causa como pregonaban las teorías desarrollistas en las décadas de los 60 y 70 (Álvarez Leguizamón, 2001c).

La descentralización y el traslado de la gestión de los programas a los propios pobres, reforzando sus capacidades autosostenibles, se traducen entonces en una importancia creciente del incentivo a la “participación popular”, a la “solidaridad” horizontal entre los pobres y al uso del capital social como activo de los hogares. Los programas son cada vez menos gubernamentales y más privados. En el caso de la pobreza, son por tanto cada vez más participativos. Esto significa, en la práctica, que la propia gente en forma asociativa se hace cargo de sus problemas. En el plano de la ejecución se traduce en la necesidad de “construir capacidades de gestión entre las comunidades locales”. La “participación popular”, antes bandera de los movimientos de base de los 70, que propugnaban la participación comunitaria como forma de lograr un “desarrollo inclusivo”, ahora es la estrategia que permite la privatización de lo público (Álvarez Leguizamón, 2001b). Ahora la promoción de la participación se extiende de los pobres a una acepción ampliada y nueva de sociedad civil¹⁶. Este sería el segundo elemento innovador que aparece. Se incentiva a

¹⁶ Esta concepción de sociedad civil se asocia al fortalecimiento de identidades no vinculadas a la condición de trabajador o de ciudadano fundada en derechos formales que se traducen en garantías. Se trata de la promoción de nuevas identidades que se asocian a derechos más abstractos como los denominados derechos de tercera y cuarta generación (mujeres, niños, medio ambiente, grupos étnicos).

la participación de la sociedad en un sentido amplio. Dado que en este nuevo paradigma la sociedad civil se hace cargo de la acción societal y el bien común se coloca en sus energías (Álvarez Leguizamón, 2001a), es necesario incentivar la participación de sus distintos componentes: las organizaciones no gubernamentales, las organizaciones de base de los pobres, las empresas privadas y las organizaciones benéficas y filantrópicas. Dentro de esta acepción ampliada de la participación según Rahnema (1998), actividades de desarrollo rentables podrían ayudar al sector privado a involucrarse directamente en el negocio del desarrollo.

En un documento donde se fijan las bases para una “estrategia y un programa de acción” del proyecto regional para la superación de la pobreza, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en la primera conferencia regional para América Latina y el Caribe, realizada en 1988, en Quito, la participación juega un papel fundamental. La participación se asocia fuertemente a la representación de los pobres y de la pobreza como heterogéneos, diversos y creativos. “La principal función de la participación es liberar el potencial creativo que las sociedades manifiestan, en especial en los espacios de pobreza, como resultado de la diversidad que contienen (...) Heterogeneidad, diversidad y creatividad son elementos que pueden conciliarse a través de la participación y, con el estímulo del Estado, convertirse en agentes eficientes para la eliminación de la pobreza” (PNUD, 1988, 46). La creatividad se vincula con las estrategias de supervivencia del “mundo de los pobres”, las cuales se dice “pueden significar la satisfacción de nuevas y más complejas necesidades básicas” (PNUD, 1988, 50).

Veamos los núcleos más importantes de esta concepción en documentos de política del Banco Mundial. En un documento denominado “Monitoreando y evaluando la participación popular en los proyectos asistidos por el Banco Mundial” (Uphoff, 1993, 135-136) se plantea que se trata “de pensar y trabajar en una manera menos centrada en el gobierno, de esta manera, con una apropiada reorientación burocrática, las agencias gubernamentales pueden jugar un rol constructivo propiciando un desarrollo participativo”. El Banco Mundial define la *participación popular* como un proceso por el cual las personas, *especialmente aquellas desventajadas*, influyen en las decisiones que las afectan. El término “popular” refiere no solamente a los pobres absolutos sino también está dirigido a una abanico más amplio de personas que poseen “desventajas en términos de salud, educación, grupos étnicos y género”. La representación de la pobreza se asocia aquí a desventajas no sólo económicas. Se señalan los objetivos más importantes de la participación popular para las actividades de “desarrollo” apoyadas por el Banco. Éstos son el *empowerment* (empoderamiento), que implica el “desarrollo de la capacidad de las personas para iniciar acciones por ellas mismas o influir en decisiones de actores de más poder”. El segundo objetivo es el desarrollo de “capacidades de los beneficiarios” en relación con las operaciones apoyadas por el Banco. Se dice que de “esta manera los beneficiarios pueden compartir las responsa-

bilidades de gestión de la operación tomando responsabilidades por ellos mismos” y “contribuir a la sustentabilidad” del proyecto. Finalmente, un último objetivo, sin eufemismos, plantea la necesidad de “compartir costos“ (*cost sharing*): “Así, se espera que los beneficiarios contribuyan con trabajo y capital o hagan uso de la ‘autoayuda’ para mantener el proyecto” (Bhatnagar y Williams, 1992, 177-178).

En el informe sobre el desarrollo mundial 2000-2001 denominado “Lucha contra la pobreza” del Banco Mundial (2000) se plantean como elementos fundamentales de la estrategia de “alivio a la pobreza” tres elementos: la oportunidad, la seguridad y el empoderamiento o potenciamiento. Para generar “las oportunidades materiales que los pobres destacan sistemáticamente” (empleo, crédito, carreteras, electricidad, mercados, servicios de abastecimiento de agua, saneamiento, escuelas y salud), se señala el crecimiento, la introducción de reformas en los mercados que pueden ser clave para la expansión de las oportunidades para los pobres, pero también “la importancia de que el Estado respalde la acumulación de activos que poseen los pobres o a los que tienen acceso (recursos humanos, tierra e infraestructura)”. La seguridad implica la reducción de la vulnerabilidad a que se ven expuestos los pobres. Para ello se propone no sólo la gestión de los riesgos sino también “acrecitar los activos de los pobres, diversificar las actividades de los hogares y ofrecer, para las situaciones adversas, toda una gama de mecanismos de protección, desde las obras públicas hasta los programas contra la evasión escolar y el seguro de salud”. El empoderamiento incluiría desde la promoción de instituciones transparentes hasta la “promoción de una descentralización integradora y del desarrollo comunitario”, además, “el respaldo al patrimonio social de los pobres”. El desarrollo comunitario se entiende como “mecanismos eficaces de participación popular y de supervisión de la ciudadanía de los organismos gubernamentales” que compagine la descentralización de los organismos que “ofrecen servicios” a los pobres. El “respaldo al patrimonio social de los pobres” se refiere a las “normas y redes sociales” que se entienden como “una forma de patrimonio que puede ayudar considerablemente a los necesitados a salir de la pobreza”. Por ello se considera “importante *colaborar con las redes de personas pobres y prestarles apoyo, con el fin de incrementar su potencial*” (Banco Mundial, 2000, 7-12, resaltado nuestro).

Dado que se ha comprobado que el crecimiento en condiciones de apertura de los mercados y reforma del Estado ha aumentado la desigualdad y no ha provocado el rebalse esperado, en la estrategia de ataque, lucha o alivio a la pobreza –según los diferentes adjetivos utilizados–, lo más importante es el aumento de las “oportunidades” en el mercado cada vez más abierto y desigual. En los hechos se traduce en una disminución de las posibilidades y un incentivo al “mejoramiento de los activos de los pobres” cada vez más deteriorados por los efectos del ajuste. De esta manera los pobres se convierten en “artífices” del alivio a su propia pobreza. La sociedad por lo tanto no debe actuar sobre las desigualdades que las provocan. Sólo debe potenciar sus

activos. Los activos son recursos humanos, infraestructura y el “patrimonio social”, donde la participación promueve la “potenciación sinérgica” de las redes asociativas no mercantiles.

Recientemente la categoría “capital social” viene a extrapolarse al campo de la economía y al discurso del desarrollo (Álvarez Leguizamón, 2001a). Los economistas la incorporan como un capital o como un activo. Se reconoce “su importancia determinante en la factibilidad y la productividad en la actividad económica” (Moser, 1998, 4, traducción nuestra) y su valor y funcionalidad en la “lucha contra la pobreza”¹⁷. El aporte de Robert Putnam en su estudio para Italia es fundamental. Define el *stock* de “capital social como redes recíprocas informales, confianza y normas –en instituciones jerarquizadas y horizontales– que facilitan la cooperación y la coordinación para beneficio mutuo” (Putnam, 1993). En comunidades como las del norte de Italia, donde el capital social es fuerte (organizaciones comunitarias activas, clubes, asociaciones), existe progreso económico, a diferencia del área sur “incivilizada” que se mantiene por estas causas subdesarrollada. Para Putnam la “incultura cívica”¹⁸ es equiva-lente a carencia de capital social y a subdesarrollo económico. Otro aporte fundamental en este proceso de construcción de esta nueva categoría funcional al discurso del desarrollo es la aplicación de la idea de titularidades intangibles en los estudios de Amartya Sen sobre las hambrunas, a la de activos como capital social realizada por estudios promovidos por el Banco Mundial. Para Sen (1995) hay bienes tangibles e intangibles con los cuales una persona puede contar e intercambiar. A estos últimos los denomina “titularidades” (*entitlements*). El mapa de titularidades intercambiables depende de las características de la situación legal, económica de la sociedad en cuestión y de la situación de la persona en ella. También dependerá de las oportunidades productivas y de las posibilidades de intercambiar productos y recursos. Las provisiones de la seguridad social, el seguro de desempleo o los ingresos mínimos, también forman parte de ese mapa. La hambruna es el resultado de falta de bienes tangibles o de titularidades o de ambas a la vez. La aplicación de las titularidades al capital social extiende la idea de capital a otros activos intangibles, como los recursos provenientes de redes y a las relaciones domésticas.

Caroline Mosser (1998), en un estudio propiciado por el Banco Mundial, incorpora la categoría de capital social como activo de los hogares sobre la

¹⁷ Según Alejandro Portes (1996) son dos economistas quienes introducen el concepto en la sociología estadounidense: Glen Loury (citado por Portes, 1999, 245, 246) y Coleman (2000). A estos autores les interesa el capital social en su relación con la formación de capital humano y en la identificación de mecanismos por los cuales se genera.

¹⁸ “Estas comunidades no se hicieron cívicas simplemente porque eran ricas. Los records históricos sugieren fuertemente precisamente lo opuesto: ellos se hicieron ricos porque eran cívicos” (Putnam, 1993).

base de los aportes de Sen y otros. Su estudio pretende “contribuir al debate acerca de las estrategias de reducción de la pobreza a un nivel local sostenible que refuerza las soluciones inventivas de las propias personas, más que sustituirlas, bloquearlas o no tenerlas en cuenta”. Categoriza “los activos de los individuos pobres de la ciudad en términos de cinco abordajes de la vulnerabilidad (*asset vulnerability framework*). Estos incluyen los activos tangibles como el capital humano y laboral, activos menos productivos tales como la vivienda, y activos intangibles y más invisibles tales como las relaciones domésticas y el capital social” (1998, 1, traducción nuestra).

La visión oficial del Banco Mundial sobre el capital social, la que se expresa en sus documentos oficiales, es táctica. La página web (World Bank Group, 1998) sobre capital social (*social capital for development*) expresa esta concepción utilitaria: “Cada vez más evidencias muestran que el capital social es crítico para aliviar la pobreza y para el desarrollo humano y económico sustentable”, teniendo un: “efecto en la productividad comunal y en su bienestar” (World Bank Group, 1998, traducción nuestra). La cantidad de trabajos que el Banco Mundial promueve sobre este tema muestra la relevancia que tiene para sus estrategias de desarrollo y las políticas de “alivio a la pobreza”,¹⁹.

La postura de Stiglitz sobre el capital social es más escéptica que estas más oficiales o instrumentales. Considera que si bien el capital social puede ser funcional ante situaciones de pobreza al sustituir bienes basados en relaciones mercantiles, debe ser reconvertido por el “desarrollo”. El ex vicepresidente del Banco Mundial reconoce que “una importante función de lo que nosotros hemos venido a llamar ‘capital social’ es complementar o sustituir los intercambios basados en el mercado y en la asignación de recursos. Claramente también, interactúa e incide en los intercambios de mercado”. Por ello señala abiertamente, a diferencia de Putman, que “puede haber (...) como la forma de una U invertida en la relación entre densidad de capital social y nivel de desarrollo” (2000, 64-65). Stiglitz reconoce que el desarrollo destruye capital social que debe ser reconvertido, por lo que los valores nativos deben ser excavados.

De la biopolítica a la focopolítica

Retomemos nuestro planteo inicial. Hasta qué punto la transformación de las instituciones de reciprocidad, “del don al capital social”, está mostrando mudanzas en las relaciones sociales y cuáles serían sus consecuencias sobre las formas de control social. La mayor concentración de la riqueza y la profundización de la desigualdad en su distribución, junto con la privatización de la

¹⁹ Recientemente se ha generado un área denominada Social Capital Initiative (SCI) con subsidios del gobierno de Dinamarca (Collier, 1998). A partir de 12 proyectos se pretende “ayudar a definir y medir el capital social de una mejor manera”, además de mejorar el monitoreo del “stock, la evolución y el impacto del capital social”.

protección social en América Latina, son un producto de estos cambios. Éstos se expresan en una mayor segmentación en el acceso a bienes y servicios sociales: para los sectores medios y con capacidad de pago, privatización y desregulación de los servicios sociales; para los más pobres, la gestión de la pobreza potenciando la “productividad comunal” o la beneficencia y la filantropía. Un proceso concomitante y estrechamente vinculado es el traspaso del “bien común” y el interés general de los ámbitos públicos estatales a la sociedad civil y al capital social²⁰ o a los vínculos locales fuertes de las regulaciones y garantías que antes se colocaban en el ámbito de la política y el Estado.

En las políticas sociales basadas en derechos, la reciprocidad estaba institucionalizada y normatizada. En el caso de la seguridad social es la relación contractual del trabajo asalariado estable la que otorga el derecho. En las políticas más universales, como la educación y la salud pública, la reciprocidad tiene que ver con derechos más abstractos, fundados en un contrato amplio entre el ciudadano y el Estado. En lo que respecta a las provisiones cuyo origen son las relaciones primarias (don, economía moral, capital social, etc.), rigen las normas de la costumbre. Cuando como estrategia de lucha contra la “pobreza” éstas son usadas sólo como recurso para la supervivencia, junto a un reforzamiento de las prácticas benéficas y filantrópicas –donde la “distinción” de clase y poder se reactualiza en cada acto de dádiva–, las estructuras de reciprocidad se modifican: de instituciones más igualitarias pasan a otras más jerárquicas. Las relaciones sociales y de clase que las sustentaban han sufrido una importante mutación.

La modernidad neoliberal conjuga de manera perversa estímulos de solidaridad, tradición, comunidad –para los pobres–, con los de competencia, modernidad, individualismo –para el resto. ¿Hasta qué punto es posible construir una sociedad más equitativa sobre la base de valores radicalmente opuestos? Participación, solidaridad, ayuda mutua, desarrollo autosostenible sólo para los pobres y grupos excluidos, y competencia, individualismo, destrucción del medio ambiente, concentración de la riqueza y creciente desigualdad social como los valores “inevitables” de la globalización.

En un contexto de exclusión cada vez más alarmante, no cabe duda que la apelación a las solidaridades comunitarias de los más pobres –sin derechos ni garantías y como espacio donde se realiza el bien público– tiende a agudizar las diferencias sociales ya existentes. El estímulo predominante: “solidaridad entre los pobres, competencia e individualismo para los más ‘capaces’, subsidiariedad para el Estado” intensifica la dualidad ya existente entre los que pueden acceder a patrones mínimos de calidad de vida y los que quedan

²⁰ Robert Putman (1993, 3) considera que el capital social a diferencia de los capitales convencionales es un “bien público”. Esto significa que no es propiedad privada de aquellos que se benefician de su uso.

fuera, y obviamente profundiza la brecha de las formas de distribución de los beneficios de la “modernidad”.

La revalorización de las redes primarias y sus formas institucionalizadas, como las asociaciones intermedias, responde en parte a las críticas de los clásicos a los efectos de la modernidad. Durkheim, Toennis, Weber, Simmel planteaban el debilitamiento del sentido de comunidad y de los lazos primarios a la vez como un problema y como la fuente de las libertades modernas. En este nuevo planteo se pone en cuestión los “beneficios” que trajo la modernidad, al liberar a los individuos de la dependencia y la coacción de los lazos locales.

Recientemente pensadores neoliberales y neoconservadores, como los Freidman, Hayek, Peter Berger, Putman, Fukuyama (Álvarez, 1999b) arguyen la necesidad de reinventar la comunidad. Si bien entre estos autores se encuentran diferencias significativas, no tanto en el diagnóstico pero sí en sus propuestas políticas, quizás Hayek y los Friedman sinteticen este pensamiento. La idea de la mano invisible y autogenerada de las relaciones mercantiles que rige para el mercado debe regir para la “sociedad”. Un erróneo “antropomorfismo” concibe a la sociedad como “actuando” o “deseando algo”, por ello el Estado debe achicarse a su mínima expresión. Es la comunidad y lo local donde las relaciones autogeneradas se insertan (Hayek, 1980, 63-64), donde se coloca el bien común. La responsabilidad de atender a los más desfavorecidos es considerada “moral” e “individual”, no “social” (Milton y Friedman, 1980), por ello se deben reforzar los lazos familiares y comunitarios. Esta propuesta retrotrae las formas de administrar e intervenir sobre la pobreza a las del antiguo régimen donde, como dice Castel (1997, 218), “la historia de una política sin Estado narra también las desventuras de una concepción moral de lo social”. Esta visión moral de lo social genera relaciones de autoridad entre un grupo de esclarecidos que considera se debe “intervenir” moralmente y ser guía de su moralización, y parte de que “la eficacia moral suponía la adhesión de aquellos a quienes se moralizaba y debía de tal modo perpetuar la situación de minoridad social de los sometidos”.

Según Donzelot (1998, 186-187), existe en la actualidad un retorno a la concepción comunitaria de lo social a través de la valorización de lo local, del barrio, del grupo, de la familia, en resumen, de todo lo que vehiculiza la idea de una posible solidaridad por la semejanza de las condiciones de pertenencia a un mismo lugar. Lo social se refuerza allí donde las relaciones ocurren sin ligarlo a los problemas de una instancia estatal distante. Sin embargo, no se trataría de un simple retorno a las viejas concepciones de lo social, sino de rellenar sus lagunas y de suplantarlo la idea de solidaridad en que se basaba el Estado de bienestar.

Se podría hablar ahora, tomado la idea de la familia-providencia de la Edad Media señalada por Castel (1997), de “familia y comunidad providencia”²¹ no autorreguladas totalmente como las comunidades campesinas de esa época. Pero ¿hasta qué punto la vuelta a las redes de solidaridad implica una mayor autonomía y un menor control del Estado? El desarrollo y extensión de las solidaridades personales puede generar autonomía de las formas de control del Estado y reforzar identidades, pero también puede provocar lazos de dependencia más fuertes y cumplimiento de estrictas lealtades, como demuestran los pensadores clásicos de la modernidad (Simmel, Marx, Durkheim, Weber).

Volvamos a las formas de control de la vida y de los cuerpos propia de la *biopolítica* y a las características de estas relaciones. Foucault (1992) señala distintos ámbitos de intervención, objetos de saber y de control de la biopolítica durante el siglo XVIII y comienzos del XIX. Éstos tienen que ver con la “incapacidad”, la exclusión de los individuos y de su neutralización. Los primeros, a finales del siglo XVIII son los procedimientos adoptados por la población en relación con la natalidad, época de surgimiento de la demografía como saber y de la población como categoría. Se trata de controlar las epidemias, como causas frecuentes de defunción (1992, 251). Estos son “factores permanentes (...) de reducción de fuerzas, de energías, de disminución del tiempo de trabajo”. Desde comienzos del siglo XIX aparece otro campo de intervención: “En la época de la industrialización, se convierten en fundamentales los problemas de la vejez, de la imposibilidad de trabajar, de las enfermedades, a lo que además se añaden los accidentes, las diversas anomalías. En relación con todos estos fenómenos, la biopolítica se encaminará a implantar no tanto instituciones de asistencia (que ya existían) sino mecanismos más ingeniosos y –desde el punto de vista económico– más racionales que la gran asistencia, masiva y al mismo tiempo fragmentaria, esencialmente ligada a la Iglesia: seguros, ahorro individual y colectivo, seguridad social”. El último ámbito de intervención en este período “toma en consideración las relaciones entre los seres humanos como especie, como seres vivientes, y su medio de existencia. Se examinarán ahora los efectos elementales del ambiente geográfico, climático, hidrográfico y los problemas conexos” (1992, 253).

²¹ “Estas comunidades tendían así a funcionar como los sistemas autorregulados o homeostáticos, que recomponen su equilibrio movilizándolo sus propios recursos. Se realizaba la reafiliación sin cambiar el marco de referencia. La integración amenazada se reconstituía sobre una base territorial y en el marco de las interdependencias enraizadas por esa inscripción. Al producirse una falla en el sistema de las protecciones cercanas, la sociabilidad sólo se aflojaba sin llegar a cortarse, y el éxito de las operaciones de recuperación dependía de su elasticidad, que no era infinita (...) Las sobrecargas llegaban a veces a desequilibrar las redes primarias de solidaridad y a romperlas. Era posible que por esta asistencia hubiera que pagar un precio muy alto, soportar una superexplotación, pequeñas persecuciones o un pesado desprecio...” (Castel, 1997, 35-36)

La importancia de los fenómenos colectivos que presentan constantes de larga duración, la aparición de la previsión y de estimaciones para asegurar compensaciones, además de la población como categoría, fueron algunos de los campos de saber de la biopolítica (Foucault, 1992, 254). Ahora, con el auge de la “familia o comunidad providencia”, el control no es más sobre la población en términos amplios y masivos asociada a la vida, como lo era en la etapas de predominio de la biopolítica. Se trata ahora de una nueva tecnología de poder, la “focopolítica”. No es la vida de la población productiva la que importa o el aumento de la productividad del trabajo. El mercado regula la vida de los “más capaces”, ésta debe ser comprada en el mercado. El Estado, a partir de la gestión focalizada de la pobreza –promoción de las redes autogeneradas comunitarias “productivas”– no promueve la vida, se desentiende de ella y la deja reposar en la moral individual filantrópica –como las organizaciones no gubernamentales o benéficas– y en los “capitales” de los propios pobres. Sólo se incentiva un ingreso mínimo de subsistencia (Hayek, 1980; Friedman, 1980) o, en el paradigma del desarrollo humano, la provisión de parte del Estado de servicios o “paquetes” básicos o mínimos para los pobres. No es más la población en su sentido genérico el objeto de la biopolítica sino los pobres, y entre ellos los más “vulnerables”, o sea los que constituyen una amenaza para la estabilidad del sistema.

A la focopolítica de finales del siglo xx no le importa aumentar la productividad y la vida de los trabajadores. La producción de un excedente de población que no puede sobrevivir por la vía de la mercantilización de su fuerza de trabajo sin la protección del “Estado” no pretende revertirse dentro del esquema neoliberal. Por ello se propugna como solución la inscripción de las familias en las redes solidarias locales. Se incentivan nuevas formas de territorialización diferentes a las de la etapa del control disciplinar sobre los cuerpos, aunque con elementos similares a los que predominaban en el antiguo régimen y en la sociedad del control. Su objetivo era fijar en la comunidad local o en los hospitales generales y hogares a las poblaciones para neutralizarlos. Se tiende ahora a promover la “autogestión comunitaria” que no sólo genera recursos sino que fija la autovigilancia. En la etapa de la “focopolítica” los objetos de saber de los expertos sociales son la precisa identificación de las poblaciones excluidas del trabajo estable o de la dinámica dominante: “las poblaciones objetivo” los *targets groups*, lo que se denomina poblaciones de “riesgo”. Los saberes que se generan para su identificación y para incentivar la autogestión y el autocontrol son el nuevo campo de la focopolítica.

Las estrategias y tecnologías ahora propuestas son diferentes y también lo es la familia y la comunidad territorial progresivamente debilitada, sin las funciones de “asistencia” a la salud, a la educación y al riesgo que antes tenían. Por ello las políticas de inserción, de integración o focalizadas deben “fortalecer” las denominadas “redes de seguridad”, coordinadas por instituciones gubernamentales cada vez más centralizadas y especializadas para la detección de los grupos

“vulnerables”. Ya no es la “población” a la que hay que controlar como en la biopolítica, ni la figura posterior del ciudadano. Son los “beneficiarios”, los *stakeholders* (los socios que participan), bajo el estímulo de la autosubsistencia y el autocontrol.

Parfraseando una ordenanza del final del antiguo régimen en Francia, que reza: “cada parroquia responderá por sus pobres como un padre de familia por sus hijos” (Castel, 1997, 57), el ejercicio de una tutela comunitaria para las actuales políticas focalizadas ordenaría: “cada comunidad pobre responderá por sus pobres con un mínimo de incentivo del Estado, como cada familia pobre responderá por los suyos, ‘los no pobres’, el resto, podrá realizarse en el mercado y eligiendo, a partir de ‘estilos de vida distintos’, formas alternativas a la familia tradicional”.

Las prácticas milenarias de los sectores populares de los países del Tercer Mundo para sobrevivir ante la dinámica excluyente del capitalismo son incorporadas como un recurso básico de la “nueva agenda social”. Esta propuesta es funcional al proceso de desmercantilización del trabajo y al debilitamiento del Estado de bienestar. La liberalización y progresiva mercantilización de las relaciones sociales para algunos excluye a otros de la posibilidad de reproducirse con ingresos monetarios, por lo que cada vez más la reproducción reposa en los recursos provenientes de las relaciones de reciprocidad. Por ello el Banco Mundial recomienda políticas para reforzar y extender sistemas locales de ayuda mutua (Adams, 1993, citado en Moser, 1998) ante la evidencia de que en situaciones de escasez moderada se desarrollan importantes intercambios fuera del mercado. El autocontrol reposa en los mecanismos normativos que ofrece la fuerte cohesión social de las relaciones más locales. Por ello se potencian sus funciones como estructuras mediadoras para evitar conflictos. El Estado deja de dirimir entre intereses contrapuestos en estos ámbitos. Es en el mercado de las relaciones desiguales recíprocas comunitarias y locales donde se resuelven los conflictos.

Las políticas sociales actuales han pasado de colocar el bien común en el derecho a la “moral” de las relaciones autogeneradas de interdependencia jerárquicas o comunitarias. Es interesante la discusión que plantea Thompson (1995) con Adam Smith en *La riqueza de las naciones*, sobre las diferencias entre la economía política y la economía moral. La primera no quiere regulaciones al acaparamiento ni a las subas ilegítimas del precio del pan y la economía moral sí. En la actualidad, el discurso neoliberal ha llevado al extremo los fundamentos de la economía política (desregulación completa de los medios de subsistencia), apelando a la cooperación y las obligaciones sociales recíprocas entre los pobres, pero eliminando todo tipo de regulación o acción del Estado sobre las condiciones de subsistencia, salvo necesidades muy básicas no asociadas a los alimentos, como salud y educación. La apuesta neoliberal exagera los fundamentos de la economía política junto a una apelación “moral” privada a los poderosos, por medio de una nueva filantropía

y una caridad laica actualizada a los nuevos tiempos, junto a la autogestión y autosubsistencia de los pobres. No se trata de revitalizar una nueva “economía moral” a lo Thompson, donde se pone en cuestión la lógica de la ganancia y el lucro o se convoca a combatirla, estructurada en un vínculo entre los subordinados y aquellos que debían mantener ciertas prácticas legítimas de comercialización de los alimentos (1995, 216). La economía política neoliberal ha trasladado la economía moral del Estado de bienestar (en el sentido de normas de reciprocidad redistributivas) a los pobres o entre ellos. El hecho de que los seres humanos se “deben unos a otros en momentos de necesidad” se restringe a la solidaridad más local y comunitaria, no a las regulaciones para asegurar la supervivencia ni a derechos asociados a la condición de ciudadanía o de trabajador.

Se observa como consecuencia una progresiva polarización de la sociedad: democracia, ciudadanía, propiedad, derechos individuales, trabajo formal y mercado para algunos pocos; comunidad, grupos objetivo, derechos colectivos asociativos, autogestión, trabajo informal y precarizado, para otros. En un contexto de pérdida paulatina de derechos sociales, concentración del poder económico y político, desregulación y privatización de lo público, hegemonía del discurso individualista y de prácticas paternalistas estigmatizantes para los excluidos, como la beneficencia, escasa democratización en las decisiones y diseño de las políticas públicas en general y de las sociales en particular, creciente regresividad en la distribución de los ingresos, desmantelamiento de las políticas universales basadas en derechos, es difícil pensar que una recomposición a favor de los grupos excluidos se opere por medio de la relativa autonomía que puedan generar las políticas autogestionarias. La tendencia parece la opuesta y el discurso del desarrollo basado en la participación y el capital social abona la progresiva desigualdad en la distribución del poder, la riqueza y la creciente atomización de los intereses públicos. Sin embargo, es cierto que a escala muy micro se fortalecen las organizaciones locales, pero este proceso está muy lejos de recomponer las relaciones de fuerza entre los grupos sociales a favor de los grupos excluidos.

En la cultura neoliberal, que los valores de la “tradicición” se conviertan en la forma de neutralizar sus devastadoras consecuencias pone en evidencia la debilidad de sus utopías y también las categorías clásicas de las ciencias sociales para entender esta dinámica social, “comunidad” y “sociedad”, solidaridad “orgánica” y “mecánica”, “tradicición” y “modernidad”. Nuestra dolorosa modernidad, si bien ha debilitado progresivamente las formas primarias de reciprocidad, ahora ha descubierto su vitalidad. La modernidad tardía neoliberal propugna su persistencia. Se avecina una nueva era donde lo social como la gubernamentalización de la vida se está evaporando. Sin embargo, no se trata del surgimiento de nuevos espacios de libertad o de la posibilidad de un “desarrollo” inclusivo que tenga en cuenta las diversas formas de vivir en el mundo. Estamos avizorando una nueva era para los países de América Latina donde el *bienestar social* no estará más vinculado al bien común y a derechos

sociales aunque estratificados y desiguales. Cada comunidad y la nueva filantropía de la “sociedad civil” responderán por sus pobres como el mercado responderá por los más “capaces”.

Bibliografía

- Adler de Lomnitz, Larissa A. (1975): *Como sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI.
- Adler, Larissa (1994): *Redes sociales, cultura y poder: Ensayos de antropología latinoamericana*, México, Flacso- M.A. Portua.
- Álvarez Leguizamón, Sonia (1999a): “Solidaridad privada e indiferencia pública, la nueva cara de la política para los excluidos”, *Revista Umbrales*, Maestría en Desarrollo Humano, Universidad de San Andrés, La Paz, pp. 9-33.
- _____ (1999b): “La revitalización de las instituciones de la ‘tradicición’ como estrategia de ‘lucha contra la pobreza’: un nuevo paradigma de desarrollo económico social en formación”, ponencia presentada en el coloquio “Identidades históricas y procesos contemporáneos”, La Paz, Bolivia, 11 y 12 de mayo, Facultades de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Mayor de San Andrés.
- _____ (2000a): “Políticas de desarrollo social, transformaciones y paradojas” en Susana Hintze (comp.), *Estado y sociedad. Las políticas sociales en los umbrales del siglo XXI*, Buenos Aires, Eudeba, Centro de Estudios Avanzados, UBA.
- _____ (2001a): “Capital social y concepciones de pobreza en el discurso del Banco Mundial, su funcionalidad en la ‘nueva cuestión social’” en Andrenacci, Luciano (org.), *La cuestión social en el Gran Buenos Aires*, documentos de trabajo del Instituto del Conurbano, Universidad Nacional General Sarmiento, en prensa.
- _____ (2001b): “El discurso y la práctica de la ‘participación’ en los políticas sociales de ‘lucha contra la pobreza’, contradicciones y ambivalencias”, ponencia presentada en el XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Antigua, Guatemala, República de Guatemala, 29-10 al 02-11.
- _____ (2001c): “Los cambios operados en las concepciones de gestión de programas sociales a partir del financiamiento internacional”, panel: *La evaluación y gestión de las políticas sociales en las últimas dos décadas: problemas y perspectivas*, VI Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública, Buenos Aires, Argentina, 5 al 9 de noviembre.
- Auyero, Javier (1996): “La doble vida del clientelismo político”, *Sociedad*, nº 8, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, pp. 31-56.
- Boltvinik, Julio (1999): “Economía moral”, *La Jornada*, México, viernes 12 de marzo.
- Bourdieu, Pierre (1985): *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Ed. Akal.
- Bourdieu, Pierre (1980): “Le Capital Social”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, vol. 31, pp. 3-6.
- Cardozo, Fernando Enrique (1972): “Comentario sobre los conceptos de sobreposición relativa y marginalidad”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, nº 1/2, Santiago, pp. 57-76.

- Castel, Robert (1997): *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
- _____ (1999): "Vulnerabilidad social, exclusión: la degradación de la condición salarial" en Novacovsky (comp.), *De igual a igual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Collier, Paul (1998): "Social Capital and Poverty, Social Capital Initiative", *Working Paper*, n° 4, Washington, The World Bank, Social Development Family. Environmentally and Socially Sustainable Development Network, noviembre.
- Cuevas, Agustín (1981): *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo xxi, 5ª ed.
- Deleuze, Gilles (1980): "Epílogo" en Jaques Donzelot, *La policía de la familia*, Barcelona, Pre textos editorial.
- Desal (1969): *Marginalidad en América Latina, un ensayo diagnóstico*, Barcelona, Ed. Herdes.
- Donzelot, Jaques (1980): *La policía de la familia*, Barcelona, Pre textos editorial.
- _____ (1984): *L'invention du social*, París, Fayard.
- _____ (1998): "As transformacoes da intervencao social face a exclusao", *Ser Social*, n° 3, Revista do Programa de Pos-Graduacao em Política Social do departamento de Servicio Social da Universidade de Brasília.
- Duque, Joaquin y Ernesto Pastrana (1973): "Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector popular urbano: una investigación exploratoria", Santiago de Chile, Programa ELAS/Celade.
- Escobar, Arturo (1997): "Antropología y desarrollo", *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, n° 154, Antropología, temas y perspectivas, Unesco, tomado de www.unesco.org/issj/rics154/escobarspa.html, bajado el 5-09-2001.
- Esping-Andersen, Gosta (1993): *Los tres mundos del Estado de bienestar*, España, Ediciones Alfons et Magnanimus.
- Edwards, Michael (1999): *Enthusiasts, Tacticians and Sceptics: The World Bank, Civil Society and Social Capital*, tomado de <http://www.worldbank.org/poverty/scapital/library/edwards.htm>, bajado el 16-02-2000.
- Esteva, Gustavo (1996): "Desarrollo" en Wolfgang Sachs, *Diccionario del Desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Cuzco, Perú, Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas (Pratec).
- Fleury, Sonia (1997): *Estado sin ciudadanos, seguridad social en América Latina*, Argentina, Lugar editorial.
- Foucault, Michel (1991): "Nuevo orden interior y control social" en *Saber y verdad*, (ed., trad. y prólogo: Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría), Madrid, Las Ediciones de la Piqueta.
- _____ (1992): *La genealogía del racismo*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta.
- _____ (1993): "La sociedad punitiva" en *La vida de los hombres infames*, Montevideo, Editorial Altamira.
- _____ (1981 [1975]): *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 5ª ed. en castellano.
- Friedman, Milton y Rose (1980): *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, Barcelona, Ed. Grijalbo.
- García Canclini, Néstor (1992): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana.
- Giddens, Anthony (1994a): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial.
- _____ (1994b): "Riesgo, confianza y reflexividad" en Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Lash, *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza Universidad.

- _____ (1997): "La vida en una sociedad postradicional", *Agora*, Cuadernos de Estudios Políticos, nº 6, año 3, Buenos Aires.
- Hayek, Friederich (1980): "El ideal democrático y la contención del poder", *Libertad y Leviatán. Revista del Centro de Estudios Públicos*, nº 1, Santiago de Chile, pp. 10-79.
- Kessler, Gabriel (1999): "Lazo social, don y principios de justicia: sobre el uso del capital social en sectores medios empobrecidos" en Emilio de Ipola (comp.), *Los cien años de la primera cátedra de sociología*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 35-49.
- Kowarick, Lucio (1980): *A espoliacao urbana*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- Lewis, Oscar (1961): *La cultura de la pobreza, cinco familias*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mauss, Marcel (1991): "Ensayo sobre los dones, motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas" en Marcel Mauss, *Sociología y Antropología*, Madrid, Ed. Tecnos, 2ª reimpresión, pp. 155-268.
- _____ (1971): "De ciertas formas primitivas de clasificación. Contribución al estudio de las representaciones colectivas" (1903), separata del *Année sociologique*, 6, en Marcel Maus, *Obras completas* (tomo II), Barcelona, Barral Editores.
- Mayer, Adrian C. (1980): "La importancia de los cuasigrupos en el estudio de las sociedades complejas" en Michael Banton (comp.), *Antropología social de las sociedades complejas*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 108-132.
- Mitchel, Clyde (1980): "Orientaciones teóricas de los estudios urbanos en Africa" en Michael Banton (comp.), *Antropología social de las sociedades complejas*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 53-76.
- Minujin, Alberto y Kessler Gabriel (1995): *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Temas de Hoy.
- Moser, Caroline (1998): "The Asset Vulnerability Framework; Reassessing Urban Poverty Reduction Strategies", *World Development*, vol. 26, nº 1, Gran Bretaña, Elsevier Science Ltd., pp. 1-19.
- Murmis, M. y Feldman, S. (1995): "La heterogeneidad social de las pobrezas" en Alberto Minujin y otros (1995), *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Unicef/Losada, pp. 15-92.
- Nun, José (1970): "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, nº 2, Buenos Aires, pp. 178-236.
- _____ (1972): "Marginalidad y otras cuestiones", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, nº 4, Santiago de Chile, pp. 97-128.
- _____ (2001): "2000 Introducción" en José Nun, *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- PNUD (1988): "Proyecto regional para la superación de la pobreza, Base para una estrategia y un programa de acción regional (documento técnico para discusión)", *Conferencia regional sobre la pobreza en América Latina y el Caribe*, (proyecto regional para la superación de la pobreza RLA/86/004), Bogotá, mayo.
- Polanyi, Karl (1997): *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta.
- Portes, Alejandro y Patricia Landolt (1996): "The Downside of Social Capital", *The American Prospect*, nº 26, tomado de <http://epn.org/prospect/26/26-cnt2>, bajado el 16-02-2000, pp.18-21, 94.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo PNUD (1993): *Reforma social y pobreza. Hacia una agenda integrada de desarrollo. Trabajos del foro sobre Reforma Social y Pobreza*, BID, PNUD.

- _____ (1996): *Erradicar la pobreza: marco general para la elaboración de estrategias nacionales*, New York, PNUD, Dirección de Políticas y Apoyo de Programas.
- Putman, Robert D. (1993): "The Prosperous Community: Social Capital and Public Life", *The American Prospect*, nº 13, tomado de <http://epn.org/prospect/13/13putn.html>, bajado el 16-02-2000, primavera.
- Quijano, Aníbal y Francisco Weffort (1973): *Populismo, marginación y dependencia*, Costa Rica, Ed. Universitaria de Centro América.
- _____ (2000): "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" en Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso, pp. 201-246.
- Roberts, Bryan (1980): *Ciudades de campesinos, la economía política de la urbanización en el Tercer Mundo*, México, Siglo XXI.
- Rodriguez, Daniel (1981): "Discusiones en torno al concepto de estrategias de supervivencia", *Economía y demografía*, vol. XV, nº 2, México.
- Racynski, Dogmar (1979): "Sector informal urbano, algunos problemas conceptuales" en Victor Tokman y Emilio Klein (comp.), *El subempleo en América Latina*, Buenos Aires, El Cid Editorial.
- Salhins, Marshall (1983): *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid, Akal/ Universitaria.
- Sen, Amartya Kumar (1995): "Ingredients of Famine Analysis: Availability and Entitlements" en Universidad de Valencia, *Nueva economía del bienestar*, escritos seleccionados, Valencia, Servei de publicacions, Arts Grafiques Soler.
- Scott C., James (1976): *The Moral Economy of the Peasant*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- _____ (1990): *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Stiglitz, Joseph (1998): *Towards a New Paradigm for Development: Strategies, Policies and Processes*, 1998 Prebisch Lecture at Unctad, Ginebra, 19 de octubre.
- Toranzo, Carlos (1977): "Notas sobre la teoría de la marginalidad social", *Historia y Sociedad*, nº 13, México, pp. 5-21.
- Torrado, Susana (1981): "Sobre los conceptos de estrategias familiares de vida y proceso de reproducción de la fuerza de trabajo", *Demografía y economía*, vol. xv, nº 2, México, pp. 204-234.
- Thompson, E. P. (1995): *Costumbres en común*, Barcelona, Editorial Crítica.
- Tokman, Víctor y Paulo R. Souza (1976): *El empleo en América Latina, problemas económicos sociales y políticos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Wolf, Eric R. (1980): "Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas" en Michael Banton (comp.), *Antropología social de las sociedades complejas*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 19-38.
- World Bank Group (1998): *Poverty Net. Social Capital for Development*, tomado de <http://www.worldbank.org/poverty/scapital/index.htm>, última actualización: 02-10.

LAS PARADOJAS DE LA GLOBALIZACIÓN

**Rubén Alayón Monserrat
Sary Levy Carciente**

La globalización se afirma mientras se niega

Hay momentos culminantes en la historia, momentos en que se desatan fuerzas reprimidas y aparecen otras nuevas que explotan para crear un mundo nuevo. En cada época, al romperse las “certezas” que la reproducían, las reacciones de admiración y de miedo, de aceptación y de negación que aparecen crean dificultades para entender los nuevos esquemas y para encontrar un nuevo sistema de conceptos e imágenes que exprese las nuevas “realidades”.

Los procesos de globalización que hoy vivimos parecieran estar caracterizados por una aceleración sin precedentes frente a historias que la anteceden. La “nueva realidad” se siente, más que como una época de cambios, como un cambio de época. Se observa la puesta en tela de juicio de “la verdad”. El andamiaje teórico-metodológico de la razón científica, sobre el cual descansa la propia esencia de la sociedad moderna, se agrieta, abriendo paso a un momento en el que surge una nueva significación del mundo desde las ruinas del viejo orden categorial.

Por ello, ese mundo es más susceptible de ser comprendido mediante la construcción de metáforas, porque, como señala Jaques Attali (1982,16), “vivimos plenamente una época de signos, después de haber vivido el tiempo de los dioses, el tiempo del cuerpo y el tiempo de las máquinas. Los símbolos han tomado el lugar de las cosas verdaderas”.

Cuando analizamos las transformaciones actuales, sentimos que las mismas transcurren a ritmos sorprendentes; la dificultad para entenderlas de una manera inmediata y la utilización de la metáfora introducen la posibilidad de otra mirada. El lenguaje metafórico nos permite nombrar a “la nueva realidad” mediante una serie de simbolizaciones; la globalización es una de ellas. Nombrándola, sentimos que nos adentramos en lo desconocido ya que desarticula el sentido de estar en el mundo. La globalización nos remite a una totalidad que no conocemos. Como metáfora abarca el todo, y no queda espacio alguno que no esté sometido a su imperial semántica. Cuando la globalización toma el mundo, los espacios de acción económica, política y cultural que la articulan se desterritorializan del entorno inmediato y los referentes pasan a ser globales.

Estos procesos de globalización se caracterizan por la excesiva concentración en los medios de producción y circulación, tanto de bienes y servicios como de símbolos. En el ámbito de los símbolos, una información centralizada y unilateral opera sobre una estructura de carácter difuso y con múltiples diferenciaciones. De esta manera, se crean espacios culturales, éticos y políticos fracturados, carentes de diálogo entre sí e incapaces de integrarse en una unidad armónica y homogénea, ya que cada cual actúa desde su propia visión. Pareciera entonces que la información masiva profundiza el síndrome de la pasividad y podría llegarse al convencimiento de que la vida es un conjunto de imágenes fugaces que se imbrican y no pueden ser comprendidas en su totalidad.

Permeado por lo fugaz y lo efímero, mientras la globalización anula las fronteras y se constituye como un todo gigantesco, aparece el fragmento como lugar desde donde se puede comprender el mundo de hoy. Ese lugar se produce en la articulación contradictoria entre lo mundial que se anuncia y la especificidad histórica que se particulariza. De ese modo, el fragmento se nos presenta como un punto de convergencia entre una mundialidad en constitución y una localidad resimbolizada y reterritorializada. En el lugar como fragmento, se manifiestan los desequilibrios, las situaciones de conflicto y las tendencias diversas presentes en el mundo. En cuanto parcela, el fragmento abre la perspectiva para pensar, vivir y habitar al mismo tiempo, puesto que es lugar de múltiples tensiones donde se manifiestan las presiones que brotan en todos los niveles.

Tendríamos, de esa manera, una sociedad global y una comunidad local que se manifiestan como horizontes a partir de los cuales se coloca una perspectiva de análisis del nuevo lugar como proceso de producción del espacio (territorial y simbólico) y también un proceso de reproducción social de la vida. Como sentenciara Baruth Spinoza (1981), "todo el océano se encuentra en una gota de agua".

En el fragmento emerge la vida misma, puesto que allí se da la unidad de la vida social. Cada sujeto se sitúa en un espacio concreto donde se reconoce y se pierde, que utiliza y modifica, puesto que el fragmento contiene todos esos sentidos. Es una dimensión de la vida; despierta un sentido que impacta las emociones, estimulado por un *performance* que nos remite al mundo de lo vivido como dimensión importante, que penetra lo imaginario y lo simbólico. En el fragmento tenemos una historia en constitución. Es el lugar donde reside la vida y su memoria.

Esto significa que el fragmento como lugar es el espacio de la concreción del tiempo, en estos tiempos de globalización. Comprender ese lugar nos coloca ante la posibilidad de constitución de una mirada, que puede contemplar las situaciones de conflicto y las tensiones que permean la vida como mundo de lo vivido, donde se integra la irracionalidad y se amalgama una totalidad capaz de ser pensada.

Siguiendo a Pirandelo, diríamos que no nos construimos viviendo en una sociedad anónima sino en la cotidianidad. En ese lugar donde la globalización se constituye con todos sus elementos, emerge el fragmento con toda su fuerza, cuarteando en pedazos a la homogeneidad que se despliega, produciendo una totalidad contradictoria y paradójal. Esa totalidad nos coloca enfrente de una globalización en constitución.

De esa manera se tiende a la unificación del mundo como un mercado global con la creación de una red de flujos de información, comunicación y mercancías. Lo mundial se coloca en el centro pero negando el centro único. Afirma una multiplicidad diferencial de los centros al mismo tiempo que su carácter relativo, incierto y móvil. Un nuevo lugar comienza a formarse a escala mundial/local integrando y desintegrando lo nacional.

En el gigantesco hipermercado mundial, los capitales van y vienen como quieren, las empresas transnacionales actúan sin obstáculos y se concentran en una competencia oligopólica a escala mundial, en la búsqueda de nuevos mercados. Mercados que se amplían continuamente con la incorporación de nuevas economías afluentes que son integradas a la red económica mundial. El nuevo orden mundial ha producido la unificación del mundo entero en un solo mercado. Pero este mercado está lleno de conflictos.

En 1936 Charles Chaplin, en *Tiempos modernos*, reflejaba el nuevo conflicto entre el hombre y la máquina con el desarrollo de la fábrica moderna. Por el mismo período, Pirandelo escribía que la vida estaba siendo engullida por las máquinas y que el operador de la máquina aparecía en una posición de pasividad total. Hoy día, siguiendo a Borges, “la máquina expulsó al maquinista, está corriendo ciegamente por el espacio”.

Pero más voraz y veloz que la máquina aquella se presenta la cibernética. Una red de información global cubre la Tierra como una telaraña, por donde millones de datos fluyen en tiempos infinitesimales. Nos dice Ignacio Ramonet (1997a):

En todo el mundo hay 1.260 millones de telespectadores (de los que más de 200 millones están conectados por cable y unos 60 millones poseen televisión digital), 690 millones de abonados al teléfono (de los que 80 millones están abonados a la telefonía móvil) y unos 200 millones de ordenadores (de los que 30 millones están conectados a internet). Se prevé que para el año 2001 haya más abonados a internet que al teléfono; la red de usuarios de internet ascenderá a una cifra que oscilará entre los 600 millones y 1.000 millones, y la world wide web poseerá más de cien mil agencias comerciales. El volumen de negocio de la industria de la comunicación, que en 1995 rondó el billón de dólares, podría duplicarse dentro de cinco años, con lo que representaría el 10% de la economía mundial. Los gigantes de la informática y la telecomunicación y la televisión saben perfectamente que los beneficios del futuro están en los nuevos “campos de explotación” que la tecnología digital presenta (...) se sienten tocados por esta fiebre del oro y quieren asegurarse su parte del pastel mediático. En todas partes del mundo libran una colosal guerra fratricida (...) no es la búsqueda de aliados, sino la adquisición de empresas.

La cibernética favorece la comunicación a distancia, pero a la par rompe la comunicación cercana; homogeneiza poblaciones distantes, pero fragmenta espacios locales: marca procesos de integración/exclusión. Son procesos contrapuestos que conviven y se alimentan mutuamente.

La dialéctica homogeneización/fragmentación produce al mismo tiempo un proceso de integración/desintegración. Aquí también nos encontramos con otra paradoja de la globalización. En la medida en que avanzan los procesos de homogeneización/fragmentación y el mundo tiende a integrarse, comienzan a caer las fronteras, pero, por otro lado, se está produciendo una multiplicación de nuevas fronteras que cuartejan la supuesta unificación del mundo.

Se asiste a una guetización del mundo vinculada a elementos étnicos/geográficos como componente de la identidad. Esta nueva realidad está constituida por dos elementos: el primero lo tenemos en la conformación de “nuevos sujetos étnico-nacionales-estatales que estarían en condiciones de determinar la alteridad de los demás sujetos colectivos” (Escobar, 1997, 95); un ejemplo de ello lo encontramos en los nuevos fundamentalismos religiosos y nacionalistas. El segundo elemento de guetización lo conceptuamos de resistencia cultural como construcción de identidad, la cual tiene que lidiar y negociar su identidad en territorios en donde conviven otras comunidades. Nos referimos a los guetos conformados con muchísima fuerza en las megalópolis del mundo: negros, chinos, latinos, chicanos y árabes, los cuales han conformado auténticos territorios de poder.

A esta desintegración producida por la dialéctica homogeneización/fragmentación, debemos señalar el proceso de exclusión social que emerge de la dialéctica inclusión-exclusión. Los antiguos griegos llamaban *ilotas* a los habitantes que dentro de la *polis* carecían de derechos ciudadanos y no participaban en los asuntos públicos. Hoy podríamos sostener que, con los procesos de globalización, una porción cada vez más significativa de seres humanos se encuentra bajo la misma condición, situación que introduce un cambio cualitativo en el tratamiento de los asuntos públicos, porque con el desarrollo del capitalismo y la democracia se ha hecho un imperativo que la persona-actor sea considerada como ciudadano.

Con la tendencia a la privatización de los asuntos públicos, la flexibilización y desregulación del mercado laboral, los derechos comienzan a pasar de la esfera pública al mercado, cuestión que lleva a que muchos ciudadanos pasen a ser excluidos.

La economía neoclásica dominante plantea que el mercado tiende a un equilibrio en el cual se hace uso de todas las posibilidades de producción y logra que todos lo que buscan trabajo lo encuentren y todos los deseos de consumo puedan cumplirse. Frederich von Hayek (citado por Salama y Valier, 1996) sostiene que “las relaciones mercantiles son relaciones fundamentales de la sociedad, porque aseguran la existencia y el mantenimiento del vínculo social, ya que el acto mercantil es el acto constitutivo de lo social”, y continúa:

“los hombres no necesitan, para vivir en conjunto, compartir sus fines”. De esa manera, se sostiene que el mercado es la manifestación de la existencia de un orden espontáneo, y que dicho sistema tiene propiedades autorreguladoras.

Esta situación niega que el mercado pueda llevar a la exclusión. Por su parte, la pobreza es explicada como producto de incapacidades individuales: resulta de individuos que no tienen motivación al logro, ni autoestima, ni el espíritu emprendedor necesario para participar del mercado. Los pobres pueden existir, pero temporalmente ya que el sistema al tender al equilibrio los hará desaparecer, pero los excluidos no.

Pero los excluidos existen: son conocidos como las “infraclases”. Se corresponden con una situación de desigualdad extrema estructurada, ya que son el resultado de una subestructuración mediante la cual una clase, o grupo, termina ubicada por debajo de la estructura de la desigualdad social previa. Son generalmente personas que no encuentran trabajo por un período muy largo y tienen que buscar medios para subsistir fuera de la lógica del mercado y del Estado.

Los procesos de exclusión, por lo tanto, refieren una doble condición: por un lado, impuesta por las disfunciones estructurales imperantes de la lógica económica, y, por el otro, resultante del discurso que niega la condición de ciudadanos a un grupo de la sociedad. Las consecuencias son claras ya que se produce una guetización social y regresión general de las solidaridades alcanzadas en el proceso del desarrollo de la sociedad moderna.

Islas de bienestar en un océano de miseria

Si algún elemento pareciera caracterizar la fuerza de los procesos de globalización, éste es la lógica hegemónica de los procesos económicos bajo el orden del capitalismo. El capitalismo de hoy se alimenta de sus propias contradicciones. La nueva empresa que se despliega por todo el mundo es gigantesca y global, lleva a cabo su objetivo en cada región por medios diplomáticos, económicos, políticos, culturales y en muchos casos militares. La lógica del capital en la empresa global viene imponiéndose paulatinamente mediante la expansión de las empresas transnacionales y toda una serie de organismos internacionales cuya función es legitimar las economías de mercado y las democracias representativas.

El discurso político que se desarrolla coloca el énfasis en la imposibilidad de cualquier otra alternativa, con lo que se busca imponer la hegemonía de la ideología del mercado. Esta estrategia también intenta imponer la idea de que la globalización del capitalismo y la interdependencia de las economías no dejan espacio para maniobras nacionales ya que las corporaciones transnacionales y las agencias internacionales son particularmente hostiles a cualquier salida que no esté enmarcada en el contexto mundial. Como señala Ignacio Ramonet (1998), “la arrogancia, la altanería y la insolencia de este nuevo evan-

gelio se extiende con tal intensidad que podemos, sin exagerar, calificar este furor ideológico de moderno dogmatismo”.

Pero lejos de presenciar un capitalismo global que desconoce al Estado, lo que se observa son Estados muy activos y a sus clases dirigentes tratando de asegurar lo que Stephen Gill (1992) llama “un nuevo constitucionalismo para un neoliberalismo disciplinario”, que no es más que la imposición por parte de los Estados nacionales de un régimen que define y garantiza, en virtud de tratados internacionales con efecto constitucional, los derechos globales y domésticos. Llama la atención la analogía presente con el nacimiento de la economía de mercado durante la revolución industrial, la cual fue posible gracias a la imposición por parte del Estado de las nuevas relaciones sociales capitalistas, garantizadas mediante una estructura legal y política de los derechos de contrato y propiedad en medio de expropiaciones y una violenta actitud contra cualquier resistencia. Salvando las distancias, existen importantes similitudes en ambos procesos, tal cual ha sido denunciado por Noam Chomsky (1997) cuando sostiene que los amos del mundo han puesto en marcha la estrategia del *rollback* que significa “volver atrás a los días en que los salarios eran de esclavos (...) fuera de los derechos. Los únicos derechos son aquellos que se consiguen en el mercado”.

Los Estados, actores importantes de los actuales procesos de globalización capitalista, la codifican bajo su égida, y en muchos casos hasta la protagonizan, reforzando las relaciones de poder que llevan a la concentración y centralización de los poderes estatales como condición necesaria para ordenar el mercado global. Imponen las reglas y garantizan su estructuración para que “funcionen como una Constitución económica, estableciendo las reglas básicas que rigen los derechos de propiedad privada que todos los gobiernos deben respetar y los tipos de políticas económicas que todos los gobiernos han de evitar” (Dupas, 1999, 49).

Y es que la globalización económica refuerza las contradicciones. De un lado, la inmensa capacidad de inversiones y de desarrollo tecnológico con la innovación de productos y procesos fuerza hacia la concentración y coloca como líderes de las principales cadenas de producción a un grupo muy restringido de las grandes corporaciones transnacionales. Simultáneamente, dicho proceso presiona por la creación de una onda fragmentaria (terciarización, franquicias e informalización) que abre espacio a una inmensa cantidad de pequeñas empresas y agentes libres, que alimentan las cadenas productivas con costos de producción mucho más bajos que el empleo tradicional para las transnacionales.

Con la fragmentación de la cadena productiva, se integran en una red global múltiples factores diseminados mundialmente y se observa, en forma paradójica, cómo la dialéctica integración-fragmentación incluye y excluye. En la medida en que los procesos de producción global despliegan toda su capacidad productiva, reducen los precios y mejoran la calidad, por lo que terminan incluyendo nuevos segmentos de mercado a su cadena. Por otro lado, en la

medida en que avanzan, reducen progresivamente puestos de trabajo, estimulan la flexibilización e incorporan la precarización del trabajo como parte de su lógica. Reduce, selecciona y cualifica, por lo tanto, excluye.

Las empresas transnacionales toman decisiones que les permiten maximizar sus condiciones de competencia y obtener una elevada tasa de retorno sobre su inversión. En ese ambiente las pequeñas y medianas empresas poseen un espacio importante, pero subordinadas a las decisiones estratégicas de las empresas transnacionales.

Al ampliarse la fragmentación de la cadena transnacional, se viabiliza, a través de la revolución tecnológica de la informática y las telecomunicaciones, junto con la progresiva fragmentación de las fronteras nacionales, una profunda alteración de los patrones de producción. La nueva lógica de las cadenas globales influye en las cualificaciones y las cantidades de oferta global de puestos de trabajo, mediante la creación de empleos, tanto muy especializados como precarios, y la flexibilización laboral de la mano de obra a todos los niveles. Además de estos elementos, se tiene una clara interrelación de agentes económicos formales e informales, en la medida en que el desarrollo de las cadenas productivas permite la incorporación de crecientes espacios para la utilización del trabajo informal con una remuneración ínfima.

De esta manera, al profundizarse la revolución tecnológica en el procesamiento de datos e información, los procesos de fragmentación y flexibilización parecen profundizarse. El nuevo modelo global de producción persiste en la generación de exclusión social. Esa conclusión parece reafirmada por la tendencia general al desempleo formal y la flexibilización del trabajo. Las grandes corporaciones transnacionales han mantenido al respecto una posición clara, ya que su papel se limita a mejorar la competitividad y a remunerar muy bien a sus accionistas mediante la reducción de los costos de producción, sobre todo con bajos salarios dentro de sus cadenas productivas.

Los procesos económicos requieren gobiernos “fuertes” porque la creciente competencia e inseguridad en el trabajo necesita de recursos estables para destinarlos a los seguros contra el desempleo, a la educación y al entrenamiento de los trabajadores. En ausencia de esas políticas y de programas gubernamentales, la viabilidad y estabilidad se fragilizan.

A pesar de esa situación, el discurso liberal sobre el Estado sigue insistiendo en la necesidad de un Estado mínimo. La reducción de las dimensiones del Estado es presentada como fundamental para resolver los problemas del estrangulamiento fiscal del sector público. La llamada flexibilización del mercado de trabajo y la eliminación de las garantías sociales son colocadas como condición para generar un número mayor de puestos de trabajo. Para las sociedades, esas propuestas son muy riesgosas ya que los mercados son globales, pero la pobreza y la precariedad son fenómenos territoriales domésticos.

Los Estados nacionales están sometidos a una fuerte presión para garantizar la supervivencia de sus ciudadanos que están siendo expulsados de los

mercados formales. El aumento de los desempleados y pobres hace crecer la base política de esos sectores, lo que lleva a los Estados a un conflicto permanente y resquebraja la gobernabilidad, creando una disonancia entre el discurso liberal y sus consecuencias políticas.

Lo expuesto apunta a una clara contradicción: la economía global, a pesar de toda su vitalidad, está generando más pobreza. La desigualdad y la injusticia hacen erupción en el flamante rostro de la globalización. El nuevo reparto de la riqueza social que caracteriza el actual proceso de globalización es paradójico en su propia naturaleza: por un lado, concentra la riqueza en muy pocas manos y, por el otro, distribuye la pobreza entre millones de seres humanos. De los 5.000 millones de personas que constituyen la población mundial, 10% viven con sus necesidades muy bien satisfechas, mientras que 90%, es decir 4.500 millones de personas, tienen que vivir en la pobreza y la miseria (Clairmont, 1997).

La fortuna de las 358 personas más ricas del mundo es superior al ingreso anual de 45% de los habitantes más pobres, y los países se ven pequeños frente a las empresas que en ellos radican. La concentración es astronómica, descomunal en términos comparativos, como nos informa Ramonet (1998): “La cifra de negocios de la General Motors es más elevada que el PNB de Dinamarca, la de la Ford es más importante que el PNB de Sudáfrica y la de la Toyota sobrepasa el PNB de Noruega”.

Sin embargo, los trabajadores han visto reducidos sus salarios reales, producto del cierre de las empresas en las que laboraban o sus traslados a otras regiones. Al caer los salarios reales y aumentar el desempleo, el beneficio se dirige al capital. Al inicio de la década de los 90, tal cual se tratara de los tentáculos de un pulpo, 170.000 filiales de 37.000 empresas transnacionales controlaban la economía mundial en su conjunto. Pero dentro de las mismas firmas tan sólo 299 empresas transnacionales controlan el poder económico, manteniendo la expansión gigantesca que se observaba desde la década de los 80 por medio de fusiones y compras de otras empresas. De ese modo, se ha ido incrementando el peso del capital transnacional en el PIB mundial: 17% a mediados de los 60, 24% para 1982 y 30% para 1995 (Clairmont, 1997).

El monopolio creado por estas corporaciones desarrolla sus actividades en los distintos sectores de la producción: grandes explotaciones agrícolas, manufacturas, servicios financieros y comercio. Se ha producido un nuevo mapa económico mundial, que geográficamente concentra estas megacorporaciones en 10 países: Japón (62), EEUU (53), Alemania (23), Francia (19), Reino Unido (11), Suiza (8), Corea del Sur (6), Italia (5) y los Países Bajos (4). Llama la atención la gran concentración que tienen de estas empresas Japón, EEUU y Alemania, que en su conjunto monopolizan 138 de las 200 corporaciones transnacionales, lo que los lleva a detentar el manejo de casi 70% del comercio y finanzas mundiales (*ibid*).

Es un vertiginoso proceso de concentración y expansión monopolista que se afianza en la interconexión de redes tecnológicas y búsqueda de mercados cada vez más globales. Esa lógica de fusiones y compras se observa en el área de la computación, el transporte aéreo, la aviación, las bebidas ligeras, la comida rápida, los microcomputadores, los productos farmacéuticos y las telecomunicaciones. Las cinco corporaciones más grandes del mundo en el área de los medicamentos (Glaxo-Wellcome, Ciba-Geigy-Sandoz, Hoechst-Marion-Russel, Astra-Zeneca y Bristol-Myers-Squibb) son fruto de recientes y radicales procesos de asociación de diversa índole. En los semiconductores, las gigantescas necesidades y escalas de inversión, así como los riesgos intrínsecos del sector, obligan a las corporaciones a realizar alianzas estratégicas (*joint-ventures*), tal cual se observa con las tres corporaciones más grandes del mundo en este sector (IBM-Toshiba, Siemens-Motorola y Hacer-Kobe-Consortio de Singapur-Gobierno Italiano). Las 10 corporaciones transnacionales más grandes del mundo: Mitsubishi, Mitsui, General Motors, Ford, Royal Dutch-Shell Group, Itochu, Exxon, Wal-Mart, Marubeni y Sumimoto, para 1996, facturaron 1,3 billones de dólares. Pero es importante relacionar este monto para entender su verdadera magnitud: estamos hablando del valor aproximado del PIB en conjunto de Brasil, México, Argentina, Chile, Colombia, Perú, Uruguay y Venezuela. Es importante señalar que esas corporaciones tienen 48% de sus activos en el exterior, 61% de sus ventas están destinadas para el mercado mundial y 57% de los empleados laboran fuera de su país sede. Por lo tanto, son empresas típicamente transnacionales. Finalmente, el total de las ventas de las corporaciones transnacionales para los primeros años de la década de los 90 sumaba 4,8 billones de dólares, y para 1996 las 100 primeras corporaciones eran responsables de 80% de los flujos de pagos internacionales (*Fortune*, 1997).

Pero, si la riqueza se está concentrando, la pobreza se está distribuyendo. Los habitantes del mundo que conforman la población económicamente activa (PEA) aumentaron de 1.376 millones en la década de los 60 a 2.374 millones de trabajadores en la década de los 90. Casi se han duplicado en tres décadas. Ante los procesos de globalización, esa masa gigantesca de trabajadores está sufriendo una reorganización geográfica y del lugar o ubicación (o no lugar, como serían los casos de los desempleados y subempleados). El sector agrícola y pesquero, a escala mundial, pasó de absorber 22% de los trabajadores en 1970 a sólo 12% en 1990; en la industria manufacturera el descenso observado fue de 25% en 1970 a 22% en 1990; mientras que el sector servicios experimentó un crecimiento de 16%, al pasar de 40% a 56% durante los mismos años (Ochoa Chi, 1997).

La imposición de la lógica de mercado a todo el planeta ha destruido empresas en los sectores primario y secundario, sobre todo las pequeñas y medianas empresas, ya que los procesos de globalización económica, al borrar las fronteras que separan a los mercados nacionales, destruyen los mercados cautivos locales, dejando a los pequeños productores sin la capacidad de competir contra las transnacionales.

El crecimiento de la actividad económica y tecnológica destruye empleos, hasta el punto que el actual proceso es denominado por Naciones Unidas como de "crecimiento sin empleo". Pero la tormenta no se queda ahí. Además del desempleo, los trabajadores deben enfrentar condiciones precarias de ocupación, mayor inestabilidad de empleo, prolongación de las jornadas de trabajo y caída del salario real: son consecuencias de las exigencias del mercado global.

La mutación es muy grande, la fuerza de trabajo sufre una precariedad multiforme: extremada movilidad, empleos sin contratos, salarios irregulares (generalmente por debajo del necesario para vivir mínimamente), actividades independientes no declaradas con ingresos aleatorios, y servidumbre o realización de un trabajo forzoso por parte de los niños.

Sobre el trabajo infantil es menester abrir un paréntesis. De los 1.148 millones de niños en el mundo, 200 millones trabajaban en la década de los 80 y se estima que para la primera década del siglo XXI aumentará esta cifra a 400 millones. Se señala que 146 millones de niños asiáticos laboran en la producción de autopartes, juguetería, textiles, comida, química (Ochoa, 1997).

Según la Organización Internacional del Trabajo, se ha estimado en 250 millones los niños entre 5 y 14 años que trabajan en los países subdesarrollados, pero también el fenómeno viene tomando cuerpo en los países desarrollados, principalmente en EEUU. Para 1992, el Departamento del Trabajo de ese país registró 19.443 delitos sobre las leyes sobre el trabajo infantil. También el Instituto de Seguridad del Trabajo adscrito a ese departamento señala que alrededor de 7.000 niños resultan heridos anualmente como consecuencia de la labor que realizan, especialmente los niños de familias de inmigrantes (Castells, 1998, vol. 2, 144-145).

Los estudios sobre el trabajo infantil nos evidencian que tanto en los países desarrollados como subdesarrollados existe una cantidad significativa de niños que realizan trabajos a muy bajos salarios y en condiciones de precariedad muy grandes. Además, fuera de la observación fría de las estadísticas, hay un gran número de niños que participan en actividades vinculadas con la economía subterránea. En buena medida, la proliferación de niños de la calle, entre otras razones, está ligada a estas actividades.

Otra forma de explotación del trabajo infantil se encuentra en el trabajo doméstico. Este tipo de actividad es realizado en jornadas de trabajo de hasta 10 y 12 horas. Una notable proporción de esta explotación se realiza en cautiverio. En el informe de la OIT (1997), se señala:

La esclavitud no ha muerto. Las sociedades se resisten a aceptar que aún la albergan (...) numerosos niños están atrapados en la esclavitud. De todos, los niños se hallan en una situación más peligrosa.

La clara consecuencia de estos procesos consiste en que, a medida que se incrementa la concentración de la riqueza en manos de las grandes corporaciones transnacionales, se incrementa a su vez la pobreza en el mundo. Esta

situación se verifica también en las naciones avanzadas del capitalismo, lo que se traduce en un crecimiento abismal de la desigualdad.

En EEUU 1% de sus habitantes más ricos han obtenido 61,6% del conjunto de la riqueza social de ese país en la década de los 80, mientras que 80% de los norteamericanos más pobres apenas han recibido 1,2%. De igual manera, el aumento salarial en ese país es distribuido de tal forma que el aumento salarial se dirige hacia el 20% de la población de mayor ingreso, mientras que 60% de la población percibe salarios inferiores a los que se pagaban a finales de la década de los 70 (Thurow, 1996).

Según Robin Hahnel (1999), el porcentaje percibido del ingreso por parte del 20% más rico en EEUU creció de 43,6% a 49,1%, mientras que el “pedazo de la torta” del 20% más pobre cayó de 4,2% a 3,5%, y –continúa el autor– “no sólo cayó el porcentaje relativo de ingresos entre la mitad más pobre de la población, sino que sus ingresos absolutos cayeron también. No sólo tienen menos que antes comparado con los de arriba, sino que tienen menos comparado con lo que tenían antes ellos mismos”. La desigualdad de los ingresos en EEUU, medida por el coeficiente Gini, creció de 0,149 a 0,479 entre 1975 y 1993, lo que nos indica un abrupto incremento de la desigualdad en la distribución de la renta.

Al crecer la desigualdad, el salario real promedio inevitablemente disminuye. En EEUU cayó en 11% entre 1973 y 1993, independientemente de los aumentos de la productividad; la caída es mucho más acentuada en los sectores de ingresos más bajos. Contrariamente, los beneficios empresariales cada vez son más altos, para ello basta ver el comportamiento de los índices bursátiles. Al respecto es interesante destacar que, si bien es cierto que 43% de los norteamericanos participan del mercado bursátil, en su gran mayoría poseen una ínfima participación, lograda básicamente a través de planes de pensiones y jubilaciones o por intermedio de instituciones de inversión colectiva, por lo que el *boom* tampoco se distribuyó: 10% de las familias más ricas se quedaron con 86% de las ganancias de la bolsa para 1996 (*ibid*).

Sin embargo, no es sólo en EEUU donde la desigualdad aumenta. En Gran Bretaña, la pobreza ha crecido considerablemente ya que los pobres han aumentado de 5 millones en 1979 a 13,7 millones para 1994; el 10% de las personas más pobres han perdido 17% de la capacidad de compra, mientras que el 10% más rico ha visto incrementar sus ganancias en 65% (Thurow, ob. cit.).

Pero la desigualdad en Europa continental tiene otro rostro: *moneyless America, jobless Europe*, como dice Paul Krugman. En Europa la lógica del vaciamiento del mercado mundial dominante no ha podido quebrar la legislación laboral y la protección social del modelo de regulación fordista, porque la resistencia de los sindicatos podría hacer retornar a Europa al fantasma que una vez la recorrió. Quizá por ello las reducciones salariales no son tan fáciles de ser logradas. Esa circunstancia crea serios obstáculos a la generación de

puestos de trabajo en un mundo globalizado dominado por la flexibilización y la desregulación salarial.

La resistencia laboral tiene consecuencias. En Europa, para 1996 la tasa de desempleo se elevó a 12%: se encendieron las luces de alarma; en casos concretos la desocupación se observa alarmante, en España 23,2%, Irlanda 14,3%, Finlandia 16,8% y Francia 12,3% (Thurow, 1996).

Es importante resaltar que el desempleo en Europa es de larga duración, es decir, con respecto al tiempo que transcurre en conseguir un empleo después del paro. En Alemania, entre 1983 y 1989, una de cada tres personas estuvo sin trabajo, una vez por lo menos, y la duración del paro fue de 50 semanas en promedio (Horst, 1990). En Francia e Irlanda es muy parecido, en el primero, 39% de los parados duran en esta condición más de 1 año, mientras que en el segundo la duración del paro por más de un año alcanzó a 60% de los desempleados (Thurow, 1996).

Como es de esperar, el desempleo está generando pobreza. El estudio realizado sobre la pobreza en Europa nos dice que las personas pobres en Alemania alcanzan 9,9% de la población de ese país, en Francia 15,7%, en el Reino Unido 18,9% en Italia 15,5% y en España se ubicó en 18,9% (Tortosa, 1993).

Con el colapso del mundo comunista los fundamentalistas del libre mercado tuvieron un “día de fiesta” y su “grito de guerra” fue la desregulación salarial y la necesidad de competir en la economía mundial. En una nueva versión del darwinismo social, han pregonado que la supervivencia de las empresas más aptas brindará precios más baratos al consumidor, lo que tendrá como consecuencia una nueva demanda económica, nuevas industrias, nuevos puestos de trabajo y nueva riqueza. Así se desmontó la estructura político-social y se le dejó al mercado la asignación de los recursos. Clauss Offé (1985) ha señalado que el proceso político y económico que viven esos países resulta ser “una caja de pandora de paradojas”, ya que el nuevo modelo no es sólo diferente sino opuesto al camino histórico de Occidente, por lo que la realidad es opuesta a los puntos de vista teóricos con que se mira.

Los resultados no se hicieron esperar. El mercado asignó eficientemente los recursos en función del capital, pero se olvidó de la existencia de obstáculos histórico-estructurales, y por ello el abandono por parte del Estado de sus funciones de regulación y financiamiento provocó que la economía sufriera la liberación de precios mucho más penosa. Así, como en “tierra de nadie”, los capitales se lanzaron a la esfera especulativa y, al igual que las recetas del FMI para los países subdesarrollados, las directrices resultaron completamente inadecuadas para unos países industrializados sin infraestructura de mercado.

Según el Centro de Estudio del Nivel de Vida de Moscú, “79 millones de rusos (53% de la población) viven por debajo del umbral de la pobreza. El 2% de la población acapara 57% de la riqueza. La deuda externa es de 180.000

millones de dólares y la interna de 161.000 millones de dólares. Los superricos y las ETN han sacado ilegalmente del país 250.000 millones de dólares americanos (...) El trabajo no pagado es la suerte que le ha tocado a millones de personas: los salarios atrasados se elevan a un 11% del PIB en enero de 1997 y a 27% del PIB en 1998” (Clairmont, 1999).

Dentro del Norte nos encontramos el Sur

... existen 5.800.000 varones que están en la edad requerida para estar en la fuerza laboral y en el pasado solían estarlo, que no están en la edad escolar, que no son suficientemente viejos para estar jubilados y no están en la fuerza laboral, que subsisten pero no tienen medios económicos para mantenerse, que se han retirado o han sido expulsados de la economía laboral de EEUU (Thurow, 1996, 44)

Estas personas que deambulan por las calles, que viven bajo los puentes y en los parques en las periferias de las ciudades en los *homequarters*, son los llamados *homeless*.

Las sociedades que pueblan el planeta viven dos realidades totalmente opuestas, que se niegan mutuamente, que se miran a distancia: la cultura del consumo, que es la cultura de la opulencia, de la abundancia y el confort; y la cultura y modo de vida de los pobres, que es la cultura de la escasez de todo, del temor ante el mañana. La frontera de separación se hace nítidamente visible; ésa es la divisoria más importante de esta sociedad global.

A los seres humanos que se encuentran bajo esas condiciones, en las sociedades del Norte, se les conoce como “las infraclases” (*the underclass*), un término que, según Charles Murray (citado en Álvarez, 1996), es análogo al concepto de *lumpenproletariado* acuñado por Marx. El concepto distingue entre los pobres que son pobres por escasez de ingresos y luchan por salir de la pobreza; y otro grupo de pobres que se caracterizan por conductas desviadas de los valores compartidos por el grueso de la sociedad.

Lester Thurow (1996) señala que estos grupos se calculan en unos 600.000 en una noche, pero que en realidad ascienden a 7 millones de personas en lo que ha sido la década de los 90. El autor ha sido enfático al señalar que este fenómeno es “un desamparo social a escala masiva (...) la causa más importante ha sido la economía. Simplemente no necesita ni desea saber cómo utilizar a un grupo de sus ciudadanos”.

Ahora sí nos encontramos en medio de un gran océano. Si el Norte ha cambiado, el Sur ha mutado. Lo que una vez denominamos el Tercer Mundo hoy es una inmensidad de territorios fragmentados, cuarteados en varios pedazos. Fernando Henrique Cardoso (1991), en un análisis de los cambios ocurridos a escala mundial, sostiene que en el antiguo Tercer Mundo “se ha producido una ampliación de lo que antes era un apéndice y que actualmente forma un enorme cuarto mundo del desamparo, del hambre y sobre todo de la falta de esperanza”.

Así como podemos señalar la existencia de una tercermundialización de partes importantes del Primer Mundo, se puede sostener que en partes muy importantes del Tercer Mundo encontramos un Primer Mundo. Entonces, no se trata de una relación centro-periferia que imponía un estilo de desarrollo dependiente-asociado, por el contrario, estamos frente a otro fenómeno: sociedades de riesgo. Lo que se llama el Sur está sometido a un doble riesgo: el de quedar excluido o el de ser integrado (Cardozo, ob. cit).

Ahora bien, para evitar la exclusión, la sociedad en su conjunto debe buscar “montarse en el tren del progreso y el desarrollo” pero entendiendo que la incorporación no es un desafío meramente económico, integrarse supone involucrar la sociedad en su conjunto. Esto exige grandes transformaciones en el interior de las sociedades que quieren en su conjunto globalizarse. De otra manera, no será más que exclusión o incorporación bajo la lógica del mercado mundial que ya se ha analizado, que implica precariedad de una parte significativa de la sociedad, miseria y pobreza, con todas las consecuencias políticas y sociales que tal situación lleva consigo.

Pero otras partes del Tercer Mundo han conseguido incorporarse a la economía global; tenemos entre ellos a los famosos “dragones asiáticos”, los NIC asiáticos. Cuando se saca a relucir el éxito de los tigres asiáticos (que es indudable en la economía global, a pesar de la crisis financiera de 1997), se olvida que la población de estos países equivale a apenas 1% de la población de ese continente.

El problema de la pobreza en el mundo no sólo está referida a la falta de empleo producido por el paro estructural, sino también al hambre y a la miseria. Si bien es cierto que se han calculado 800 millones de personas que padecen hambre crónica en el mundo, no es menos cierto que la miseria afecta a dos terceras partes de la humanidad, lo que vale decir a casi 4.000 millones de personas. El hambre es sólo la manifestación extrema de las condiciones de miseria: personas que viven en viviendas infrahumanas, enfermedades que diezman a la población, analfabetismo, desintegración familiar y falta de perspectivas (Kapusinsky, 1998, 8).

A principios de la década de los 80, a la crisis de la deuda en el Tercer Mundo se sumó la de la balanza de pagos, específicamente la de cuenta corriente, y juntas agravaron la estabilidad económica, política y social de estas sociedades. Además de estos severos problemas, tenemos que regiones enteras están amenazadas por la desintegración. Éste sería el caso del África subsahariana y Asia meridional.

Estas regiones del mundo han sido condenadas. El informe del Banco Mundial (1990, 36) señala que “cerca de la mitad vive en condiciones de pobreza extrema. Las personas pobres de África subsahariana son alrededor de una tercera parte”. Otros indicadores sociales registran niveles bajos, en particular la esperanza de vida al nacer, la cual se calculó en 50 años para África

subsahariana y 56 años en Asia meridional; la tasa de mortalidad infantil se ubicó en 196 y 172 por 1.000, respectivamente en las regiones señaladas.

El África de la poscolonialidad vivió un proceso interesante de autoafirmación nacional, pero, al estar esos intentos enmarcados en el contexto de la Guerra Fría, los nacionalismos no pudieron consolidar proyectos nacionales, abriéndoles el paso a los fundamentalismos religiosos y étnicos. Hace 35 años “África producía cerca de 2% del PIB mundial, hoy esa cuota no llega ni siquiera a 1%, y la cuota del comercio mundial ha caído de 3,8% en 1970 a 1% en los 90” (Adedeji, 1998, 163).

Moviéndonos en el mapa-mundi, América Latina se nos aparece en el horizonte. Más pobres y más urbanos. En la década de los 90, 35% de la población latinoamericana se encontraba por debajo del límite de la pobreza y 18,8% en situación de extrema pobreza, lo que significa 86 millones de pobres extremos (Banco Mundial, 1996, 25)

Que más de la mitad de la población sea pobre señala una distribución de la riqueza demasiado desigual. La desigualdad del ingreso medida por el coeficiente Gini es elevadísima, en un estudio realizado por José Londoño (1995) varía entre 0,63 y 0,42 que significa “en algunos países el 10% más rico de la población tiene una cantidad 84 veces superior de recursos que el 10% más pobre, mientras que en otras regiones es de 15 a 1”. Pero, además, casi la totalidad de los 165,6 millones de pobres forman parte de familias de trabajadores analfabetos. Dicha situación limita las posibilidades de superar la pobreza.

El Banco Mundial (1996) señala que en América Latina, en la década de los 90, el ingreso comenzó a crecer cerca de 1,9% en términos per cápita. Sin embargo, ese crecimiento no sería suficiente para reducir el número absoluto de los pobres. Resalta el informe que para detener el crecimiento de la pobreza se necesitaría un crecimiento económico de una tasa del 3% anual, que significaría superar al crecimiento anual de la economía mundial, el cual se proyectó en 2,4%.

Así, la paradoja se ha hecho evidente: el incremento y concentración en la generación de la riqueza se acompaña de una creciente distribución de la pauperización de inmensos contingentes de seres humanos, y ambas manifestaciones se retroalimentan.

Bibliografía

Adedeji, Adebayo (1998): “Las estrategias africanas en el nuevo equilibrio económico y político global” en Roberto Papini, Antonio Pavan y Stefano Zamagni (comps.), *Vivir la sociedad global*, Caracas, Editorial Instituto Internacional Jacques Maritain.

- Alayón, Rubén (1999): "El canto del cisne y la epifanía del por-venir", *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, vol.V, n° 1, (ene.-jun.), pp. 41-88.
- Álvarez, Fernando (1996): "La retórica neoliberal". *Claves*, n° 80, Madrid.
- Banco Mundial (1990, 1994, 1996): *Informe sobre el desarrollo mundial*, Nueva York.
- Beriain, Josexto (1990): *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*, Madrid, Editorial Anthropos, Siglo XXI.
- Berman, Marshall (1989): *Todo lo sólido se disuelve en el aire*, España, Siglo XXI Editores.
- Cardozo, Fernando Henrique (1991): "Las relaciones Norte-Sur en el contexto actual. Una nueva dependencia", *El socialismo del futuro*, n° 3, Madrid.
- Castells, Manuel (1998): *La era de la información*, Madrid, Alianza Editorial, vol.1, 2, 3.
- Chomsky, Noam (1997): *La lucha de clases*, Barcelona, España, Editorial Crítica.
- Clairmont, Frederic (1997): "Doscientas sociedades controlan al mundo" en *Le Monde Diplomatique*, versión española (comp.), *Pensamiento crítico vs pensamiento único*, Madrid, Editorial Debate.
- _____ (1999): "Rusia al borde del abismo" en *Le Monde Diplomatique*, versión española (comp.), *La geopolítica del caos*, Madrid, Editorial Debate.
- Deleuze, Jaques (1997): "De la sociedad disciplinada a la sociedad de control", *October 59*, Cambridge, MIT Press.
- Dupas, Gilberto (1999): *Economía global e exclusao social*, Sao Paulo, Editorial Paz e Terra.
- Eco, Umberto (1986): *La estrategia de la ilusión*, Barcelona España, Editorial Lumen S.A.
- Eagleton, Terry (1998): *Las ilusiones del postmodernismo*, Madrid, Editorial Paidós.
- Escobar, Marcelo (1997): "Territorios de dominacao e fronteiras nacionais" en Milton Santos (comp.), *Fin de seculo e globalizacao*, Sao Paulo, Editorial Hucitec-Anpur.
- Fortune (1997): "Fortune 500: America's Largest corportions", *Fortune*, 15 de abril.
- Foucault, Michel (1980): *La microfísica del poder*, Madrid, Siglo XXI.
- _____ (1976) *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI.
- Gellner, Ernest (1993): *Cultura identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, España, Editorial Gedisa.
- Giddens, Anthony (1995): *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Ediciones Península.
- Gill, Stephen (1992): *New World Order*, Cambridge, Polity Press.
- Hahnel, Robin (1999): "Capitalist Globalism in Crissis", *Magazine*, n° 28, Nueva York, diciembre, pp. 1-7.
- Hall, Stuart (1991): "The Local and the Global: Globalization and Ethnicity" en King, Anthony D. (edit.), *Culture, Globalization and The World System*, Department of Art and Art History, State University of N.Y. at Binghamton, Nueva York, pp. 19-39.
- Hopenhayn, Martín (1999): "Vida insular en la aldea global", *Número 20*, separata, Bogotá, diciembre 98/ enero-febrero 99, pp. 4-11.
- Kapuscinsky, Riszard (1998): "La cultura de la pobreza", *Claves*, Madrid, n° 8, pp. 2-9.
- Londóño, José (1995): *Crecimiento y capital humano*, Nueva York, Working Papers, n° 17.
- Mann, Michael (1991): *Las fuentes del poder social*, Madrid, Editorial Alianza Universal.
- Ochoa Chi, Juana (1997): *Mercado mundial de fuerza de trabajo en el capitalismo contemporáneo*, México, Editorial UNAM.
- Offe, Claus (1985): *Contradicciones del Estado del bienestar*, Madrid, Editorial Ciruela.
- Ramonet, Ignacio (1998): *Un mundo sin rumbo*, Madrid, Editorial Debate.
- Salama, Piere y Jacques Valier (1996): *Neoliberalismo, pobreza y desigualdades en el Tercer Mundo*, Buenos Aires, Editorial Niño y Darila.

Spinoza, Baruch (1981): *La ética*, Madrid, Editorial Orbis.

Watzlawick, Paul y Peter Krieg (comps.) (1995): *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, Barcelona, Gedisa.

PARTIDOS DE VOCACIÓN POPULAR EN LA RECOMPOSICIÓN DEL SISTEMA POLÍTICO VENEZOLANO: FORTALEZAS Y DEBILIDADES¹

Margarita López Maya

En la Venezuela actual la consolidación de actores políticos capaces de expresar en un proyecto democrático de largo aliento la diversidad de intereses que se mueven en nuestra vida social sigue siendo un asunto pendiente. El desmoronamiento de los grandes partidos de la segunda mitad del siglo xx –Acción Democrática (AD) y socialcristiano Copei– sigue allí como hecho contundente y como un desafío para quienes buscan la hegemonía del siglo xxi. En este artículo se exploran las posibilidades de supervivencia política de partidos emergentes con vocación popular a través de dos variables clave: la organización y la ideología. Buscamos responder las siguientes preguntas: ¿son las estructuras de estos partidos idóneas para perdurar y dar respuesta a las necesidades de estos tiempos que corren?, ¿cómo construyen estos actores el sujeto político de naturaleza popular al cual quieren representar y qué repercusiones se derivan de ello?, ¿cómo articulan y/o procesan los diversos intereses de los sectores populares y qué consideraciones hacen a las demandas procedentes del contexto internacional?

El punto de partida conceptual y contextual del cual este análisis parte es la consideración del actual proceso sociopolítico venezolano como centrado en la construcción de una nueva hegemonía. Por tal cosa se entiende, siguiendo la tradición gramsciana, un proceso de intensa lucha y confrontación entre factores de poder y actores políticos para hacer cristalizar y consolidar nuevas pautas de interrelación entre ellos y una nueva jerarquía en las relaciones de poder. Si bien existen tendencias de naturaleza autoritaria en esta lucha, el análisis está circunscrito a un contexto democrático, pues una salida autoritaria implicaría el cese de la lucha hegemónica y la constitución de un orden político basado fundamentalmente en la coacción. La interrupción de la lucha hegemónica por una salida autoritaria parece improbable en Venezuela en el corto plazo, dado el proceso vivido desde 1998, en especial el papel democrático jugado por los distintos actores involucrados. El interés, por tanto, está centrado en cómo se comportan en esta lucha por la hegemonía las organizaciones

¹ Este artículo está basado en la ponencia: “Organización y discurso del MVR y el PPT (explorando la capacidad de supervivencia de actores emergentes en Venezuela)”, presentado en el Seminario Internacional “Venezuela: alcances, límites y desafíos del actual sistema político”. Universidad de Salamanca, 16-17 de noviembre de 2000.

políticas que buscan ocupar el espacio de mediación entre sectores populares y Estado. Se han escogido estos actores por considerarlos esenciales para consolidar el proceso democrático en Venezuela.

En este análisis he eludido llamar partidos de izquierda a los actores emergentes que buscan la representación de los sectores más pobres y alejados del poder, prefiriendo la denominación más genérica de organizaciones políticas de vocación popular. Como se verá en las páginas siguientes, las características ideológicas de las organizaciones seleccionadas son bastante heterodoxas y provisionales, y los dirigentes principales de estas organizaciones, si bien muchos pudieron haber tenido una militancia política anterior en organizaciones de la izquierda tradicional venezolana, han rechazado ubicarse en ese espacio del espectro político por décadas. Las organizaciones seleccionadas para este análisis son el Movimiento Quinta República (MVR) y Patria Para Todos (PPT), dos organizaciones muy recientes y con un importante capital político, cuya permanencia en el tiempo y vocación popular se pondrán a prueba en los próximos años. Adicionalmente, se ha incorporado también algunos datos de análisis y reflexión sobre el Movimiento al Socialismo (MAS). Esta organización, fundada en 1970, fue considerada en esa década y la siguiente como el partido de izquierda más importante del sistema político venezolano. Sin embargo, en los 90, ha seguido una evolución errática, desdibujándose tanto su ideología socialista y/o socialdemócrata como su práctica de mediador de los sectores populares. A pesar de ello, por haber formado parte del llamado Polo Patriótico, la alianza política que apoyó la candidatura presidencial de Hugo Chávez Frías y sus primeros años de gobierno, y por contar con un capital político de cierta importancia, tiene interés incorporarlo en algunos aspectos del análisis². El artículo se ha dividido en tres partes: en la primera se señalan algunos límites contextuales para el estudio de la problemática de la supervivencia política de estos partidos, y se justifica la selección para esta exploración de los criterios de la organización y de la "actividad identificante". La segunda parte se centra en el análisis de las estructuras internas de estas organizaciones. En la tercera se revisa la actividad de construcción del sujeto político y de conceptualización de las demandas principales. Se cierra con unos comentarios finales.

1. Las limitaciones del contexto venezolano actual

Como ha sido ampliamente documentado en la reciente literatura especializada sobre Venezuela, la sociedad venezolana vive desde los años 80 un período de crisis y transición de la cual sigue sin poder salir (ver entre otros,

² Existe otro conjunto de organizaciones políticas de vocación popular en la Venezuela actual como el Partido Comunista de Venezuela (PCV) o el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), que también forman o han formado parte de la alianza política del presidente Chávez. Sin embargo, su capital político es poco significativo, por lo que no nos ocuparemos en este análisis de ellos.

Kornblieth, 1998; Salamanca, 1998; Goodman et al., 1995; McCoy et al., 1995; Álvarez et al., 1996). Si bien en la esfera política existen desde 1998 evidencias de haberse abierto un proceso sostenido de liderazgo hegemónico por parte de algunos actores políticos emergentes, liderados por el MVR y su dirigente principal Hugo Chávez Frías, el resultado final de este proceso –por tener lugar en un contexto de incertidumbres económicas, inestabilidades sociales y desinstitucionalización del sistema político previo– se hace especialmente difícil de prever.

Los esfuerzos hegemónicos del Movimiento Bolivariano-200, hoy transformado en MVR, comenzaron hacia 1994 y han dado hasta ahora importantes frutos. Desde la sorprendente victoria electoral en 1998 de su líder máximo, el militar retirado Hugo Chávez Frías, los cuatro procesos electorarios ocurridos entre 1999 y 2000 sirvieron para darle al proyecto político de esta organización –respaldada por la alianza de fuerzas políticas conocidas como el Polo Patriótico–, el predominio en los cargos de elección popular a lo largo y ancho del país, el control sobre el Ejecutivo y el Legislativo nacional, y un instrumento institucional matriz, la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, con el cual comenzar a sentar las bases de un renovado sistema político, que exprese la relación de fuerzas de la actualidad, así como las interrelaciones que se han de dar entre la diversidad de actores sociales y políticos (Lander y López Maya, 2000).

Sin embargo, dentro del sistema político que emerge, uno de los aspectos que parecen más inciertos se refiere al sistema de partidos, específicamente cuáles partidos de los que actualmente participan en el juego político se consolidarán en la nueva era. Si bien con un considerable apoyo popular en las urnas, el MVR es, hasta la fecha, principalmente un gran movimiento electoral que tiene ante sí como desafío ineludible, estabilizar su fuerza para hacer viable su proyecto. Asimismo, sus aliados en distintos momentos, en especial el MAS y el PPT, si bien favorecidos en los últimos años por su alianza con el MVR, muestran importantes debilidades³. Los partidos que buscan liderar la oposición, entre otros, Primero Justicia, Proyecto Venezuela, Acción Democrática (AD), socialcristiano Copei, La Causa R, Convergencia y Alianza Bravo Pueblo, no están en mejor posición. AD y Copei están en declive y son objeto de toda suerte de críticas y rechazos, mientras la mayoría de los otros son apenas organizaciones frágiles que circunstancialmente han devenido del proceso de desinstitucionalización del anterior sistema de partidos.

³ El PPT ha sido aliado del MBR-200 y del MVR en diversas ocasiones a lo largo de la década de los 90. Luego de un distanciamiento con el presidente y su MVR en abril de 2000, en 2001 volvieron a una posición de acercamiento (ver *El Nacional*, 26 y 27-4-2001, y 2-5-2001). Pese a las reiteradas tensiones presentes entre ellos, el PPT nunca ha dejado de respaldar el proyecto político del presidente Chávez (ver Müller Rojas, 2000). Por otra parte, el MAS, se encuentra en la actualidad en una posición de distanciamiento del MVR y del Presidente (*El Nacional*, 11-5-2001 y días ss.).

Tratar sobre la supervivencia de organizaciones políticas en un contexto de transición societal es complejo y arriesgado. En el caso de Venezuela, la situación es en extremo fluida e impredecible. Esta sociedad ha vivido desde finales de los 70 una recesión económica que hasta la fecha es de resolución incierta, pero que ha tenido efectos sociales claramente devastadores (López Maya y Lander, 2000). La configuración social emergente, aunque aún inestable, se presenta como distinta a la del período previo, trastocando profundamente las bases de la representación política previa y las relaciones de poder en el seno de la sociedad (ver Roberts, 2001, 183-200). Asimismo, dicha sociedad ha sido trastornada por los procesos internacionales en curso dominados por las fuerzas de la globalización, las cuales ejercen una influencia difícil de subestimar en la política y los políticos del nivel nacional⁴. Por consiguiente, la emergencia de una nueva hegemonía en Venezuela depende no sólo de la práctica de los actores que se mueven en la arena nacional, sino también de las acciones menos ponderables de actores que participan en el ámbito global.

Estas son importantes limitaciones para el análisis de la supervivencia actual de organizaciones políticas en Venezuela. Sin embargo, para explorar esta temática, resulta confiable centrar la atención en las fortalezas y debilidades que evidencian los partidos políticos en el ámbito nacional. El resultado de sus desempeños nacionales no garantizará la perdurabilidad en el mediano plazo de estas organizaciones, pero ser exitosos en tal ámbito sin duda mejora sus posibilidades de supervivencia.

La consolidación de partidos políticos en el ámbito nacional reside de manera importante en que logren institucionalizar en alguna medida un sistema de partidos (Mainwaring y Scully, 1995, 4-6). Y para que esto suceda resulta clave obtener alguna regularidad, autonomía y permanencia en sus estructuras organizativas y procedimientos, de modo que sus destinos dependan menos de líderes particulares que pueden o no sostenerse durante el proceso de consolidación. Igualmente, la perdurabilidad de los partidos políticos depende en mucho de que logren arraigarse en la sociedad (*ibid.*). Para ello resulta imprescindible la actividad de crear una identidad colectiva a partir de la cual sectores sociales puedan reconocerse. La actividad "identificante" que desarrollan las organizaciones políticas es la que permite la generación de sentimientos de pertenencia para individuos y grupos sociales, ello promueve a su vez seguridad y valía que posibilitan las solidaridades y acciones comunes en el tiempo. La actividad identificante moldea asimismo las demandas y promueve las orientaciones programáticas de largo aliento (Pizzorno et al., 1985, 24-25). En lo que sigue revisaremos ambos aspectos en el MVR y el PPT, incorporando algunos elementos del MAS en el análisis.

⁴ Para un estudio de cómo ha influido el contexto internacional en la política de nuestras sociedades en los años recientes, véase entre otros Manin (1992), García Canclini (1995) o Lechner (1994).

2. La organización del MVR, del PPT y del MAS

En años recientes, uno de los factores que más han condicionado las estructuras organizativas de los partidos políticos emergentes ha sido la atmósfera de rechazo a los partidos tradicionales que ha envuelto a la política venezolana (ver Zapata, 1996). El repudio a las organizaciones tradicionales AD y Copei ha generado una matriz de opinión negativa hacia los partidos como organizaciones en general, que llega hasta el extremo de hacer que los actores políticos emergentes esquivan el denominarse partidos, prefiriendo ser reconocidos como movimientos. Este prejuicio, asimismo, ha impulsado iniciativas conducentes a experimentar con formas de organización novedosas y procedimientos internos distanciados de los convencionales. Los esfuerzos en esta dirección sin duda les han dado importantes dividendos políticos a partidos como el MVR, el PPT y el MAS. Sin embargo, aspectos que son atractivos en momentos políticos coyunturales pueden devenir en debilidades cuando lo transitorio desaparece. Y este parece haber sido el caso.

Estructuras y procedimientos del MVR

El MVR nace en 1997 como una estructura electoral del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR-200), una vez que los militantes de esa organización –hasta entonces partidarios de la abstención en las elecciones– acordaron concurrir a los comicios que habrían de darse en diciembre de 1998 (Núñez Tenorio, entrevista, 1997). En aquel momento la creación del MVR fue pensada como un paso táctico, dentro de la estrategia general del movimiento de hacerse del poder para refundar la república. Se concibió para acoger a todos los movimientos, agrupaciones políticas y personalidades que irían agregándose a la candidatura de Hugo Chávez Frías. El MBR-200 seguiría siendo el partido de los “bolivarianos”, pero el MVR, pensado para tener una composición de 60% de militantes del MBR-200 y 40% de independientes, permitiría constituir “un gran frente de los sectores patrióticos del país, popular y neodemocrático” (*ibid.*).

Es interesante enfatizar en el carácter electoral inicial del MVR, porque eso le da sus peculiaridades y lo diferencia conceptualmente del MBR-200 del cual nació. A partir de 1999, con la secuencia de procesos electorales donde concurre el MVR como el partido del presidente Chávez, esta estructura terminó reemplazando al MBR-200, pero dándole una lógica distinta a la inicialmente concebida en aquella. Esto ha añadido más debilidades a la ya precaria organización.

El MBR-200 fue primeramente una organización clandestina de carácter cívico-militar. Se creó hacia 1983, cuando un grupo de militares de bajo rango del ejército comenzaron a reunirse entre ellos y con algunos civiles con el objeto de estudiar la realidad venezolana y discutir de política (ver Zago, 1992; López Maya, 1998). El movimiento amplía sus actividades clandestinas a partir

de 1989, después de los dramáticos eventos conocidos como el *caracazo*, y se centra en conspirar contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez, que consideran como ilegítimo. Un nuevo hito de la organización se produce en 1992, cuando dan el golpe militar pero fracasan. El golpe fallido llevaría a su cabecilla, Hugo Chávez Frías, no sólo a salir a la luz pública sino a una sorprendente popularidad. Adquiere entonces alguna presencia pública y aumenta el componente civil del movimiento. Presos Chávez y sus compañeros de armas desde febrero de 1992, en marzo de 1994 son liberados por sobreesimiento de la causa por parte del presidente Caldera. Al salir de la cárcel, Chávez hace pública su voluntad de transformar el MBR-200 en una organización política formal con la cual aspirar a la Presidencia de la República (*El Universal*, 27-3-94, 1-1).

Entre 1994 y 1997, Chávez Frías y sus compañeros, ahora en condición de militares retirados, acometen una importante labor de expansión de la organización. Recorren muchas veces el país buscando constituir las bases de una organización de cobertura nacional (Giordani, conversación, 1995). Según afirmaciones del propio Chávez en 1996, el MBR-200 nunca fue concebido como un instrumento exclusivamente militar; al contrario, siempre se buscó articular el movimiento a grupos civiles (Chávez, entrevista, 1996). La búsqueda de un equilibrio en la relación cívico-militar se expresaba entonces de muchas maneras, y tuvo una primera concreción en el directorio nacional nombrado en enero de 1996, conformado por dos militares retirados (Hugo Chávez como director general y Luis Alfonso Dávila), un ex funcionario de la Policía Técnica Judicial (Freddy Bernal) y dos civiles, uno de ellos una mujer (Samuel López y Leticia Barrios) (Barrera, entrevista, 1996).

Otro aspecto relevante del MBR-200 es que la militancia era relativamente controlada, se sabía quién pertenecía a ella, y se buscaba practicar una dinámica democrática, de “abajo hacia arriba”. Se ingresaba a la organización a través de un “compromiso bolivariano”, donde se prometía ser “honesto, trabajador, humilde y solidario”⁵. Los militantes se agrupaban en los “círculos bolivarianos”, donde se discutía intensamente de política, buscando homogeneizarse ideológicamente y equilibrar los componentes civiles y militares (Chávez, entrevista, 1996; Barrera, entrevista, 1996). Los círculos eran coordinados por coordinadoras bolivarianas de municipio y había coordinadores regionales en los estados; finalmente estaba la coordinadora nacional y la Dirección Nacional (Barrera, entrevista, 1996). El MBR-200 convocaba asambleas (municipales, estatales y nacionales) para recoger opiniones de diversa índole, sobre todo para nutrir la elaboración del “proyecto nacional Simón Bolívar” y para discutir sobre política (*ibid.*). Parecía haber mucha conciencia de las tensiones civiles y militares que en su seno había, haciéndose un esfuerzo por buscar equilibrios. Asimismo, se atendía a la búsqueda de relaciones horizontales y

⁵ Estos requisitos aparecen en los diversos periódicos que editaban (ver MBR-200, 1994a).

procedimientos democráticos, incluyendo, aunque excepcionalmente, el voto secreto y la aceptación de la decisión de la mayoría como mecanismo para procesar conflictos (Chávez, entrevista, 1996; Barrera, entrevista, 1996).

Este proceso aún incipiente va a ser interrumpido con las elecciones de 1998 y las subsiguientes de 1999 y 2000, cuando ante la imposibilidad de inscribir el partido con las siglas bolivarianas en el Consejo Supremo Electoral se ideó la táctica de crear una estructura electoral. El MVR, victoria tras victoria, pasó a jugar un papel protagónico en el sistema político emergente y el MBR-200 perdió visibilidad y finalmente sentido. A diferencia del MBR-200, que fue creado como organización política, el MVR se concibió para tomar decisiones y hacer alianzas en una coyuntura electoral. De allí que deliberadamente concentrara poder decisorio en una pequeña cúpula. Sus círculos electorales y sus siete direcciones estratégicas funcionaban con una “metódica desde arriba” (Núñez Tenorio, entrevista, 1997). Y lo que se discute en las distintas instancias es sobre quiénes van a los cargos públicos. El MVR fue concebido para articular movimientos y personalidades, que tuvieran como punto común respaldar la candidatura de Chávez, pero que en cuanto a ideologías, aspiraciones o intereses, podían ser extremadamente heterogéneos (*ibid.*). Algunos de sus miembros más destacados, como Omar Mezza o Luis Miquilena, no pertenecieron inicialmente al MBR-200. Adicionalmente, en 2000, en el contexto del último proceso electoral del siglo, la siempre presente tensión cívico-militar de la organización produjo una escisión en el seno del movimiento bolivariano original: si bien Francisco Arias Cárdenas ya se había separado de esa organización en 1993, ahora tras su candidatura, y argumentando la desviación del proyecto bolivariano, se fueron un grupo de militares que participaron con Chávez en el golpe fallido del 4 de febrero. Al finalizar el proceso electoral estábamos ante una realidad de facto, el MVR, disminuido de su componente militar inicial, se había convertido en la organización del Presidente, y el MBR-200 se había desvanecido.

El reemplazo del MBR-200 por el MVR produce una agregación de sus bases, sus liderazgos y sus ideologías, de por sí sumamente inestables, y donde lo único en común es el apoyo al presidente Hugo Chávez Frías y algunas líneas generales de un proyecto sociopolítico, más identificado por lo que rechaza que por lo que propone. Las responsabilidades de gobierno a todos los niveles de la administración pública, que las consecutivas victorias crearon, obligan al liderazgo emergente de esta organización a darle una atención prioritaria a éstas, relegando tareas como construir y consolidar al partido para un futuro incierto. Esta tendencia se reforzará por el escaso valor, claridad y/o voluntad de establecer una institución partidaria por parte de la mayoría de quienes conforman la organización política, incluyendo el mismo Chávez⁶.

⁶ “A mí no me quita el sueño ningún partido político; a mí me quita el sueño la organización del movimiento popular (...) Los partidos deben ser expresión de ese movimiento popular, deben ser canales de participación y de influencia del movimiento popular or-

Buscando mantener alguna continuidad con el MBR-200 y darle estabilidad al MVR en 2000 y 2001, se desarrollaron algunas iniciativas por parte de Chávez y algunos líderes importantes de la organización. En 2000, la Dirección Nacional de Organización, pero más precisamente uno de sus miembros, William Lara, actualmente presidente de la Asamblea Nacional, elaboró lo que pudiese considerarse un documento primario para la estructuración del partido. En su razón de ser y en sus estructuras se reflejaba la búsqueda de encontrar un punto de encuentro entre las concepciones del MBR-200 y del MVR.

“La democracia patriótica”, como se llama el documento del MVR elaborado por Lara, establece como objetivos de la organización constituirse en una eficiente maquinaria electoral, a la vez que una organización cultural capaz de difundir y legitimar su proyecto de país en toda la sociedad, un espacio de participación y orientación política para diversos actores, permitiendo el arraigo de la “visión ideoprogramática de *El árbol de las tres raíces*” y una institución pedagógica volcada a la formación de líderes políticos y sociales (MVR, 2000, 6). Nótese cómo la función electoral se sigue considerando el primer objetivo de la organización.

Por otra parte, sus estructuras son similares a las del MBR-200, pues su unidad primaria comienza, si bien no con los círculos bolivarianos, con los llamados “círculos patrióticos” que se le parecen. La organización, siguiendo un patrón bastante similar a otras organizaciones partidarias venezolanas, se estructura en cuatro niveles territoriales: local, municipal, regional y nacional, cada uno con cuatro tipos de organismos: asamblea, consejo, dirección ampliada y dirección. Pese a las similitudes de este esquema con el MBR-200, se observa una importante diferencia: el texto reconoce explícitamente la necesidad de aplicar cuanto antes la “metódica desde abajo”, es decir, elecciones directas para todos los cargos en todos los niveles, para que la organización se ponga de acuerdo con los conceptos de democracia participativa y protagónica que constituyen el corazón del proyecto bolivariano (*ibid.*, 3). Es el reconocimiento de que lo que existe en la realidad sigue siendo la estructura electoral y no el partido, una estructura concebida y organizada desde arriba. Por otra parte, si bien es cierto en el documento se trata con algún detalle sobre las funciones y actividades de los órganos y cargos a cada nivel, es poco explícito sobre los procedimientos de toma de decisiones en el seno de la organización. Con ello vuelve a poner de relieve su carácter de proyecto de partido. Finalmente, el Comité Táctico Nacional, que era la estructura que entonces concentraba el poder decisorio de la organización, ni siquiera aparecía en este documento, expresando la dicotomía entre lo que es el MVR y lo que quería ser.

ganizado, pero no pueden hegemonizarlo. Si no sirven, bueno, el movimiento popular debe arrollarlos (...) Los partidos para mí son como ensayos” (Chávez, entrevista, *El Nacional*, 12-12-1999, D-1).

En 2001 se hicieron visibles varias otras iniciativas para darle solidez a la organización. Por una parte, desde que se iniciara el año fueron reiteradas las declaraciones de la dirigencia del MVR informando sobre los preparativos para convocar a un Consejo Patriótico, máximo organismo de toma de decisiones a nivel nacional, que abriría el proceso conducente a la realización de elecciones para cargos internos a todos los niveles (*El Nacional*, 2-1-2001 y 10-1-2001). Asimismo, se constituyó la Escuela Nacional de Formación J.R. Núñez Tenorio, para darle un piso ideológico común a los militantes y dirigentes de la organización, y se habló de un congreso ideológico que se convocaría con el fin de acometer un debate sobre las ideas políticas básicas del MVR (*El Nacional*, 25-5-2001). Sin embargo, las recurrentes dificultades entre la dirigencia, por asuntos que van de lo ideológico a lo más concreto del quehacer político diario, han llevado a tensiones permanentes a todos los niveles y ocasionado reiteradas intervenciones del Comité Táctico Nacional a distintas coordinadoras regionales y locales, así como expulsiones de dirigentes y paralizaciones en las necesarias reformas de democratización. En abril, en lo que pareció una táctica del Presidente dirigida a presionar a su organización para que acometiese un esfuerzo de unificación y coherencia política, y dejara la disputa personalista y por cargos, Chávez expresó su intención de revivir el MBR-200, para canalizar desde allí el movimiento popular “revolucionario” (*El Nacional*, 26-4-2001). Estos desarrollos revelaban preocupación e interés por encontrar alguna permanencia a los apoyos políticos del Presidente, si bien también reflejan la errancia y dispersión de las iniciativas⁷.

Estructuras y procedimientos del PPT

A diferencia del MVR, Patria Para Todos no es un movimiento electoral sino un partido de cuadros, que si bien se fundó en fecha tan reciente como 1997, por ser una prolongación directa y sin rupturas ideológicas del partido La Causa R —de la cual los dirigentes del PPT se vieron expulsados—, su concepción y dinámica son de fecha anterior a los años 90⁸.

El PPT, al igual que el MVR, es una organización con muchas debilidades, pero éstas no provienen de improvisación organizativa, tensiones cívico-militares o de la heterogeneidad ideológica de sus bases y dirigentes. Al contrario, es una organización cuyos actuales dirigentes han dedicado mucho esfuerzo en pensar y discutir la concepción de partido que quieren, muchos de ellos tienen por lo menos dos décadas en la lucha política, si no más, y comparten líneas centrales de un proyecto político común. Sus bases, aunque han fluctuado significativamente en la década de los 90, en su porción más estable

⁷ A fines del 2001 se produjo la resurrección del MBR-200 ahora como “brazo social” del proyecto bolivariano, complementario del MVR que sería el “brazo político” (*El Universal*, 18-12-2001).

⁸ Para el tratamiento de esta parte se han tomado distintos aspectos de López Maya (en prensa). Sólo se citará en el texto para resaltar alguna fuente distinta.

son pequeñas y constituidas por grupos populares politizados e intelectuales.

Los problemas del PPT son de otra índole. Tratando de asimilar las lecciones que les produjo la división de La Causa R (LCR), al crearse la nueva organización en 1997, los pepetistas elaboraron unos estatutos donde asentaron los tres tipos de estructuras organizativas con las cuales habían venido operando desde LCR: los equipos, los plenos y/o las asambleas y los consejos internos. Estas estructuras, dependiendo de su funcionalidad, se constituyen en algunos de los cuatro niveles que siguen el mismo criterio territorial de la mayoría de los partidos venezolanos: el nivel de la base, el parroquial o local, el regional y el nivel nacional (PPT, 1997, art. 7).

Su primer nacimiento como organización, en 1970, con el nombre de La Causa R, fue a su vez –y al igual que el caso del MAS que revisaremos más abajo– el producto de una división del Partido Comunista de Venezuela. El rechazo a ese partido, de concepción vertical, centralizada y autoritaria, los condicionó para hacer de la horizontalidad, la descentralización y el debate permanente sus fundamentos organizativos. Por estos mismos motivos, rechazaron el esquema de partidos de masas, propio de los principales partidos tradicionales, y se constituyeron en un partido de cuadros “abierto”, donde cada miembro es un activista social o político que trabaja en movimientos populares, y la entrada a la organización es lenta, lográndose sólo después de algún tiempo y por un procedimiento donde quienes están ya dentro evalúan si el que está afuera reúne suficientes méritos para entrar. Lo llaman la política de los iguales. Se hace así una organización compacta, de dirigentes que guardan entre sí una confianza mutua importante.

Un “movimiento de movimientos” –como a veces se ha definido tanto la vieja LCR como el actual PPT–, tiene ventajas en momentos de crisis y transición como la vivida por la sociedad venezolana en los 90. Colocado en las márgenes del sistema político, con antenas en los movimientos sociales y con una imagen que se confunde con el antipartido que buscaba un electorado desencantado, LCR creció al calor de las coyunturas electorales de 1989, 1992 y 1993. Sin embargo, ubicada como tercer partido del país en el período constitucional 1993-1998, con importantes compromisos de gobierno en los tres niveles de la administración pública y una ampliación y heterogeneización de sus bases, no supo responder al desafío de ajustar sus estructuras y procedimientos internos a esta nueva realidad, y éstos mostraron ser inapropiados para contener y moldear el aluvión electoral, así como para dar apoyo a la experiencia de gobierno, procesando las diferencias que inevitablemente debían surgir entre los distintos cuadros.

Sobre la forma como se procesan los conflictos en la organización, es de destacar que en la LCR no se votaba nunca, pues el procedimiento reconocido por sus miembros para dirimir las diferencias era discutir hasta alcanzar el consenso. Consecuente con la ausencia del mecanismo de votar, las estructu-

ras organizativas de ese partido no establecían un número fijo de miembros en ningún órgano, porque no estaban concebidas para la lógica de cada miembro un voto y el acatamiento de la voluntad de la mayoría. Siendo así, cuando se agudizaron las diferencias no fue posible resolverlas sino con la ruptura, pues cuando la relación de fuerzas se hizo pareja y el consenso no se obtuvo ¿cómo se decide quién tiene la razón?, ¿cómo se hace para que alguno ceda? Hoy en día, a raíz de la experiencia de la división, los estatutos del PPT han asentado el mecanismo de la votación cuando el consenso no es claro y criterios de mayoría simple o calificada según los casos. Así mismo, aunque buscando un difícil equilibrio entre la flexibilidad y la necesaria estabilidad, se han fijado números máximos y mínimos de miembros en las distintas estructuras organizativas (ver PPT, 1997).

Pero, el descalabro que significó la división de 1997 se manifiesta en el PPT de muchas otras maneras que la colocan en una situación de difícil perdurabilidad: pérdida de un número importante de cuadros, despojo del nombre, los símbolos y los recursos que recibían legalmente del Estado. En 2000, la separación de este partido de la alianza del Polo Patriótico del presidente Chávez, producto de tensiones con el MVR alrededor de los apoyos electorales, le significó una notable merma de presencia política en el ámbito nacional, lo cual ha obligado a sus dirigentes a replegarse a sus victorias en los ámbitos municipales y regionales para desde allí recuperarse⁹. Por otra parte, la nueva Constitución, que eliminó para los partidos la posibilidad de recibir financiamiento público, propinó un duro golpe para una organización con vocación popular, pues ni sus dirigentes ni el electorado que buscan representar poseen recursos para competir con otros actores de representación social más diversa.

A estas debilidades muy notorias se añaden otras también muy significativas como la falta de estructuras con que enfrentar los procesos electorales o con que garantizar la formación de sus cuadros. A pesar de ello, la concepción y estructura organizativa de este partido tienen ventajas sobre el MVR para la supervivencia. Su experiencia política y la cohesión de sus dirigentes lo favorecen en un escenario donde deambulan muchas organizaciones inexpertas. Su flexibilidad organizativa le permite el repliegue o la expansión, disminuyendo los costos de las derrotas, aunque no le permite el cabal aprovechamiento de las victorias. Sus cuadros, acostumbrados tanto al debate entre iguales, como a importantes ideas e intereses compartidos, como al sacrificio prolongado, son quizás su mejor reserva.

Una nota sobre el MAS

Al igual que LCR y el actual PPT, el MAS fue el fruto de una división del

⁹ En las elecciones de julio de 2000 obtuvieron predominio en 10 alcaldías y dos gobernaciones.

PCV y nació condicionado organizativamente, al igual que LCR, por el rechazo que sus dirigentes sentían por el esquema organizativo del Partido Comunista. “Movimiento de movimientos”, flexibilidad organizativa y debate de ideas fueron orientaciones centrales en los primeros años del MAS, llevando a constantes reorganizaciones del partido en los años 70 y 80 (Ellner, 1992, 169-171). Sin embargo, el MAS, a diferencia de LCR, acogió tempranamente la idea de ir a una política de masas, volcándose hacia la competencia electoral (Giordani, 1992, 28). Asimismo, a principios de los años 80 legalizó un sistema de facciones o tendencias internas en la organización, como parte de su propuesta de socialismo con democracia política (Ellner, 1992, 179 y ss.). La dinámica de las tendencias internas ha sometido a esta organización a lo largo de sus 30 años de vida a intensos debates y tensiones internas, que han llevado a su vez a encarnizadas luchas y fracturas que en ocasiones han impedido la coherencia en sus políticas y aun una atención sostenida a vicisitudes políticas más generales (Giordani, 1992, 28). Asimismo, el MAS se ha caracterizado por recurrentes retiros de sus líderes, no sólo como resultado de sus debates ideológicos sino también por el continuo desencanto de muchos de ellos ante el escaso crecimiento electoral que ha mostrado la organización a lo largo del tiempo (Giordani, 1992, 65 y ss.).

Durante la década de los 90 se produjo en el MAS un desdibujamiento ideológico de la organización, que lo hace difícilmente reconocible hoy como partido de izquierda o aun de vocación popular¹⁰. Durante el segundo gobierno de Rafael Caldera (1994-1999), el MAS fue partido de gobierno y como tal respaldó el programa de ajuste estructural y reestructuración económica de naturaleza neoliberal aplicado por éste desde 1996. Petkoff, uno de sus dirigentes fundadores y líderes principales, fue uno de los ministros en el área de economía responsables de acometer esa reforma. La atención hacia los liderazgos regionales y locales, una política que el MAS ha priorizado desde 1988, también ha contribuido a un excesivo pragmatismo y vaciamiento ideológico de la organización en los últimos años. El respaldo a Chávez y la incorporación del MAS al Polo Patriótico obedeció principalmente a cálculos electorales tanto del MAS como del MVR, y si bien esto le ha permitido al primero sobrevivir políticamente a escala nacional después de su respaldo al gobierno de Caldera, ha significado considerables tensiones intrapartido y con el MVR. La decisión de respaldar la candidatura de Chávez en 1998, por ejemplo, llevó a la separación del partido de algunos de sus líderes históricos y emblemáticos (como Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, entre otros) –ya con anterioridad se había producido la salida de líderes como Freddy Muñoz–, dando paso a un liderazgo más joven con bases de naturaleza regional o local, y con proyectos políticos más bien personales y de naturaleza pragmática. Igualmente, sus actuales líderes nacionales son fundamentales hombres del aparato partidista, duchos en la negociación política y desprovistos de brillo intelectual. A inicios

¹⁰ Para un seguimiento hasta inicios de la década de los 90 de las tendencias ideológicas en el seno del MAS, véase Ellner (1992) y Giordani (1992).

de mayo de 2001, el Comando Táctico Nacional del MVR, ante sus constantes discrepancias y tensiones con el MAS, anunció la ruptura de su alianza con ese partido. El mismo día Chávez habría de respaldar al MVR en su decisión (*El Nacional*, 11-5-2001).

3. La actividad identificante del MVR y del PPT

La actividad de constituir y preservar una identidad colectiva, desde donde individuos y sectores sociales puedan reconocerse para emprender acciones conjuntas en el tiempo, juega una función esencial de cualquier partido político en cualquier sociedad (Pizzorno et al., 1987). Esta verdad se hace aún más significativa en el contexto de una sociedad empobrecida y fragmentada como la venezolana, que, además, ha visto en los últimos 10 años cambiar los sentidos comunes del discurso hegemónico internacional. El discurso neoliberal de los 80 en adelante, con su valoración negativa del Estado y su apología de la globalización, la privatización y el individualismo, significó un viraje de 180 grados en el discurso socializado en Venezuela en los 50 años previos (Cornil y Skurski, 1992). En este contexto, el MVR y el PPT desarrollan sus estrategias identificantes que, aunque coinciden en el objetivo de contrarrestar el discurso neoliberal, guardan algunas diferencias entre sí.

Pueblo y antineoliberalismo en el MVR

La hegemonía alcanzada por el partido MVR a partir de 1998 se debe principalmente al carisma y la popularidad de Chávez entre los sectores populares. Estos atributos son producto de un agregado de factores donde lo central ha sido la capacidad del discurso chavista para reconstruir el sujeto popular de la cultura política venezolana del siglo xx, *el pueblo*. La reedición de esta identidad hizo posible que significativas porciones de la población se reconocieran como individuos con una pertenencia clara, con atributos valiosos y un piso común donde acordar solidaridades y acciones comunes.

El concepto de “pueblo venezolano” aparece en los documentos del MBR-200, pero sobre todo en los discursos y alocuciones de Hugo Chávez Frías desde que comenzara su carrera pública. El pueblo, dice Chávez desde la cárcel de Yare en 1993, “es el protagonista de las grandes transformaciones de la historia. A veces el pueblo desaparece, pero otras emerge cuando se comparten costumbres y se da una comunicación intensa. Entonces, las multitudes se asocian liberándose la ‘solidaridad metafísica’” (Chávez, 1993). Chávez considera, que, desde el 4 de febrero de 1992, el pueblo ha resurgido, comenzando su protesta, primeramente silenciosa –expresada en los altos porcentajes de abstención electoral. Se trata a partir de 1994, cuando sale de la cárcel, de acompañar la fuerza transformadora de ese pueblo ya en movimiento, para organizarla, dirigirla y construir con ella una ideología y un proyecto nacional (MBR-200, 1994b).

Otro pilar en la actividad identificante en este discurso es la historia patria, reinterpretada y usada como un poderoso lenguaje simbólico, que legitima el presente asociando cada acción del partido y del líder a fechas evocativas de un pasado venezolano común, glorioso y trascendente.

Los ejemplos abundan. Chávez y el grupo fundacional del MBR-200 construyen una ideología venezolana, que identifican como “el árbol de las tres raíces”, siendo cada raíz la representación del pensamiento de Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora, figuras heroicas del siglo XIX venezolano (Zago, 1992, 37-38). Dos veces está contenido el nombre de Bolívar en la organización política inicial, al colocar el número 200 para representar el segundo centenario del natalicio del Libertador, coincidente, según alegan, con la fecha de fundación de su movimiento en 1983. Al no poder usar ese nombre para inscribirse en el Consejo Nacional Electoral (CNE), dieron con otro nombre de gran potencial nacional-simbólico: el Movimiento Quinta República (MVR). Tal nombre propone la refundación de la república, pues, de acuerdo con la interpretación histórica de esta organización, en 1830, con la separación de Venezuela de la Gran Colombia, se inició la cuarta república que fue siempre “oligárquica” y alcanzaría sus mayores grados de descomposición con la democracia “puntofijista”. Por otra parte, al abreviar ambos nombres, MBR y MVR, la fonética se hace coincidente.

Más ejemplos. En 1994, al ser liberado Chávez de la cárcel, recuerda la vieja canción del bando liberal de la guerra federal del siglo XIX cuando proclama que “el cielo sigue encapotado” (MBR-200, 1994)¹¹. Asimismo, las organizaciones de base del movimiento se denominaron “círculos bolivarianos” para ahora trastocarse en “círculos patriotas”, su proyecto político, el proyecto Simón Bolívar, la nueva constitución de 1999 rebautiza la república con el nombre de “República Bolivariana de Venezuela”, las escuelas que crea dentro de un nuevo programa de educación básica, escuelas bolivarianas, y la política integracionista con América Latina es bolivariana.

Se usan fechas de la gesta independentista para la realización de actos políticos considerados relevantes, con lo cual se les da fuerza simbólica a las ejecutorias de este proyecto. El juramento fundacional del MBR-200 se hace un 17 de diciembre (1983), aniversario de la muerte de Bolívar. El MBR-200 escoge en 1997 la fecha del 19 de abril, conmemorativa de la declaración de independencia de Venezuela, para realizar una reunión en la cual se decide, contrariando posturas abstencionistas anteriores, participar en el proceso elec-

¹¹ La llamada Guerra Federal tuvo lugar entre 1859 y 1863 y ha sido considerada como una guerra social con la cual sectores populares reclamaron el cumplimiento de las promesas de igualdad y libertad que el establecimiento de la república no había satisfecho. Entre los caudillos principales del bando federalista figuró el general Ezequiel Zamora y la canción a que hizo referencia Chávez es un famoso canto de la época en contra de la oligarquía: “El cielo encapotado anuncia tempestad/ ¡Oligarcas, temblad! ¡Viva la libertad!”.

toral del año siguiente con Hugo Chávez Frías como candidato a la presidencia (Núñez Tenorio, entrevista 1997; *Ultimas Noticias*, 22-4-1997, 14). Escoge asimismo, en 1998, el 24 de julio, fecha concurrente con el natalicio de Bolívar, para inscribir esta candidatura ante el CNE (*El Nacional*, 25-7-1998).

Este persistente uso de recursos simbólicos alusivos a la nacionalidad ha estimulado la eclosión de una suerte de cultura patriótica. En la Venezuela actual, se ha hecho de rutina que cualquier acto público de alguna relevancia, y sobre todo manifestaciones en apoyo o en oposición al gobierno, esté adornado con banderas nacionales, canto del himno, chaquetas y gorras tricolores.

Un tercer elemento poderoso ha sido el discurso pugnaz, que ha tenido como clara intención enfrentar y excluir una estructura de poder y una élite, calificada reiteradamente como oligárquica, vendepatria y corrupta, mientras se incluía a los “excluidos”, el pueblo venezolano. En tal sentido el discurso chavista, en distintas coyunturas, ha descalificado a intelectuales, la jerarquía eclesiástica, los dirigentes de los partidos tradicionales, medios de comunicación, banqueros y empresarios.

Al mismo tiempo que el discurso político del presidente Chávez y su partido reunifica bajo la identidad de pueblo, moldea relaciones y demandas. Entre 1992 y 1998, el MBR-200 exigió un proceso constituyente para llegar a un poder constituyente fundacional de la V República. El nuevo orden político que emergería sería una democracia “participativa y protagónica” del pueblo venezolano, en contraste con la “oligárquica y partidocrática” del régimen anterior (MVR, 2000).

El concepto de pueblo reconstituido por el discurso chavista se vincula a la noción de nación, y ambos son reconocidos en la cultura política venezolana del siglo xx como los dueños de la riqueza que subyace en el subsuelo del territorio (Lazo, 2000). En este imaginario, el Estado, como guardián de los intereses del pueblo-nación, se reconstituye también en su rol de rentista, es decir, vuelve a su función de extractor de una plusvalía internacional en forma de renta para distribuirla a todos los miembros de la sociedad. El proyecto político del MVR entraña con ello una vuelta a la centralidad del Estado en el devenir de la sociedad, así como al concepto de democracia como un orden que garantiza la igualdad en el acceso a los beneficios de esta renta (*ibid.*).

No nos explayaremos aquí en demostrar estos dos aspectos de la actividad identificante chavista. El discurso del emevrismo y de Chávez ha sido reconocido por sus militantes y adversarios como un discurso en contra de los procesos de globalización tal como éstos vienen desarrollándose en los últimos años (Medina, 2001, 115-128). En concordancia con ello el discurso adversa la imposición de políticas de inspiración neoliberal. Sobre todo, el discurso de esta organización ha rechazado la privatización como algo bueno o necesario *per se*, en especial la privatización de la industria petrolera venezolana bajo el

esquema de la “apertura petrolera” desarrollado durante el previo gobierno de Caldera. Igualmente, propugna una democracia que privilegia la igualdad social por sobre la igualdad de oportunidades. Ilustremos estos puntos con algunos dispositivos de la vigente Constitución, un documento básico del proyecto político que busca hegemonía (las cursivas son nuestras):

El Estado promoverá la iniciativa privada, *garantizando la creación y justa distribución de la riqueza*, así como la producción de bienes y servicios que satisfagan las necesidades de la población, la libertad de trabajo, empresa, comercio, industria, *sin perjuicio de su facultad para dictar medidas para planificar, racionalizar y regular la economía e impulsar el desarrollo integral del país* (artículo 112).

El régimen socioeconómico de la República Bolivariana de Venezuela se fundamenta en *los principios de justicia social*, democratización, eficiencia, libre competencia, protección del ambiente, productividad y solidaridad, a los fines de asegurar el desarrollo humano integral y una existencia digna y provechosa para la colectividad. El Estado conjuntamente con la iniciativa privada promoverá el desarrollo armónico de la economía nacional con el fin de generar fuentes de trabajo, alto valor agregado nacional, elevar el nivel de vida de la población y fortalecer la soberanía económica del país, *garantizando la seguridad jurídica, solidez, dinamismo, sustentabilidad, permanencia y equidad del crecimiento de la economía, para garantizar una justa distribución de la riqueza mediante una planificación estratégica democrática, participativa y de consulta abierta* (art. 299)

Por razones de soberanía económica, política y de estrategia nacional, el Estado conservará la totalidad de las acciones de Petróleos de Venezuela, S.A., o del ente creado para el manejo de la industria petrolera, exceptuando la de las filiales, asociaciones estratégicas, empresas y cualquier otra que se haya constituido o se constituya como consecuencia del desarrollo de negocios de Petróleos de Venezuela, S.A. (art. 302)

El Estado protegerá y promoverá la pequeña y mediana industria, las cooperativas, las cajas de ahorro, así como también la empresa familiar, la microempresa y cualquier otra forma de asociación comunitaria para el trabajo, el ahorro y el consumo... (art. 308)

Los elementos de identidad señalados y la conceptualización de las demandas a que apelan Chávez y el MVR se entroncan con hondas raíces de la cultura política venezolana previa, incluso con la matriz ideológica latinoamericana de la etapa de vigencia del modelo de sustitución de importaciones. Como tales han estimulado el entusiasmo y la movilización de vastos sectores de la población, que le han brindado reiterado apoyo en aras de consolidar su hegemonía emergente y su proyecto sociopolítico.

Pueblo, organización y debate en el PPT

Si bien pudiera pensarse que el PPT comparte con el MVR como construcción de su sujeto político el concepto de pueblo, una mirada más cercana a su discurso y a los esfuerzos en su actividad identificante pone de relieve no sólo

similitudes, sino algunas diferencias que distancian a ambas organizaciones.

El PPT, al igual que en el pasado lo hizo LCR, construye el concepto de sujeto popular también usando la noción de pueblo, entendido éste como los pobres, los excluidos o los injustamente tratados (Sesto, 1997). Sin embargo, asocia el concepto de pueblo con la noción de movimientos populares. El pueblo es un conjunto de movimientos populares cuyos intereses son afines. Y el PPT es una organización que busca expresar políticamente esos movimientos, busca ser “el movimiento de los movimientos”. Con ello incorporan en su identidad de manera destacada atributos de organización y diferenciación, no sólo de los movimientos populares entre sí sino también entre la organización política y dichos movimientos. El hecho de concebirse como una organización de cuadros refuerza las características de distancia entre el partido y los movimientos, pues la articulación entre la organización y los movimientos populares se da a través de los activistas sociales que hacen trabajo político en el PPT. Esta dinámica fomenta la politización como actividad identificante y valoriza lo organizativo en la concepción de identidad que se construye.

Además de este mayor énfasis en la identidad del sujeto político en lo referido a organización, otra diferencia con el MVR es la poca significación que en las estrategias de identidad del PPT tiene el uso de referencias históricas reinterpretadas como vía para reconocerse. En los documentos de la vieja Causa R y del actual PPT, así como en el discurso de los dirigentes, alusiones históricas para recordar algún pasado heroico o legitimar alguna acción presente son prácticamente inexistentes. La idea de “patria”, dirá Pablo Medina, uno de sus dirigentes principales, debe ser trabajada sobre todo “como expresión de lo que somos y de lo que queremos ser. Expresión de una comunidad nacional que tiene intereses propios, y que tiene aspiraciones propias, y que es su derecho fundamental” (Medina, 1997). El bolivarianismo tampoco es relevante, ni el uso de símbolos y rituales para unir a los miembros del partido entre sí, o a éstos con los movimientos populares.

Es evidente, por lo demás, que el PPT carece de un liderazgo carismático de la magnitud de Hugo Chávez Frías, y por las mismas características de la organización sus miembros tienden a reconocerse como un agregado de iguales que mantienen relaciones horizontales y de gran informalidad entre sí y con los movimientos populares con los que se vinculan. El debate político permanente, que implica continuos desplazamientos de un lugar a otro del país por parte de los cuadros, en condiciones de mínimos recursos materiales, la ardua discusión de temas hasta producir un consenso, acciones colectivas compartidas, son los instrumentos que más fomentan la confianza mutua, las redes de pertenencia y solidaridad (Uzcátegui, entrevista, 2000; Istúrriz, 1997). Así, los mecanismos para la construcción de la identidad se fundamentan de manera central en instrumentos de formación política: el activismo, la discusión y los consensos van creando el piso común desde donde reconocerse.

La concepción de las demandas se elabora a partir de tres ejes. El primero es la preservación de la patria, que, si bien connota la idea de una historia o identidad común, es principalmente sostenida como “patrimonio”. La preservación de los bienes comunes acumulados por esa patria –léase las industrias básicas, la industria petrolera– deben mantenerse bajo la propiedad del Estado nacional, porque será “con lo más valioso que tenemos” cómo puede la nación articularse y sobrevivir al proceso de globalización (Medina, 1997; Müller Rojas, conversación, 1997). Los pepetistas encuentran positivos los cambios mundiales, la minimización de las fronteras y la globalización de los sistemas de comunicación, pero sostienen que eso no ha de cancelar la idea de patria (Medina, 1997). La preservación de la patria se acompaña de la idea de democracia, expresada en el “Para Todos” del nombre de la organización (Uzcátegui, entrevista, 2000) y entendida no meramente como acceso a las libertades públicas, sino de manera esencial como acceso a la información y a la riqueza (Istúriz, entrevista, 1997). Se busca pasar de una democracia formal a otra radical, es decir, “profunda, cotidiana, popular” (Medina, entrevista, 2000). Para algunos dirigentes, la democracia como demanda ha pasado a un segundo lugar por la llegada del neoliberalismo, la deuda externa y los diversos mecanismos que vienen paralizando la actividad económica del Estado y transnacionalizando la economía (Medina, entrevista, 2000; Müller Rojas, conversación, 1997). Otros dirigentes, sin embargo, lo mantienen pues “no tiene sentido que se tengan todas las riquezas del mundo si no se puede acceder a ellas” (Istúriz, entrevista, 1997). Finalmente, el tercer eje sobre el cual moldean las demandas viene de la identificación como pobres, maltratados y excluidos, y conduciría a la bandera de la justicia social: “En nuestra condición de ciudadanos libres y conscientes del tiempo en que vivimos, no estamos dispuestos a aceptar pasivamente un modelo de sociedad que consiente la pobreza, el analfabetismo absoluto o funcional, la inseguridad personal y, en términos generales, el abandono y la exclusión de millones de venezolanos” (PPT, 1997).¹

Comentarios finales

Las dos variables analizadas aquí ponen de relieve fortalezas y debilidades de las organizaciones políticas seleccionadas, que, si bien no agotan la problemática de su supervivencia política, permiten echar luz sobre ventajas o desventajas para perdurar en el tiempo con las que cuentan en el momento actual.

El MVR desde el punto de vista organizativo ha revelado una significativa debilidad. Poco más que una estructura electoral que logró capitalizar victorias sorprendentes del carisma de su principal líder, no posee ni estructuras democráticas, ni bases, ni dirigentes unidos por intereses más allá de los electorales, y las ideas compartidas más allá de su admiración por el Presidente son escasas. El MBR-200, del cual se deriva, tampoco había adquirido solidez como organización, no obstante fue concebido en su momento por un colectivo

que buscaba a través de él viabilizar su proyecto sociopolítico, menos mediante una estrategia electoral, y más focalizado en otras actividades extremadamente importantes para cualquier organización con ambición de gobernar, como eran discutir propuestas políticas, difundir y debatir sus ideas, formar sus cuadros, crear sus estructuras, procesar los conflictos entre sus miembros, elegir sus líderes en los diversos niveles. El sorprendente éxito del MVR, debido en gran parte al carisma de su máximo líder Hugo Chávez Frías, trastocó un proceso más lento de cristalización y consolidación de la organización política para exacerbar los rasgos de maquinaria electoral al servicio de ese carisma que potencialmente estaban allí. Hasta la fecha, este fenómeno no muestra claras señales de revertirse y la hoy llamada Dirección Nacional sigue siendo fundamentalmente una estructura cupular que toma todas las decisiones en el seno del partido. De no atender la democratización y consolidación de la organización en el corto plazo, el MVR puede llegar a parecerse en mucho a partidos electorales que mueren al morir la popularidad de quien los lideró, el caso más reciente lo encontramos en Convergencia del doctor Rafael Caldera.

La aparente desestimación de la necesidad de una plataforma política estable por parte de algunos altos dirigentes del proyecto bolivariano o patriótico, en especial del Presidente, deja el campo abierto para muchas interrogantes. La falta de instituciones políticas democráticas y estables de mediación entre sociedad y poder propiciará con seguridad otras vías para darle perdurabilidad a la relación entre los sectores populares y la alianza hegemónica que emerge, no necesariamente convenientes para los primeros. Pareciera que la atmósfera antipartidos, de la cual el MBR-200 y el MVR surgen, obstaculiza la posibilidad para reflexionar sobre la necesidad de la organización partidista que sirva para enriquecer la vida democrática a mediano plazo en Venezuela.

Por otra parte, también se ha revelado en el análisis el poder de un discurso integrador de sectores pobres y empobrecidos, de rechazo a los sentidos comunes del discurso neoliberal, así como positivamente valorativo de la nacionalidad venezolana, que constituye una de las grandes fortalezas del proyecto sociopolítico emergente. A diferencia del pasado más reciente, donde encuestas mostraban un preocupante desinterés de los venezolanos por la política, esa actividad identificante del presidente Chávez, y en menor grado de algunos dirigentes del MVR, ha provocado tanto la eclosión de una cultura popular como la recuperación del interés por la política en sectores de la población, incluso entre los jóvenes. Es éste un poderoso capital aprovechable para sedimentar una organización política, que estaría llamada a darle bases más coherentes y perdurables al discurso ideológico, con miras a viabilizar propuestas políticas de largo aliento y acciones colectivas en aras de la profundización democrática de la sociedad.

La mirada sobre el PPT revela debilidades que levantan también muchas dudas sobre su viabilidad futura. Sostenida en un liderazgo colectivo de impor-

tante experiencia política y en una estructura organizativa relativamente fuerte, flexible y atractiva para sectores de la población que buscan alternativas a partidos y políticas tradicionales, esta organización revela de todas maneras aspectos frágiles para crecer o para convertirse en una opción de poder a escala nacional. Una muy notoria es que sus procedimientos internos son poco eficientes para procesar conflictos. Aunque la flaqueza mayor se corrigió al incorporarse a los estatutos el reconocimiento del voto como procedimiento para dirimir diferencias, este mecanismo está aún por probar que será respetado. En el primer momento crucial para poner a prueba el dispositivo institucional, unas semanas antes de las elecciones de mayo de 2000, que posteriormente fueron pospuestas para julio, cuando hubo necesidad de que los dirigentes votaran si se mantenían en el Polo Patriótico o salían de él, dos de sus dirigentes clave, Aristóbulo Istúriz y Pablo Medina, partidarios de romper con el Polo, al sentir su posición en desventaja amenazaron con retirarse de la organización si la decisión colectiva no los favorecía. La votación les fue favorable, pero el procedimiento debilitó la credibilidad de la reforma.

Por otra parte, lo examinado arriba tiende a presentarnos al PPT como una organización poco diseñada para acceder y ejercer el poder. Más centrada en expresar políticamente a los movimientos populares, parece dedicarle poca reflexión a aspectos organizativos clave para ejercer gobierno: el problema electoral, la formación y calificación profesional de sus dirigentes, sus relaciones con sectores gerenciales, intelectuales o políticos. Ello lleva a pensar que es un diseño organizativo hecho para ser correa de transmisión de los sectores populares pero no sirve para construir hegemonía y ejercer gobierno. La noción de “movimiento de movimientos”, que el MAS compartió con ellos en sus primeros años y luego abandonó por excesivamente inestable, si bien les permite una dinámica fluida con movimientos populares, parece ser insuficiente para fortalecerlos como partido. No obstante, los dirigentes del PPT han gestionado con algunos éxitos alcaldías y gobernaciones desde 1989, y hoy por hoy mantienen dos gobernaciones y algunas alcaldías desde donde podrán volverse a recuperar y debatir sus desafíos como institución.

La actividad identificante del PPT no se soporta en recursos de gran poder emotivo y simbólico sino que trata más bien de apoyarse en la politización continua de la población que buscan representar. Esta estrategia pudiera no producir efectos tan extensos e impactantes como los producidos por los recursos comunicacionales y simbólicos del presidente Chávez y el MVR, pero construye también redes de solidez y perdurabilidad. Estas actividades podrían ser complementadas por otras que busquen ampliar el espectro de sectores sociales a incluirse en la organización y que propicien la comunicación con actores afines en lo ideológico, con los que pueden converger en coyunturas políticas. En este sentido, el discurso del PPT apela más a la racionalidad de sus miembros y simpatizantes, mientras el MVR se mueve en el mundo emotivo de éstos. Pero ambas estrategias podrían combinarse para construir una plataforma sólida de identidad partidaria en estas organizaciones.

Finalmente, estas organizaciones reflejan en su organización y comportamiento, y en sus idearios, condicionamientos muy fuertes derivados del rechazo a los partidos y del proceso de desinstitucionalización que éstos han sufrido en los años 90. En estas organizaciones emergentes de vocación popular existe una real desconfianza hacia la institucionalización, temiendo que de ello se derive la rigidez organizativa que caracterizó a los partidos tradicionales. El MVR y el PPT temen contraer la sordera ante las demandas de los sectores populares que caracterizó a AD en los últimos lustros, o la paralización de la circulación y el debate de ideas para el cambio que signó los años 70 y 80, o la concentración de las decisiones en una cúpula personalista y corrupta, con el consiguiente retiro del voto popular. Pero, al tratar de conjurar estos fantasmas, corren el riesgo de hacer naufragar un proyecto político democrático de vocación popular. La debilidad institucional que hasta ahora evidencian estas organizaciones coloca el fiel de la balanza de la supervivencia política en el desempeño gubernamental que estos partidos tengan a todos los niveles de la administración pública, en el carisma o la simpatía personal que despiertan los dirigentes y en la efectividad de los mensajes que transmiten por los medios de comunicación. Estos recursos han demostrado con creces, tanto en el país como en otras experiencias latinoamericanas, su extrema fragilidad o volatilidad, pudiendo conducir el proceso político de los próximos años a retrocesos, donde los sectores más necesitados de la acción del Estado en nuestras sociedades correrán con las peores consecuencias. Las organizaciones emergentes de vocación popular tienen por ello más responsabilidad que otros actores en buscar su permanencia y estabilidad para la perdurabilidad de la representación y mediación en el Estado de quienes más lo necesitan.

Bibliografía

- Álvarez, Ángel Eduardo (coord.) (1996): *El sistema político venezolano: crisis y transformaciones*, Caracas, Ediciones de la Universidad Central de Venezuela.
- Chávez Frías, Hugo (1993): *Pueblo, sufragio y democracia*, Yare, Ediciones MBR-200, n° 2, abril, 12 pp.
- Ellner, Steve (1992): *De la derrota guerrillera a la política innovadora. El Movimiento al Socialismo (MAS)*, Caracas, Monte Ávila.
- García Canclini, Néstor (1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Editorial Grijalbo.
- Giordani, Jorge A. (1992): *La propuesta del MAS*, Caracas, Faces-Cendes, UCV.
- Goodman, Louis W., Johanna Mendelson Forman, Moisés Naim, Joseph S. Tulchin, Gary Bland (1995): *Lessons of the Venezuelan Experience*, Washington D.C., Woodrow Wilson Center Press.
- Kornblith, Miriam (1998): *Venezuela en los 90. La crisis de la democracia*, Caracas, Ediciones UCV- IESA.
- Lander, Luis E. y Margarita López Maya (2000): "Venezuela: la hegemonía amenazada", *Nueva Sociedad*, abril-junio, pp. 15-25.
- Lazo, Jorge (2000): "Aproximación a los fundamentos ideológicos de Hugo Chávez Frías (1992-2000)", Caracas, tesis de maestría en Ciencias Políticas, Universidad

- Simón Bolívar, octubre.
- Lechner, Norbert (1994): "Los nuevos perfiles de la política: un bosquejo", *Nueva Sociedad*, n° 130, marzo-abril, pp. 32-43.
- López Maya, Margarita (1998): "New Avenues for Popular Representation in Venezuela: La Causa-R and the Movimiento Bolivariano 200" en Damarys Canache y Michael R. Kulisheck (eds.), *Reinventing Legitimacy*, Westport, Conn., Greenwood Press, pp. 83-95.
- _____ (en prensa): "Patria Para Todos" en Manuel Alcántara, *Partidos políticos de América Latina*, Salamanca.
- López Maya, Margarita y Luis E. Lander (2000): "Ajuste, costos sociales y la agenda de los pobres en Venezuela: 1984-1998", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 6, n° 3, septiembre-diciembre, pp. 185-208.
- Mainwaring, Scott y Timothy R. Scully (1995): "Introduction" en Scott Mainwaring y Timothy R. Scully (coord.), *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*, Stanford, Cal., Stanford University Press.
- Manin, Bernard (1992): "Metamorfosis de la representación" en Mario Dos Santos (coord.), *¿Qué queda de la representación política?*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, pp. 9-41.
- MBR-200 (1994a): *Por ahora ¡y para siempre!*, n° 2 (periódico), s/l.
- _____ (1994b): *La esperanza en la calle*, Caracas, panfleto, s/l.
- McCoy, Jennifer; Andrés Serbin, William C. Smith y Andrés Stambouli (1995): *Venezuelan Democracy Under Stress*, EEUU, University of Miami North-South Center.
- Medina, Pablo (1997): *Refundar la república*, (discurso de orden presentado por el diputado Pablo Medina en la sesión solemne del Congreso de la República en conmemoración del 5 de julio de 1811), Caracas, mimeo.
- Müller Rojas, Alberto (2000): "Algo raro hay detrás del pacto Chávez-Proyecto Venezuela", *La Razón*, pp. 3-9.
- MVR (2000): *La democracia patriótica*, Caracas.
- Pizzorno, A. et al. (1985): "Sobre la racionalidad de la opción democrática" en Alessandro Pizzorno (coord.), *Los límites de la democracia*, vol. II, Buenos Aires, Clacso, pp. 9-46.
- Roberts, Kenneth (2001): "La descomposición del sistema de partidos en Venezuela visto desde el análisis comparativo", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 7, n° 2, Caracas, mayo-agosto, pp. 183-200.
- PPT (1997): *Estatutos*, Caracas, mimeo.
- Salamanca, Luis (1997): *Crisis de la modernización y crisis de la democracia en Venezuela*, Caracas, UCV-Ildis.
- Sesto, Francisco (Farruco) (1997): "Intervención en el acto de presentación pública de Patria Para Todos", Caracas, folleto de invitación.
- Zago, Ángela (1992): *La rebelión de los ángeles*, Caracas, Fuentes Editores.
- Zapata, Roberto (1996): *Valores del venezolano*, Caracas, Consultores 21.

Entrevistas

- Barrera, Maigualida (1996): miembro del MBR-200 y actualmente del MVR, entrevista realizada en la sede del Cendes-UCV, Caracas, Colinas de Bello Monte, 18 de enero.
- Chávez Frías, Hugo (1996): fundador y líder principal del MBR-200 y del MVR, presidente de la República, entrevista realizada en un apartamento en la vía La Trinidad-El Hatillo, Caracas, 25 de marzo.
- Giordani, Jorge (1995): miembro del MVR, actual ministro de Planificación, conversa-

- ción informal realizada en la sede del Cendes-UCV, Colinas de Bello Monte, Caracas, 21 de enero.
- Istúriz, Aristóbulo (1997): miembro del equipo de dirección nacional del PPT y del equipo operativo, entrevista realizada en la sede de la fracción parlamentaria del PPT, Caracas, 20 de agosto.
- Medina, Pablo (2000): secretario general del PPT, entrevista realizada en la sede del PPT, Caracas, Los Caobos, 21 de marzo.
- Müller Rojas, Alberto (1997): miembro del equipo de dirección nacional del PPT y del equipo operativo, conversación informal, 1 de agosto.
- Núñez Tenorio, José Rafael (1997): miembro fundador del MVR ya fallecido, entrevista realizada en su oficina de la avenida Negrín, Caracas, 18 de agosto.
- Uzcátegui, Rafael (2000): miembro del equipo de dirección nacional del PPT y del equipo operativo, entrevista realizada en la sede del PPT, Los Caobos, Caracas, 5 de abril.

LITERATURA RECIENTE SOBRE LA DEMOCRACIA LATINOAMERICANA*

Steve Ellner

AGÜERO, Felipe y Jeffrey Stark (eds.) (1998): *Fault Lines of Democracy in Post-Transition Latin America*, Coral Gables, Fl., North-South Center Press.

DIAMOND, Larry, Jonathan Hartlyn, Juan J. Linz y Samuel M. Lipset (eds.) (1999): *Democracy in Developing Countries: Latin America* (2ª ed.), Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers.

MCCOY, Jennifer (ed.) (2000): *Political Learning and Redemocratization in Latin America: Do Politicians Learn from Political Crisis?*, Coral Gables, Fl., North-South Center Press.

METTENHEIM, Kurt von y James Malloy (eds.) (1998): *Deepening Democracy in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

OXHORN, Philip D. y Graciela Ducatenzeiler (eds.) (1998): *What Kind of Democracy? What Kind of Market? Latin America in the Age of Neoliberalism*, University Park, Pa., Pennsylvania State University Press.

La literatura académica de los últimos 10 años sobre el tema de la democracia en América Latina ha variado desde un exagerado optimismo hasta un acentuado pesimismo, recorriendo todos los matices intermedios. Esta amplia diversidad de opinión se expresa en los tres períodos de los años 80 y 90 que los distintos enfoques han identificado: el período llamado de la “transición” de los regímenes militares a los democráticos, el conocido como de la “consolidación” que siguió a ésta, y el período de “posconsolidación”, que comenzó a ser estudiado por académicos a mediados de los años 90.

Los politólogos que defendieron la tesis de la “democracia restringida” durante los años de la transición fueron pesimistas en torno de la posibilidad de lograr en el futuro inmediato un sistema político abierto y competitivo para la región. Por ende, recomendaron a los dirigentes políticos moderados que negociaban el proceso de la transición que excluyeran de la toma de decisiones

* El autor recibió un aporte financiero del Consejo de Investigación de la Universidad de Oriente que facilitó el trabajo para este artículo. Fue originalmente publicado en *Latin American Politics and Society* y traducido por Nicolás Boulaire con la ayuda de Germán Castillo, ambos profesores de la Universidad de Oriente.

a todas aquellas personas identificadas con fórmulas izquierdistas y consignas populistas, para evitar que los oficiales militares de línea dura interviniesen echando para atrás el proceso. Por la misma razón, pedían también a los movimientos sociales que pasaran a jugar un papel secundario, a la sombra de los partidos políticos tradicionales, en lugar de promover movilizaciones (ver, por ejemplo, Schmitter, 1986; Kaufman, 1986).

En contraste, muchos de los optimistas que analizaban el período de la transición señalaban que la democracia se había logrado gradualmente y con un mínimo de violencia. Argumentaban que los logros se debían, más que a partidos que representaban a la clase trabajadora o a la oligarquía, a los partidos políticos de clase media. Esto les parecía ser un buen augurio para la consolidación de la armonía y la estabilidad social. Otros, también optimistas, entreveían transformaciones sociales de largo alcance que podrían conducir a la democracia radical (Barros, 1986). Éstos, generalmente, estaban inspirados por las doctrinas heterodoxas y eclécticas de los sandinistas, que habían moldeado el tipo de democracia establecido en Nicaragua (Harris y Vilas, 1985). Los más optimistas de este período, sin embargo, fueron aquellos académicos (influenciados por Alain Touraine y otros escritores europeos) que elogiaban los “nuevos movimientos sociales” por considerar que fueron éstos los que obligaron a los militares a reconsiderar su dominio del poder. El apoyo intelectual al paradigma de los nuevos movimientos sociales llegó a su apogeo en América Latina a mediados de los años 80, precisamente en el momento en que estos movimientos parecían apuntar hacia un modelo nuevo y atractivo de democracia participativa sustentada por una sociedad civil autónoma.

Al finalizar los años 80, los optimistas podían señalar que por primera vez en la historia casi todos los países del hemisferio disfrutaban de un decenio o dos de democracia, a pesar de un estancamiento económico cuya duración y cuyo impacto no tenían precedentes. Scott Mainwaring (1999, 107-108) argumentaría que no había tenido sentido la cautela de aquellos escritores que advirtieron acerca de los efectos desestabilizadores de las reformas de mercado (Przeworski, 1991, 136-138) y del sistema presidencialista (Linz, 1994). Por una parte, las reformas de inspiración neoliberal, que habían sido adoptadas por casi todas las naciones del continente en los años 90, no llevaron a golpes militares, aunque sus resultados económicos fueron decepcionantes. Por otra parte, el enfrentamiento entre los poderes Legislativo y Ejecutivo, que resultó en la destitución de los presidentes en Venezuela, Paraguay y Ecuador, no puso en peligro la estabilidad democrática. Previamente, los críticos del presidencialismo en América Latina ponían en duda la capacidad del sistema de resolver crisis institucionales de este tipo.

Los politólogos al final del decenio también hicieron notar la incorporación, como miembros de la “oposición leal”, de los izquierdistas y de los derechistas, quienes habían abandonado sus posturas intransigentes de 20 años atrás. Perdía vigencia el temor de los defensores de la “democracia restringida” so-

bre el peligro que representaba la izquierda para la apertura democrática de los años 80, dado el mayor compromiso de las Fuerzas Armadas con la democracia (Lowenthal y Domínguez, 1996, 5; Linz y Stepan, 1996, 157-160).

Samuel Huntington, quien se había mostrado escéptico a propósito de la capacidad de las democracias del Tercer Mundo para superar los desafíos sociales que acompañan al cambio político (Huntington, 1968), se unió al campo de los optimistas respecto a América Latina. Alabó a las élites latinoamericanas por su adherencia a los valores occidentales, particularmente a la cristiandad y a la democracia liberal (y no simplemente a la “democracia electoral”), las cuales conducían, según su criterio, a un sistema democrático, viable y estable. En consecuencia, planteó que el gobierno de Estados Unidos le diera a la región un trato especial en los programas de asistencia económica con preferencia sobre otros países no occidentales (Huntington, 1997, 11).

En su mayoría, los escritores izquierdistas también mostraban más optimismo en sus escritos que décadas atrás, en lo relativo a las posibilidades de la democracia existente de alcanzar los objetivos deseados. Algunos se entusiasmaron por el ascenso al poder del presidente Hugo Chávez Frías en Venezuela. La Constitución de 1999, impulsada por Chávez, redactada y aprobada durante su primer año en el gobierno, adoptaba principios de la democracia directa inspirados por Rousseau con implicaciones utópicas, que iban mucho más allá que la democracia liberal (ver Harnecker, 1999, 73-77; también Roberts, 1998, 17-52).

En un ensayo publicado en el *Journal of Democracy*, que posteriormente adquiriría gran importancia, Guillermo O'Donnell (1994) asumió una posición pesimista para el período de la “posconsolidación”. Según O'Donnell, había emergido en los años 90 un nuevo tipo de democracia llamado “democracia delegativa”, caracterizado por un poder Ejecutivo fuerte en el nivel nacional, que atropellaba al Congreso. El “hiperpresidencialismo”, según O'Donnell, desmantelaba las estructuras neocorporativistas, las cuales, a pesar de las limitaciones que tuvieron en el pasado, habían dado a varios sectores de la población representación en los espacios de la toma de decisiones. El gobierno personalista de algunos presidentes recientes tendía a olvidarse por completo de sus promesas electorales, produciéndose una distorsión tal de la democracia auténtica que, exceptuando las elecciones, estos gobiernos representaban un modelo de contenido democrático dudoso. Otros politólogos confirmaban el análisis pesimista de O'Donnell citando los informes anuales de Freedom House, que demostraban las escasas mejoras de las naciones latinoamericanas en el área de los derechos humanos y la libertad política (Diamond y Plattner, 1996, x, xxviii). La falta de progreso en este campo era especialmente desalentadora en vista de que Estados Unidos estaba más comprometido con la democracia en el mundo que en períodos anteriores.

El artículo de O'Donnell marcó el inicio de la literatura de “posconsolidación”, que rechazó el enfoque previo de los analistas políticos sobre la capacidad de supervivencia del sistema democrático. Los politólogos del enfoque de la “posconsolidación” se preocupan por la calidad de la democracia en un tiempo en el cual el regreso a regímenes dictatoriales parece poco probable (Huntington, 1996, 10). Dentro de este marco, Larry Diamond (1996) coloca las naciones latinoamericanas a lo largo de un espectro en el cual 7 naciones son consideradas “democráticas”, 7 “autoritarias” y 15 clasificadas entre estos dos extremos.

El espectro crítico

Distintos aspectos de la democracia, que se desarrollan en los capítulos de los cinco libros bajo estudio, pueden colocarse a lo largo de un espectro optimista-pesimista para el período actual. Este ejercicio resulta útil tanto para propósitos comparativos como para hacerle un seguimiento a la dirección que han tomado recientemente los regímenes democráticos en América Latina. El enfoque comparativo pone en evidencia las posiciones variadas sobre las definiciones básicas de la democracia, las estrategias económicas, el papel de los partidos políticos, y la importancia relativa de los factores subjetivos (como las habilidades del liderazgo).

Philip Oxhorn y Graciela Ducatenzeiler —editores de *What Kind of Democracy? What Kind of Market? Latin America in the Age of Neoliberalism*— están claramente ubicados en el extremo pesimista del espectro. Ellos argumentan que la globalización y las reformas neoliberales asociadas a ella han conducido a un modelo político que llaman “neopluralista”, donde se fortalece el poder Ejecutivo nacional y, a la vez, se restringe la participación de los partidos políticos y las organizaciones de la sociedad civil. Oxhorn y Ducatenzeiler atribuyen el contenido democrático limitado del neopluralismo al poco crecimiento de los movimientos sociales que ha impedido que éstos llenen el vacío dejado por el declive de los sindicatos. Mientras el movimiento obrero desempeñó un papel fundamental en la creación del Estado de bienestar social (*Welfare State*) al comienzo del siglo xx, ahora, en palabras de Oxhorn, los sindicatos no son más que unos “grupos de presión” (p. 216). Por otra parte, los otros movimientos sociales están fragmentados, lo que hace difícil “identificar a un actor o actores que pudieran ejercer presión efectiva para la implementación de un cambio estructural a favor del pueblo en general” (p. 233).

La descripción por parte de Oxhorn y Ducatenzeiler del neopluralismo con fuertes tendencias autoritarias va más allá de las observaciones críticas de algunos politólogos con respecto a los obstáculos a la consolidación democrática en América Latina y la lentitud del proceso (Lowenthal y Domínguez, 1996, 6). Oxhorn y Ducatenzeiler (como O'Donnell) temen que este modelo se va a mantener vigente y fuerte por un período largo. En el capítulo titulado “¿Se acabó el siglo del corporativismo?”, Oxhorn da su estimación de cuánto tiempo

puede durar el modelo neoplural. Invoca la tesis de Philippe Schmitter según la cual el neocorporativismo (que el neopluralismo desplazó) fue “el capitalismo del siglo xx” (Schmitter, 1974). Oxhorn sugiere que el neopluralismo podría durar el mismo lapso. Mientras el neocorporativismo neutralizó los intereses conflictivos de los diferentes sectores de la sociedad, al darle a cada uno de ellos una representación controlada en el Estado, el neopluralismo logra la estabilidad a través de “la atomización y la fragmentación de las organizaciones representativas, particularmente las de los sectores populares” (p. 215).

Oxhorn y Ducatenzeiler cuestionan el enfoque cultural de O’Donnell, quien considera el autoritarismo de la “democracia delegativa” como parte de una tradición cultural que se remonta al caudillismo del siglo xix. Ellos enfatizan más bien en la ruptura con el pasado, al darle más importancia a lo que es relativamente nuevo en la etapa actual: la severidad de la crisis económica y la presión del mercado mundial a favor de la inserción nacional. Para ellos es el cuadro económico actual el que ha llevado al hiperpresidencialismo.

En los años 80, influenciados por las privatizaciones masivas llevadas a cabo por el gobierno de Augusto Pinochet, algunos académicos plantearon la existencia de una relación directa entre los gobiernos dictatoriales y la implementación de reformas de mercado. Sin embargo, otros regímenes militares en América Latina se abstuvieron de decretar privatizaciones en gran escala (Garretón, 1997, 61). Asimismo, las democracias emergentes en el continente, e incluso algunos partidos socialdemócratas en Europa, adoptaron fórmulas neoliberales. Como resultado, apareció un consenso entre los politólogos, en el sentido de considerar que los gobiernos democráticos tienen más probabilidad que los gobiernos militares de atraer inversiones extranjeras (Domínguez, 1998b, 73-74), descentralizar y privatizar, y en general implementar reformas del mercado (Montero, 1998, 128).

Oxhorn y Ducatenzeiler defienden esta tesis en el libro, en la medida en que los gobiernos neoplurales pueden ser considerados “democráticos” (ver también Oxhorn y Starr, 1998). Sin embargo, ellos critican la literatura reciente por enfocarse exclusivamente en el rol de los tecnócratas, así como en otros formuladores de políticas, y en la implementación de reformas de mercado, sin mostrar mayor preocupación por el tipo de democracia que ha emergido. La poca resistencia efectiva contra las medidas económicas fuertes la atribuyen a las fallas de la democracia existente, sobre todo a la debilidad de la sociedad civil.

Los defensores del neoliberalismo señalan con frecuencia la compatibilidad entre las reformas de mercado y el fortalecimiento de la democracia. Al socavar el control central estricto, las políticas neoliberales supuestamente promueven la descentralización y hacen más vigorosa la sociedad civil. Oxhorn y Ducatenzeiler llegan a la conclusión opuesta. En primer lugar, los Ejecutivos nacionales que gobiernan en forma arbitraria y pasan por alto el poder Legisla-

tivo y las organizaciones mediadoras son los únicos que han logrado vencer la resistencia a las medidas neoliberales impopulares (Haggard y Kaufman, 1992; Munck, 1996, 134). En segundo lugar, la globalización y las políticas neoliberales han anulado conquistas sindicales históricas y han socavado la posición de los sindicatos. En contraste con Europa, sin embargo, los “nuevos movimientos sociales” y las otras organizaciones de la sociedad civil en América Latina no han llenado el vacío creado por la pérdida de influencia de los sindicatos. Oxhorn y Ducatenzeiler concluyen en que el neoliberalismo le ha servido de muy poco a la democracia en América Latina.

Por otra parte, en el capítulo de este libro dedicado a la democracia en Chile, Manuel Barrera añade unos detalles a la descripción general hecha por los editores sobre la debilidad de la representación organizacional bajo el neopluralismo. Según Barrera, “el movimiento sindical chileno le ha dado prioridad a las demandas corporativistas de sus miembros” (p. 147), mientras que “su potencial para organizar los sectores populares y articular sus intereses ha sido reducida” (p. 130). Sin embargo, se contradice Barrera al concluir que el sindicalismo organizado “se ha convertido en el representante de todos los sectores subordinados en su conjunto” (p.148). Varios otros capítulos que tratan sobre casos de países particulares no encajan dentro del planteamiento central de los editores, referente a las características principales de los regímenes neopluralistas, específicamente la debilidad de la representación sectorial. De hecho, el capítulo titulado “Sindicatos y el sistema corporativista en México”, de Francisco Zapata, llega a conclusiones opuestas a la de los editores. Zapata argumenta que el neocorporativismo está vigente en la nación azteca y que la supervivencia del sistema ha sido una bendición para los trabajadores. Seguramente el libro se hubiese beneficiado de la incorporación de un capítulo sobre el Perú de Fujimori, quien más que cualquier otro líder demostró las características más resaltantes del neopluralismo, incluyendo la desarticulación organizacional, la acogida del gobierno entre los trabajadores de la economía informal y el hiperpresidencialismo en todos sus aspectos.

En *Deepening Democracy in Latin America*, Kurt von Mettenheim y James Malloy (1998) están igualmente interesados en el rol central del poder Ejecutivo nacional en el sistema político, pero llegan a conclusiones completamente diferentes. De hecho, Mettenheim y Malloy están claramente ubicados en el otro extremo del espectro optimista-pesimista. Al colocar a América Latina en una coyuntura crítica en la cual el liderazgo competente es crucial, los editores subrayan la importancia del factor humano, en contraste con el fatalismo implícito en las explicaciones culturales de O'Donnell y en los factores estructurales puestos de relieve por Oxhorn y Ducatenzeiler. Según Mettenheim y Malloy, la “creatividad” y el “arte de gobernar” (términos repetidos a lo largo de sus capítulos introductorio y final) pueden llevar a América Latina a una novedosa y superior forma de democracia. Al mismo tiempo, ellos reconocen el peligro de una desviación hacia el autoritarismo, en la cual la centralización del poder llega a un nuevo extremo bajo un poder Ejecutivo nacional fuerte que se niega

a negociar con los centros tradicionales de poder o con la sociedad civil emergente.

Para Mettenheim y Malloy, los presidentes latinoamericanos exitosos son los que han evitado llegar a los extremos frente a desafíos urgentes. De esta forma los gobiernos latinoamericanos han dado pasos hacia la inserción nacional en la economía mundial en concordancia con las exigencias del globalismo, al mismo tiempo que han defendido tenazmente la soberanía nacional. En este contexto, una posición intermedia es la implementación de reformas de mercado conjuntamente con el rechazo del “tratamiento de choque” que niega la consulta nacional para la formulación de la política económica. Otro punto medio es un poder Ejecutivo fuerte que imponga su autoridad, pero que al mismo tiempo tome en cuenta y negocie con los partidos políticos.

Mettenheim, Malloy y sus colaboradores ven a los partidos altamente organizados e influyentes como unos obstáculos a la implementación de reformas políticas y económicas necesarias. Los capítulos sobre Argentina (por Aldo Vacs), México (Roderic Ai Camp), Brasil (Mettenheim), Bolivia (Eduardo Gamarra) y Perú (Julio Carrión) hacen hincapié en la habilidad de los presidentes en su confrontación con el poder establecido de los partidos políticos y de los grupos de intereses que se oponen a las reformas de mercado. Vacs, por ejemplo, atribuye el éxito de Carlos Menem para implementar políticas neoliberales a la tradición corporativista del Estado argentino, que permite aislar al Ejecutivo nacional de la presión popular y minar la hegemonía partidista. Con la misma perspectiva, culpa a los partidos políticos por las dificultades encontradas en Uruguay para alcanzar las mismas reformas. Enrique Baloyra, en su ensayo póstumo publicado en esta obra, señala que “en Venezuela los vínculos partidistas eran demasiado estrechos y que estaban asfixiando la sociedad” (p. 54).

Aunque los editores no lo reconocen, su diseño de modelo de un presidente fuerte que evita tanto los extremos autoritarios como los neoliberales no puede aplicarse en su totalidad, sino a un solo país en América Latina en los años 90: Brasil bajo Fernando Henrique Cardoso. La experiencia brasileña incluyó una serie de alianzas tácticas entre el Presidente y varios partidos políticos, una consulta nacional sobre las reformas de mercado propuestas y la implementación gradual y transparente de éstas. En contraste, otros gobiernos tomaron medidas económicas más drásticas, y algunos de ellos (México bajo Carlos Salinas y Argentina bajo Menem) fueron criticados por su comportamiento ético dudoso. Además, las acciones antidemocráticas en el Perú de Fujimori demostraron (según Mettenheim y Malloy) “los riesgos del presidencialismo autoritario” (p. 178).

Reconociendo las realidades

Los editores de *Fault Lines of Democracy in Post-Transition Latin America*, Felipe Agüero y Jeffrey Stark (1998), cuestionan la capacidad predictiva de la mayoría de la literatura sobre política en América Latina en los últimos 20 años. Están en desacuerdo con los politólogos que examinaron las diferencias entre los gobiernos de transición en los años 80 para explicar los diferentes tipos de democracia que surgieron posteriormente. Argumentan que, mientras este tipo de enfoque comparativo “era útil para entender la dinámica de la transición y sus factores relevantes”, su capacidad de pronóstico tenía un valor limitado. “Pocas veces estos enfoques eran sensibles a los cambios inesperados y a sus sorprendentes consecuencias” (p. 6). Agüero y Stark también critican la literatura académica sobre el proceso de transición y de consolidación en América Latina que se apoya en la definición minimista de la democracia formulada por Joseph Schumpeter (1942). El problema con el enfoque minimista es que conlleva a pensar que, una vez que una nación latinoamericana establece las condiciones mínimas para la democracia, se “presume que todo lo que falta vendrá naturalmente después” (p. 7).

Otro problema con la aplicación de la definición minimista de Schumpeter en América Latina es que ignora los numerosos problemas de la vida diaria que están debajo de la superficie de las normas e instituciones democráticas formales. *Fault Lines of Democracy* trata esta dimensión de la democracia latinoamericana, que generalmente pasan por alto los comentaristas políticos. El propósito explícito es ir más allá de la democracia formal, con el fin de explorar casos concretos de la realidad cotidiana. Así, por ejemplo, Stark señala la “privatización de la justicia” (p. 86) reflejada en las empresas privadas de seguridad y grupos de ajusticiadores, como un obstáculo al logro de la igualdad social. En forma similar, Agüero y Stark caracterizan como positiva la proliferación de las ONG en Perú, pero hacen notar que estas organizaciones existen “totalmente ajenas a los canales actuales de acceso al poder” (p. 10). De hecho, en su capítulo sobre la representación política, Frances Hagopian expresa escepticismo sobre la posibilidad de que las ONG y los movimientos sociales puedan llenar el vacío creado por el derrumbe de las instituciones corporativistas y por la pérdida de credibilidad de los partidos políticos (ver también a Roxborough, 1997).

Los editores también toman nota de algunos casos del progreso “imprevisto” (p. 371), como está demostrado en varios capítulos. Así, Carlos Iván Degregori, después de contrastar el comportamiento político de la población indígena en las áreas rurales y urbanas de Bolivia y Perú, concluye que los movimientos étnicos han desempeñado “un papel importante en la ampliación y la consolidación de la democracia”. En su capítulo, “Líneas de falla del gobierno democrático: una perspectiva según el sexo”, Marysa Navarro y Susan Bourque presentan un argumento similar con respecto al movimiento feminista. En su capítulo sobre el sistema judicial, Hugo Frühling señala la presión que han

ejercido los actores internacionales para reformar el aparato judicial. Así los autores de esta obra coinciden con O'Donnell sobre la necesidad de un enfoque dirigido a examinar las prácticas rutinarias conjuntamente con las instituciones formales. Sin embargo, son menos pesimistas que O'Donnell, porque consideran, además de las áreas problemáticas, los aspectos positivos de las prácticas que no están vinculadas con las reglas oficiales y las instituciones establecidas.

Varios de los autores de *Fault Lines of Democracy* se enfrentan a la necesidad de refinar las definiciones de la democracia a la luz de los cambios recientes en América Latina. Augusto Varas, en "Democratización en América Latina: una responsabilidad ciudadana", señala que mientras la democratización implica la incorporación de más y más ciudadanos en la actividad política, el pueblo "ha sido atrapado y absorbido por el mercado" (p. 145) como consecuencia de los cambios globales recientes. Además, Varas postula una relación entre la definición minimista de la democracia y la poca participación popular en la práctica. James Holston y Teresa Caldeira señalan que incluso las definiciones recientes de la democracia, más allá de simples contiendas electorales, no llegan a incluir como prerequisites a varios criterios importantes como la existencia de un sistema legal viable. Los autores demuestran que, más que cualquier otra institución de la nación, el sistema judicial brasileño se ha resistido a la transformación democrática. En el capítulo final, los editores rechazan las definiciones minimistas que se usaban al comienzo del período de transición y hacen un llamado a los especialistas en estudios latinoamericanos para "elevar la calidad de las teorías sobre la democracia" (p. 373).

Los editores de la segunda edición de *Democracy in Developing Countries: Latin America* están de acuerdo con Mettenheim y Malloy sobre la importancia de las habilidades del liderazgo en el desarrollo y la preservación de la democracia, pero difieren radicalmente sobre la identificación de los actores clave. Mientras Mettenheim y Malloy aplauden a líderes nacionales que apelan directamente al pueblo, los colaboradores de esta obra le dan importancia a las funciones mediadoras y articuladoras de los partidos políticos y a los políticos que los dirigen.

Varios de los colaboradores y uno de los editores (Jonathan Hartlyn) son nuevos en esta edición, que fue publicada exactamente 10 años después de la primera (Diamond et al., 1989). La pérdida de credibilidad de los partidos políticos en América Latina y el colapso del sistema partidista en Perú y Venezuela en los años 90, obligaron a los editores a matizar la tesis de la primera edición sobre la primacía de los partidos políticos fuertes para la democracia en América Latina. En la segunda edición, por lo tanto, los editores reconocen que un sistema partidista fuerte no garantiza por sí solo una democracia estable y que los partidos a veces ejercen una influencia excesiva. Sin embargo, entre un sistema partidista poderoso "sobreinstitucionalizado" y unos partidos "incoherentes" con vínculos institucionales endeble, los editores prefieren lo

primero (p. 27). De hecho, señalan la correlación entre los partidos fuertes y la estabilidad democrática en el siglo xx en América Latina (ver también Peeler, 1998, 192).

Varios capítulos de este libro demuestran el efecto desestabilizador de los partidos políticos débiles. Carlos Waisman argumenta que el comportamiento autónomo de la dirigencia sindical peronista dentro del Partido Justicialista y de las agrupaciones comerciales fuera de la estructura partidista de la nación, contribuyeron a la corta duración de los gobiernos democráticos en Argentina después de la caída de Perón en 1955. Solamente en los años 80 pudo el Partido Justicialista establecer vínculos efectivos con un conjunto de sectores de la población, contribuyendo así a la estabilidad de la cual Argentina ha disfrutado desde entonces. En su capítulo sobre Brasil, Bolívar Lamounier señala que los jefes de Estado brasileños no han promovido “cultos de la personalidad” (p. 163) como lo hizo Perón. Sin embargo, después de su efectiva institucionalización inicial, los partidos políticos se vieron disminuidos por un movimiento popular altamente efervescente, llevando así al golpe militar de 1964. Lamounier añade que la debilidad y fragmentación del sistema partidista de Brasil, agravada por las apremiantes dificultades socioeconómicas, se han convertido en un problema fundamental para la democracia de esa nación.

Los editores minimizan la importancia de los factores culturales, que consideran demasiado deterministas para explicar la estabilidad democrática. Así, por ejemplo, señalan que los próceres de las repúblicas latinoamericanas generalmente optaron por la democracia, no tanto en razón de sus convicciones democráticas profundas sino por factores circunstanciales, incluyendo el ejemplo de la guerra de independencia estadounidense. Sin embargo, una vez que las instituciones democráticas fueron establecidas y consolidadas en países como Chile, Uruguay y Costa Rica, ellas moldearon la cultura política y los valores democráticos, lo que a su vez ayudó a sostener el sistema durante los períodos críticos. Algunos de los autores del libro, como Hartlyn y John Dugas (quienes escriben sobre Colombia), Arturo Valenzuela (Chile) y Daniel Levy y Kathleen Bruhn (México), descartan casi por completo la importancia de la cultura política para explicar el tipo de sistema político que quedó establecido.

Los editores aplican la tesis de Robert Dahl sobre el “camino más favorable” (p. 14) hacia la democracia, que empieza con una democracia formal y elitesca y subsecuentemente lleva a la incorporación de una gran parte de la población a la vida democrática de la nación en ausencia de conflictos internos (Dahl, 1971, 40-47). Esta explicación privilegia las decisiones autónomas de los líderes. Así los dirigentes democráticos del siglo xix, quienes establecieron la democracia para algunos pocos en Chile, Uruguay y en otras partes, merecen la mayor parte del crédito por la continuidad y profundización democrática en el siglo xx, cuando se inicia la “época de las masas”. La democracia formal creó opciones de las que se aprovecharon más adelante líderes reformistas hábiles. En vista de este planteamiento de libre albedrío y de énfasis sobre las

habilidades de liderazgo, los editores pueden ser catalogados como optimistas relativos.

En la definición de un liderazgo capaz, estos editores incluyen la oposición al centralismo y a otros aspectos del modelo estatista. De hecho, su apoyo a las reformas de mercado y a la descentralización era también evidente en la primera edición del libro, cuando este modelo estaba apenas comenzando a ganar aceptación general entre los académicos y los actores políticos. De manera similar, los editores definen el liderazgo no sobre la base de un criterio objetivo sino de acuerdo con las políticas que ellos mismos defienden. Así, cuestionan la capacidad de liderazgo de Juan Domingo Perón, porque él “impuso al país las políticas desastrosas del proteccionismo radical combinadas con el corporativismo de Estado que llevaron a decenios de estancamiento, declinación y pretorianismo”, un camino que nunca fue la única opción que tenía la nación.

El proceso de aprendizaje político

Como los autores de *Democracy in Developing Countries*, los autores de *Political Learning and Redemocratization in Latin America* explican por qué los partidos políticos fuertes y sus líderes no garantizan por sí solos una democracia estable en América Latina, como lo han demostrado los acontecimientos de los últimos 10 años. En su introducción y su conclusión, Jennifer McCoy señala las limitaciones del “proceso de aprendizaje”, que por mucho tiempo los politólogos optimistas consideraban esencial para evitar futuros desbarajustes. Muchos de estos optimistas argumentaban que la amarga experiencia de los golpes militares en los años 60 y 70 les “enseñaba” a los líderes de los partidos políticos izquierdistas (como Carlos Altamirano en Chile) y populistas (como Leonel Brizola en Brasil) la necesidad de la moderación y de los acuerdos interpartidistas para superar el sectarismo previo. Venezuela y, en menor grado, Colombia fueron consideradas pioneras en el proceso de “aprendizaje político” como resultado de los golpes militares de 1948 que condujeron a los pactos partidistas acordados 10 años más tarde (Herman, 1988, 305-308; Levine, 1978, 93-95; ver también Ellner, 1997).

Francine Jácome, en su capítulo sobre Venezuela, señala el peligro del “sobreaprendizaje”, que se dio en ese país cuando el éxito de los pactos partidistas diseñados por una camarilla nacional encegueció al liderazgo dominante que no supo abrir el sistema político a nuevos actores. El capítulo sobre Chile por Manuel Antonio Garretón y Malva Espinosa también pone en evidencia el síndrome del sobreaprendizaje. En este caso, la posibilidad de una repetición del golpe de 1973 asustó a los gobiernos de la coalición llamados de la “concertación”, y les hizo evitar las posiciones intransigentes de los años de Allende, aceptando ciertas reglas antidemocráticas incorporadas en la Constitución de 1980. Por la misma razón, los líderes de la concertación deploraron

públicamente el arresto de Pinochet en Inglaterra por el motivo de que la soberanía nacional había sido supuestamente lesionada.

Los cuatro estudios de caso escogidos por los editores están diseñados para examinar el efecto de los traumas políticos, específicamente de los golpes militares, en el proceso de aprendizaje. Estas experiencias fueron tan intensas, que los líderes políticos llegaron a considerar cualquier tipo de conflicto —de acuerdo con las palabras de Garretón y Espinosa— como una “patología”, y por lo tanto tendieron a “disimular los verdaderos conflictos de la sociedad” (p. 65). Como resultado, los líderes se abstuvieron de buscar nuevas respuestas y dejaron perder oportunidades doradas de verdaderos cambios, al mismo tiempo que la política en sí corría el riesgo de volverse “irrelevante” (p. 65).

McCoy y varios otros autores del libro insisten en que una de las más importantes lecciones no asimiladas por el liderazgo político fue la necesidad de reemplazar la “Matriz Estado-Céntrica (MEC)” (p. 100) por una estructura descentralizada. Jácome sostiene que los pactos partidistas suscritos por una pequeña élite política llevaron a un sistema centralista contrario a los intereses nacionales, ya que tanto la descentralización como la privatización fueron diferidas. En su capítulo sobre Argentina, Marcelo Cavarozzi (quien acuñó el término MEC hace una década atrás) sostiene que los años de inestabilidad política le enseñaron al Partido Radical a “aceptar y hasta a promover los pactos con su enemigo político tradicional (el peronismo)” (p. 30), y más recientemente con la izquierda. Sin embargo, él argumenta que los radicales fueron lentos en romper definitivamente con el estatismo de la MEC, como quedó demostrado por su alianza con la izquierda. En esencia, McCoy, Jácome y Cavarozzi consideran que los defensores de la MEC carecen *ipso facto* de habilidades de liderazgo. De esta forma los autores de este libro, como los editores de *Democracy in Developing Countries*, definen los términos “aprendizaje político” y “arte de gobernar” con base en las políticas que ellos mismos prefieren.

Conclusiones

Estos libros rechazan en grados diferentes las nociones simplistas sobre las mejoras constantes y el fortalecimiento de las instituciones democráticas a través del mundo en el contexto de la globalización (ver, por ejemplo, Fukuyama, 1992). Antes de ellos, un optimismo desenfrenado era evidente en la mayor parte de la literatura sobre la “consolidación” en América Latina. Oxhorn y Ducatzenzeiler representan el polo opuesto a esta posición optimista, pues cuestionan la orientación verdaderamente democrática de las nuevas democracias que se han establecido en América Latina en las últimas décadas. A pesar de su optimismo relativo, Mettenheim y Malloy consideran impredecible la situación actual en el continente, y reconocen la posibilidad muy real de un regreso al autoritarismo. Los otros politólogos que contribuyen a los libros reseñados en este artículo tratan de la necesidad de analizar las áreas problemáticas específicas de la democracia en América Latina.

El estudio de Agüero y Stark explora las “líneas de falla” que demuestran que el reforzamiento de la democracia no es un final inevitable. El libro de McCoy señala el dogmatismo, o “sobreaprendizaje” de los actores políticos que por muchos años fueron reconocidos como ejemplos sobresalientes de madurez política y de arte de gobernar. Este fenómeno se dio particularmente en Uruguay, Venezuela y Chile, tres de los cuatro países examinados en el libro de McCoy, que fueron considerados durante mucho tiempo como baluartes de la democracia latinoamericana. Por su parte, los editores de *Democracy in Developing Countries* reconocen que los partidos políticos institucionalizados y fuertes, aunque esenciales para un sistema político viable en América Latina, pueden ser “sobreinstitucionalizados” y así paralizan las reformas estructurales democráticas (ver, por ejemplo, Coppedge 1994).

La literatura pesimista sobre el futuro de la democracia en América Latina tiende a ser determinista. Mientras O'Donnell enfatiza en los factores culturales que frenan el cambio, Oxhorn y Ducatenzeiler le dan la prioridad a los factores estructurales relacionados con la economía global y su impacto sobre el debilitamiento de las instituciones políticas y sociales. En contraste, los análisis en *Fault Lines of Democracy*, *Democracy in Developing Countries* y *Deepening Democracy* dudan de los resultados predeterminados. Los últimos dos libros contienen un elemento importante de libre albedrío. Los editores de ambas obras postulan las habilidades del liderazgo como una variable independiente y defienden la relevancia del concepto de “coyunturas críticas”, durante las cuales los resultados finales son impredecibles y las decisiones trascendentales se toman en ausencia de factores estructurales. Mettenheim y Malloy consideran que el período actual es una coyuntura crítica que requiere de un liderazgo efectivo para “imponer algo de orden a la situación” (p. 12). Diamond, Hartlyn y Linz también reconocen la importancia del voluntarismo. Sin embargo, en la segunda edición de su libro, atemperan su defensa del libre albedrío al reconocer los resultados decepcionantes de varios gobiernos latinoamericanos con jefes de Estado competentes. Concluyen sobre la necesidad de “evitar tanto el extremo estructuralista como el voluntarista” (p. 5).

Los libros que hemos revisado presentan puntos de vista diferentes sobre los partidos políticos y su reacción frente a los desafíos apremiantes que enfrenta América Latina al final del siglo. En general, los politólogos son más escépticos que en el pasado acerca del papel central desempeñado por los partidos en la defensa y la consolidación de la democracia latinoamericana. Mettenheim y Malloy exploran sustitutos factibles para los “modelos formales” (p. 177) de democracia con base en los partidos, que son aplicables en Europa pero no en América Latina. De hecho, dan crédito a los presidentes y no a los partidos políticos por conducir sus naciones hacia una democracia más auténtica, evitando a la vez la erosión de la soberanía nacional y los desplazamientos sociales severos causados por la economía global. En contraste, Diamond, Hartlyn y Linz elogian a los partidos políticos fuertemente institucionalizados y

los consideran corresponsables primordiales en la implementación exitosa de algunas reformas de mercado. Sin embargo, en su elogio de los sistemas de partido fuertes, los editores son más reservados que en la primera edición de su libro.

Oxhorn y Ducatenzeiler, y Frances Hagopian (en la obra de Agüero y Stark), enfatizan en la necesidad de unas organizaciones sólidas y coherentes, sean partidos, sindicatos organizados, movimientos sociales u ONG, que sirvan de interlocutores. Los tres escritores coinciden en el debilitamiento de los partidos políticos, al mismo tiempo que la sociedad civil se ha quedado corta frente a las expectativas creadas por su desempeño dinámico y su crecimiento en los años ochenta. Finalmente, los libros de Mettenheim y Malloy, y el de McCoy, insisten sobre los efectos negativos de los pactos partidistas, que los politólogos habían alabado en los años 80, en un momento en que estos pactos facilitaban las transiciones democráticas (una posición todavía mantenida por Domínguez 1998a, 203-214).

Una última área de comparación y de contraste es la de las definiciones de la democracia formuladas en estas obras. Los gobiernos democráticos sustentados en el tiempo, sin la amenaza inminente de golpe de Estado, han creado mayores expectativas que en el pasado. En consecuencia, los académicos han tratado de ir más allá de la definición *minimista* de la democracia basada en elecciones y la existencia de libertades básicas. Algunos politólogos, como O'Donnell, Oxhorn, Ducatenzeiler, Mettenheim y Malloy, piden nuevas definiciones en respuesta a las condiciones novedosas y a la complejidad que caracterizan el presente período. Mettenheim y Malloy, por ejemplo, insisten en reconocer el carácter democrático de la relación directa entre muchos líderes latinoamericanos y el "pueblo", que tradicionalmente se ha tildado de *caudillismo*. Al mismo tiempo, desconfían de los modelos importados, particularmente de los enfoques eurocéntricos que privilegian a los partidos políticos y defienden el sistema parlamentario. También rechazan la relevancia del modelo de democracia participativa en la tradición de Rousseau, que es el extremo opuesto a la democracia electoral y liberal.

En contraste, los editores y autores de *Democracy in Developing Countries* aceptan que las elecciones sean la piedra angular del sistema democrático pero apoyan el enfoque más amplio de Robert Dahl, que abarca criterios diversos. Así Bolívar Lamounier (en su capítulo sobre Brasil) considera necesaria la inclusión de consideraciones sociales porque la desigualdad extrema es incompatible con la democracia (ver también Borón, 1995, 190-194). Carlos Waisman, en la misma obra, coincide con Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill sobre la importancia de una sociedad civil floreciente para el sistema democrático. De hecho, tanto la desigualdad social extrema como las instituciones representativas débiles han caracterizado a América Latina durante el período estudiado. Finalmente, los autores de otros trabajos señalan algunos ingredientes esenciales de la democracia: las instituciones judiciales efectivas

(Holston y Caldeira en *Fault Lines of Democracy*), la obligación por parte de la administración pública de responder a las expectativas de los ciudadanos (O'Donnell, 1999), y la autonomía de las comisiones electorales (y, al mismo tiempo, la supervisión adecuada de la misma) (Pastor, 1999, 79). En conclusión, los cinco libros estudiados examinan varios conceptos y definiciones de la democracia que son nuevos o, por lo menos, conllevan modificaciones de definiciones previas. Al hacer esto, aprecian la importancia de la globalización, el fortalecimiento de los Ejecutivos nacionales, el debilitamiento de los interlocutores organizados y otros cambios que han moldeado a la democracia latinoamericana en el pasado reciente.

Bibliografía

- Borón, Atilio A. (1995): *State, Capitalism and Democracy en Latin America*, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers.
- Barros, R. (1986): "The Left and Democracy: Recent Debates in Latin America", *Telos*, vol. 68 (verano), pp. 49-70.
- Coppedge, Michael (1994): *Strong Parties and Lame Ducks: Presidential Partyarchy and Factionalism in Venezuela*, Stanford, Stanford University Press.
- Dahl, Robert (1971): *Polyarchy: Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press.
- Diamond, Larry (1996): "Democracy in Latin America: Degrees, Illusions, and Directions for Consolidation" en T. Farer (ed.), *Beyond Sovereignty: Collectively Defending Democracy in a World of Sovereign States*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 52-104.
- Diamond, Larry, Juan J. Linz y S.M. Lipset (eds.) (1989): *Democracy in Developing Countries: Latin America*, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers.
- Diamond, Larry, Jonathan Hartlyn, Juan J. Linz y S. M. Lipset (eds.) (1999): *Democracy in Developing Countries: Latin America* (segunda edición), Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers.
- Diamond, Larry and M. F. Plattner (1996): "Introduction" en Larry Diamond and M. F. Plattner (eds.), *The Global Resurgence of Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. ix-xxxiii.
- Domínguez, J. I. (1998a): *Democratic Politics in Latin America and the Caribbean*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- _____ (1998b): "Free Politics and Free Markets in Latin America", *Journal of Democracy*, vol. 9, n° 4 (octubre), pp. 70-84.
- Ellner, Steve (1997): "Recent Venezuelan Political Studies: A Return to Third World Realities", *Latin American Research Review*, vol. 32, n° 2, pp. 201-218.
- Fukuyama, Francis (1992): *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press.
- Garretón, Manuel Antonio (1997): "Reexaminando las transiciones democráticas en América Latina" en A. Martínez (coord.), *Cultura política: partidos y transformaciones en América Latina*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Haggard, Stephan y Robert R. Kaufman (1995): *The Politics of Economic Adjustment*, Princeton, Princeton University Press.
- Harnecker, Marta (1999): *Haciendo posible lo imposible: la izquierda en el umbral del siglo XXI*, México, Siglo XXI.

- Harris, R. y Carlos Vilas (1985): *La revolución en Nicaragua: liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, México, Ediciones Era.
- Herman, D. L. (1988): "Reassessment and Projection" en Herman (ed.), *Democracy in Latin America: Colombia and Venezuela*, Nueva York, Praeger Publishers.
- Huntington, Samuel P. (1997): "After Twenty Years: The Future of the Third Wave", *Journal of Democracy*, vol. 8, n° 4 (octubre), pp. 3-12.
- _____ (1996): "Democracy for the Long Hall", *Journal of Democracy*, vol. 7, n° 2 (abril), pp. 3-13, 55-69.
- _____ (1968): *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press.
- Kaufman, Robert R. (1986): "Liberalization and Democratization in South America: Perspectives from the 1970s" en Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 85-107.
- Levine, Daniel H. (1978): "Venezuela since 1958: The Consolidation of Democratic Politics" en Juan J. Linz y Alfred Stepan (eds.), *Breakdown of Democratic Regimes in Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University, pp. 82-109.
- Linz, Juan J. (1994): "Presidential or Parliamentary Democracy: Does it Make a Difference?" en Juan J. Linz y A. Valenzuela (eds.), *The Failure of Presidential Democracy: Comparative Perspectives*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 3-87.
- Linz, Juan J. y Alfred Stepan (1996): *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Lowenthal, Abraham F. y J. Domínguez (1996): "Introduction: Constructing Democratic Governance," en J. Domínguez y Abraham Lowenthal (eds.), *Constructing Democratic Governance: South America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 3-8.
- Mainwaring, Scott (1999): "Latin America's Imperiled Progress: The Surprising Resilience of Elected Governments", *Journal of Democracy*, vol. 10, n° 3 (julio), pp. 101-114.
- Mainwaring, Scott y Timothy Scully (1995): "Introduction: Party Systems in Latin America" en Mainwaring and Scully (eds.), *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*, Stanford, Stanford University Press, pp. 1-34.
- McCoy, Jennifer, ed. (2000): *Political Learning and Redemocratization in Latin America: Do Politicians Learn from Political Crisis?*, Coral Gables, North-South Center Press.
- Mettenheim, Kurt von y James Malloy, (eds.) (1998): *Deepening Democracy in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Montero, A. P. (1998): "Assessing the Third Wave Democracies", *Journal of InterAmerican Studies and World Affairs*, vol. 40, n° 2 (verano), pp. 117-134.
- Munck, G. L. (1996): "Economics and Democratic Transitions", *Journal of InterAmerican Studies and World Affairs*, vol. 38, n° 1 (primavera), pp. 129-136.
- O'Donnell, Guillermo (1994): "Delegative Democracy", *Journal of Democracy*, vol. 5, n° 1 (enero), pp. 55-69.
- _____ (1999): "Horizontal Accountability in New Democracies" en Schedler, A., Larry Diamond, y M.F. Plattner (eds.), *The Self-Restraining State: Power and Accountability in New Democracies*, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers, pp. 29-51.
- Oxhorn, Phillip y P. Starr (1998): *Markets and Democracy in Latin America: Conflict or Convergence?*, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers.

- Oxhorn, Philip y Graciela Ducatzenzeiler (eds.) (1998): *What Kind of Democracy? What Kind of Market? Latin America in the Age of Neoliberalism*, University Park (Pa.), Pennsylvania State University Press.
- Pastor, R. A. (1999): "A Brief History of Electoral Commissions" en Schedler, Larry Diamond y M.F. Plattner (eds.), *The Self-Restraining State: Power and Accountability in New Democracies*, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers, pp. 75-81.
- Peeler, John (1998): *Building Democracy in Latin America*, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers.
- Przeworski, Adam (1991): *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Roberts, Kenneth M. (1998): *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*, Stanford, Stanford University Press.
- Roxborough, Ian (1997): "Citizenship and Social Movements under Neoliberalism" en William Smith y Roberto P. Korzeniewicz (eds.), *Politics, Social Change, and Economic Restructuring in Latin America*, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers, pp. 57-75.
- Schmitter, Philippe C. (1986): "An Introduction to Southern European Transitions from Authoritarian Rule: Italy, Greece, Portugal, Spain" en G. Turkeyin, Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (eds.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 3-10.
- _____ (1974): "Still the Century of Corporatism?", *Review of Politics*, vol. 36, (enero), pp. 85-131.
- Schumpeter, Joseph A. (1975): *Capitalism, Socialism, and Democracy*, Nueva York, Harper and Row.
- Slatter, David (1985): "Movements and a Recasting of the Political" en David Slater (ed.), *New Social Movements and the State in Latin America*, Amsterdam, Cedla.

TEMA CENTRAL

LOS RETOS DEL ESTADO NACIONAL

PRESENTACIÓN

Victor Abreu

El Estado nacional, que fuera la organización por excelencia de la época moderna, con ineludibles funciones políticas, económicas y, en términos generales, en la cohesión social, hoy encara nuevas e importantes tensiones. El mundo global en ciernes así lo va haciendo ostensible. Más allá de lo estrictamente económico –ámbito que comprende los cambios más patentes e inmediatos de estos tiempos de transición y al que se alude con mayor frecuencia–, las soberanías son puestas en entredicho, las nacionalidades ven socavadas sus bases de sustentación, las culturas y modos de vida se estremecen. Ya es casi irrefutable que hay temas que escapan de la cobertura de los Estados y que deben incluirse en agendas necesariamente supranacionales: las inestabilidades económicas y la relación de grandes bloques integrados, la democracia y los derechos humanos, el medio ambiente, los movimientos migratorios, la pobreza y la exclusión, el narcotráfico, el integrismo religioso, el terrorismo, la guerra y la paz.

La impronta sobre la capacidad de respuesta del Estado, de viejos problemas que se reeditan en escala ampliada o de problemas inéditos sin la contrapartida de instituciones apropiadas, ha sido objeto de un sinnúmero de apreciaciones analíticas. A la vigencia de la soberanía del Estado-nación igualmente se le abren estimables interrogantes, no sólo por la presión que sobre el Estado se ejerce hacia arriba con la tendencia hacia la supranacionalidad, sino por la presión hacia abajo con el reforzamiento de las autonomías locales, y por otra de tipo lateral que ha venido fomentando los bloques regionales. Por su parte, una pujante sociedad civil replantea los espacios público y privado, lo que también ha motivado crecientes exámenes.

Especial interés reviste en la discusión actual el papel de antagonistas o de coprotagonistas que desempeñarían el Estado y las megacorporaciones transnacionales. En un sentido más amplio, bien se sabe que el radio de acción del Estado está siendo atravesado por las “sociedades de redes”. Ello revela notorias incertidumbres acerca de la pervivencia de las conocidas posibilidades y de la efectividad de la actuación estatal. Además, el neoliberalismo inició al Estado en su deslumbre de potestades que lo identificaban, para convertirlo en agente de validación de las conexiones entre los procesos nacionales y los globales. Pero, para las visiones y prácticas heterodoxas, los retos del Estado no parecen ser menores ni muy distintos.

Sobre esta vasta problemática mucho se ha debatido y continuará debatiéndose en los círculos académicos, los foros internacionales, los escenarios

de negocios transnacionales, y en los terrenos y manifestaciones de los movimientos sociales. El estado del arte de los estudios e interpretaciones revela que los consensos no son fáciles, más aún si se toma en cuenta que los acechos de la globalización sobre el ordenamiento moderno contraen sustanciales transformaciones de instituciones y actores, cuando no su completo desplazamiento por factores emergentes. Si la organización estatal le había dado sentido a la vida moderna, ¿cuáles son sus perspectivas ante un conjunto de tendencias que la trascienden o, cuando menos, la desafían? Los esfuerzos por despejar tal interrogante multiplican a la vez los focos de atención posibles. Las últimas palabras acerca de estos relevantes asuntos están muy distantes de ser escritas todavía, lo que acentúa su influjo seductor y la provocación que le plantean al investigador social.

Con el tema central “Los retos del Estado nacional” de la presente edición de la *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, ofrecemos cinco valiosas contribuciones sobre algunos aspectos de la polifacética problemática en cuestión. Abre el tema la profesora Eira Ramos de nuestra facultad, quien ante las posturas extremas que afirman la inminente extinción del Estado nacional y/o su incontestable vigencia destaca la erosión de la soberanía westfaliana para internarse en lo que sería la nueva diplomacia y la institucionalización de un multilateralismo cooperativo. Le sigue a la profesora Ramos un análisis del profesor Jaime Osorio de la UNAM, México, quien desarrolla el argumento del ejercicio desigual de la soberanía de los países del centro y de la periferia en el contexto actual de la mundialización. Osorio sostiene que la soberanía siempre se ha ejercido desigualmente y que la expropiación de valores que el capitalismo reclama tiene asientos estatales muy precisos. El artículo del internacionalista Simón Alberto Consalvi, partiendo de la idea de que “la unanimidad conspira siempre contra la fecundidad de la imaginación”, nos brinda una crítica y densa panorámica de la dinámica mundial contemporánea, de los dilemas del Estado-nación y del papel que jugarían las potencias, especialmente Estados Unidos. La democracia, la delegación de atribuciones que eran propias del Estado y los derechos ciudadanos captaron el interés del profesor Jorge Rojas Hernández, quien examinando el caso de Chile expone los problemas que se derivan de entrar en la globalización sin Estado-nación. Finalmente, hemos querido cerrar con unas notas sobre los orígenes y transformaciones del Estado-nación, elaboradas con el propósito de asistir a estudiantes o recién interesados en esta actual y apasionante materia.

¿SER O NO SER? EL DILEMA DEL ESTADO-NACIÓN EN LOS PROCESOS DE GLOBALIZACIÓN

Eira Ramos Martino

Con escasa percepción de la historia exageran la antigua fortaleza de los Estados-nación; con escaso sentido de la variedad global agigantan su actual decadencia...

Michael Mann (1999, 18)

La desaparición de la confrontación bipolar, tras el simbólico acontecimiento de la caída del muro de Berlín, puso fin a los difíciles años de oposición intersistémica entre Estados Unidos y la otrora superpotencia mundial, la Unión Soviética. Con ello parecen también desmoronarse los elementos ordenadores que tuvieron preeminencia en la vida internacional durante varias décadas. La anterior supremacía de lo político y lo militar cede terreno ahora a la emergencia de otras fuerzas como la economía, la tecnología y las comunicaciones sobre cuyas bases habrá de construirse un nuevo orden mundial con nuevas relaciones de poder.

Lo que llama poderosamente la atención en la era contemporánea es que los países se encuentran en posesión de ciertos recursos no militares que en el pasado no se traducían directamente en poder, pero que hoy constituyen eficaces instrumentos de la política mundial. (...) La era contemporánea puede marcar (...) el eclipse del potencial militar como principal fuente de control en el sistema internacional (Pearson y Rochester, 2000, 83).

Para Hugo Fazio (2001, 130), la desintegración del campo socialista no sólo significó la desaparición del principal modelo de organización de la sociedad alternativo al capitalismo, sino que además “se tradujo en la eliminación del último gran obstáculo que existía para la universalización de un modelo de acumulación que desde la década de los 70 se encontraba en ciernes: el capitalismo transnacional”.

Ese complicado tránsito de una *economía internacional* –donde el Estado, junto con las organizaciones internacionales, tenía la función primordial de regular todo lo relativo a los flujos de dinero y mercancía– a una *economía transnacional globalizada*, o en vías de mundialización –donde las finanzas y el comercio comienzan a organizarse a través de redes transfronterizas esca-

pando así a la regulación estatal–, ha ensombrecido el panorama estatal y ha contribuido a fomentar la percepción de que el Estado pudiera estar en vías de extinción.

A pesar de que la globalización tiene un componente económico-financiero de mucho peso, equiparar globalización a “libre comercio” sería dar una visión muy simplista y reduccionista a un macroproceso que está desarrollándose y que implica una diversidad de microprocesos. Como acertadamente señala Mato (2001, 150):

... quienes reducen la idea de globalización a la globalización económica generalmente también equiparan a ésta con su versión neoliberal, y acaban confundiendo globalización con neoliberalismo. Consideramos que la expresión *procesos de globalización* es tal vez el término más adecuado para dar cuenta de los muchos y variados procesos que tienen lugar entre diversos actores a escala planetaria, promoviendo en su transcurrir interrelaciones complejas, es decir, globalización (Mato, 2001, 152).

En efecto, bajo la óptica de esta lectura inicial –marcadamente economicista– que se hizo del complejo y turbulento panorama mundial, una de las estructuras que más seriamente parecía verse afectada era la estatal. El Estado-nación perdía su importancia y el papel protagónico que le había caracterizado en las relaciones internacionales. Las premisas básicas de funcionamiento sobre las cuales se construyó el orden mundial *westfaliano*, a saber, independencia, soberanía absoluta sobre un determinado ámbito geográfico y prosecución de unos determinados y específicos intereses nacionales por parte de los Estados, están siendo revisadas.

No obstante, a partir de la segunda mitad de la década de los 90, varios analistas rescatan el papel del Estado señalando, por ejemplo, que “el modelo de reestructuración, ajuste y retracción (el modelo neoliberal que pone énfasis en la acción macroeconómica real y no en la distribución de beneficios), no tiene un paradigma convincente superior al modelo estatal (...) para impulsar y dirigir la estrategia de desarrollo (Bernal-Meza, 1996, 33); o que el Estado se está *internacionalizando*, es decir, adaptándose al dinámico entorno mundial (Cox, 1995); o bien que “debe (...) redefinir sus competencias, y modestamente justificar su existencia a través de los servicios que presta” (Guehenno, 1999, 48). Ciertamente, una breve mirada retrospectiva a las experiencias históricas en las que se ha concedido plena libertad de acción a entes privados, confirma que éstos se han interesado más por incrementar sus propios beneficios que por promover o impulsar el crecimiento o desarrollo de un país. Más aún, durante la década de los 80, cuando las fuerzas económicas transnacionales ejercían una enorme presión sobre el sistema mundial, el Estado, en América Latina específicamente, desempeñó un papel fundamental en todo lo que fue el manejo y aplicación de las terapias de *shock* y las medidas de ajuste estructural.

En definitiva, el dilema de si el Estado-nación, como forma de organización social, sigue o no subsistiendo queda superado; el problema ahora consiste en cómo reajustarlo a esas grandes transformaciones que atraviesa el mundo de la posguerra fría y a la reconfiguración de las nuevas relaciones de poder, en el entendido de que uno de esos cambios a los que hacemos referencia tiene que ver con la emergencia de una gran multiplicidad y variedad de otros actores importantes en la escena internacional; esto es lo que Cerny (1996) denomina los nuevos “circuitos de poder” que se yuxtaponen a la autoridad del Estado, lo intersectan y fragmentan. Además de la existencia de actores estatales y no estatales vale la pena destacar que el cuadro se complejiza aún más cuando nos percatamos que el número de actores estatales se ha incrementado significativamente, alcanzando la preocupante cifra de casi 200; la calificación de preocupante alude al carácter asimétrico de las relaciones interestatales o internacionales¹.

Tal vez la mejor aproximación a lo que es el panorama mundial actual ofrezca Rosenau (1990) cuando se refiere a una estructura mundial bifurcada: por un lado, un mundo estadocéntrico en el cual el Estado sigue teniendo un papel fundamental e interactúa con organismos gubernamentales básicamente, y, por el otro, un mundo multicéntrico en el cual el rol preponderante es ejercido por organizaciones o unidades no estatales. Ambos mundos interactúan entre sí aunque aún no existan mecanismos adecuados que formalicen y consoliden esa interconexión.

De los retos y las capacidades estatales en los procesos de globalización

El Estado es un concepto de la modernidad que expresa una visión particularmente occidentalista de organización del poder, bien sea en su forma aristocrática, monárquica o republicana. Para Archibaldo Lanús (1996, 106-107), el Estado consolidó paulatinamente su soberanía sobre ámbitos territoriales claramente definidos por fronteras y sobre la voluntad de sus ciudadanos; el Estado cumplió, hasta la década de los 70, un papel fundamental en el diseño y ejecución de políticas económicas, tanto en un plano macro como micro, lo que le permitió desempeñarse como distribuidor, regulador y productor de riqueza.

¹ Fazio Vengoa (2001, 158) nos habla de un esquema piramidal de relaciones de poder internacionales en el cual destacan los principales centros o polos económicos y financieros de alcance mundial (Estados Unidos, la Unión Europea y Japón), las regiones integradas a los mismos (el Nafta, los restantes países europeos y el sudeste asiático, respectivamente), los países o regiones que por razones comerciales o estratégicas pueden suscitar la atención de los respectivos vértices (Medio Oriente, los países más desarrollados de América Latina y parte del Asia meridional) y, por último, las regiones marginadas, en las cuales se incluyen una parte de los países latinoamericanos menos avanzados, la mayor parte de los Estados adscritos al Acuerdo de Lomé y varias islas del Pacífico.

Mientras el sistema internacional fue esencialmente un “sistema de Estados” no hubo desafío alguno para el Estado y su majestuosidad. De hecho, Cerny (1996) sostiene que el sistema internacional representó para el Estado una fortaleza, y la prueba más evidente de ello lo constituye la interpretación que se ha venido haciendo de la soberanía como un poder supremo, tanto hacia adentro del propio sistema nacional como en sus relaciones con otros sistemas nacionales, por sobre el cual no existía autoridad superior alguna. Pero la globalización, ese proceso que está generando una multiplicidad de nexos, vínculos e interconexiones que trascienden al Estado-nación (Mc Grew, 1992), está vulnerando ese “sistema de Estados”.

Modificación en la percepción dimensional del tiempo y el espacio

La transnacionalización de las actividades económicas, socioculturales, comunicacionales e incluso políticas, lleva implícita la pérdida de importancia del significado de la territorialidad y de la distinción entre los ámbitos externo/interno. Los términos “aquí” y “ahora” ya no pueden concebirse estáticamente sino con la flexibilidad necesaria que impone esa dinámica globalizadora que Rosenau (1995) califica como inmensa y dialéctica². Las grandes posibilidades de emitir y recibir información, aun estando a grandes distancias, en virtud del avance en las comunicaciones, hacen que lo mundial y lo local terminen por tocarse (Gonzalo, 1996); de esta misma forma, la división interno/externo y la noción de territorialidad —que daba fundamento al concepto de soberanía— tienden a desaparecer. Las palabras de Rosenau en esencia refuerzan esta idea cuando plantea que “en lo que a los Estados se refiere, el principal reto que plantean las dinámicas fragmentativas no es uno dicotómico (¿seguirán o no existiendo los Estados?), sino más bien un asunto de *cómo van a manejar los cambiantes conceptos de territorialidad y pérdida de autoridad*” (Rosenau, 1995, 26, destacado nuestro)³.

² Un ejemplo del carácter dialéctico de esta dinámica globalizadora la podemos apreciar en las tendencias que, aunque en principio contradictorias, están teniendo lugar en forma simultánea en el mundo: mientras observamos una multiplicidad de casos en los cuales algunos Estados se desintegran para dar paso a nuevas organizaciones estatales más pequeñas (Yugoslavia, Checoslovaquia y la Unión Soviética), también estamos siendo testigos de un proceso inverso que conduce a la conformación de entidades de mayor tamaño, algunas de ellas desempeñando por cierto un papel de primer orden en el actual escenario mundial (la reunificación de las dos Alemanias, la reincorporación de Macao y Hong Kong a China, entre otros).

³ El término *fragmentativo* (dinámicas fragmentativas) es acuñado por Rosenau para dar cuenta del fenómeno interactivo que se produce entre la fragmentación y la integración, entre la localización y la centralización, dentro del proceso de globalización. Y son precisamente esas dinámicas fragmentativas las que más seriamente afectan al Estado.

La globalización, sin restar relevancia a la condición desigual de la misma⁴, genera, en cierta medida, la simultaneidad en la ocurrencia de hechos y fenómenos; por ejemplo, la violación de los derechos humanos es una preocupación universal, el efecto invernadero, provocado por la emisión de gases, afecta a toda la humanidad, la crisis de gobernabilidad y la erosión del Estado-nación constituyen un problema generalizado. De manera tal que la formulación de políticas requiere de una gran destreza para “manejar sofisticadamente el tiempo” (Gonzalo, 1996).

Toma de decisiones e interés nacional

El proceso decisional de los Estados se ve seriamente afectado ante la dificultad de ejercer un control centralizado del mismo. La irrupción de una diversidad de actores, temas y formas de interacción al interior del sistema nacional, así como las facilidades de comunicación existentes, ha promovido que entidades subnacionales tanto de carácter público como privado se relacionen directamente con el exterior sin acudir a la intermediación de las instancias estatales tradicionales. Hugo Fazio (2001, 135) considera que esta dispersión en la toma de decisiones genera una serie de procesos que alteran las formas de vinculación externa de los Estados, además de convertirse en potenciales obstáculos a la promoción y consecución de los objetivos generales de la sociedad dado que, muchas veces, estos actores promueven intereses sectoriales que no necesariamente coinciden con los generales.

Esta realidad nos conduce a pensar que estamos ante el derrumbamiento de una de los postulados básicos del realismo político: el concepto del interés nacional y la actuación internacional de los Estados guiados por ese interés. Keohane y Nye, desde 1988, alertaron sobre este controversial asunto dentro de lo que ellos denominaron *interdependencia compleja*; en efecto, “[la] existencia de redes políticas transgubernamentales nos lleva a una interpretación diferente de una de las propuestas corrientes de la política internacional: que

⁴ En opinión de Hugo Fazio, los cambios y las transformaciones que están induciendo los procesos de globalización no se están presentado por igual en los diferentes países, de allí que con frecuencia escuchemos la frase *uneven globalization*. La existencia de diferentes modelos de desarrollo en las naciones industrializadas sugiere que las diferencias nacionales tenderán a acentuarse en lugar de desaparecer, y que sólo los Estados más fuertes y aquellos que hayan logrado proyectar sus propios factores sociales y culturales estarán en mejores condiciones que los más débiles o menos estructurados para adaptarse a esta cambiante dinámica mundial. En efecto vemos cómo en la Europa occidental pueden distinguirse tres modelos económicos en aguda competencia: el llamado capitalismo renano, que prevalece en el mundo germano; el Estado estratega o empresario, propio de Francia, donde el aparato estatal se ha convertido en la instancia que determina los objetivos a largo plazo, desarrolla programas de financiamiento público y apoya a las empresas a través de ayudas y subvenciones; y, por último, el modelo anglo-americano, donde el Estado se limita simplemente a crear las condiciones más favorables para atraer capital extranjero(2001, 142-143).

los Estados actúan en interés propio (...) la ambigüedad del interés nacional suscita serios problemas a los más altos líderes políticos de los gobiernos. Como las burocracias se relacionan directamente por encima de las fronteras nacionales (...) su control centralizado se torna dificultoso” (1988, 53). Por su parte, Archibaldo Lanus comparte la misma óptica cuando afirma que “[el] Estado parece no ser más el intérprete exclusivo del interés nacional, ahora dicha interpretación ha de compartirse con una sociedad más díscola e informada” (1996, 115). Finalmente, Carlos Romero concluye en forma más categórica que “[en] consecuencia hay algo más que el interés nacional, y éste ya no es indivisible” (1997, 12).

Una agenda global compleja y diversa

Uno de los desafíos básicos que deben enfrentar los Estados es el relativo a la esencia y dimensión de muchos de los temas/problemas que han irrumpido recientemente. Existe una doble preocupación a este respecto: son novedosos y no pueden ser resueltos desde una perspectiva eminentemente nacional. Esos temas/problemas son los flujos migratorios, las amenazas medioambientales, el narcotráfico, el terrorismo y determinadas actividades económicas, entre otros. Frente a ellos el Estado se ha vuelto más vulnerable y ha demostrado estar menos dotado para actuar unilateralmente. De aquí que haya surgido la inminente necesidad de buscar la cooperación, bien sea con otros Estados, con organismos internacionales e incluso con agentes privados de carácter transnacional. Según Fazio (2001, 135), esta realidad también ha inducido a que proliferen los “regímenes internacionales”, es decir, la adopción de un conjunto de principios, procedimientos y normas que regulen el comportamiento de los Estados y permitan actuar en conjunto para resolver determinados problemas.

En definitiva, el Estado nacional se ve sometido a una doble presión tanto hacia afuera, viéndose obligado a transnacionalizar su espacio nacional para brindar las condiciones necesarias a las demandas de la globalización y ser centro de atención de grupos económicos transnacionales, como hacia adentro, desde el punto de vista de la articulación de políticas tanto públicas como privadas en ámbitos regionales para luego vincularse directamente con el mercado mundial (Fazio Vengoa, 2001, 137-138).

El Estado como proveedor de bienes públicos

En términos generales, y haciendo referencia a las palabras de Renato Ortiz, podríamos decir que lo que está en juego es el Estado como esa estructura con capacidad para mantener fusionados a los individuos con sus destinos en el marco de un territorio específico (1997, 89). En este mismo orden de ideas, Cerny habla del resquebrajamiento de esa capacidad estatal para crear un nexo psicológico que genere en el ciudadano un sentido de pertenencia con el ente estatal en el cual se ubica (1996, 124-131).

En este mundo transnacionalizado al que asistimos hoy, resulta difícil para los Estados desarrollar estrategias de inserción en el ámbito externo conservando todas sus prerrogativas nacionales, el sistema mundial se apoya en una serie de procesos y procedimientos de alcance global que usurpan funciones que antes estaban en manos del Estado (Fazio, 2001, 141). Sin embargo, para Cerny (1996), la globalización, paradójicamente, al tiempo que promueve procesos que privan al Estado del ejercicio de ciertas funciones básicas asumidas después de la segunda revolución industrial, rescata para el mismo algunas tareas clave; por ejemplo, habla de un “Estado para competir” que trasciende las visiones de un “Estado estratégico” o de un “Estado desarrollista”, es decir, deja a un lado su rol tradicional de promotor de las fuerzas de mercado para asumir un proceso de *marketización* buscando la competitividad en un mundo cada vez más interpenetrado económicamente.

Retomemos, para el análisis de las capacidades del Estado, la clasificación de *bienes públicos* que hace Phillippe Cerny (1996). Este autor habla de tres categorías de bienes públicos: los *regulativos*, los *productivo/distributivos* y los *redistributivos*:

a.- Los bienes *regulativos*, en términos muy generales, hacen referencia a la capacidad normativa de los Estados e incluyen rubros como la provisión de un sistema eficaz de justicia que garantice la validez de los contratos y sancione su incumplimiento; un sistema que regule y proteja el comercio y las actividades económicas y que, al tiempo, permita la implementación de diversos mecanismos (como poderes de emergencia y leyes habilitantes) que conduzcan a contrarrestar fallas del mercado; la eliminación de barreras para la producción y el intercambio nacional; una política monetaria estable y coherente; la estandarización del sistema de pesos y medidas que favorezca y agilice las transacciones comerciales; la protección de la propiedad privada, entre otros.

La desregulación financiera, el creciente impacto de la tecnología y el espionaje industrial transfronterizo son, en opinión de Cerny (1996), algunos de los efectos de la transnacionalización económica que compromete la capacidad de los Estados para proveer este tipo de bienes públicos.

b.- Los bienes *productivo/distributivos* tienen que ver con el grado de involucramiento del Estado en la actividad económica e incluye aspectos como el apoyo diplomático –y militar si fuere necesario– a empresas nacionales que estén operando en el extranjero; la dotación de una infraestructura adecuada; la propiedad total o compartida de ciertas industrias por parte del Estado; la participación directa o indirecta del Estado en el capital financiero, bien sea mediante la posesión directa de bancos o entidades crediticias, o a través de la inversión pública en este tipo de instituciones; el otorgamiento de subsidios estatales, entre otros.

La tendencia mundial, cada vez más extendida, a la privatización es tal vez el ejemplo que mejor ilustra la erosión de la capacidad del Estado para la provisión de algunos de estos bienes *productivo/distributivos*; de igual manera, los programas de ajuste estructural con sus severas medidas condicionantes para el otorgamiento de subsidios estatales es otro ejemplo. En general, se percibe al Estado como estructuralmente inapropiado para cumplir satisfactoriamente esta función.

c.- Los bienes *redistributivos* están asociados a la emergencia de nuevos actores sociales y constituyen un elemento esencial para la sustentación y legitimación del Estado de bienestar, pues consisten en la provisión directa o indirecta de servicios de salud pública, es decir, todo lo que tiene que ver con necesidades básicas de la sociedad tales como agua, luz, alcantarillado y servicio médico-asistenciales; la adopción de políticas de empleo que promuevan al menos el mantenimiento de las magnitudes de desempleo existentes, aunque se espera que sean propiciadas nuevas fuentes de empleo; capacidad empleadora del Estado (en relación con la anterior, pero también con la capacidad normativa del Estado), se espera del Estado la promulgación de una legislación laboral que establezca un mínimo de garantías sociales en el marco de las negociaciones colectivas.

También en este aspecto la capacidad del Estado para la provisión de este tipo de bienes se ha visto mermada, probablemente no tanto desde el punto de vista de la prestación real y efectiva de los servicios públicos como del costo de los mismos para la sociedad, la mayoría de las veces impuesto por presiones externas. Por otro lado, también existen enormes presiones internacionales para evitar la adopción de una legislación laboral muy flexible o un contrato colectivo altamente comprometedor para la empresa. Los llamados “fondos de bienestar” (gasto social) no han podido ser reducidos significativamente; tanto los gobiernos de países industrializados como los de aquellos en vías de desarrollo han tenido que enfrentar severas resistencias a los intentos por reducir la inversión social⁵.

El Estado y los nuevos circuitos de poder en la escena global

En las líneas precedentes hicimos algunas reflexiones en torno de varios de los desafíos que debe enfrentar el Estado en este mundo transnacionaliza-

⁵ Una de las fórmulas adoptadas para contrarrestar el enorme peso que representa el gasto social para los gobiernos centrales ha sido la descentralización administrativa; de esta forma, las entidades subnacionales asumen los costos del mantenimiento de los servicios públicos en lo que Bukowski (1998, 9) denomina *off-loading and blame shifting*, una suerte de proceso de “descarga y relocalización de culpa”. No es mera casualidad, entonces, que los procesos de descentralización administrativa a escala mundial hayan venido de la mano de las presiones internacionales a favor del incremento de los servicios públicos.

do, asimismo hicimos una breve evaluación de la magnitud y el alcance en que las capacidades o funciones tradicionalmente ejercidas por los Estados se están viendo constreñidas por presiones tanto de la propia sociedad civil como del entorno mundial. En esta parte, asumiendo la existencia de una gran diversidad de nuevos actores, examinaremos la forma de relacionamiento coprotagónico que tendría que asumir el Estado-nación para reajustarse a las nuevas relaciones de poder que están configurándose. Para ello podríamos partir de algunas interrogantes tales como: ¿es posible imaginar la real sustitución del Estado por las fuerzas de mercado?, ¿reemplazarán al Estado, en el desempeño de ciertas funciones, esos nuevos “circuitos de poder” que emanan de la sociedad civil transnacionalmente organizada?

La dinámica de la globalización, sin duda alguna, impone al Estado la exploración y el desarrollo, como acertadamente escribe Fazio (2001, 139), de “nuevas formas y orientaciones de diplomacia, principalmente con relación a las empresas multinacionales”. Ello es así en virtud del novedoso marco de relaciones que se teje entre los actores a partir de la transnacionalización:

- Por un lado, las conexiones empresa-empresa se han intensificado promoviendo la ampliación del comercio intrafirmas, las alianzas y las fusiones; Henríquez (1999, 67) escribe al respecto: “[una] tendencia marcada, incesante, en la dirección señalada es el proceso de alianzas estratégicas y de fusiones que tienen lugar entre las grandes corporaciones multinacionales. Prácticamente en todas las ramas de actividad, entre corporaciones de un mismo país o de países distintos, están emergiendo empresas que controlan facciones mayoritarias del mercado mundial. Los casos son incontables”.
- Por otro lado, las relaciones Estado-empresa han tenido un gran auge y el Estado se prepara para competir diseñando políticas atractivas a la inversión extranjera con el propósito de impulsar el vínculo entre competitividad y productividad⁶.

Es perfectamente razonable entonces concluir que el Estado no solamente no será reemplazado por las fuerzas del mercado, ni mantendrá, como fuera

⁶ Vale la pena aclarar que sigue existiendo un ámbito en el que se conservan las relaciones Estado-Estado y éste es el de la soberanía comercial; pero esta realidad, que denota la subsistencia de una tendencia al relacionamiento bilateral, no excluye que en forma simultánea se estén produciendo otras formas de interconexión. En pocas palabras, en oposición a lo que parece inferirse de las palabras de Henríquez (1999,63), la subsistencia de un bilateralismo, en los ámbitos económico y político esencialmente, no es una tendencia excluyente del “multilateralismo” ni es tampoco la negación de la globalización. Es precisamente la comprensión de ese carácter dialéctico de los procesos de globalización lo que nos permite entender que subsistan tendencias que dentro de una interpretación simplista de la magnitud de los cambios pudieran parecer excluyentes.

característico de décadas pasadas, tensas relaciones con ellas, sino que es capaz de establecer asociaciones estratégicas con empresas transnacionales para asumir el reto de la competitividad que impone la economía globalizada. Esta novedosa situación se ve favorecida por las siguientes circunstancias:

- Desde una perspectiva política, los regímenes populistas y de concertación de élites han colapsado. La fórmula gestionaria, cuyos orígenes se remontan a la década de los 30, resulta, en la actual coyuntura, absolutamente insuficiente para atender la multiplicidad y diversidad de demandas sociales.
- Los nacionalismos que están emergiendo tienen una connotación radicalmente diferente de la que los caracterizó durante los años 60 y 70, hoy en día son más bien de carácter religioso y étnico que político y económico.
- Las empresas multinacionales no logran tener una concepción global de cómo conducir la economía mundial, por ello se ven en la necesidad de reconocer al Estado como un interlocutor válido e importante con capacidad de incidir, por lo demás, en la configuración mundial. Las empresas transnacionales también se ven afectadas por las dinámicas fragmentativas, así lo señala Rosenau (1995, 28), y por lo tanto prefieren modificar el patrón de alta conflictividad que mantuvieron en el pasado con varios Estados a fin de obtener mayores beneficios.
- Dentro de las funciones residuales de las que habla Cerny se encuentra la capacidad normativa. Son las instancias de poder público las que promulgan, sancionan y ejecutan las leyes que regulan las actividades económicas, al menos dentro de lo que se concibe como límites geográficos. Pero además el Estado se preserva la capacidad de diseñar los mecanismos de asignación y negociación, mecanismos que las empresas transnacionales requieren para su funcionamiento.

Vale la pena hacer aquí un breve comentario para señalar que el Estado, además de ejercer funciones normativas y de diseño de mecanismos de asignación y negociación en lo que a su relación con las empresas transnacionales se refiere, también posee aún el control sobre los recursos militares y se preserva el derecho de utilizar la fuerza en casos de legítima defensa, amparado en las normas convencionales del derecho internacional⁷. Aunque la utilización

⁷ Muy a propósito de los acontecimientos que sacudieron al mundo el 11 de septiembre de 2001, cuando Estados Unidos fue sorprendido por un ataque terrorista que destruyó estructuras emblemáticas de su poderío económico, se constituyó una gran alianza a favor de la lucha contra el terrorismo que estuvo conformada tanto por países occidentales como por países del Medio Oriente. Los días inmediatamente siguientes, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas dio el visto bueno a cualquier acción militar

del recurso militar no se ha hecho con la frecuencia que en décadas pasadas, en términos generales persigue otros objetivos más universales como lo es la conformación de las denominadas “fuerzas de paz” que persiguen más el mantenimiento de la paz, en escenarios de conflicto, y la ayuda humanitaria, que el ataque indiscriminado en contra de algún Estado en particular.

Apartándonos de este breve comentario podríamos resumir que el nuevo patrón de relaciones empresa-Estado está imbuido en un proceso de retroalimentación, y que por lo tanto es imposible pensar que sean mutuamente excluyentes como actores globales.

Nos queda aún por descifrar si es posible construir un nuevo patrón de relaciones con los actores privados que se organizan en redes transnacionales a través de las fronteras de los Estados; volviendo con las interrogantes, ¿qué podríamos decir, por ejemplo, de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) como uno de los componentes de esos nuevos circuitos de poder a los que hacía referencia Cerny?, ¿terminarán estos grupos teniendo una gran incidencia en la configuración del sistema mundial en virtud de que atienden necesidades transnacionales que los gobiernos nacionales o las empresas transnacionales no pueden satisfacer?

Peter Wahl (1997) hace un interesante análisis sobre la presunta fuerza y relevancia que han adquirido estos actores, al punto de considerarlos los actores más sobrevalorados del momento, aun a riesgo de caer en provocaciones como él mismo señala⁸. De las aseveraciones de Wahl pueden extraerse dos argumentos que confirman tanto el papel que aún conserva el Estado-nación en el escenario global y el rol que desempeña, como el hecho de que, al menos a mediano plazo, no ha surgido todavía una entidad que pueda sustituirlo rasamente ejerciendo las funciones que aún ejerce, aunque las ONG hayan adquirido la notoriedad e influencia en la opinión pública mundial que ostentan

que emprendiese Estados Unidos amparado en el artículo 51 de la Carta constitutiva de dicha organización que prevé el derecho a la legítima defensa.

⁸ No consideramos que constituya propiamente una exageración la afirmación hecha por Peter Wahl respecto a la sobrevaloración de las ONG, si consideramos, por ejemplo, que en la actualidad existen más de 10.000 organizaciones de este tipo en pleno funcionamiento y que para la llamada Cumbre de la Tierra, celebrada en Río de Janeiro en 1992, donde se analizaron problemas de carácter ambiental y del desarrollo, asistieron más de 25.000 representantes de ONG que abogaban a favor de los grupos ambientalistas, de los pueblos indígenas, de la mujer, de los cuerpos científicos, de las asociaciones comerciales e industriales y de otros grupos o sectores interesados. Algo similar ocurrió en la Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing en 1995, bajo los auspicios de la ONU, en la que se hicieron presentes más de 30.000 delegadas de diversas organizaciones feministas del mundo (Pearson y Rochester, 2000, 239 y 338).

abiertamente y eso las convierta en un factor político relevante (Wahl, 1997, 43)⁹. Estos argumentos son:

- Una parte considerable de los recursos que manejan las ONG responden a la benevolencia de los Estados¹⁰. La toma de conciencia por parte de muchos Estados nacionales de sus propias limitaciones los ha conducido a conceder un generoso respaldo político y financiero a estas organizaciones transnacionales para que lleven a cabo su trabajo intercesor o intermediario. Sin embargo, si las circunstancias cambian también podría cambiar la suerte de las ONG, de manera tal que su fortaleza puede convertirse en una debilidad en el mediano término.
- La emergencia inusitada y fuerte de las ONG responde a cierto vacío de poder y debilidad institucional de los Estados para dar respuesta a determinadas demandas de sus sociedades nacionales. Ese vacío ha sido hábilmente ocupado por las ONG. Nada obsta para que esta coyuntura, inversamente proporcional de expansión de las ONG en aparente detrimento de los Estados, se revierta una vez que los propios Estados sean redefinidos o redimensionados.

Así las cosas, podríamos afirmar que la relación Estado-ONG –como ocurre en el caso de las empresas transnacionales– posee una naturaleza simbiótica y de retroalimentación. En todo caso, sería recomendable que las instancias de decisión política de aquellos Estados donde estas organizaciones transnacionales tengan su *locus* físico de funcionamiento no las perciban como una amenaza. Una actitud más proactiva de parte de esos gobiernos sería mirar a estas unidades del mundo multicéntrico, del que habla Rosenau, como aliados potenciales que pueden proporcionar, como de hecho ya lo hacen, da-

⁹ Podemos observar cómo recientemente se han puesto en boga las protestas protagonizadas por ONG antiglobalización, en el marco de reuniones o cumbres que congregan a un número considerable de países o al menos que agrupan a países con un peso específico en la escena mundial. La manifestación que tal vez llamó más la atención de los medios informativos mundiales, por las escenas de violencia de las que fuimos testigos, fue la realizada en Génova, Italia, a propósito de la reunión del Grupo de los Siete (realmente son ocho con la incorporación reciente de Rusia). Lo paradójico de estas protestas contra la globalización es que ellas son posibles gracias a uno de los procesos de la globalización precisamente, cual es la revolución y expansión de las comunicaciones; es este manejo globalizado de la información y las facilidades para el acceso a la red lo que les permitió la coordinación de las actividades que llevaron a cabo.

¹⁰ En efecto, como señalan Pearson y Rochester (2000, 337), “[e]n muchos casos, los gobiernos mismos han patrocinado la creación de ONG, especialmente aquellas relacionadas con los intercambios culturales”. Esto último queda también confirmado con los datos que aporta Wahl (1997, 44) en el sentido de que, en 1996, los republicanos introdujeron un proyecto de ley al Congreso de Estados Unidos (la Stook Amendment) que fijaba un tope a los subsidios que el gobierno estadounidense confiere a las ONG.

tos e información sobre las necesidades inminentes de las poblaciones locales, y al mismo tiempo impresiones y opiniones sobre los efectos que pudiera tener la adopción de ciertas iniciativas y políticas por parte de los gobiernos. Un elemento a favor de un cambio de postura o actitud de ciertos gobiernos nacionales en relación con las ONG pudiera ser el tener conocimiento del *status* especial de carácter consultivo que muchas organizaciones intergubernamentales, de alcance tanto regional como global (la ONU, por ejemplo) les han concedido; esta nueva condición, como lo reseñan Pearson y Rochester (2000, 338), “les permite tener una cierta participación en el proceso de tomas decisiones de estas últimas. A cientos de ONG se les permite una participación directa en las actividades de varias agencias de las Naciones Unidas, compartiendo información y adelantando propuestas como parte de una red de esfuerzos intergubernamentales y no gubernamentales”. A fin de cuentas, son los mismos Estados nacionales, como miembros de estas organizaciones intergubernamentales, los que les han conferido ese *status*, aunque por supuesto en un marco institucional diferente al de sus contextos nacionales. La ONU, en particular, ha venido aproximándose a esta nueva visión del multilateralismo, de la que hablaremos más adelante, aunque con muchas restricciones todavía; por ejemplo, realiza periódicamente sesiones de información con organizaciones de carácter humanitario como Médicos Sin Fronteras y el comité de la Cruz Roja Internacional. Tal vez el área en la cual existe una mayor apertura en este sentido sea la de los derechos humanos.

En definitiva, el hecho empíricamente constatable, por lo demás, de que hayan emergido varios “circuitos de poder” (Cerny, 1996) o que proliferen “nuevas estructuras de autoridad” (Williams, 1996), no se traduce en la desaparición del Estado-nación como actor esencial del nuevo patrón de relaciones de poder que está configurándose; lo que sí es cierto es que esa diversidad y multiplicidad de nuevos actores plantea para la estructura estatal el reto de su manejo y forma de relacionamiento.

Hacia dónde encaminan al Estado-nación los procesos de globalización

De cara al rescate y preservación de su importancia y del papel que le toca desempeñar en la escena internacional, y con miras a reivindicar su capacidad para mantener fusionados a los individuos con sus destinos en un ámbito territorial determinado, el Estado tendrá que hacer frente a uno de los retos más difíciles: una agenda global compleja y diversa y un reparto de actores nuevos con ascendente influencia en los asuntos mundiales.

La agenda global se ha redimensionado tanto cuantitativa como cualitativamente, no sólo han emergido nuevos temas/problemas sino que los ya existentes se han visto igualmente afectados por la transnacionalización y la interdependencia, dejando, por lo tanto, al descubierto la incapacidad de los Estados para actuar unilateralmente en la búsqueda de soluciones a los mismos. Para Rojas Aravena (2000), el abordaje de esos temas-problemas obliga a la

coordinación de políticas entre los distintos actores. La asociación para la cooperación aparece como una alternativa fundamental, sin embargo advierte sobre la necesidad de superar las deficiencias que en estos momentos prevalecen en los escenarios multilaterales.

En este mismo orden de ideas, Fazio Vengoa escribe:

Estos macroproblemas han aumentado la vulnerabilidad de los Estados (...) y han demostrado que se está menos dotado para actuar aisladamente en el plano externo. De ahí ha nacido la necesidad de suscribir acuerdos de cooperación con otros Estados, con organismos multilaterales y también con agentes privados. El Estado, por sí mismo, ya no puede desarrollar políticas con éxito si no cuenta con el concurso de un número importante de otros actores que tengan preocupaciones similares. Esta realidad también induce a la proliferación de "regímenes internacionales" o sea, la adopción de un conjunto de principios, procedimientos y normas para regular comportamientos y resolver conjuntamente determinados problemas (2001, 135, *sic*).

La constitución de regímenes internacionales no es algo novedoso, por cierto. La Sociedad Internacional, ahora con nexos transnacionales, ha venido atravesando un proceso de institucionalización bien interesante después de finalizada la Segunda Guerra Mundial; de esta forma se fueron paulatinamente aceptando como universales ciertos valores -éticamente hablando- cuya institucionalización tuvo como resultado la conformación de regímenes internacionales sobre cuestiones específicas los cuales encontraron funcionalidad operativa a través de Organizaciones Internacionales, tales fueron los casos, por citar algunos ejemplos, de la Organización Mundial de la Salud, de la de Aviación Civil Internacional o de la Meteorológica Mundial, entre otros.

En la actualidad dicho proceso de institucionalización ha venido avanzando con cierta rapidez, proceso que, en opinión de Njaim (1998), tiene que ver con la influencia cada vez mayor de *consideraciones éticas* en las relaciones internacionales, entendiéndose por ello que las actuaciones de los Estados y los argumentos que los mueven parecen basarse más bien en valores aceptados como absolutos e incondicionados que en filosofías puramente utilitaristas. La preocupación global por el tema de los derechos humanos parece ser un buen ejemplo de ello. Dichas consideraciones éticas dan y darán fuerza a la institucionalización (a escala mundial o regional, dependiendo de si el régimen es amplio o parcial) de esos valores universalmente aceptados.

Para Pearson y Rochester (2000, 238) en años recientes la diplomacia multilateral ha ganado mucho terreno a la diplomacia bilateral y mucha importancia en virtud de las actuales circunstancias; ellos circunscriben ese auge a tres razones básicas: 1) la existencia de muchos problemas que en sí no se prestan para soluciones puramente bilaterales, 2) la proliferación de organizaciones intergubernamentales, y 3) la existencia de países menos desarrollados

que han venido a depender de las Naciones Unidas y de otros foros de carácter multilateral para la mayor parte de sus contactos en la diplomacia oficial.

Si asumimos que para el fortalecimiento de los Estados debe promoverse una mayor cooperación con miras a capacitarlos para hacer frente, de manera conjunta, a los temas/problemas que han adquirido una dimensión global tanto en su alcance como en sus efectos, debemos apuntar hacia el fortalecimiento del multilateralismo, sea en su forma institucionalizada (organizaciones internacionales) o a través de los variados escenarios multilaterales que se han configurado recientemente (lo que se ha dado en llamar “diplomacia de cumbres”)¹¹. Sin embargo, debemos detenernos en la naturaleza de multilateralismo o de solución multilateral que proponemos para los Estados. Para Robert Cox (1997) el multilateralismo ha estado siempre asociado al sistema de Estados al punto de erigir una infranqueable barrera teórica entre el multilateralismo estadocéntrico y la sociedad internacional sobre la que éste descansa. Dicha infranqueable barrera es la soberanía; esta categoría jurídica, entendida como el poder de decisión supremo y absoluto, debe ser revisada a la luz de las nuevas realidades internacionales, transnacionales y globales.

El fortalecimiento del multilateralismo implica necesariamente deslastrarlo de las deficiencias que hasta ahora ha mantenido; se traduce en la trascendencia de los límites estatales autoimpuestos. Su transformación no solamente habrá de abarcar la democratización de sus procesos decisionales, sobre lo cual se ha escrito bastante (Fisas, 1995; Scholte, 1997, entre otros), sino también habrá de comprender la participación progresiva de los nuevos actores transnacionales que ejercen un grado de influencia considerable en la política mundial.

El fortalecimiento del multilateralismo, como foro para la concertación de políticas globales, también habrá de traducirse en la transferencia de potestades desde el ámbito soberano nacional al ámbito subregional o global¹². Esta tarea no será fácil, en opinión de Rojas Aravena (2000, 22),

... llevará tiempo y requerirá de un esfuerzo político sostenido, acorde con el creciente proceso de internacionalización. El objetivo esencial en la construcción de ese “orden” y de su institucionalidad respectiva es generar capacidades de gobernabilidad y de certidumbre en áreas particulares. Ningún Estado, ni siquiera los más débiles, está por resignar, sin compensaciones, sus capacidades de decisión

¹¹ Para la revisión y profundización del tema “diplomacia de cumbres” recomendamos el texto de Francisco Rojas Aravena citado en la bibliografía.

¹² La transferencia de poderes a la que se alude no debe confundirse con la asignación de mayores recursos económicos a las organizaciones internacionales, si bien la no- consignación de las cuotas anuales correspondientes por parte de los Estados miembros es una de las grandes deficiencias y problemas por los que atraviesa este tipo de organizaciones, la referencia tiene que ver más bien con el otorgamiento de recursos políticos.

soberana. Aunque, por otra parte, todos –incluidos los más poderosos– reconocen la necesidad de concordar y articular políticas, lo que se expresará en normas y regímenes internacionales vinculantes, en la constitución de bienes públicos internacionales.

Esa transferencia de potestades de las que nos habla Rojas Aravena, que no es otra cosa que la cesión de soberanía, es en la actualidad limitada y reducida. La configuración de un nuevo orden mundial, aún en transición, sólo podrá encaminarse hacia un rumbo más claro, pacífico y simétrico si los gobiernos de los Estados nacionales promueven la adopción de una concepción más flexible de ese supuesto poder supremo y absoluto que poseen, una concepción que los coloque más bien a favor de la prosecución y provisión de ciertos bienes públicos internacionales y globales.

En efecto, la teoría moderna de la soberanía se ve sacudida cuando es enfrentada a los cambios en la percepción dimensional del tiempo y el espacio, por cuanto se rompe con el convencional criterio de territorialidad; otro tanto ocurre de cara al desdibujamiento de la distinción entre lo interno y lo externo, entre lo doméstico y lo global.

Holm y Sorensen (1995, 195-198) elaboran una propuesta de flexibilización del concepto de soberanía y nos inducen a una reflexión en torno de la misma. Estos autores parten de la revisión del concepto y logran su ampliación mediante la formulación de tres categorías de soberanía: negativa, positiva y operacional.

a.- Soberanía *negativa*: se refiere al aspecto jurídico o formal de la estatalidad. Se asume como el poder supremo sobre un territorio dado; desde este punto de vista, la soberanía se entiende como una condición absoluta, se tiene o no se tiene. Tradicionalmente se ha traducido en el reconocimiento por parte de la comunidad internacional. Muchos países, originariamente colonias que luego de la Segunda Guerra Mundial se embarcan en esa tendencia nacionalista que recorrió el mundo, son “acreedores” de esta forma de soberanía, independientemente de sus capacidades reales como Estados.

b.- Soberanía *positiva*: a diferencia de la anterior, es una variable, no una condición. En el ámbito doméstico se asume como la capacidad de un Estado para proveer de bienes sustanciales a sus ciudadanos; en el plano externo, como la capacidad de actuar frente a otros Estados. El actuar y no el simplemente reaccionar, el ejercer poder y no solamente el tenerlo, es lo que distingue la soberanía positiva de la negativa.

c.- Soberanía *operacional*: es la nueva dimensión que proponen Holm y Sorensen y que debe ser entendida dentro de las transformaciones que acompañan a los procesos de globalización. Pretenden explicar una situación en la

cual los Estados escogen *voluntariamente* limitar su libertad legal de acción dentro de un proceso de negociación con otros actores.

Con este novedoso enfoque, la soberanía, concepto estrechamente vinculado al Estado, no desaparece, no se vuelve obsoleto, se refuerza y refuerza las capacidades del Estado. La flexibilización de dicho concepto nos permite entender la soberanía en los mismos términos que los planteados por Rosenau (1997), como “atrapada en un interminable proceso de construcción”; en pocas palabras, la soberanía debe ser entendida como un *continuum*. Esta palabra, *continuum*, de origen latino, es crucial en la elaboración teórica del concepto de soberanía que propone Rosenau; este término nos conecta inmediatamente con la idea de movimiento, por cuanto una definición simple del mismo nos la refiere como un “conjunto de elementos tales que puede pasarse de uno a otro de manera continua” (Diccionario Larousse Ilustrado, 1998). Ese movimiento en el que piensa Rosenau cuando habla de continuum sólo es posible mediante un cambio *actitudinal* de los Estados, o sea, un cambio de actitud que vaya desde percibir que las intervenciones humanitarias, por ejemplo, ocurren “por la conveniencia de los Estados” hasta el extremo en que se acepten tales intervenciones porque “los Estados están obligados a participar”. De esta forma podríamos comprender que las capacidades y el poder, en general, de los Estados transitan dinámicamente entre la convicción de que deben participar en, y/o de, la coordinación de políticas globales, al menos en ciertas áreas específicas, y la actuación unilateral o el compromiso de actuar frente a otros actores y/o problemas de carácter global.

Así, pues, en ciertas áreas específicas, los Estados obtendrán mayores beneficios actuando en forma conjunta, coordinada a través de una instancia multilateral, que haciéndolo unilateralmente. La dinámica relación de trabajo que se ha establecido entre las Cumbres de las Américas y la Organización de Estados Americanos (OEA) es una clara demostración de la necesidad de coordinar las decisiones tomadas conjuntamente a través de una instancia multilateral.

Algunas reflexiones finales

El hecho de que los Estados estén hoy en día más expuestos a la influencia del entorno externo para la definición de políticas nacionales, en virtud de la porosidad de las fronteras y el desdibujamiento de la distinción interno/externo, no debe traducirse en culpar a los procesos de globalización por todos los problemas por los que atraviesan.

No obstante las transformaciones que están produciéndose tras el fin de la confrontación intersistémica, el Estado sigue subsistiendo y conservando su natural relación política: en su seno la sociedad se organiza y se expresa, se corrigen ciertas disfuncionalidades económicas y se estimula el capitalismo. A pesar de que se ha producido una revolución en las capacidades de los indivi-

duos —a nivel cognitivo, analítico y emocional—, y que, por ende, está acen- tuándose una marcada tendencia a la relocalización de la autoridad, como lo sostiene Rosenau (1995), el Estado-nación sigue siendo, sobre todo, la orga- nización que, en definitiva, provee las condiciones básicas para la existencia social.

Los procesos de globalización no están minando al Estado sino transfor- mando algunas de sus funciones, éste preserva aún ciertas capacidades cuyo ejercicio le permite crear y mejorar las condiciones para la competitividad in- ternacional.

El mundo aún no parece dirigirse hacia una globalización absoluta. Existen muchas resistencias para ello y una clara demostración de esto es la amplia difusión del regionalismo a escala mundial. La integración regional, señala Fa- zio Vengoa (2001, 159), representa un área idónea para las negociaciones multilaterales y es lo suficientemente amplia como para permitir ganancias en el comercio y en las economías de escala.

Las resistencias también se reflejan respecto a que el mercado, es decir, las fuerzas económicas transnacionales, pueda conducir a un mundo ideal y beneficioso para todos; el resurgimiento de la socialdemocracia en muchos de los países de la Europa occidental, tras los últimos procesos electorales, nos conduce a pensar que se reforzará la tendencia a sensibilizar los modelos económicos y las políticas de ajuste estructural tornándolos más justos so- cialmente.

Reconocer la actual estructura de actores en la escena global es aceptar que, además de las empresas transnacionales, existe una emergente y cada vez más influyente sociedad civil transnacional con diversas formas, pesos e intereses temáticos; ello nos permitiría tener una comprensión más real y justa del mundo y nos encaminaría hacia la construcción de un multilateralismo más cooperativo, entendiendo al mismo tiempo que el avanzar en la cooperación no nos alejará de la existencia siempre gravitante de conflictos, pero al menos facilitará la ubicación y determinación de ciertos intereses superiores.

La construcción de un multilateralismo cooperativo a partir del reconoci- miento y la promoción de valores compartidos, que conduzca a la definición, prosecución y provisión de ciertos bienes públicos globales parece ser la prin- cipal tarea a emprender en este siglo XXI; y en el desempeño de esa tarea los Estados pasan a convertirse en piezas clave de este engranaje mundial al convertirse en instancias por excelencia para la negociación de dicho multilate- ralismo y la consiguiente constitución de regímenes internacionales. Es por lo tanto fundamental que los gobiernos de los Estados asuman una visión más comprensiva de la nueva diplomacia y las formas de relacionamiento que de- ben acometer, a fin de minimizar el impacto que los procesos de globalización traen consigo.

Entender, por ejemplo, que la soberanía y la autonomía de un Estado estarán en función de un determinado comportamiento externo –más flexible, adaptable y cooperativo– acorde con las exigencias del mundo de hoy, y no en función de la concentración (¿suprema?) del poder o de la adopción de posturas conflictivas o rupturistas, podría ser un primer paso.

Aceptar, por último, que la soberanía no es un concepto estático, o una mera categoría jurídica, y que ceder cuotas de autoridad –o transferir potestades, en palabras de Rojas Aravena– a instancias multilaterales fortalece, aunque pueda resultar paradójico, la soberanía estatal, por cuanto se está *soberanamente* adoptando esa decisión, es afianzar el poder de los Estados.

Bibliografía

- Bernal-Meza, Raúl (1996): “La globalización: ¿un proceso o una ideología?” en *Integración Solidaria*, Caracas, Instituto de Altos Estudios de América Latina, pp.19-37.
- Bukowski, Jeanie (1998): “The Distribution of Supra-State and Sub-State Authority in The European Union, a Reciprocal Process of Community Building?”, ponencia presentada en el encuentro anual de la International Studies Association (ISA), Minneapolis, marzo 17-21.
- Cerny, Philip (1996): “What Next for The State” en Eleonor Kofman y Gilian Youngs (eds.), *Globalization: Theory and Practice*, Nueva York, Pinter, pp.123-137.
- Cox, Robert (1995): “Structural Issues of Global Governance: Implications for Europe” en Stephen Gill (ed.), *Gramsci and Historical Materialism and International Relations*, Londres, Cambridge University Press.
- Cox, Robert (1997): “An Alternative Approach to Multilateralism for the Twenty-First Century” en *Global Governance, A Review of Multilateralism and International Organization*, vol. 3, n° 1, (enero-abril), s/p.
- De Rivero, Oswaldo (1994): “La ilusión del Estado-nación”, *Análisis Internacional*, n° 5, (enero-marzo), pp. 35-57.
- Fazio Vengoa, Hugo (2001): *Globalización: discursos, imaginarios y realidades*, Bogotá, Universidad de los Andes-Iepri.
- Fisas, Vicenc (1995): “Naciones Unidas y la gobernabilidad de un mundo en crisis”, *Estudios Internacionales*, vol. 6, n° 11, año 6, (enero-junio), pp. 106-115.
- Gonzalo, Marisol de (1996): “Globalismo y globalización, concepto y proceso en las relaciones Estado-sociedad” en Graciela García-Pelayo y Humberto Njaim (eds.), *Lo público y lo privado: redefinición de los ámbitos del Estado y la sociedad*, Caracas, Fundación Manuel García-Pelayo, pp. 253-298.
- Guéhenno, Jean-Marie (1999): *L'avenir de la liberté. La démocratie dans la mondialisation*, París, Flammarion.
- Henríquez, César (1999): “¿Es global y equitativa la globalización?”, *Revista de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 5, n° 1, (enero-marzo), pp. 59-88.
- Holm, Hans-Henrik y Georg Sorensen (eds.) (1995): *Whose World Order? Uneven Globalization and the End of the Cold War*, Boulder, Colorado, Westview Press.

- Keohane, Robert y Joseph Nye (1988): *Poder e Interdependencia*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- Lanús, Archibaldo (1996): "El Estado-nación frente a la globalización", *Archivos del Presente*, n° 5, Año 2, pp. 107-118.
- Mann, Michael (1999): "El futuro global del Estado", *Análisis Político*, n° 38, sept-dic.
- Mato, Daniel (2001): "Desfitchizar la globalización: basta de reduccionismo, apologías y demonizaciones, mostrar la complejidad y la práctica de los actores" en Daniel Mato (comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*, Unesco-Clacso.
- Njaim, Humberto (1998): "El papel de la Organización de Estados Americanos y Venezuela en la formación de un régimen internacional contra la corrupción" en *La Organización de Estados Americanos y sus retos*, Serie de Investigaciones n° 5, Instituto de Altos Estudios Diplomáticos "Pedro Gual", Ministerio de Relaciones Exteriores, Caracas, 2000.
- Ortiz, Renato (1997): "Notas sobre la mundialización y la cuestión nacional", *Nueva Sociedad*, n° 149, (mayo-junio), pp. 88-99.
- Petrash, Vilma y Eira Ramos (coords.) (1998): *Cambio, contradicción y complejidad en la política internacional de fin de siglo*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Rojas Aravena, Francisco (2000): "Rol y evaluación de la diplomacia de cumbres, construyendo el multilateralismo cooperativo" en Francisco Rojas Aravena (ed.), *Multilateralismo, perspectivas latinoamericanas*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Romero, Carlos (1998): *La descentralización política y la política exterior*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.
- Rosenau, James (1990): *Turbulence in World Politics. A Theory of Change and Continuity*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Rosenau, James (1997): *Along the Domestic-Foreign Frontier*, Cambridge University Press.
- Rosenau, James y Mary Durfee (1995): *Thinking Theory Thoroughly. Coherent Approaches to an Incoherent World*, Boulder, Colorado Westview Press.
- Scholte, Jan Aart (1997): "Global Capitalism and the State", *International Affairs*, vol. 73, n° 3, (julio), pp. 427-452.
- Wahl, Peter (1997): "Tendencias globales y sociedad civil internacional", *Nueva Sociedad*, n° 149, (mayo-junio), pp. 42-50.
- Williams, Marc (1996): "Rethinking Sovereignty" en Eleonor Kofmann y Gilian Youngs, (eds.), *Globalization: Theory and Practice*, New York, Pinter, pp. 109-122.

LA CENTRALIDAD DEL ESTADO EN LA MUNDIALIZACIÓN

Jaime Osorio

Introducción

El debate central en torno del Estado y su relación con la mundialización¹ no se refiere a negar que aquél ha sufrido y sigue siendo objeto de una serie de transformaciones. El problema radica en determinar el carácter y sentido de esos cambios, los actores que los propician y sus repercusiones.

En los discursos predominantes sobre la globalización, así como en aquellos que enfatizan en la creciente complejidad de las sociedades modernas (o posmodernas) predomina –si bien con argumentaciones variadas– un denominador común: la idea de una creciente pérdida de centralidad del Estado en la definición de los principales problemas que afectan a las nuevas sociedades capitalistas que se conforman en los albores del siglo xxi. Este proceso se manifestaría en pérdidas de soberanía de los Estados en general y de nuevos actores en el escenario mundial, que los rebasarían, dejándolos en situación de indefensión.

En las páginas que siguen pondremos en discusión estos supuestos para mostrar, por el contrario, el papel fundamental que el Estado juega tanto en los procesos económicos y políticos de las sociedades latinoamericanas en este período histórico en particular, así como, más en general, en los cambios que acontecen en el sistema mundial, sintetizados en el concepto de mundialización².

¹ Preferimos utilizar la noción de mundialización por sobre la de globalización, ya que esta última tiende a enfatizar en los procesos de homogeneización del mundo (por ejemplo, la llamada mac-donalización o el modelo estadounidense de consumo), relegando el elemento central, la manutención o profundización de la heterogeneidad entre economías y regiones en términos económicos y políticos, proceso que arranca desde el campo productivo y financiero. Para los críticos de la noción de mundialización, el capital tiene una vocación mundial desde sus orígenes. Sin embargo, esa vocación se realiza bajo formas y modalidades diversas en distintas etapas y momentos, lo que no sólo permite sino que reclama su periodización. La bibliografía sobre estos temas es demasiado extensa (ver, entre otros, Vidal-Villa, 1993, y De Martínez Peinado, 1999).

² La lectura del ensayo de James Petras (2001) “Centralidad del Estado en el mundo actual” fue un fuerte aliciente para la elaboración de este trabajo.

La exposición la dividiremos en cuatro puntos. Los tres primeros están referidos en particular a la situación latinoamericana, y se busca imbricar los elementos políticos referidos al tema del poder político y la hegemonía con las respuestas económicas estatales. En el punto uno se busca mostrar que el llamado Estado desarrollista, populista o benefactor fue la respuesta adecuada a las exigencias económicas y políticas que el momento histórico reclamaba a los sectores dominantes, por lo que su análisis debe hacerse en ese contexto. En el punto dos se inicia la revisión de las reformas estatales acaecidas en los últimos 30 años, las que van de la mano con el tránsito hacia un nuevo modelo económico, el de una nueva economía exportadora, enfatizándose en los cambios en la conformación del bloque en el poder así como en la hegemonía estatal. En el punto tres se pone de manifiesto el papel central del Estado latinoamericano en el logro de las readecuaciones económicas y políticas de las sociedades latinoamericanas que reclaman el nuevo modelo económico y la mundialización.

Es en el cuarto punto donde el análisis se realiza desde la perspectiva que ofrece el sistema mundial capitalista, poniéndose en discusión la novedad y el sentido de la pérdida de soberanía de los Estados de las regiones dependientes. Aquí se busca mostrar que más allá de aspectos aparienciales, el Estado de las regiones y naciones centrales juega un papel clave en el quehacer y sentido de las acciones de los nuevos actores económicos internacionales, que parecen dejar al Estado en una situación subordinada.

En las conclusiones se retoma la visión desde el sistema mundial para poner de manifiesto que el actual curso de la mundialización reclama grados diferenciados de soberanía estatal, y que más que debilitarse la perspectiva de centros, semiperiferias y periferias, esta distinción se hace más fuerte, constituyéndose en un rico basamento para comprender las heterogeneidades que la mundialización recrea actualmente en la economía mundial.

El Estado desarrollista y los problemas de su época

En la noción Estado se imbrican una serie de concepciones y problemas que muchas veces hacen difícil la comunicación y el debate³. Aquí enfatizaremos en la dimensión política de su análisis. Cuando hablamos de Estado ¿a qué nos referimos exactamente?

³ Sólo a modo de ejemplo, indiquemos que se lo puede concebir como el reino de la razón o bien de la fuerza, como centro de intereses sociales generales o bien de grupos, clases o fracciones particulares. También se puede enfatizar en la visión política o en la técnico-administrativa. En cada caso se conducirá a análisis diferentes. Una síntesis de las primeras posiciones puede verse en Fernández Santillán (1996). De la segunda puede verse Kliksberg (1994).

Existen tres aspectos que para los fines de este análisis interesa destacar. Hablamos de Estado para referirnos a una condensación de relaciones sociales de dominio específicas que cristalizan en poder político. El Estado es el centro del poder político en tanto capacidad de determinados intereses sociales (clases, fracciones y sectores) de llevar adelante sus proyectos. A esta dimensión la denominamos el Estado “invisible” ya que es su cara oculta, la que no se manifiesta de manera inmediata. También se hace referencia a un conjunto de instituciones, leyes y normas, que junto al personal del Estado y de particular interés –del que ocupa sus posiciones cúspides– conforman lo que llamamos el aparato de Estado. Por último, a sus funciones y tareas. Estas dos últimas dimensiones conforman el Estado “visible”.

Desde estas tres perspectivas, el Estado capitalista en general –y el latinoamericano en particular, que en este punto privilegiaremos– ha sufrido grandes cambios en las últimas tres décadas. Como condensación de relaciones sociales que cristalizan en el poder político, el Estado se ha rearticulado bajo nuevas hegemonías, lo que ha implicado readecuaciones en el seno del bloque en el poder y en las alianzas sociales y políticas que le daban vida. Todo ello ha propiciado que las relaciones en el seno de las clases dominantes, así como las de éstas con las clases dominadas, sufran serios reacomodos⁴, que junto con afectar las relaciones de poder y fuerza también se manifiesten en el campo del aparato estatal y en sus funciones, esto es, en el Estado “visible”.

El cambio más perceptible se sintetiza en la imagen utilizada por el discurso dominante: de un Estado “obeso”, que privilegia la mirada sobre el aparato estatal y sus funciones, se debería pasar a uno “atlético”, o –en el lenguaje más reciente de organismos internacionales– a uno “eficaz”⁵. Pero los cambios ocurridos en las dimensiones estatales antes señaladas no son ajenos a las readecuaciones en el Estado “invisible”, referidas al terreno del poder político y a quienes lo detentan, y en particular al campo de la hegemonía estatal.

El discurso predominante privilegia en su enfoque la perspectiva técnico-administrativa, con lo cual se explica que a partir de Estados populistas, clientelares u otros términos⁶, que señalarían el predominio de políticas irracionales marcadas por acuerdos entre líderes o partidos premodernos, se debe dar paso al campo de la racionalidad y de la eficiencia de la modernidad. Una breve

⁴ No desconozco que en la sociedad existen otros agrupamientos humanos distintos a las clases sociales, sus fracciones y sectores. Pero creo que éstas siguen siendo una categoría clave en tanto agrupamiento social para dar cuenta de los principales problemas de dominio y explotación en una sociedad capitalista. Para una justificación más amplia véase mi libro (2001), en particular el capítulo VI.

⁵ Para una exposición del sentido que se asigna a la idea de “Estado eficaz”, véase del Banco Mundial (1997). También Cepal (1998).

⁶ Véase, por ejemplo, R. Dornbusch y S. Edwards (1991).

perspectiva histórica permite discutir esta visión y poner de manifiesto que lo que hoy aparece como irracional e ineficiente respondía a una lógica de intereses sociales específicos a esos momentos, como específicos son los intereses que hay apuntan a reformar el Estado y a modificar sus funciones⁷.

Una mirada a la historia

El llamado Estado desarrollista⁸ latinoamericano asumió por lo general formas extensas. Dentro de sus funciones podían destacarse las inversiones en sectores que todavía no eran rentables para los empresarios locales o extranjeros (grandes empresas industriales ligadas a la producción de acero, por ejemplo, y de servicios, como energía eléctrica, agua y educación), o de actividades que por su magnitud o papel estratégico quedaron en manos estatales (infraestructura portuaria, carreteras, así como los sectores productivos que generaban los mayores excedentes: petróleo, cobre y otros).

La ampliación de funciones e instituciones que reclamaba este modelo propició el crecimiento del empleo estatal y de la demanda interna, factor de vital importancia para incentivar el mercado del incipiente sector industrial, justificada por las teorías keynesianas (con variantes cepalinas en algunos casos) que sustentaban las políticas económicas en general.

Estas dos funciones que llevaba adelante el Estado desarrollista en materia económica permitían revelar el modelo económico que se impulsaba y frente al cual esas tareas estatales eran no sólo pertinentes, sino indispensables. Estamos hablando de los inicios y/o consolidación del llamado modelo de industrialización en América Latina, proceso que, ante la debilidad de la fracción burguesa industrial en la región y las reticencias de inversión del capital extranjero en el aún débil sector secundario, hacía de las inversiones estatales un elemento fundamental para el éxito de la tarea iniciada.

⁷ El Banco Mundial en su Informe señala que para conseguir un Estado eficaz se requiere “lograr que las sociedades acepten una redefinición de las responsabilidades del Estado” así como “una selección estratégica de las acciones colectivas” que permitan “aligerar la carga que pesa sobre el el sector estatal mediante la participación de los individuos y las comunidades en el suministro de los bienes colectivos fundamentales”. Para ello se necesita de “una doble estrategia para lograr que el Estado participe en forma más creíble y eficaz en el proceso de desarrollo de cada país”, que se sintetiza en “acomodar la función del Estado a su capacidad”, lo que implica “sopesar cuidadosamente cómo –y dónde– intervenir”. Por otro lado, “aumentar la capacidad del Estado mediante la revitalización de las instituciones públicas”, con el establecimiento de normas y controles eficaces, y “luchar contra la corrupción arraigada”, mayor participación de la población y descentralización (1997, 3).

⁸ Utilizo esta noción ya que tiene una carga menos peyorativa que la de Estados populistas o clientelares, y más precisa que la de Estado benefactor (a lo menos para América Latina, donde es discutible su presencia), y que se propuso como tarea central impulsar los procesos de industrialización, asumiendo formas diversas.

La forma y magnitud que asumió el aparato y las funciones que pasó a cumplir el Estado expresaban la debacle del antiguo modelo económico, y la emergencia en su seno de nuevos intereses sociales. En primer lugar, los de una débil fracción burguesa. Pero los intereses sociales representados en el Estado industrializador no eran ajenos, sin embargo, a las clases y fracciones beneficiarias del antiguo modelo exportador. No hay que olvidar que salvo en el caso mexicano, con la Revolución de 1910 y los procesos que le siguieron, particularmente bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas, que afectó a importantes segmentos de la clase terrateniente, y en Bolivia, en 1952, en el resto de América Latina no hubo procesos de reforma agraria hasta entrados los años 60. Esto pone en evidencia el poderío político que mantenía la clase terrateniente en la región, pero también un aspecto económico específico: la industrialización va a encontrar recursos para su avance en los ingresos que provenían de las exportaciones de materias primas y alimentos, esto es, de la manutención de la antigua economía exportadora, —pero ahora subordinada al nuevo proyecto económico—, que a pesar de su declinación seguía proveyendo de recursos monetarios duros, por lo que a la propia burguesía industrial le interesaba que se acotaran, mas no que se destruyeran las bases de sustención de aquellos sectores de las clases dominantes.

En definitiva, el bloque en el poder se reacomodó en términos del reparto interno del poder, bajo la creciente hegemonía de la fracción burguesa industrial, la que encuentra en el poder y gestión estatal su principal arma para imponer su proyecto económico y societal.

El proyecto de esta fracción burguesa encontró aliados sociales importantes en el seno de las clases dominadas, que jugaron un papel destacado en la acumulación de fuerzas que reclamaba el nuevo proyecto. En primer lugar, en amplios sectores de la pequeña burguesía, tanto propietaria como no propietaria, que vieron en el proceso de industrialización y en las ofertas de mayor apertura política espacios para un mejor posicionamiento en la nueva sociedad. También la gestación de nuevos empleos en la industria y en los servicios favorecerá la adscripción de viejas y nuevas franjas de la población obrera a los nuevos proyectos de desarrollo y, en mayor o menor medida, a los acuerdos y alianzas políticas que los fortalecen.

En lo fundamental, la forma y funciones del Estado desarrollista fueron de la mano con los intereses sociales que lo hegemonizaron y a la par de las tareas y alianzas que reclamaba el proyecto de industrialización. No fue, por tanto, un producto ajeno a esas necesidades. Por el contrario, obedecía a la racionalidad económica y política de ese proyecto.

Varios factores se conjugan en el resquebrajamiento y posterior agotamiento del Estado desarrollista. Unos se refieren a las transformaciones económicas, con la emergencia hacia los años 50 y 60 del siglo xx de nuevas ramas

productivas –como la automotriz, electrónica, petroquímica, etc. – en donde termina haciéndose fuerte el capital extranjero, el cual aprovecha la infraestructura gestada en la región en los años previos y los bienes de capital que la Segunda Guerra deja obsoletos en Estados Unidos principalmente, tras la aplicación de los avances tecnológicos bélicos a la industria. Esto, a poco andar, dará paso a la proyección de esas nuevas ramas hacia el mercado de alto poder de consumo en el plano local, en un primer momento, para posteriormente añadir su proyección hacia los mercados exteriores.

Estos cambios económicos, que van acompañados de alianzas entre ciertas franjas de la burguesía industrial local con el capital extranjero, propician el surgimiento de fuertes divisiones sociales y políticas en el seno de las clases dominantes, con la emergencia de una fracción del gran capital (industrial, agrícola, comercial y financiero, que podemos caracterizar como burguesía dinámica) que tiende a poner en cuestión las bases de una *industrialización extendida y diversificada*, que caracterizó el proceso en su primera etapa, para privilegiar una *industrialización selectiva y concentrada*, en la cual las nuevas ramas industriales pasan a ocupar un lugar central.

El avance de este nuevo proyecto lleva al impulso de políticas económicas que fortalecen a los segmentos sociales de alto poder de consumo en el plano local y, posteriormente, al otorgamiento de apoyos para lanzarse a la conquista de mercados en el exterior, todo lo cual comienza a debilitar las posiciones de la fracción burguesa más tradicional, y de los sectores sociales asalariados adscritos al mercado interno⁹. Es en esos momentos cuando comienzan a ganar vida los primeros pactos de integración en la región.

Todos estos cambios terminan por poner en cuestión las alianzas sociales y políticas que sustentaban al viejo Estado, convirtiéndose en un lastre los sectores sociales dominados que sobrevivían de esas alianzas, dándose inicio –con mayor o menor rapidez en los diversos países de la región– a las rupturas por la vía de restricciones salariales, cierre de antiguas instituciones del aparato estatal, recortes del personal del Estado y toda la gama de medidas que se llevaron a cabo en el último cuarto del siglo xx y que implicaron la expulsión del consumo de amplias franjas sociales. No fueron ajenas a esas rupturas el cierre de los espacios políticos con la instauración de regímenes militares o de gobiernos civiles autoritarios en la mayoría de los países de la región.

Estos procesos se agudizan aún más luego que se abandona el proyecto industrializador volcado al mercado interno, en todas sus variantes, y se abre paso a la conformación de un nuevo modelo económico: la creación de nuevas economías exportadoras que buscan aprovechar sus ventajas naturales y productivas para competir en el mercado mundial.

⁹ Una buena síntesis de este proceso puede verse en Marini (1969) y de él mismo su texto de 1976, aunque referido en particular a Chile.

Política y economía de la reforma del Estado

Del modelo de industrialización que tuvo como subproducto un período corto de preeminencia de las industrias dinámicas que privilegian el mercado de consumo local alto, pero manteniendo una planta industrial diversificada, y otro período de crisis y readecuación, se pasa –más rápida o lentamente en los principales países de la región– a un nuevo modelo económico exportador de especialización productiva¹⁰.

La planta industrial se reduce y cambia de giro, pasándose a un número menor de grandes industrias de exportación y a un sinnúmero de plantas maquiladoras, así como a pequeñas empresas ligadas al circuito de producción de las grandes empresas exportadoras. Pero lo más significativo del cambio económico es la preeminencia de los mercados exteriores como espacios de realización. Los avances en materia de transporte y comunicaciones están en la base de estas transformaciones.

La función primordial que se asigna a los mercados externos en el nuevo modelo y la reestructuración de la planta industrial que ello reclama implicaron drásticos reajustes en los mercados locales, haciendo de la depreciación de los salarios un factor de primer orden para alcanzar ventajas comparativas en la ofensiva exportadora, y para atraer a los inversionistas extranjeros.

La puesta en marcha y cristalización del nuevo modelo exportador ha implicado profundos reajustes políticos que necesariamente debían expresarse en el Estado, siendo en general segmentos del gran capital financiero, industrial, comercial y agrario dinámico, privilegiadamente aliados al capital extranjero, los que hegemonizan este proceso.

La disputa por el Estado que implicó este proceso no fue una cuestión banal. Sólo allí termina por cristalizar la hegemonía *política* y la definición de los proyectos y modelos económicos, así como de los modelos políticos que prevalecen. Sólo el Estado tiene la capacidad de presentar intereses sociales estrechos como intereses societales de una comunidad, como proyectos de todos. Ha sido de la mano del Estado, entonces, como la nueva gran burguesía latinoamericana ha logrado imponer su nuevo modelo económico y readecuar la sociedad para el ejercicio de su dominio. La centralidad del Estado ha sido un elemento fundamental, tanto para fortalecer económica como políticamente a los sectores que lo hegemonizan.

El poder económico de este sector del capital se vio acrecentado por los procesos de privatización. Un número elevado de empresas estatales pasaron

¹⁰ Una exposición de las características del nuevo modelo económico puede verse en mi ensayo (1999).

a manos privadas, vendidas por lo general a precios irrisorios¹¹. A ello se agrega la apertura de sectores de servicios estatales a sus negocios, como salud, educación y vivienda, y particularmente el control de los fondos de pensiones¹². Todo esto otorgó un potencial económico al gran capital latinoamericano que nunca había tenido.

Junto a este proceso se realizan reformas laborales, por lo general marcadas por la tendencia a la desintegración o atomización de sindicatos y otros mecanismos de defensa existentes en el campo laboral, lo que ha favorecido un drástico incremento de la sobreexplotación, oculto en categorías como el paso a la "flexibilidad laboral" o del "empleo precario"¹³. Así ha crecido la franja de la pobreza. En las nuevas condiciones, "pobre" ya no es sinónimo de "desempleado", como en las décadas previas.

De las extendidas antiguas alianzas sociales que caracterizaron en general los procesos de industrialización, se ha pasado en unas pocas décadas a fórmulas más estrechas. Las bases sociales tienden a ampliarse de manera temporal e inestable en períodos de consultas electorales¹⁴, tanto por los incrementos del gasto social propiciados por los gobiernos en busca de votos, como por las promesas de cambio y de mejoramiento de las condiciones de vida pregonadas en los programas electorales.

Mientras el nuevo modelo económico exportador excluye y expulsa a amplias franjas sociales, rompiendo las redes políticas e ideológicas que sustentaban al antiguo Estado y que le permitían legitimarse como comunidad y expresión de intereses de todos, en el campo político el nuevo Estado ha ganado legitimidad con la multiplicación de las consultas electorales, en el marco de los llamados procesos de democratización, recreando, aunque sea de manera

¹¹ En 1998, año en que las privatizaciones en las economías latinoamericanas ya han recorrido un largo camino, capitales locales asociados a las multinacionales, atraídas por los bajos precios, invirtieron la cifra récord de 56.000 millones de dólares en la compra de empresas en la región. De esa suma, 47.000 millones de dólares fueron destinados a la compra de compañías brasileñas (Petras, 1999).

¹² Sólo a modo de ejemplo basta considerar el papel de este proceso en el caso chileno: "En julio de 1995 los activos de los fondos de pensiones en ese país ascendían a cerca de 26.000 millones de dólares, cifra superior a 40 por ciento del Producto Geográfico Bruto (PGB), y para el año 2000 esos fondos representarían 80 por ciento del PGB" (Arancibia, 1997, 191).

¹³ De acuerdo con un estudio realizado en 1998 en Chile, "en 1992 un 15,6 por ciento de los ocupados asalariados trabaja sin contrato de trabajo escriturado. En 1994, este porcentaje aumentó a 20,3 por ciento, y en 1996 a 22,3 por ciento" (Echeverría y Uribe, 1998, 3). Esto permitió que en Chile creciera el empleo en los últimos años de la década de los 90, pero ha sido un incremento del empleo precario, que tiene como una de sus características remunerar a los nuevos asalariados por debajo de la línea de la pobreza.

¹⁴ Edelberto Torres Rivas las ha caracterizado como "mayorías volátiles" (1993).

temporal, nuevas redes ideológicas y políticas que sostienen el imaginario de una comunidad de ciudadanos, ayudando a la legitimidad de la dominación. La supuesta mayor injerencia ciudadana en los asuntos públicos ha contado, sin embargo, con pocas posibilidades de incidir en los debates centrales de dirección de las sociedades, ante la fortificación que se ha creado en torno de los centros reales de poder en el nuevo entramado estatal¹⁵. Estas son, desde el punto de vista político, las cuestiones centrales de la reforma del Estado en América Latina¹⁶.

La centralidad del Estado en el nuevo modelo económico y político

Para el logro de los cambios económicos y políticos que concentradamente hemos dibujado, el Estado ha jugado un papel clave. No es casual que muchas de las transformaciones que han dado vida al nuevo modelo exportador se hayan realizado bajo Estados dictatoriales o autoritarios y que, a pesar de las múltiples consultas electorales realizadas tras la caída de esos regímenes, los grupos económicos que comenzaron a hacerse fuertes en la etapa anterior se hayan fortalecido o mantengan su poderío, acentuando la polarización social, convirtiendo a América Latina en una de las regiones que presentan los mayores índices de desigualdad (ver Figueroa, 1998). La hegemonía del gran capital latinoamericano no ha sido trastocada tras los cambios en las formas de dominación, con las llamadas democratizaciones.

El nuevo papel del mercado, regido por el poderío de los grupos monopólicos, ha llevado a nuevos ejercicios de la política, la cual parece desplazada o relegada frente a los condicionamientos de ofertas y demandas. Pero este supuesto desplazamiento es altamente funcional a las necesidades políticas del gran capital local e internacional, es decir, ha sido un desplazamiento con fines no sólo económicos sino particularmente políticos, trasladando supuestamente la toma de decisiones a un territorio aparentemente neutro, en donde el capital hegemónico tiene mejores condiciones para sacar adelante sus proyectos.

La “mano invisible” que regiría el mercado ha sido una parte central del discurso ideológico (apoyado en paradigmas neoclásicos) empleado por los que dominan para justificar su avasallamiento sobre otros intereses de clase y para ocultar nuevas modalidades de injerencia estatal en su provecho. En definitiva, el supuesto abandono de la política (o de la politiquería) para dar paso a la racionalidad de la economía, pregonada por la tecnocracia, no ha sido sino una nueva forma de hacer política, sólo que ahora dirigida a responder a otros intereses sociales.

¹⁵ Para un desarrollo más amplio de estos problemas puede verse mi ensayo (2001).

¹⁶ Para ampliar estos aspectos puede verse el ensayo de Vilas (1997).

Una nueva matriz Estado-céntrica

A la luz de lo antes expuesto, la idea de que se ha puesto fin a la matriz Estadocéntrica en América Latina¹⁷, con la liquidación de los Estados desarrollistas (populistas, sociales o benefactores), pone énfasis en la parte “visible” del Estado, a los cambios ocurridos en el aparato estatal y en sus funciones, pero pierde de vista lo acontecido en materia del poder político estatal y en la capacidad de este poder de dirigir y orientar los procesos de cambio de acuerdo con los intereses de las nuevas hegemonías.

Desde el punto de vista del poder político, estamos entonces frente al fin de una matriz Estadocéntrica y a la construcción de una nueva matriz, también Estadocéntrica, que ha implicado redefinir las funciones estatales y las formas del aparato. Lo anterior no niega que es necesario distinguir entre modalidades diversas que asume el aparato estatal y en sus funciones (el Estado “visible”) en diversos momentos históricos. Pero esta mirada queda coja si no va ligada al elemento del poder político, en donde los intereses sociales que hoy se imponen sólo lo han podido hacer apertrechándose en el Estado, esto es, en el Estado “invisible”.

Además debe cuestionarse la imagen de que se ha puesto fin a la intervención estatal. Ésta simplemente se ha redefinido en función de los intereses sociales que prevalecen. Tal es lo que ocurre, por ejemplo, cuando el “austero” Estado latinoamericano se aboca a cubrir deudas de grandes banqueros o asume los costos de inversiones que no prosperan.

En definitiva, los cambios en materia del tamaño del aparato estatal y la reorientación de sus funciones han logrado la conformación de un Estado mucho más eficiente y adecuado a los fines del gran capital latinoamericano ligado al internacional. La desregulación de la economía genera mayores volatilidades, lo que reclama mayores intervenciones estatales para regularla, tanto en el plano nacional como internacional. Por ejemplo, para crear programas para gobiernos o regiones en crisis¹⁸. También para hacer frente a la intensificación de la competencia entre capitales (Petras, 2001).

De cara a los retos que plantea la mundialización, el Estado latinoamericano debe seguir cumpliendo tareas políticas y económicas de primer orden. La “paz social”, en la férrea competencia por disputar capitales en el plano inter-

¹⁷ Marcelo Cavarozzi y Manuel Antonio Garretón han sido dos de los principales expositores de las tesis de la matriz Estado-céntrica en América Latina. Del primero puede verse su ensayo de 1991, y del segundo, en colaboración con Espinoza, su artículo de 1992.

¹⁸ Como ocurrió en la crisis de la economía mexicana a fines de 1994, cuando el gobierno de Estados Unidos, de la mano de William Clinton, aportó 20.000 millones de dólares al gobierno mexicano para enfrentar el problema, a cambio de compromisos en materia de abastecimiento de petróleo.

nacional, constituye hoy uno de los factores vitales a lograr por los Estados, lo que ha propiciado un reforzamiento de los mecanismos de disciplinamiento societal y de control de los conflictos que requiere el propio modelo económico.

De igual manera, es el Estado el que negocia con otros Estados los procesos de integración regionales, así como los espacios a lograr en la nueva economía en el plano mundial, participando sus dirigentes de manera activa en los más diversos foros económicos mundiales. Es bajo este alero que el gran capital local y sus filiales internacionales asentadas en la región buscan alcanzar mejores posicionamientos.

Todo esto reclama una administración estatal cada vez más eficiente y alienta nuevos tipos de reforma estatal que constituyen algunas de las preocupaciones centrales de organismos como el Banco Mundial o la Cepal¹⁹.

Estado y mundialización: la soberanía y los nuevos agentes económicos

¿Qué es lo que acontece con el Estado en tiempos de mundialización? ¿Se erosiona?, ¿se debilita?, ¿o por el contrario se fortalece? Para algunos enfoques el Estado tiende a su extinción²⁰; para otros, son tantos los cambios que está sufriendo que estaríamos frente a una institución cada vez más irrelevante. Por lo general, se difunde la idea de que la mundialización estaría trastocando la entidad estatal en aspectos esenciales, en particular en lo que se refiere a su condición de entidad soberana, al tiempo que se vería rebasado por la emergencia de nuevos actores en el plano internacional, que debilitarían las funciones que alguna vez gozó en materia económica y política. Más a fondo, lo que realmente se pone en cuestión es la centralidad del Estado en materia de poder político, ante la emergencia de nuevos centros de decisión.

Tres serían los elementos que se consideran con mayor recurrencia para destacar este último aspecto. Uno se refiere a la creación de una extensa y poderosa red de movimientos de capital financiero y especulativo internacional que sobrepasarían la capacidad de control de los Estados nacionales. El segundo señala la presencia de un número reducido de grandes conglomerados multinacionales, con filiales repartidas por el mundo, que estarían tomando las decisiones fundamentales sobre el curso de la economía internacional.

Por último, se destaca la enorme capacidad de injerencia ganada por organismos financieros internacionales, particularmente el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con capacidad para dictar políticas que los Estados deben seguir al pie de letra o de lo contrario sufren serias consecuencias en la recepción de préstamos y en la calificación para acceder a inversiones

¹⁹ Véase del Banco Mundial (1997) y de la Cepal (1998).

²⁰ El planteamiento más difundido en este sentido lo ha realizado Ohmae (1997).

extranjeras²¹. El Estado se nos presenta en este cuadro como una entidad que se vería frágil y débil ante procesos y nuevos actores que lo rebasan²². El supuesto implícito es que el capital financiero internacional, los conglomerados multinacionales y los organismos financieros internacionales no responden a intereses estatales y que los nuevos actores internacionales ya no requieren de la gestión estatal para el logro de sus intereses. El Estado estaría siendo desbordado y subordinado por la globalización.

Lo primero a destacar es la generalidad del discurso. Se habla de Estados en general, desapareciendo las diferenciaciones entre Estados y regiones respecto a su capacidad de definir el curso de la llamada mundialización y para orientar el accionar de los actores económicos antes señalados. Para este discurso no existe un sistema mundial, estructuralmente heterogéneo, que permite a ciertas regiones y Estados beneficiarse en materia económica de otras regiones y Estados e imponer sus políticas. En definitiva, con la globalización, habrían desaparecido los centros, las semiperiferias y la periferia.

Un nuevo regreso a la historia

Una breve revisión histórica sobre América Latina permite una mejor ponderación respecto a lo nuevo en relación con la pérdida de soberanía estatal. Recurrir a la historia regional en el marco que presenta el sistema mundial capitalista no es un asunto banal en este ejercicio, ya que si algo caracteriza los dis-ursos predominantes en las ciencias sociales actualmente es su ausencia de referentes históricos, además de una enorme capacidad de diluir estructuras.

Ya sea en su modalidad de economías de enclave o de economías de control nacional²³, tras los procesos de independencia y de constitución de un poder central (remecido por guerras civiles en muchos casos), que organizara la reinserción de las economías a los circuitos de la economía de exportación en el siglo XIX, los Estados de la región siempre gozaron de una condición soberana bastante limitada.

²¹ David Held (1997) agrega a esta lista los cambios en el derecho internacional, las estructuras de seguridad internacional y la globalización de la cultura, temas que aquí no abordaremos.

²² La frase "el Estado es demasiado pequeño para los problemas globales y demasiado grande para los problemas locales" sintetiza esta percepción. No desconozco que para problemas ambientales y otros la frase anterior puede ser adecuada. Discrepamos, sin embargo, en su extensión al campo del poder político, que aquí nos ocupa.

²³ Estas categorías las desarrollan Cardoso y Faletto (1969). Un análisis de las consecuencias de estas categorías para analizar el Estado latinoamericano y la conformación societal en general puede verse en el capítulo "La construcción de paradigmas. Sobre el subdesarrollo y la dependencia" (Osorio, 2001).

En los casos de las economías de enclave, el Estado funcionó como instancia negociadora y recaudadora de impuestos, frente a las empresas transnacionales que controlaban la explotación de materias primas y alimentos, y como gendarme que velaba por la paz interior, a fin de disciplinar a la fuerza de trabajo que laboraba particularmente en las actividades ligadas a los núcleos exportadores. Baste recordar el papel de diversos gobiernos centroamericanos frente a la United Fruit Company, en donde esta empresa y el gobierno de Estados Unidos, presente de manera directa a través de sus embajadores, no sólo decidían sobre montos y modalidades de organización de la producción en general, sino también en la definición de la organización política e incluso de los personajes que debían asumir la dirección del Estado. Difícilmente podría hablarse en estos casos —e incluso en casos menos extremos de economías de enclave, como Chile, en su etapa salitrera y del cobre posteriormente, con empresas extranjeras que explotaban estos productos— de Estados con una elevada soberanía. Su capacidad de decisión estaba fuertemente limitada por los consorcios extranjeros y por sus Estados sedes. El que hoy la Ford, la Microsoft, la Nestlé o el FMI tomen decisiones que lesionan la soberanía de los Estados latinoamericanos nos habla de un proceso que a lo menos en este punto tiene poco de nuevo ya que constituye una característica constitutiva de los Estados latinoamericanos y de las regiones dependientes en general.

Esta situación se vio morigerada, aunque no trastocada, en los casos de economías de control nacional, ya que la propiedad por capitales locales de los principales rubros de exportación (como Argentina, con el trigo y la carne) permitió a esos sectores y al Estado mantener márgenes de soberanía superiores a los casos anteriores, pero también acotados.

La historia regional no se modifica demasiado a lo largo del siglo xx, pues junto al elemento económico persiste el componente político de intervenciones abiertas o encubiertas propiciadas por Estados y multinaciones a fin de lograr que los gobiernos regionales no afectaran sus intereses²⁴.

¿Estados o semi-Estados en la periferia?

La envergadura de estos procesos ha llevado a preguntarse a muchos autores si efectivamente existían Estados-nación en América Latina en aquellos tiempos, e incluso si en la actualidad éstos existen²⁵, frente a lo cual una tarea pendiente sería su constitución.

²⁴ Un ejemplo paradigmático es la intervención de la ITT en el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en Chile, en 1973, en estrecha relación con las gestiones del gobierno de Estados Unidos, de la mano de Henry Kissinger y el propio presidente Richard Nixon, según se ha demostrado luego de la desclasificación de archivos y documentos del Departamento de Estado.

²⁵ Pregunta que se formula, por ejemplo, Ludolfo Paramio (1991).

En preguntas como las anteriores lo que tenemos es una reedición de las viejas teorías de la modernización, de fuerte ascendente en los años 50 y 60²⁶, en donde a partir del modelo del mundo desarrollado se planteaba como tarea central remover obstáculos presentes en las regiones dependientes, lo que se identificaba con la ausencia de instituciones, estructuras o procesos, o en deformaciones de éstos, según los modelos asumidos. Para estas teorías, el desarrollo era posible en la medida en que las sociedades se aproximaran a la tipología propuesta, particularmente identificada con la sociedad estadounidense.

No voy a repetir aquí los argumentos empleados por la teoría de la dependencia y retomados por Braudel y Wallerstein para refutar esta visión²⁷. Simplemente me limitaré a señalar que en tanto se considera al sistema mundial como una unidad, centros y periferias son espacios estrechamente interrelacionados, por lo que el desarrollo y el subdesarrollo sólo pueden ser entendidos en el marco del proceso que los integra y genera: el despliegue y avance del capitalismo como sistema mundial.

En este contexto, la precariedad de algunas instituciones y estructuras o las “deformaciones” presentes en el mundo dependiente no son un signo de ausencia de modernidad sino, por el contrario, la forma como estas regiones y sociedades debieron organizarse en el campo económico y político para responder a los requerimientos de expropiación y dominio, constitutivos de la naturaleza de ese sistema. En definitiva, la heterogeneidad que generó desde sus inicios el avance del capitalismo a nivel mundial, y que hoy se reproduce bajo nuevas formas en su etapa de mundialización, es consustancial con la lógica de expropiación de valor de unas regiones y Estados sobre otros, de las estructuras jerarquizadas de dominio que tal proceso reclama y del ejercicio diferenciado de soberanías estatales que esto conlleva.

Es cierto que en muchos procesos actuales diversos Estados del mundo central están cediendo espacios de soberanía, como ocurre, por ejemplo, en los procesos de integración de la Unión Europea. Sin embargo, como bien se ha señalado, tal cesión “probablemente haya contribuido a la supervivencia del Estado-nación europeo enfrentado al dominio de Estados Unidos en las tres décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y a la emergencia del desafío económico japonés”, lo que les ha permitido retener “el poder último y general en muchas áreas políticas y económicas” (Held, 1997). Y esto por una razón sencilla, los Estados que dan vida a la Unión Europea (y también a la OTAN) “son unidades rivales que compiten por recursos escasos, contratos de armamentos, prestigio internacional y otros medios de engrande-

²⁶ La obra de Gino Germani (1966) fue la más acabada en su versión latinoamericana.

²⁷ Que pueden consultarse en los trabajos de autores como Gunder Frank (1970), Dos Santos (1978), Bambirra (1974), Braudel (1986) y Wallerstein (1979).

cimiento nacional” (*ibid.*, 146,147). En definitiva, expresan intereses sociales diferenciados que las alianzas económicas y políticas que recorren la mundialización no han destruido, sino más bien han mantenido y/o acrecentado. Por esto, la idea de que la mundialización podría estar operando hacia la gestación de un Estado supranacional no tiene sustentos reales.

El supuesto “semi-Estado” que hubo y que hoy existe en las regiones dependientes es el tipo de Estado que requieren los intereses sociales internacionales y locales que profitan del mundo que el capital construye. Creer que pueden funcionar con la soberanía que presentan en las regiones y sociedades asentadas en el *coeur* del sistema, implicaría trastocar el (des)orden económico y político prevaleciente. En definitiva, trastocar los cimientos de ese sistema-mundo. Ese es el límite objetivo y estructural en que pueden moverse las reformas o modernizaciones políticas en la periferia.

Estado y Estado-nación

A esas alturas del análisis se hace necesario establecer la distinción entre Estado y Estado-nación, esto es, entre el poder y los intereses sociales que aquél representa y su expresión sobre un espacio territorial específico. En este sentido la historia nos muestra que “casi no ha habido Estados ‘nacionales’ sino más bien Estados de ‘una nación’”²⁸. Las transformaciones actuales del Estado-nación dan cuenta así de cambios en una entidad cuasi-inexistente, y con mucha mayor razón en el mundo periférico. Lo real ha sido y sigue siendo la condensación de relaciones de poder político y dominio de unos sectores sociales y regiones sobre otros (y esto es el núcleo y lo esencial de lo estatal), y este proceso, más que debilitarse en la mundialización, permanece y se ha acentuado.

El Estado y los nuevos actores internacionales

Un aspecto significativo de la actual etapa de la mundialización es la creación de circuitos financieros en los cuales la capacidad de control de los Estados parece encontrarse limitada por la lógica que rige los movimientos de capitales o por las decisiones de los nuevos grandes conglomerados. Masas cuantiosas de capital se mueven las 24 horas del día por diferentes rincones del planeta en la búsqueda de las mayores rentabilidades. Sin embargo, la creación de los circuitos por donde circulan estos capitales es una cosa y otra distinta es que se desplacen sin control, así como suponer que sus ganancias no terminan concentrándose en sectores sociales, regiones y Estados específicos.

²⁸ En España, Castilla; en Francia, L’Ile de France; en Alemania, los prusianos; en el Reino Unido, Inglaterra; en Italia, el Norte industrial, etc. (Dussel, 2001).

La condición de dependencia (o periferia) no es solamente un problema externo. Grupos locales en las naciones periféricas sacan provecho de sus alianzas con el capital transnacional, financiero e industrial, por lo que también participan en el curso de estos procesos²⁹, lo que no niega la presencia de contradicciones y conflictos. Esto explica la paradoja de que, mientras los países dependientes se empobrecen, aumente el número de grandes fortunas de empresarios del mundo periférico en las listas de los principales millonarios del planeta, particularmente asentadas en América Latina. La presión de unos Estados (los centrales) para abrir fronteras a los movimientos especulativos y la incapacidad o falta de voluntad de otros (los Estados dependientes y los intereses que representan) a fijar topes o impuestos a ese tipo de transacciones y movimientos, forman parte de esta lógica.

Pero importa discutir el supuesto de que el capital financiero no responde a intereses estatales. La masa de recursos dinerarios y de papeles que se mueven hoy en los circuitos financieros sirve de manera predominante a posiciones que tienen su base en naciones del mundo desarrollado. Es allí donde tienen su sede los principales bancos y corredurías que aprovechan recursos financieros externos (como ocurrió en los años 70 del siglo xx con los capitales provenientes de los excedentes petroleros, por ejemplo), para manejarlos y rentabilizarlos, apropiándose de parte sustancial de los beneficios. De las principales 13 casas financieras y de inversiones a escala mundial, 11 son estadounidenses y las otras 2 son europeas (Petras, 2000).

Destacando simplemente los montos y movimientos de dinero “sucio” en los actuales circuitos financieros, Raymond Baker, colaborador del Brookings Institute, estima que “el flujo de dinero corrupto que sale de las economías de los países en desarrollo (Tercer Mundo) o en transición (ex comunistas) y que va a parar a las arcas occidentales es de entre 20.000 y 40.000 millones de dólares por año, y el flujo generado por las transacciones comerciales con precios manipulados es de 80.000 millones, si no más. Mi estimación más prudente –prosigue el especialista– es de 100.000 millones de dólares anuales en la suma de ambos conceptos, lo que significa un billón de dólares en una década. Y de esta suma la mitad al menos tuvo por destino Estados Unidos” (*ibid.*).

En relación con las grandes corporaciones multinacionales, y de acuerdo con datos del *Financial Times* (28-01-1999), de las 500 compañías más grandes del planeta según su capitalización en el mercado, 244 son estadounidenses, 173 son europeas y 46 japonesas. El dato de por sí es significativo, ya

²⁹ Olvidar este aspecto nos dejaría atrapados en las formulaciones nacionalistas y tercermundistas que caracterizaron las primeras propuestas de la Cepal y de los teóricos de la dependencia, en donde los intereses sociales endógenos del atraso y del subdesarrollo desaparecen para terminar achacando las responsabilidades sólo a factores exógenos. Así, las burguesías locales quedaban intocadas.

que más allá de las fusiones y alianzas entre empresas de estos países y regiones que se multiplican en los últimos tiempos, permanecen matrices con una base territorial específica. Pero, más importante aún, estudios empíricos han demostrado que más de 80 por ciento de las decisiones clave en materia de inversión y tecnología de estos conglomerados se toman en las casas matrices asentadas en los países y regiones antes señaladas, y no —como erróneamente se supone— en sus filiales repartidas por el mundo (*ibid.*), con lo que se presenta un cuadro de descentralización política inexistente. Es hacia esas casas matrices y hacia sus Estados sede donde se transfieren los montos mayores de ganancias.

Para los grandes capitales del mundo central y para los sectores sociales que dominan en los Estados dependientes es de vital importancia no debilitar sino, por el contrario, fortalecer la capacidad política estatal (en el centro y la periferia), propiciando incluso un renovado interés de sectores empresariales por tomar directamente en sus manos la dirección estatal³⁰.

Pero más allá de la conversión de empresarios en “clases reinantes”³¹, esto es, que pasan a ocupar las posiciones cúspides en el aparato estatal, la actual etapa de mundialización expresa la “neo-oligarquización” de los Estados, en donde fracciones, sectores y grupos sociales reducidos, ligados a la banca y a las grandes corporaciones industriales han asumido el poder político para organizar el sistema mundial a la medida de sus intereses. Los grandes actores políticos de esta etapa de la mundialización son así los Estados, y no el capital financiero o las corporaciones multinacionales.

Consideraciones en la misma línea deben hacerse para analizar el accionar de los organismos financieros internacionales, en donde la mayoría de las interpretaciones tienden a presentarlos como entidades que se mueven con autonomía respecto de intereses estatales. El simple análisis de los países que otorgan los mayores recursos para sus operaciones, Estados Unidos, la Unión Europea y Japón, permite comenzar a desbrozar las posiciones que mueven al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional en la definición de políticas de reajuste y controles que ejercen, particularmente hacia el mundo periférico. No es casual que la presidencia del primero tienda a recaer en algún personaje estadounidense, en tanto queda en manos de algún funcionario europeo el segundo.

³⁰ Sólo a modo de ejemplo considérese lo que ocurre en el actual gobierno de Estados Unidos, en donde su presidente, George W. Bush, aparece ligado a la industria petrolera, en tanto su vicepresidente, Dick Cheney, mantiene intereses con los conglomerados de la industria bélica. También es significativo el caso italiano, en donde el principal empresario en el campo de las comunicaciones, Silvio Berlusconi, asume las funciones de primer ministro.

³¹ El término lo tomó Poulantzas (1969), aunque con modificaciones a su formulación.

A modo de conclusión

La emergencia de nuevos actores en el escenario local e internacional ha llevado a algunos autores a suponer que asistimos a una suerte de “medievalización” en el campo político, con la creación de una organización “cuyas características esenciales” serían la existencia de “autoridades superpuestas” y de “lealtades divididas” (Held, 1997, 171), con lo cual tendería a diluirse la centralidad estatal.

No creo que la discusión se remita a negar la presencia de nuevos actores políticos y económicos en lo local e internacional y de nuevas redes en el contexto de la mundialización, que tienen incidencia en la toma de decisiones en diversos ámbitos. Lo que aquí se postula más bien es que, en contra de la imagen de una suerte de atomización del poder político (que era lo propio de lo estatal en la Edad Media), los nuevos actores y las nuevas redes responden a una lógica de poder político altamente centralizada, que tiene su sede en los Estados nacionales del centro del sistema mundial y que alcanza a los Estados dependientes y a los núcleos sociales reducidos que detentan el poder.

De esta forma, lo nuevo que tenemos es una complejización de los mecanismos, instrumentos y políticas a través de los cuales las instituciones estatales, y los intereses que representan, ejercen su poder y dominio en el campo interno como en el internacional para llevar a cabo una tarea vieja: la expropiación de valores de la periferia al centro del sistema, ampliando su espacio de acción a los más variados rincones del sistema mundial, exacerbando las heterogeneidades y favoreciendo las posibilidades de algunos Estados y regiones de mantener su condición de centros del sistema a condición de reproducir la condición de atraso y subdesarrollo de otros.

Las fracciones burguesas que hegemonizan la mundialización no están por el debilitamiento del Estado. Por el contrario, propician su reforma para fortalecerlo. En el mundo central, para dictar e imponer las pautas de reorganización del sistema-mundo, utilizando a los organismos financieros internacionales, los conglomerados transnacionales y el capital financiero-especulativo, o a través de operaciones militares directas, orientando la mundialización en una dirección que de ninguna manera es neutra.

En la periferia, el reforzamiento estatal, vía la reforma del Estado, busca lograr que sea más eficiente no sólo en términos administrativos, sino principalmente en términos políticos, para –desde ese peldaño– ganar posiciones en el reordenamiento económico mundial. También para contar con un cuerpo administrativo capaz de negociar frente a otros Estados y en foros internacionales la reinserción a la nueva economía.

En estas coordenadas y bajo un estadio en donde el sistema mundo ha alcanzado mayores grados de integración, los sectores dominantes tienen hoy la capacidad de operar e imponer sus intereses en los más apartados confines del planeta. El capital como nunca ha roto fronteras para operar, pero estableciendo espacios estatales y territoriales específicos en donde asentar sus beneficios. De esta manera propicia polarizaciones sociales, estatales y regionales nunca antes vistas.

Bibliografía

- Arancibia, Juan (1997): "La reforma del sistema de pensiones y el ahorro interno" en Saúl Osorio y Berenice Ramírez (coords.), *Seguridad o inseguridad social: los riesgos de la reforma*, México, Triana editores-UNAM, pp. 179-199.
- Bambirra, Vania (1974): *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI.
- Banco Mundial (1997): *El Estado en un mundo en transformación*, Informe sobre el desarrollo mundial 1997, Washington.
- Braudel, Fernand (1986): *La dinámica del capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto (1969): *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Cavarozzi, Marcelo (1991): "Más allá de las transiciones. Reflexiones sobre el largo plazo en la política latinoamericana" en C. Barba, J.L. Barros Horcasitas y J. Hurtado (comp.), *Transiciones a la democracia en Europa y América Latina*, México, Flacso-Porrúa, pp. 387-402.
- Cepal (1998): *El pacto fiscal. Fortalezas, debilidades, desafíos*, Santiago.
- Dornbusch, Rudiger y Sebastián Edwards (1991): "The Macroeconomics of Populism" en R. Dornbusch y S. Edwards (comps.), *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago, University of Chicago Press, (publicado en castellano, Serie de Lecturas n° 75 de *El Trimestre Económico*).
- Dos Santos, Theotonio (1978): *Imperialismo y dependencia*, México, Editorial Era.
- Dussel, Enrique (2001): "Democracia en el 'centro' y crítica democrática global", ponencia al *Congreso sobre "Democracia"*, Viena.
- Echeverría, Magdalena y Verónica Uribe (1998): *Condiciones de trabajo en sistemas de subcontratación*, Santiago, OIT.
- Fernández Santillán, José (comp.) (1996): *Norberto Bobbio: el filósofo y la política*, antología, México, Fondo de Cultura Económica.
- Figueroa, Adolfo (1998): "Equidad, inversión extranjera y competitividad internacional", *Revista de la Cepal*, n° 65, Santiago, agosto, pp. 45-57.
- Frank, André Gunder (1970): *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Garretón, Manuel Antonio y Malva Espinoza (1992): "¿Reforma del Estado o cambio en la matriz sociopolítica? El caso chileno", *Perfiles Latinoamericanos*, n° 1, México, diciembre, Flacso, pp. 133-170.
- Germani, Gino (1966): *Política y sociedad en una época en transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Held, David (1997): *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*, Barcelona, Paidós.

- Hirsch, Joachim (2001): "El Estado nacional de competencia. Estado, democracia y política en el capitalismo global", (mimeo), México, Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco.
- Kliksberg, Bernardo (comp.) (1994): *El rediseño del Estado*, México, Fondo de Cultura Económica-INAH.
- Marini, Ruy Mauro (1969): *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI.
- _____ (1976): *El reformismo y la contrarrevolución (estudios sobre Chile)*, México, Editorial Era.
- _____ (1973): *Dialéctica de la dependencia*, México, Editorial Era.
- Martínez Peinado, Javier (1999): "Globalización: elementos para el debate" en Jaime Estay, Alicia Girón y Osvaldo Martínez (coords.), *La globalización de la economía mundial*, México, Porrúa, pp. 47-66.
- Ohmae, Kenichi (1997): *El fin del Estado-nación*, Santiago, Editorial Andrés Bello.
- Osorio, Jaime (2001): *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica-UAM- Xochimilco.
- _____ (2001): "Paradojas de la política (y la democracia) en América Latina. Una crítica a la teoría de la transición democrática", *Sociológica*, n° 45-46, México, enero-agosto, UAM-Azcapotzalco, pp. 391-406.
- _____ (1999): "La nueva economía exportadora latinoamericana. Estudio sobre Chile y México", *Argumentos*, n° 32-33, México, abril-agosto, División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM-Xochimilco, pp. 35-57.
- Paramio, Ludolfo (1991): "América Latina en los noventa", *Nexos*, n° 168, México, diciembre, pp. 29-36.
- Petras, James (2001): "Centralidad del Estado en el mundo actual", *Rebelión. La página de Petras*, tomado de www.rebellion.org/petras.htm, bajado el 26 de mayo.
- _____ (2000): "El imperialismo: pasado, presente y futuro", *Rebelión. La página de Petras*, tomado de www.rebellion.org/petras.htm, bajado el 30 de marzo.
- _____ (1999): "El fin del mito de la globalización", *Rebelión. La página de Petras*, tomado de www.rebellion.org/petras.htm, bajado el 25 de enero.
- Poulantzas, Nicos (1969): *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI.
- Torres Rivas, Edelberto (1993): "La democracia latinoamericana en la fragua", *Modernización económica, democracia política y democracia social*, México, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, pp. 163-176.
- Vidal-Villa, J.M. (1993): "Mundialización de la economía versus Estado-nación: cambio tecnológico y migraciones", *Investigación Económica*, n° 205, México, julio-septiembre, UNAM, pp. 151-172.
- Vilas, Carlos (1997): "La reforma del Estado como cuestión política", *Política y Cultura*, n° 8, México, Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco, pp. 147-185.
- Wallerstein, Immanuel (1979): *El moderno sistema mundial*, México, Siglo XXI.

EL ESTADO-NACIÓN, LA GLOBALIZACIÓN Y LA INMORTALIDAD DEL CANGREJO

Simón Alberto Consalvi

Una consulta a la Esfinge de Delfos podría contribuir a descifrar las grandes interrogantes que se abren con el siglo xxi y sus confusos signos. ¿Cómo será el mundo del futuro? ¿Cuál será el destino del Estado-nación y cuáles las implicaciones de la globalización para los propios Estados y sus sociedades? ¿Quiénes serán los protagonistas de influencia determinante y qué papel le reservan los tiempos al gran Estado de América del Norte que le dio su nombre al siglo xx? Pocas aventuras tan riesgosas como la predicción del futuro. Cuando Raymond Aron escribió, a manera de testamento político, su ensayo sobre el sistema interestatal, *Los últimos años del siglo*, tuvo la sagacidad de registrar que, como ya estaba viejo, moriría antes de que nadie pudiera reclamarle sus probables equívocos. Hizo bien en advertirlo, porque para el filósofo francés fenómenos como el derrumbe de la Unión Soviética no figuraron en el panorama de sus percepciones de fin de siglo. Si lo hubiera vislumbrado, probablemente habría retrasado su muerte para celebrarlo. “Tal vez asumo este riesgo –dijo Aron– porque mi edad me protege de la humillación de verme desmentido en vida” (Aron, 1984). Santa palabra, válida igualmente para jóvenes y menos jóvenes. Abordemos, no obstante, algunos aspectos sobre el futuro del Estado-nación en la era de la globalización, y sobre el papel de países poderosos, dentro de ese contexto, como Estados Unidos.

La globalización, ¿en dónde estamos?

Las implicaciones de la globalización no son sólo de índole política, cultural e ideológica, sino que tienen que ver con efectivas propuestas de cambio en el ámbito de las relaciones económicas y políticas en el ámbito internacional. En este sentido, la globalización llama a reconsiderar las relaciones internacionales y la diplomacia tal y como han sido entendidas y aplicadas hasta el presente, por parte del Estado-nación. Revisemos algunos de estos aspectos.

Los dogmas de la globalización no son enteramente novedosos: sus orígenes se remontan a la política del *open door*, cuya prédica proliferó en Estados Unidos desde finales del siglo xix, cuando la gran potencia comenzaba a avanzar sobre el mundo exterior. El contexto contemporáneo de las relaciones internacionales no oculta sus signos. Parece fatal insertarse en el gran tablero, pero con la conciencia de que la competencia ni será benévola ni será leal. La desigualdad, que insurge con una fuerza antes no imaginada, afectará tanto a

los Estados-nación como al propio proceso de globalización. Así, a la crisis del Estado-nación, que algunos teóricos han percibido con sumo dramatismo, se añade, de manera inesperada, el cuestionamiento a su principal y más poderoso adversario, la globalización. Se la percibe como un fenómeno que atenta contra los Estados débiles, y en efecto pueden ser los más afectados, pero no menores aprensiones o resistencias se generan en países poderosos como Estados Unidos.

Con la globalización ocurre algo peculiar: no hay problema en el mundo del cual la globalización no aparezca como responsable. Como se lee en *Foreign Policy*, si el Estado-nación está en decadencia, si se pierden empleos (en los grandes o en los pequeños países), si el aire o el agua están contaminados, si se duda de la identidad cultural, la globalización debe ir al banquillo. En el gran debate, unos son ponderados y lúcidos, críticos, sin duda, como el sociólogo Immanuel Wallerstein y el economista Amartya Sen; otros, opuestos, como el sociólogo Ulrich Beck. En la diversidad del debate, dos analistas, John Micklethwait y Adrian Wooldridge, asumieron el expediente contra la globalización, en *Foreign Policy Magazine* (2000) donde ofrecen un panorama para la reflexión, basado en los cuestionamientos más persistentes¹.

Recogen las preguntas ajenas y ofrecen sus respuestas propias: ¿Significa la globalización el triunfo de las grandes corporaciones? ¿Está destruyendo la globalización el medio ambiente? ¿Convierte la globalización a la geografía en algo irrelevante? ¿Es, acaso, sinónimo de americanización del mundo? ¿Significa un retroceso en los estándares del trabajo? O, ¿es irreversible como fenómeno o tendencia? ¿Propicia la expansión de poder de organizaciones como la OMC? Micklethwait y Wooldridge responden de manera pormenorizada (y también imaginativa) a estas interrogantes. Como ejercicio, la reflexión tanto como el método son válidos, sea cual fuere el grado de discrepancias que susciten. Proporcionalmente, responden a la primera pregunta, el producto de las corporaciones ha declinado, no ha aumentado.

Un ejemplo: Motorola Inc. se considera como el líder indiscutible del “wireless world”, pero ha sido humillada por Nokia, una compañía finlandesa relativamente pequeña que hasta hace una década estaba más interesada en el papel higiénico que en los teléfonos celulares. Tanto la ATT como la General Motors aparecen ahora vulnerables. Encuentran que la aserción de que las corporaciones son más poderosas ahora que los Estados es distorsionante. En vez de reducirse, los Estados se han expandido, en Occidente se mantienen poderosos, y en Europa Occidental consumen más de 40% del PIB. Jack Welch (*the face of American Big Business*) tropezó con burócratas anónimos

¹ Los autores son, respectivamente, el editor y el corresponsal en Washington de *The Economist*, y autores de *A Future Perfect: The Challenge and Hidden Promise of Globalization* (2000).

de la Unión Europea que impidieron la fusión más grande de la historia, entre la General Electric y la Honeywell.

¿Está la globalización destruyendo el ambiente? Micklethwait y Wooldridge tienen argumentos diversos y comprobables para negarlo. Hay países que tienen regulaciones rigurosas. Mientras se apunta hacia la globalización se exigen regiones y sociedades. En cuanto a la disputa sobre el Protocolo de Kioto, no es al mercado al que se debe responsabilizar, sino al presidente George W. Bush.

La geografía, ¿la hace, en efecto, irrelevante? No. La economía mundial se organiza en regiones de excelencia. La muerte de la distancia no es la muerte de la geografía, piensan. ¿Significa, entonces, americanización? No necesariamente, sostienen Micklethwait y Wooldridge. Aquí argumentan políticamente. Sí, la globalización se inclina hacia virtudes liberales como la obligación de rendir cuentas, transparencia y derechos individuales que se identifican con los valores estadounidenses. Los clásicos del liberalismo fueron ingleses y las palabras que definen esa política son francesas: *laissez faire*. En Europa, ciertamente, se impone cada vez más el modelo capitalista anglo-americano de los accionistas. Lo cual no significa que los europeos se conviertan en facsímiles de Estados Unidos. Europa, por el contrario, con un mercado de 500 millones de personas, entrena sus músculos contra Estados Unidos. La globalización no implica la americanización de la cultura, a pesar de que los filmes estadounidenses se vean en todo el mundo. La mitad de las 20 más importantes casas editoriales de Estados Unidos y 50% de sus estudios de cine pertenecen a inversionistas extranjeros. La globalización permite escoger.

¿Afecta la globalización las condiciones de trabajo? Los autores piensan que no. Que cuatro equívocos ensombrecen el paisaje. No se preocupan tanto los empleadores sobre el precio del trabajo como de su calidad. No cabe duda de que algunas compañías prefieren para producción rutinaria las regiones donde el precio-hora es más bajo. Pero lo que, en general, buscan no son los trabajadores baratos sino los productivos. Frecuentemente, observan, los más productivos son aquellos con mejor educación, acceso a las mejores máquinas y un sistema de soporte que incluye buena infraestructura. Estados Unidos es el primer receptor de inversión directa extranjera. Si la tesis de que la globalización afecta negativamente los salarios o las condiciones de trabajo, la inversión directa iría a países con bajos salarios y más pobres estándares de trabajo. Desde la fundación del GATT, en 1948, la economía mundial ha crecido seis veces, en parte, porque el comercio se expandió 16 veces en ese período. La OCDE calcula que las naciones (relativamente) abiertas al comercio han crecido el doble que las que aún permanecen (relativamente) cerradas. A pesar de la crisis asiática, según el Banco Mundial, 800 millones de personas salieron de la pobreza absoluta en la última década.

Al alegato de los adversarios de la globalización que consideran a ciertas instituciones multilaterales como antidemocráticas, en particular la OMC y el FMI, los analistas responden con buenos y bien fundados argumentos. Niegan tal aserción de modo enfático, aun cuando reconocen que ni la OMC o el FMI, son *paper tigers*. Pero son, en efecto, menos poderosos de lo que se les supone. La OMC es un mecanismo arbitral que resuelve las cuestiones y las diferencias que le someten los Estados miembros, y tiene como objetivo final regular el sistema de comercio mundial. Cuando se creó en 1948 apenas tenía 23 Estados miembros, ahora tienen 142, el último en ingresar es China, y 20 más negocian su ingreso, entre ellos Rusia. El FMI es un organismo para el manejo de crisis financieras. Impone, como lo reconocen, severas condiciones para las reformas estructurales, y lo hacen con arrogancia e insensibilidad, pero los gobiernos sólo recurren al FMI cuando confrontan serios problemas. Éstos derivados, en no pocas ocasiones, de políticas erráticas o de endeudamientos equívocos. Para Micklethwait y Wooldridge, quienes deciden en el FMI son los Estados, los más poderosos financieramente, en primer término, como Estados Unidos. Afirman resueltamente: bajo todo punto de vista, los gobiernos nacionales son mucho más importantes (o influyentes) que las instituciones globales. Éstas tienen otros ojos que las vigilan, las ONG que han proliferado de manera imprevista, de 6.000 en 1990 pasaron a 26.000 en apenas una década. Sólo en Ginebra, 1.700 rodean a los organismos de la ONU. Si es cierto que los servidores civiles que manejan esas instituciones no son popularmente elegidos, responden, en todo caso, a los Estados miembros. ¿Pero, a quién responden y quién elige a los representantes de las ONG? La pregunta es válida como respuesta.

La última cuestión que abordaron los analistas tiene que ver con la idea de que la globalización es irreversible. Piensan que no. Primero, por la naturaleza de la globalización: no es una estructura, sino un proceso, altamente desigual y frecuentemente contradictorio. La segunda razón es la naturaleza humana, no siempre predecible. La gente se preocupa más de lo propio y de lo cercano que de lo distante. El tercer factor –piensan Micklethwait y Wooldridge– es la historia. “Vivimos –sostienen– en la segunda era de la globalización más que en la primera. Miren 100 años atrás y descubrirán un mundo que, por diversas medidas económicas, fue más global de lo que es el de hoy. Usted podía viajar sin pasaporte, el patrón oro era la moneda internacional, y en el cual la tecnología (autos, trenes, barcos, teléfonos) fueron haciendo el mundo más pequeño. Los ‘sabios’ (*pundits*) tenían entonces la idea de inevitabilidad de la globalización. Norman Angell, incluso, escribió un libro en 1911, *The Great Illusion*, donde argumentaba que la guerra era (entonces) imposible porque la integración económica hacía a la gente tan dependiente una de otra como para preocuparse con males tan arcaicos. Aquella gran ilusión fue hecha pedazos (...) Las dos próximas décadas vieron dos guerras mundiales, la proliferación del proteccionismo, la contracción de la economía mundial, el surgimiento del fascismo y del comunismo, una parte de la historia que tanto los partidarios de la globalización como sus adversarios deben tener en mente.”

Una posición de equilibrio en el gran debate la asume Amartya Sen. Para el economista hindú, la opción es clara: está con la globalización. Pero advirtió: “No siempre funciona, y no funciona de inmediato en el mejor interés de todos. Una denuncia radical de la globalización no nos llevaría a ninguna parte”. Para Sen, el reto consiste en cómo hacerla más humana y más justa. Es preciso dedicarle atención a las condiciones laborales, “requiere, además, de un mayor activismo por parte del movimiento obrero, de la resurrección de los esfuerzos de cooperación, de la revisión de la arquitectura financiera del mundo porque esta estructura nació en los años 40 y ya no refleja la realidad”. Como un hombre que busca el mejor camino, y quiere despejarlo de dogmas, Sen le da gracias a Dios porque existe el movimiento antiglobalización. Sin ese movimiento quedaría amputada, y sus perversidades probablemente sin sustanciación: “Necesitamos el mercado, pero no debe ser el elemento dominante sobre otras instituciones. Necesitamos democracia, necesitamos activismo político. Necesitamos movimientos sociales de varias clases. Necesitamos a las ONG. Vivimos en un mundo donde existe la necesidad de instituciones pluralistas y el reconocimiento de diferentes tipos de libertad, económica, social, cultural y política, las cuales están interrelacionadas” (Sen, 2001). La complejidad, piensa Sen, no siempre permite descifrar los signos de la realidad contemporánea.

La reflexión que suscita el debate convoca a un análisis sobre la globalización sin hacer concesiones a los dogmas de uno y otro lado. No pocas veces, en los argumentos cuestionadores, se ocultan los intereses inconfesables de los sectores más conservadores que ven en la globalización un riesgo para sus privilegios. No tienen inconveniente en abogar por la causa de los débiles, pero para que sigan siendo débiles. Que 143 Estados sean miembros de la OMC indica, simplemente, que ninguno desea quedarse al margen de los intercambios. La cuestión esencial radica, en última instancia, en la equidad de las reglas del juego. Se hacen entonces indispensables la búsqueda del equilibrio y la comprensión de las grandes tendencias, como el reconocimiento de que no habrá globalización posible si no se atiende a la desigualdad como factor predominante de nuestras sociedades.

Los desafíos del Estado-nación

Es obvio que la globalización tiene y tendrá sus implicaciones sobre el Estado-nación. Desde la década de los 70, con la irrupción de las grandes corporaciones internacionales, se advirtieron los grandes cambios en la escena económica. El fenómeno generó un duelo que tuvo como escenario la ONU. Conjuntamente con los grandes Estados, especialmente EEUU y las corporaciones, se inició entonces una batalla contra los Estados democráticos que consideraban fundamentales su intervención en la economía y sus compromisos con el bienestar de sus pueblos. Con otras modalidades, el fenómeno reaparece con retos más sofisticados y diversos.

La cuestión final radica en cómo van a jugar tan variados factores en este complejo ajedrez del siglo xxi. La globalización, en su vinculación con el neoliberalismo, parte del evangelio del libre mercado, en sus formas más ortodoxas. Si bien las economías controladas por el Estado habían caído en sus propias crisis, y perecieron ante las tentaciones de la burocratización, las crisis periódicas del mercado constituyen una advertencia severa sobre la necesidad de fórmulas equilibradas. Ni intervencionismo ni abdicación. La crisis del Estado-nación se vincula así a las prácticas neoliberales y al fenómeno globalizador en curso. De ahí que sea preciso revisar la crisis (o las crisis) del Estado en aspectos como el Estado de bienestar al interior de cada país y la crisis del Estado-nación en el marco de la dinámica internacional.

Desde la perspectiva económica, el neoliberalismo pone en jaque al Estado de bienestar en tanto se traduce en propuestas como el establecimiento de disciplinas fiscales (reducción de gastos públicos e incremento de los impuestos), la liberalización del comercio (reducciones arancelarias, de permisos de importación y de cualquier obstáculo para comercio internacional; esto es, eliminación del proteccionismo) y la apertura hacia la inversión extranjera. No implica necesariamente la privatización de empresas estatales y la limitación de la labor del Estado en materia económica, pero esto figura en la agenda que se quiere imponer desde los grandes centros de poder. En el marco de la globalización, el neoliberalismo da lugar a la desaparición de las fronteras para los flujos financieros y los intercambios de bienes y servicios. Los capitales se ubican en zonas donde encuentran menores regulaciones, contrariando la lógica de los gobiernos de esos Estados. No obstante, en el panorama global las prerrogativas de los Estados-nación no serán susceptibles de reformas incompatibles con sus propios intereses. Ni China, ni Rusia, ni la Unión Europea (como conjunto de países), ni el propio Estados Unidos, cederán en determinadas materias. Tampoco los Estados-nación del mundo en desarrollo.

Del otro lado, reflexionar sobre la relación entre la crisis del Estado-nación y el proceso de globalización implica considerar aspectos tales como: a) la definición y componentes del Estado-nación; b) la definición y caracterización del proceso de globalización, con especial énfasis en sus vinculaciones con el neoliberalismo; c) el análisis de los aspectos críticos del Estado-nación en el marco de la globalización; d) los cambios en la política exterior como consecuencia del proceso de globalización; e) las críticas a la globalización, y f) la relación de aspectos que favorecen la pervivencia del Estado-nación. Aun cuando de manera fragmentaria, aquí tratamos de abordar algunos de esos aspectos.

La globalización se hace posible gracias a la creciente posibilidad de comunicación más allá de las fronteras de los Estados-nación y se produce sin intervención de esos Estados, cuyas funciones tienden a tener menor importancia en el escenario global. Se expresa en el surgimiento de agentes supraestatales y de un amplio espacio público que asume las cuestiones interna-

cionales junto a los Estados nacionales que tienen poco o ningún control sobre el proceso.

En el marco de la dinámica mundial se discute entonces si las tendencias globalizadoras darán lugar a una definitiva desaparición del Estado-nación o si, por el contrario, propiciarán su reacomodo y pervivencia en el futuro. Es un lugar común que el proceso de globalización supone una necesaria redefinición del rol del Estado-nación, en tanto son claras y diversas las implicaciones para todos los Estados-nación del mundo y, muy particularmente, para los países que se incorporan al mundo de la globalización en condiciones de desventaja. En este caso está Venezuela, donde el petróleo ha sido el primer factor de globalización, quizás sin que nos hayamos dado cuenta. Por ello, quizás sea pertinente, al abordar los desafíos del Estado-nación, volver los ojos al pensamiento de los venezolanos, sin duda, rico y variado. Como pocos en el mundo, los venezolanos tenemos una relación amor-odio frente al Estado. Por consiguiente, el tema no nos ha sido ajeno.

Para el internacionalista Carlos Romero, la crisis del Estado-nación puede ser interpretada desde dos perspectivas: "... para los neorrealistas, la globalización es el producto del reacomodo del balance de poder entre Estados y el resultado de la distribución imperfecta del poder internacional y el poder particular de cada Estado. Más aún, el Estado sigue teniendo un rol fundamental (...). Los neoliberales, por el contrario, ponen el énfasis en el estudio y la comprensión de los cambios globales en el marco de la economía internacional y no en el plano político (...) definen la globalización como un proceso mediante el cual las relaciones van más allá de las fronteras nacionales y la sociedad civil transnacional define el nuevo orden mundial (...) la globalización es para el neoliberalismo una oportunidad para desregular la economía internacional (hacia una economía abierta), promover la cooperación (sobre la base de ganancias compartidas) e incentivar la descentralización política (multiplicidad de actores)" (Romero, 1997).

Por su parte, Heinz Sonntag, luego de señalar que la globalización es uno de los aspectos de la crisis contemporánea en todas sus facetas, advierte que "la actual aceleración de la mundialización implica entonces, otra vez como globalizaciones anteriores, transformaciones civilizatorias bastante hondas en el marco de la misma civilización: en la visión del mundo y hasta en la cosmovisión, en los valores y las normas, en las conductas y los hábitos, etc. Por ejemplo, una de sus consecuencias a nivel colectivo y subjetivo es el individualismo extremo, fruto del fetichismo del dinero y del consumo, que amenaza seriamente con socavar las bases de solidaridad y cohesión sociales en algunas sociedades mientras que despierta reacciones fundamentalistas en otras". Y más adelante señala que "en semejante contexto intelectual e ideológico, que ciertamente es una derivación del pensamiento único y la correspondencia en el acto de saber a la globalización fundamentalista y fetichizada, no valen, a nivel de cada individuo, ni los proyectos de actores colectivos ni mucho menos

para sociedades, ni lealtades para con el Estado-nación, ni intentos de diseñar modelos de desarrollo que sean beneficiosos para toda la sociedad o un grupo de sociedades” (Sonntag, 1999).

El debate está abierto, pero como nunca antes se pone en duda la abdicación del rol del Estado-nación, como consecuencia de las prácticas globales. De acuerdo con esto se tiende a imponer una nueva dinámica mundial y un nuevo marco para las relaciones internacionales en la que coexisten decisiones de carácter global junto a las decisiones particulares de los Estados. En un ensayo donde analiza los problemas de la gobernabilidad en Venezuela, y su vinculación con la política exterior, Elsa Cardozo de Da Silva resalta la creciente vinculación entre las políticas domésticas y la dinámica internacional y señala la también creciente tendencia hacia una mayor atención a los factores externos que a los domésticos. En este sentido señala que “la política exterior no es mera acción exterior. Debe en cambio ser concebida como un proceso en el que están encadenadas elecciones individuales y decisiones colectivas, decisiones públicas y privadas, alrededor de una agenda que es resultado de ese mismo proceso de encadenamiento entre dos tableros de juego: uno doméstico y uno externo” (Cardozo de Da Silva, 1997).

En última instancia, hay factores que indican la pervivencia de los Estados-nación y el mantenimiento de su rol en la definición y ejercicio de la política internacional. Existe un gran número de Estados con fuerte identidad nacional que pretenden conservar su capacidad de acción al interior de sus respectivos países. La penetración cultural y la consecuente crisis de las identidades nacionales han dado lugar, como contrapartida, al surgimiento de demandas de índole multicultural y de tolerancia a las diferencias. Frente a un modelo económico que somete las economías nacionales a una dinámica global sobre la cual los Estados-nación delegan decisiones capitales, surgen argumentos críticos. Pese a la crisis del Estado de bienestar y a las demandas de no injerencia, los Estados han debido intervenir en la resolución de los grandes conflictos que se generan a raíz de la aplicación de medidas económicas drásticas. En la resolución de esos conflictos, el Estado pondera sus políticas. Las prácticas redistributivas a través de programas sociales han tendido a acentuarse. Pese a todos los cuestionamientos que recibe, el Estado-nación sigue ejerciendo el papel dentro de su sistema jurídico, como garante del orden y del cumplimiento de las leyes. El plan neoliberal no ha avanzado sin contratiempos, y no son pocos los casos en que los Estados nacionales deben intervenir para asegurar el éxito o evitar el fracaso de las iniciativas privadas. Joaquín Marta Sosa afirma con razón que: “estamos volviendo a una situación en la que repentinamente las regulaciones vuelven a ser buenas y el sector público vuelve a ser necesario, y los controles vuelven a ser indispensables. Y eso nos regresa al problema del Estado. En unos casos fue el Estado muy débil, como es el caso venezolano, y en otros casos eran Estados fuertes, pero que al socaire del neoliberalismo de alguna manera se fueron debilitando. Hoy nos encontramos entonces (...) que tienen que volver a recuperar su clásica función

de instituciones públicas de control, regulación y asistencia, justo cuando la globalización parece que comenzaba su despliegue más importante (...) eso vendrá, está viniendo, lo piden a gritos los propios sectores empresariales” (Marta Sosa, 1999). En Estados Unidos, por ejemplo, sin la decidida intervención del Estado norteamericano en la economía de ese país, las implicaciones de la recesión y de los brutales sucesos del 11 de septiembre, serían impredecibles. La inversión económica del sector privado en Venezuela depende de los riesgos que asuma el Estado, al cual, por lo demás, corresponde camppear sus propias crisis y las ajenas.

La realidad contemporánea será más fuerte que los designios teóricos de la globalización como pudieron haber sido concebidos por algunos teóricos del unilateralismo. La opción es clara: la globalización no puede llevarse a cabo partiendo de la abdicación de los Estados-nación. Fenómenos como los de la integración modifican el rol tradicional de los Estados, pero son los Estados los que finalmente los conciben y los respaldan, mientras preservan su prerrogativa final de decisión.

Estados Unidos, dualidad y ¿hegemonía?

Para aproximarse al tema del Estado-nación y sus desafíos en el siglo *xxi*, conviene mirar a los más poderosos, porque ellos darán la pauta y de algún modo influirán en la suerte de los otros Estados. Los norteamericanos estuvieron entre los primeros en abordar el debate. Antes que el “siglo americano” terminara, los analistas de la política mundial apostaron a revelar las incógnitas que pudiera guardarles la Esfinge del siglo *xxi*. Sobre todo, quisieron vislumbrar el papel de Estados Unidos en el mundo. Entre los más connotados magos del diagnóstico figuraron Zbigniew Brzezinski, Samuel Huntington, Henry Kissinger, Paul Krugman e Immanuel Wallerstein. Las piezas del rompecabezas de la política mundial en el siglo *xxi* prometían ser, según los signos de la realidad, las siguientes: Estados Unidos, China, la Unión Europea, Rusia, Japón, los países asiáticos, y, finalmente, América Latina, con sus perspectivas de integración. Los países árabes figuraban en el tablero de esos diagnósticos de manera, quizás, relativa: como proveedores de petróleo.

Estados Unidos, sin duda alguna, será uno de los grandes protagonistas, pero no el centro hegemónico. El siglo *xxi* advirtió muy temprano que los diagnósticos o las predicciones estratégicas, generalmente ignoran los factores impredecibles de la realidad. Veamos, a manera de reflexión, las percepciones que se formulaban en torno al papel y las posibilidades de ese país en el siglo *xxi*. Eran contradictorias, como es natural. La unanimidad conspira siempre contra la fecundidad de la imaginación. Una tesis era sostenida por Mortimer Zuckerman (1998), y la llamaremos la tesis “panglossiana”. Zuckerman postuló la tesis de “un segundo siglo norteamericano”. Se basaba en hechos como éstos: la economía de EEUU está en su octavo año de desarrollo sostenido, aventajando a Japón y Alemania. “La prosperidad norteamericana es estructu-

ral, no transitoria –decía–, y su ventaja sobre Europa y Asia se ampliará con el tiempo”. El analista terminaba con una afirmación casi desafiante: “Tuvimos el siglo xx. También tendremos el xxi”. Sus argumentos hicieron crisis.

Otro analista, el economista Paul Krugman, joven y ya famoso, sostiene una tesis diferente (también en *Foreign Affairs*) a la excesivamente optimista de Zuckerman. La llamaremos la tesis “prudente”. Krugman sostenía que “hace unos años ciertos sabios (o *pundits*) estaban convencidos de que Estados Unidos iba siendo dejado atrás por Europa y Asia, y debían emular sus más intervencionistas Estados para mantenerse competitivos”. Ahora, según Krugman, es un lugar común sostener que EEUU es número uno y que el resto del mundo debe adoptar sus políticas de *laissez-faire*. “En efecto –dice–, ninguna de estas caricaturas es cierta”; “Asia estaba floreciendo, ahora está marchitándose, pero regresará”.

Para el economista, persistirá la osificación europea. Pero lo que es importante es que, mientras la economía de EEUU atravesaba un período de florecimiento sólido, nada fundamental había cambiado. La rata de crecimiento a largo plazo no se había acelerado, la productividad no se había elevado y la rata de desempleo estructural había disminuido sólo en 1%, cuando máximo. “Al venir la nueva recesión, todo este triunfalismo aparecerá muy tonto”, concluía Krugman. Ahora, los hechos están a la vista: la recesión ha vuelto. Con la recesión y los sucesos del 11 de septiembre, volvió también la intervención del Estado en una magnitud probablemente mayor que la del Gran Crash de los años 30. Sin la intervención y sin los recursos estatales, la recesión atentaría contra la propia estabilidad del Estado y de la sociedad estadounidense.

Desde una perspectiva de más aguda visión, Zbigniew Brzezinski contribuyó al debate sobre el papel de Estados Unidos, y de los otros estados en un mundo cambiante. En *Out of Control / Global Turmoil on the Eve of the 21st Century*, Brzezinski sostiene que Estados Unidos “no podría ser ya más ni el policía global, ni el banquero global, ni el moralista global”. Para Brzezinski el protagonista fundamental del siglo xxi no será un Estado o una potencia, sino un factor social: la desigualdad. Lo formuló de esta manera: “... la desigualdad fue tolerada porque los continentes estaban separados por inmensas distancias, caracterizados por culturas remotas o desconocidas entre sí, pero en un mundo que se ha convertido en más próximo y más íntimo, caracterizado por un despertar político masivo, la desigualdad se está haciendo intolerable”. La demografía contará decisivamente en las complejidades de este factor. Dice Brzezinski: “El crecimiento demográfico global es altamente desigual. Afectará de modo especial las porciones más pobres de la humanidad. Así, mientras crece la población mundial, la desigualdad en la distribución de la riqueza será mucho más evidente” (Brzezinski, 1994).

Aun cuando el factor predominante no será un Estado, sino la desigualdad, el autor de *Out of Control* no le rinde incondicionalidad a su país, y piensa que

el siglo XXI, si es que se le debe dar un nombre, para él será “el siglo de China”. Con una población de 1.200 millones de habitantes, con un desarrollo espectacular, China ha sido considerada por algunos analistas mundiales como la potencia emergente. China y los antiguos países de la URSS, y en especial Rusia, son analizados dentro de un contexto realista. Se contrasta la evolución de ambos países: la solidez de China frente al caos económico de Rusia, y se comparan ambos procesos. China tuvo un crecimiento económico de 8% en 1998. Hay un evidente proceso de liberalización de la sociedad china, mientras el país progresa económicamente; alrededor de 10 millones de chinos han constituido empresas medianas.

Ninguno de esos analistas, con la excepción tal vez de Brzezinski, tiene la sutileza y la profundidad de Immanuel Wallerstein, en su ensayo de 1992, *Estados Unidos y el mundo: hoy, ayer y mañana*. Intentemos una rápida glosa de sus puntos de vista: “Al parecer Dios otorgó sus bendiciones a Estados Unidos tres veces: en el presente, en el pasado y en el futuro. Digo que parece porque los caminos de Dios son misteriosos y no podemos fingir que estamos seguros de comprenderlos. Las bendiciones de que hablo son las siguientes: en el presente, prosperidad; en el pasado, libertad; en el futuro, igualdad”.

Cada una de esas bendiciones ha implicado siempre medir a Estados Unidos con el mundo. Pese a la larga historia que Estados Unidos tiene de verse a sí mismo como muy alejado del mundo, y especialmente alejado de Europa, en realidad siempre se ha autodefinido en términos del mundo. Y el resto del mundo a su vez lleva ya 200 años colocando a Estados Unidos en el primer plano de su atención. El problema con las bendiciones de Dios es que tienen precio, Wallerstein lo dice así:

... el precio que estamos dispuestos a pagar siempre es una llamada a nuestro sentido de la justicia. Cada bendición ha traído consigo sus contradicciones, y no siempre es obvio que quienes reciben las bendiciones son quienes pagan el precio. Al pasar de hoy a mañana, es tiempo de contar nuevamente nuestras bendiciones, evaluar nuestros pecados, sacar las cuentas y examinar el resultado final.

Como Brzezinski, para Wallerstein el hoy o la era de la prosperidad de Estados Unidos se inició en 1945 y terminó en 1990. “En ese período, —escribe—, exactamente en ese período y no después, Estados Unidos fue la potencia hegemónica de nuestro sistema mundial. El origen de su hegemonía fue nuestra prosperidad; la consecuencia de esa hegemonía fue nuestra prosperidad; el signo de esa hegemonía fue nuestra prosperidad. ¿Qué hicimos para merecer ese raro y singular privilegio? ¿Nacimos grandes? ¿Alcanzamos la grandeza? ¿Se nos impuso la grandeza?”

La prosperidad de Estados Unidos nació de la Guerra Mundial. Sus equipos e infraestructura habían quedado intactos. Frente a la destrucción de los demás, la brecha creó la posibilidad de que en los 25 años siguientes las empre-

sas norteamericanas prosperaran como nunca antes. La prosperidad asombró al mundo. La prosperidad es también una carga: la presión por mantenerla. Las tres condiciones para mantener la prosperidad, según el sociólogo, son clientes para su inmenso parque industrial, orden mundial para que el comercio fluyera sin tropiezos y seguridad para que los procesos de producción no se interrumpieran (Wallerstein, 1996).

La situación económica de Estados Unidos y, en consecuencia, su rol como potencia hegemónica mundial parecen estar en transformación, como lo observan Brzezinski y Wallerstein. Esto, sin duda, tendrá incidencias en el papel, también hegemónico, que viene desempeñando en el marco del proceso globalizador. Se supone que Estados Unidos es el país más interesado en el proceso de globalización. Sin embargo, se pueden comprobar varias paradojas en la política estadounidense que es preciso anotar. En primer término, una tendencia al unilateralismo, traducida en el desconocimiento de decisiones multilaterales de la comunidad internacional como el Protocolo de Kioto, el Tribunal Penal Internacional, el Tratado ABM con Rusia, y sus posiciones duales frente a la Organización Mundial de Comercio, y el proceso de negociaciones.

La OMC, como test global

Si el clima ha variado en Washington en cuanto a políticas exteriores (después del 11 de septiembre), el representante comercial de Estados Unidos, Robert Zoellick, parece percibirlo como una oportunidad. En el Instituto de Economía Internacional, en Washington, a los pocos días de la tragedia, Zoellick dictó una amplia conferencia sobre comercio internacional y las ventajas que el intercambio le ofrece a su país, ilustrada con argumentos de variada naturaleza, y con cifras que tratan de ir más allá de la persuasión al Congreso, y a los innumerables adversarios del proceso de globalización que tienen sus cuarteles en el propio Estados Unidos y, sobre todo, en los poderosos sindicatos de la AFL-Cio.

Para Zoellick, “el sistema global de comercio ha demostrado que es la vía para resolver los problemas de la pobreza”. Al ir a las cifras, se remitió a un reciente estudio del Banco Mundial, que compara las economías de países en desarrollo que abrieron sus economías y los que rehusaron o no lo han emprendido: “El ingreso *per cápita* creció en los primeros en 5% anual, en tanto los otros disminuyeron el suyo en 1%. El índice de pobreza absoluta, cayó en los países abiertos al proceso de manera absoluta en los últimos 20 años y el ingreso familiar creció con la economía”.

Zoellick señaló una de las grandes paradojas norteamericanas, al ilustrar lo que ocurría en el mundo en materia de integración y negociaciones. Mientras Estados Unidos –dijo– se mantiene al margen, y la autoridad para negociar (Trade Promotion Authority) el Congreso la posterga, ¿qué ocurre en el mundo? Zoellick hizo un balance generalmente poco conocido: la Unión Europea

ha suscrito 27 acuerdos bilaterales de libre comercio, 20 de los cuales fueron negociados en la década de los 90, y está negociando 15. Después de suscribir el Nafta, México ha negociado 9 acuerdos de libre comercio con 32 países. Japón trabaja en un acuerdo con Singapur, y explora opciones con Canadá, Corea, México y Chile. Zoellick añadió estas cifras: en la actualidad están en vigencia 130 acuerdos de libre comercio, y Estados Unidos es parte sólo de 2. En el hemisferio occidental hay 30 acuerdos, y Estados Unidos pertenece sólo a uno, el Nafta.

Las oportunidades que ofrecen estos acuerdos están cerradas para los comerciantes y trabajadores norteamericanos, dijo Robert Zoellick e invocó una anécdota más, y se refirió al caso de Chile. Expresó: “En 1994, el entonces presidente de México, Ernesto Zedillo, el primer ministro Chretien, de Canadá, y el presidente Clinton, dijeron, ‘vamos a negociar un acuerdo de libre comercio con Chile’. Lo hizo México, lo hizo Canadá, Estados Unidos no lo hizo”. A esto añadió las consecuencias negativas para Estados Unidos, bien señaladas con ejemplos. “Lo que otros están haciendo sin nosotros –dijo casi sombríamente Mr. Zoellick– determinará las reglas del futuro en materia de comercio, sanidad (*standards* fitosanitarios para la agricultura), manufacturas, nuevas tecnologías, sistemas de comunicaciones, propiedad intelectual, acuerdos aduanales, servicios, altas tecnologías, y nuevas redes de negocios.” Un crítico del unilateralismo no habría hablado con la elocuencia y el conocimiento del representante comercial de Estados Unidos.

Para los críticos de la globalización como dominio de las grandes corporaciones, Zoellick apeló a otros datos, no menos elocuentes: se refirió a los pequeños negocios de Estados Unidos, y a lo que significan. Dijo que generaban 50% de PIB y creaban 75% de los nuevos empleos. Para ellos el comercio es cada vez más importante. El 97% de las empresas exportadoras de EEUU tienen menos de 500 empleados, y 60% de los exportadores tienen menos de 20 empleados. Un 29% del total de las exportaciones las llevan a cabo los pequeños empresarios. De las exportaciones a América del Sur y Central, 40% corresponden a esas empresas. El índice de pequeños exportadores a China creció en 167% entre 1992 y 1998, y el valor de sus exportaciones creció en 84%. Evidentemente, Zoellick respondía a los sindicatos de la poderosa AFL-Ciosl que tienen una campaña intransigente contra el libre comercio.

El momento parece propicio. Robert Zoellick no se rinde, por lo menos ante el Congreso, bastión del proteccionismo y los subsidios. Su conferencia ante el Instituto Internacional de Economía es una lección de cómo el unilateralismo puede dejar atrás a Estados Unidos, contra la percepción quizás equívoca que reina en el mundo. Una cuestión es crítica: los subsidios a la agricultura que ahora también encontrarán sus justificaciones en una economía en recesión. ¿Cómo entender la dualidad estadounidense de ser el país teóricamente más comprometido con la globalización, y, al mismo tiempo, ser sólo parte de dos tratados de libre comercio, mientras la Unión Europea ha suscrito 27?

Pero las contradicciones no se presentan sólo al momento de comparar la propuesta globalizadora con las prácticas económicas del gobierno estadounidense. Es posible apreciar también que el discurso que orienta las críticas al Estado-nación viene acompañado de prácticas que, lejos de afectar los componentes del Estado-nación de Estados Unidos, tienden a reforzar su papel. Es una pauta para los otros.

Conviene destacar, en primer término, que se viene propugnando un modelo global e integrador que no afecta el carácter de nación estadounidense en virtud del carácter unidireccional de los flujos de información y del proceso de globalización. Así, sus fronteras no desaparecen y, lejos de ello, crecen las medidas proteccionistas que pretenden salvaguardar al territorio norteamericano de las mercancías y personas que no desean recibir.

Al mismo tiempo, se trabaja para el mantenimiento de sentimientos vinculados a la unidad de la nación estadounidense y a su identidad y, para ello, se hace uso de un discurso nacionalista y patriótico en alto nivel y de los símbolos propios de la nación, su himno y su bandera. En un escrito de Oriana Fallaci (*El Mundo*, Madrid, en octubre 2001), a propósito del ataque terrorista ocurrido en Nueva York el 11 de septiembre, la periodista se interroga sobre la capacidad de unirse que caracteriza a los norteamericanos y responde que ello surge de su "patriotismo". Al respecto destaca cómo ellos, luego de la tragedia, han reforzado su sentimiento patriótico, enarbolando banderas y coreando ¡USA USA USA! Señala entonces: "Son grandes tipos los operarios de Nueva York. Más libres que el viento. No se les puede manipular. No obedecen ni a sus sindicatos. Pero si le tocas la bandera, si le tocas la patria... En inglés no existe la palabra patria. Para decir patria hay que unir dos palabras *Fatherland*, tierra de los padres. *Motherland*, tierra madre. *Nativeland*, tierra nativa. O decir simplemente *My country*, mi país. Pero sí existe el sustantivo patriotismo. Y exceptuando Francia, no me imagino un país más patriótico que Estados Unidos".

Con ello quedan a resguardo los componentes básicos del Estado-nación y de la nacionalidad estadounidense: su territorio, su población, su identidad nacional y su sentido de pertenencia. Al fin y al cabo, las posibilidades de penetración cultural en ese país, aun en el marco de la globalización, son muy limitadas dado el control que poseen sobre la tecnología de la información. Sin embargo, las minorías cada vez más influyentes constituyen un factor innegable de diversidad.

Resulta entonces significativo el rol que deberán desempeñar los grandes Estados en el escenario internacional. En el marco de la globalización, y, particularmente, luego de los sucesos del 11 de septiembre, en el caso de Estados Unidos se vislumbra una revisión de sus políticas, y, por ende, su papel en el proceso globalizador. Al mismo tiempo, y como consecuencia de la crisis del modelo económico dominante, tiende a reforzar los componentes básicos del

Estado-nación norteamericano. En suma, ¿debilitamiento internacional y fortalecimiento del Estado-nación?

En todo caso, la globalización futura, con sus ventajas y desventajas, no estará bajo el control de un único país hegemónico. Estados Unidos deberá abrirse al reconocimiento de otros actores para la definición y participación en la dinámica del proceso global. Deberá, asimismo, revisar sus posturas duales frente a la globalización y al Estado-nación y, deberá, finalmente, formar parte de un escenario en el cual la política internacional no se simplifica ni se limita a los inmediatos intereses estadounidenses, sino que se vincula a una multiplicidad de actores, ideas y prácticas ajustadas a un orden mundial diverso y multicultural y también equitativo.

Si la globalización tiene un test, éste radicaría en la apertura de los mercados para los países en desarrollo, en condiciones equitativas. Ante la Asamblea Nacional de Francia, en vísperas de la conferencia ministerial de Doha, Qatar, el director general de la OMC, Mike Moore, dibujó el estado del mundo, al tiempo que abogaba por el libre comercio. Invocó el argumento del desarrollo, y dijo: "... 1.200 millones de personas viven con menos de un dólar al día, otros 1.600 millones viven con menos de dos dólares. La primera responsabilidad recae sobre los gobiernos (el desarrollo requiere paz, buen gobierno, políticas económicas adecuadas, inversión en salud y educación). Pero, al propio tiempo, la comunidad internacional puede cooperar; los países pobres necesitan salir de su pobreza. El comercio es la clave del crecimiento, pero los países en desarrollo confrontan graves obstáculos en el acceso a los mercados de los países ricos. Abriendo estos mercados, podemos rescatar de la pobreza a millones de seres humanos. Dicho en otras palabras —añadió Moore—, el crecimiento a través del comercio posibilitará que se cumplan las metas de la Declaración del Milenio de Naciones Unidas, las de reducir la pobreza en un 50% para el año 2015". Regresemos a Brzezinski: "... la desigualdad se está haciendo intolerable".

Ulrich Beck es uno de los más agudos y conocidos críticos de la globalización. Al referirse a los proteccionismos, el negro, el verde y el rojo, se detiene en el expolio ecológico que implica que "los cangrejos del Mar del Norte, antes de introducirlos en el mercado de Hamburgo, sean trasladados a Marruecos para pelarlos, y luego a Polonia para empaquetarlos" (Beck, 1998). Un largo viaje. Ni los cangrejos (y, por ende, su inmortalidad) se salvan de la singular argumentación de la globalización. Ni ésta se detendrá, ni tampoco el debate. Como dijo George Steiner, en *La barbarie de la ignorancia*: "¡Qué aburrimiento si se termina la historia!".

A manera de apéndice

Para una apreciación, aunque fragmentaria, de los intercambios globales en el 2001, quizás sea oportuno consultar las estadísticas de la Organización

Mundial de Comercio, en su informe del 19 de octubre, 2001. Este es un resumen:

–Se prevé que el comercio en Europa occidental y en las economías en transición aumente algo más de 2%, mientras que el de América del Norte podría estar por debajo de la media mundial. Con toda seguridad, el Japón experimentará una reducción de sus exportaciones, junto con un crecimiento moderado de las importaciones. Estos pronósticos se basan en las cifras preliminares para el primer semestre de 2001 que apuntan que la desaceleración del comercio mundial este año será mucho más acusada de lo previsto. A comienzos de 2001 se esperaba que el comercio creciera 7% este año. Un factor importante de esta reducción más acusada de lo previsto del crecimiento económico mundial es la excesiva disminución de los gastos en productos de tecnología de la información. Otros factores son la inesperada gran reducción del crecimiento de la demanda en Europa occidental y el estancamiento de las importaciones de mercancías en Estados Unidos.

–El crecimiento, expresado en valor, del comercio de América del Norte se redujo durante el primer semestre de 2001, y en el segundo trimestre tanto las exportaciones como las importaciones estuvieron por debajo de sus niveles del año pasado. Se calcula que el valor de las exportaciones y de las importaciones de mercancías de Europa occidental ha aumentado sólo 2,5% y 1,5%, respectivamente. A escala mundial, el valor del comercio de mercancías aumentó sólo 1% en el primer semestre, en comparación con 12,5% durante el año 2000 en su totalidad.

–El informe pone de manifiesto que 2001 contrasta enormemente con el considerable crecimiento de la producción mundial y el comercio en 2000, cuando el aumento de la producción y el comercio de mercancías, 4,5% y 12,5% respectivamente, fue el mayor en más de una década. El crecimiento económico se aceleró en todas las principales regiones en 2000. América del Norte y los países en desarrollo de Asia, que habían registrado un crecimiento del PIB superior a la media mundial en 1999, registraron únicamente aceleraciones moderadas. En cambio, la actividad económica se incrementó fuertemente en América del Sur y Rusia, tras haberse estancado el año anterior. Se estima que el crecimiento de la producción de África se fortaleció en 2000, pero a un nivel todavía inferior al de los demás países en desarrollo, mientras que el crecimiento económico de Europa occidental alcanzó 3,4%, lo que supuso su mayor incremento en el último decenio. Entretanto, la recuperación del Japón siguió siendo mesurada y frágil.

–Los países en desarrollo realizaron una contribución superior a la media al enérgico crecimiento de la producción y el comercio mundiales en 2000. El aumento estimado de 15% del volumen de las exportaciones de mercancías de los países en desarrollo fue tres veces superior al crecimiento de su PIB, y sus participaciones en el comercio y la producción mundiales siguieron au-

mentando como lo habían hecho en la década de los 90. Además, sólo en pequeña parte es el resultado de precios del petróleo más elevados. Se debe más bien a su capacidad de aumentar su papel en las exportaciones mundiales de productos manufacturados, el sector más dinámico del comercio mundial. Los países en desarrollo alcanzaron 27% de las exportaciones mundiales de manufacturas en 2000, un aumento notable comparado con 17% que registraron en 1990.

Bibliografía

- Aron, Raymond (1984): *Los últimos años del siglo*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Beck, Ulrich (1998): *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Buenos Aires, México, Paidós.
- Brzezinski, Zbigniew (1994): *Out of Control / Global Turmoil on the Eve of the 21st Century*, Nueva York, Harper & Collins.
- Cardozo de Da Silva, Elsa (1997): "Venezuela: política exterior para la gobernabilidad democrática" en Richard Hillman y Elsa Cardozo (coords.), *De una a otra gobernabilidad: el desbordamiento de la democracia venezolana*, Caracas, Trópykos-UCV, p. 99.
- Marta Sosa, Joaquín (1999): "Estado, nación y globalización" en *Globalización, riesgos y realidades*, Caracas, Universidad Metropolitana -Banco del Caribe, p. 117.
- Micklethwait, John y Adrian Wooldridge (2001): "Think Again: The Globalization Backlash", *Foreign Policy Magazine*, septiembre-octubre.
- _____ (2000): *A Future Perfect: The Challenge and Hidden Promise of Globalization*, Nueva York, New York Times Books.
- Romero, Carlos (1997): *La descentralización política en Venezuela y la política exterior*, Caracas, Ediciones UCV.
- Sen, Amartya (2001): *The Progressive*, agosto 2001, vol. 68, n° 8.
- Sonntag, Heinz (1999): "Los valores democráticos en tiempos de 'globalización' y de 'posmodernismo'" en Miguel Albuja y Francisco Duarte (coords.), *Ética y democracia*, Caracas, Monte Ávila Latinoamericana.
- Wallerstein, Immanuel (1996): *Después del liberalismo*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- Zuckerman, Mortimer (1998): *Foreign Affairs*, mayo-junio.

ESTADOS-NACIÓN EN EL NUEVO CAPITALISMO GLOBAL: CONFINES DE LA DEMOCRACIA, SUBCONTRATACIÓN Y DERECHOS CIUDADANOS*

Jorge Rojas Hernández

Introducción

Las transformaciones mundiales que experimenta el capitalismo amenazan el corazón mismo de los Estado-nación, generando desigualdades entre los países ricos y pobres y al interior de las diferentes sociedades y grupos humanos que habitan en el planeta. Estos procesos de concentración ilimitada y perversa de la riqueza erosionan los sistemas democráticos y desestabilizan regiones y las relaciones internacionales.

En el caso de Chile, el Estado ha sufrido profundas mutaciones como consecuencia de las políticas de ajuste y privatizaciones, llevadas a cabo a partir de mediados de la década de los 70. El debilitamiento del Estado no fue acompañado de la debida regulación que garantizara los derechos de las personas y velara por el bien común. El poder incontrarrestable del capital privado –nacional e internacional– ha arrasado con la sociedad civil. La globalización de la economía ha desperfilado el Estado nacional, reduciendo su implantación en el territorio y en la sociedad.

Los partidos políticos, otrora articuladores de intereses sociales, han visto también disminuidas sus esferas de acción, reduciéndose en su función a la de meros “reparadores” o compensadores de las demasías del mercado, sin cuestionar el orden económico y social imperante ni proponer nuevas formas equitativas y sostenibles de convivencia social. Ello explica el desencanto ciudadano con la política, especialmente entre los jóvenes, así como el surgimiento de tendencias neopopulistas.

* Este artículo se escribió en el marco del Proyecto Fondecyt N° 1990383 “Trabajo temporero, flexibilidad y productividad en la empresa subcontratista de la VIII Región. Un estudio sobre los rezagos en la modernización socioeconómica de la actividad forestal”, Chile.

La transformación implica también una redefinición de la relación del Estado con la sociedad civil. En el pasado, la participación ciudadana tenía rasgos corporativos, se encauzaba a través del Estado y los partidos. En la actualidad, los procesos de individualización y la mercantilización de las relaciones sociales han atomizado la sociedad, dejando al ciudadano más solo frente al poder del mercado y las instituciones.

Entre el mercado y la ausencia del Estado, surge un nuevo individuo que empieza progresivamente a tomar conciencia de sus derechos y a exigir su respeto. La democracia electoral ya no es suficiente y se exigen formas más plebiscitarias y directas de participación en las decisiones. La fragmentación social y el achicamiento del Estado particularizan la política. En este contexto los individuos construyen redes, asociaciones particulares y exigen un Estado y un gobierno más accesibles y cercanos a sus vidas.

¿Qué queda del Estado nacional? ¿Qué queda de la comunidad nacional? ¿Cuánto de Estado y de comunidad tendrá el nuevo proyecto democrático? ¿Cómo sigue la historia? No se puede saber a ciencia cierta el rumbo que tomará el país. Sin embargo, todo indica –atendida la naturaleza de los problemas existentes y la dinámica de las fuerzas sociales interesadas en el cambio– que la sociedad chilena podría entrar en un nuevo curso de desarrollo democrático, con características diferentes a las del pasado, pero entroncadas históricamente. Enfrentar bien el mundo globalizado pasa por reformular el papel del Estado, la política, las regiones y la ciudadanía. De lo contrario, se produciría una profunda frustración histórica en la ciudadanía emergente.

Globalización y Estado nacional

La globalización es un proceso inevitable, como lo constatan diferentes autores y estudios recientes (Touraine, 1997; Castells, 1998; Giddens, 2000; Hobsbawm, 2000; Habermas, 2000). Este proceso implica múltiples transformaciones en diferentes esferas de la vida pública y privada, de la economía, el Estado y la sociedad en general. Para Giddens la globalización ha producido importantes cambios en la familia, las tradiciones, la democracia y en la vida íntima de las personas. También las naciones y el Estado-nación –que aunque siguen siendo poderosos– se han visto afectados, tornando más borrosa la soberanía y, sobre todo, abriendo grandes déficit democráticos entre las naciones y las fuerzas globales que afectan a las vidas de sus ciudadanos (Giddens, 2000, 92).

Los problemas económicos, pero también los ecológicos, sobrepasan las fronteras de los Estados nacionales, lo que repercute directamente en la acción política y en la función de los partidos políticos. Con Habermas (2000, 72-73), “En el marco de una economía globalizada, los Estados-nación sólo pueden mejorar la competitividad internacional de sus economías nacionales mediante una autolimitación de su propia capacidad de intervención. Esto justifica

las políticas de ‘adelgazamiento’ del Estado que dañan la cohesión social y someten a una dura prueba la estabilidad democrática de la sociedad”.

Siguiendo con su reflexión, Habermas sostiene que la “globalización de la economía destruye la constelación histórica que el compromiso social del Estado, transitoriamente, hizo posible” (2000, 74). Según el autor, en el siglo xvii se formaron en Europa los Estados que se caracterizaron por ejercer un dominio soberano sobre el territorio, recaudando impuestos y actuando como “Estado fiscal”; en el siglo xix, se consolida el “Estado nacional”, abriéndose a formas democráticas de legitimación, transformándose posteriormente —en la posguerra— en modelo universal, para luego evolucionar gracias a la regulación de la economía y, finalmente transformarse en “Estado social”. La globalización de la economía escapa a la intervención del Estado regulador, poniendo en peligro la existencia del Estado social, surgido del compromiso de clases.

Habermas sostiene que un Estado cada vez más enmarañado en las interdependencias entre la economía y la sociedad globales ve disminuida su autonomía, su capacidad de acción y su substancia democrática. El debilitamiento del Estado-nación está en relación directa con la erosión de algunas de sus prerrogativas, susceptibles de resumir en tres aspectos: a) el Estado ya no puede contar con sus propias fuerzas para proporcionar a sus ciudadanos la protección necesaria frente a los efectos externos de decisiones tomadas por otros actores o frente a fenómenos ocurridos más allá de sus fronteras (contaminación, tráfico de armas, crimen organizado, epidemias, riesgos de seguridad, peligros provocados por reactores atómicos, etc.); b) la pérdida de prerrogativas del Estado-nación en el ámbito nacional por el hecho de estar insertado institucionalmente en una red de acuerdos transnacionales, lo que socava la legitimidad democrática; c) una creciente incapacidad de desempeñar las funciones directivas y organizativas que contribuyen a asegurar la legitimidad (Habermas, 2000, 121-134). Para frenar esta erosión, según el autor, es necesario extender la solidaridad de manera que trascienda la limitada al Estado-nación, fomentando la solidaridad en la base de los países europeos, consolidando la voluntad democrática y la distribución de los recursos, con el fin de abarcar a todos los ciudadanos y lograr implantar sistemas comunes, como un salario mínimo europeo.

América Latina ha recorrido un camino inverso al de la Unión Europea. Algunas dictaduras encerraron los países en sus fronteras; otras rompieron los pactos locales, como el caso de Chile. De esta manera, cada país enfrentó en forma aislada el proceso de globalización. Sólo con el advenimiento de la democracia empieza a tomar cuerpo la idea de crear alianzas y mercados locales. El Mercosur es un buen ejemplo al respecto, pero aún es insuficiente. No obstante que han aumentado las relaciones comerciales entre países latinoamericanos, aún existen grandes déficit en la esfera política, social y cultural. La extensión de la solidaridad continental institucionalizada podría ser un me-

canismo eficiente que provoque mayor integración, justicia social y competitividad internacional.

El proceso de globalización es irreversible, independientemente de lo que hagan los gobiernos debilitados. Según Eric Hobsbawm, el verdadero problema es el control global, cuando empresas globales y gobiernos entran en conflicto, los gobiernos están obligados a negociar con las empresas como si se tratase de otros Estados: “Sería interesante especular sobre cómo sería un mundo en el que los Estados dejaran de representar un límite al desarrollo de la economía capitalista transnacional. Ya hay quien lo ha hecho tratando de imaginar un planeta donde las unidades básicas no estén ya constituidas por Estados, sino por grandes grupos empresariales. En términos teóricos es posible imaginar un mundo no dividido por líneas geográficas, sino acorde con la presencia de las 200 empresas internacionales más importantes, circundadas, primero, por entidades económicas menores que, sin embargo, sigan siendo multinacionales, tipo Benetton, y, después, por un amplio número de empresas muy pequeñas, pero con acceso al mercado global a través de internet, como es el caso de una familia de chacineros ingleses que hoy vende sus productos en todos los continentes” (Hobsbawm, 2000, 102).

Si llegase a desaparecer la relativa estabilidad de los Estados, Hobsbawm pronostica un incremento de la inestabilidad de un mundo organizado según la lógica de la economía transnacional. Sin embargo, su optimismo lo hace pensar que hoy en día los gobiernos están comprometidos en una “era de política democrática”, en la que predominan los intereses de la gente común, constituidos por la protección a la salud, los servicios públicos y las pensiones. Ni siquiera los gobiernos conservadores se atreven a abolir el Estado de bienestar existente en Europa. No obstante ello, las tensiones entre globalización, concentración de las riquezas mundiales en pocas empresas y la pérdida de poder de los Estados-nación, tornan un tanto inciertas las reales consecuencias del desarrollo del nuevo capitalismo. Para Sen, los mecanismos de mercado constituyen sólo una parte del mundo multinacional. El mercado no puede solucionar todos los problemas, por lo que se requiere la intervención de otros factores complementarios, representados por “la libertad, la igualdad y la fraternidad” (Sen, 1999, 40).

El Estado en el nuevo orden capitalista

En los países avanzados se enfrentan dos tipos de modelos de respuesta al desarrollo actual del capitalismo. Ambos implican no sólo economías políticas diferentes, sino también tipos de Estado distintos. Estas tendencias se pueden resumir en la existencia de un modelo “renano” y un modelo “anglo-americano”. El primero se ha desarrollado especialmente en Alemania, Francia, Italia, los Países Bajos, escandinavos: está basado en un pacto o concertación social entre el trabajo y el capital, en el que sindicatos y empresarios comparten el poder, y la existencia de un Estado de bienestar proporciona un

sistema de educación pública, de pensiones y de prestaciones de salud. El modelo “anglo-americano” es el que se aplica actualmente en Estados Unidos y en el Reino Unido: privilegia el capitalismo de libre mercado, subraya la subordinación de la burocracia estatal a la economía y, por lo tanto, tiende a debilitar o privatizar la red de seguridad social que proporciona el gobierno (Sennett, 2000, 54-55). El modelo “renano” –sostiene Sennett– tiende a frenar el cambio cuando perjudica a los ciudadanos con menor poder, mientras que el régimen anglo-americano se inclina más hacia los cambios en la organización y en las prácticas laborales aunque los más débiles tengan que pagar un precio por ello. El modelo renano no se lleva del todo mal con la burocracia estatal, mientras que el anglo-americano opera basándose en el principio de que el gobierno es culpable hasta que no se demuestre su inocencia.

El modelo anglo-americano, con baja tasa de desempleo, presenta una creciente desigualdad en los salarios. El economista Simón Head ha calculado que, para el 80% del tramo inferior de la población activa americana, los sueldos medios semanales (ajustados a la inflación) cayeron 18% de 1973 a 1995, mientras que los percibidos por la élite empresarial aumentaron 19%. En el Reino Unido, *The Economist* calculó hace poco que el 20% superior de la población activa gana siete veces más que el 20% del tramo inferior, mientras que hace 20 años la diferencia sólo era de cuatro. En cambio, en los regímenes renanos la brecha de los salarios no ha aumentado tanto en la última generación, pero el desempleo se ha vuelto una maldición (Sennett, 2000, 56). Al modelo anglo-americano se le identifica con el “neoliberalismo”, con la desregulación, la privatización y la flexibilidad laboral, mientras que al renano se le identifica con el “capitalismo de Estado”, con el pacto intergeneracional y la regulación social.

Ambos modelos muestran también algunas convergencias, pero enfrentan con estrategias diferentes el proceso de globalización. Para competir en mejores condiciones, el modelo anglo-americano flexibiliza las relaciones capital/trabajo, precarizando el trabajo. Las empresas se fusionan y racionalizan, despidiendo personal. Gracias a la informática y a la “reingeniería”, en Estados Unidos, la reducción de plantilla ha afectado desde 1980 a 1995 entre 13 –según cálculos bajos– y 39 millones de trabajadores americanos, que perdieron su trabajo. Estas reducciones de puestos de trabajo se traducen en un aumento de las desigualdades salariales, pues sólo una minoría de los despedidos de mediana edad han encontrado otro trabajo con salario igual o superior al que percibían (Sennett, 2000, 50). El Estado permite este proceso de precarización del trabajo al no regular. El principio motor del dinamismo económico es el “nada a largo plazo”, ningún compromiso, todo circunstancial, momentáneo, en redes, sin pactos sociales. Esta estrategia del nuevo capitalismo de corto plazo –en palabras de Sennett– amenaza con corroer el carácter de las personas, “en especial aquellos aspectos del carácter que unen a los seres humanos entre sí y brindan a cada uno de ellos una sensación de un yo sostenible” (Sennett, 2000, 25).

Los países que practican el modelo renano tratan de enfrentar la globalización con una estrategia de cooperación entre el Estado, los trabajadores y los empresarios. En el caso de Europa ello se manifiesta en un traspaso de facultades y soberanía a la Unión Europea, en la perspectiva de un futuro federalismo europeo. En estos países el Estado social todavía goza de una gran legitimidad social y política, no obstante los problemas de financiamiento y de deterioro que presenta el sistema de servicios públicos, especialmente el de pensiones, así como los elevados niveles de desocupación existentes. El modelo anglo-americano conduce a la disolución o fragmentación de la sociedad, al debilitar los sindicatos y fomentar el cortoplacismo, la flexibilidad y la desinstitucionalización. Los individuos pierden sentido de compromiso, arraigo e identidad, lo que afecta directamente a la cohesión e integración de la sociedad. La aplicación de la estrategia del “nada a largo plazo” y flexibilización del trabajo produce individuos “suelos”, carentes de referente social, lo que hace propicio el surgimiento de la envidia –disfrazada de competencia–, la agresividad contra el otro y la violencia –de modalidades y escalas diferentes– como mecanismo de regulación de las relaciones sociales.

Entrar a la globalización sin Estado

La tragedia más grande la sufren aquellos países que, paralelamente al proceso de globalización de la economía, adelgazaron temprana e irracionalmente el Estado y procedieron a abrirse totalmente a la economía internacional, desprotegiendo sus recursos naturales y privatizando todo lo que fuera posible de vender. Ideológicamente estos países crearon un antagonismo irreductible entre el Estado y lo privado, reduciendo considerablemente la actividad y legitimidad de lo público. Lo público se asimiló a lo estatal y la actividad estatal fue etiquetada como “ineficiente”, “corrupta”, “improductiva”, “socialista” y, por lo tanto, innecesaria, prescindible. Ahora bien, el debilitamiento o la carencia de suficiente Estado ha perjudicado la forma como los países más pobres han entrado a la globalización. Los centros de decisión se han trasladado al extranjero, a alguna oficina o directorio de una multinacional.

En el caso de Chile, que ha seguido ejemplarmente una versión tercermundista del modelo anglo-americano, esto es, mucho más precario que el existente en Estados Unidos o en Reino Unido, se observa una inserción insostenible de la economía a los mercados globalizados. El Estado chileno fue disminuido al máximo bajo el régimen militar (salvo su aparato represivo). El Estado fue profundamente transformado, quitándosele las funciones sociales y públicas que adquirió progresivamente durante el proceso de industrialización o de sustitución de importaciones iniciado en la década de los 30. La educación se municipalizó, la salud se privatizó, la educación superior se dispersó y privatizó, los recursos naturales y económicos se concentraron en pocas manos, los sindicatos fueron eliminados y la sociedad se atomizó. Muchas comisiones del Fondo Monetario Internacional contribuyeron con asiduas visitas y drásticas medidas de “saneamiento” o de “políticas de ajuste” al desmantela-

miento del Estado y desorganización de la sociedad. Esta conocida historia la han sufrido, y siguen padeciendo, todos los países latinoamericanos.

El desmantelamiento del Estado y la destrucción del sistema social público, ocurrido en la década de los 70 y 80, coincidieron con la globalización de la economía chilena. Por lo demás, “globalizarse” fue la consigna máxima de los economistas neoliberales que aplicaron las políticas de ajuste. Ello se pudo hacer sólo sin democracia y sin la voluntad política de intervenir estatalmente en el proceso de internacionalización: el gobierno militar sólo aspiraba a externalizar el desarrollo de la economía y del país. En la década de los 90, ya en democracia, se ha sentido claramente la falta de Estado, la desnacionalización del país y los problemas de identidad nacional que tienen los chilenos, especialmente los jóvenes. La falta de Estado o la impotencia gubernamental se han observado durante las graves crisis de abastecimiento de electricidad que afectaron a Santiago y a la mayoría de las ciudades del país en 1998. Los dueños de las centrales eléctricas y responsables de la distribución no sólo eran incapaces de resolver los cortes energéticos, sino que además no proporcionaban al gobierno las informaciones pertinentes para enterar a la ciudadanía sobre las verdaderas causas del problema. Con el abastecimiento y, en general, con el uso del recurso agua han existido y siguen existiendo graves problemas de falta de regulación estatal.

En general, la ausencia de Estado se observa en la falta de regulación y el aumento de los conflictos por el uso de los recursos y la mala distribución de la riqueza. Los problemas se acumulan y no se resuelven. El Estado muestra una gran incapacidad para resolver los problemas más acuciantes que afectan a la sociedad chilena. El Estado carece de regulaciones adecuadas, de funcionarios, de competencias y, finalmente, de recursos suficientes para resolver graves problemas, como el de la pobreza que afecta a tres millones de chilenos. Una sociedad en la que los privados controlan 80% de la riqueza, el Estado tiene una existencia casi simbólica. En efecto, los pocos recursos que controla los entrega vía proyectos de corta duración, respondiendo, probablemente sin quererlo, a la consigna “nada a largo plazo”. Los procesos de adjudicación de proyectos están sujetos a presiones de grupos de intereses y al centralismo exacerbado de la región metropolitana. Una parte del país se moderniza a costa de una mayoría que queda a medio camino o al margen del progreso.

El Estado subcontratado

El carácter de las transformaciones sufridas por los Estados-nación en nuestro continente, expresadas en su achicamiento y debilitamiento —extremo en algunos casos—, nos inclinan a pensar en la existencia de un Estado que progresivamente ha ido perdiendo su carácter nacional, integrador y regulador del territorio y de sus habitantes, evolucionando hacia un aparato que ejerce funciones subcontratadas. Surge una especie de anti-Estado, figura que apa-

rece diferenciadamente implantada según el desarrollo experimentado por el Estado-nación en el proceso de globalización y privatización. Esto es, mientras más radicales han sido las reformas privatizadoras, alcanzando las tradicionales funciones sociales e incluso de regulación de lo privado, más clara surge la imagen de un aparato de Estado reducido a meras funciones de ejecutar tareas parciales vinculadas al rol que le corresponde desempeñar en la nueva división internacional del trabajo.

En los casos en que las regulaciones quedan sujetas al libre juego o entendiimiento entre privados, cabe preguntarse incluso sobre la existencia misma del Estado. Los privados no sólo manejan los negocios, sino que además determinan las reglas de sus propios negocios: fijan las tarifas, determinan lo que producen, para quién producen, cómo producen, cuánto pagan por el trabajo, a quién contratan, cuánto contaminan, cuándo y bajo qué condiciones despiden a los trabajadores, cuándo y cuántas veces capacitan a sus trabajadores, etc. En otras palabras, si los empresarios disponen de poderes omnímodos para imponer al resto de la sociedad su voluntad, incluyendo por cierto a los partidos, al Estado y al gobierno, cabe preguntarse por las funciones y poderes reales que le quedan al Estado y al gobierno.

En la década de los 80 y los 90, los Estados-nación latinoamericanos fueron drásticamente sometidos a las políticas de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional. Los “paquetes” de medidas económicas “recomendadas” o “acordadas” eran muy amplios e implicaron profundos cambios en relación con el gasto fiscal y social, con la propiedad de las empresas y recursos, con los índices macroeconómicos, el pago de intereses por concepto de la deuda externa, etc. Esta forma de intervención afectó directamente el ejercicio de la soberanía nacional. Paradójicamente, bajo regímenes militares —defensores de la soberanía— se favoreció este proceso, sin el respaldo de la voluntad popular. También en democracia se siguió con este proceso privatizador y de ajustes permanentes. Las reformas que se impulsan, incluso las positivas, como es el caso de la reforma educacional, son también “contratadas” por alguna institución internacional financiera, como es el caso del Banco Mundial que apoya el programa de Mejoramiento de la Enseñanza en Chile (MECE de la enseñanza media y de la educación superior).

Se subcontratan tareas y metas, trabajos concretos, productos específicos, cumplimiento de objetivos de desarrollo económico, de manutención de niveles de inflación, de límite a los gastos públicos, manutención de equilibrios macroeconómicos, exportación de productos, de apertura de la economía, de facilitación de ingreso y salida al capital internacional, facilidades al capital internacional para adquirir empresas públicas rentables, manutención de bajos impuestos, de desregulación laboral y ambiental o al menos de manutención de regulación mínima, de manera que el capital pueda contratar trabajo humano barato y pueda explotar los recursos naturales sin mayores restricciones ambientales o de otra índole. Por su parte, los partidos políticos entran tam-

bién en esta nueva función de subcontratación. En la actualidad conforman dos fracciones: los subcontratistas que creen en el mercado y piensan que el Estado debería funcionar como una “consultora” eficiente y los que reclaman un mayor protagonismo del Estado como ente esencialmente regulador, aunque moderadamente.

Un Estado subcontratista o subcontratado es aquel que actúa por mandato de terceros, por encargo de tareas, algo así como un moderno “encomendero”. En todo caso, al encomendero de la Colonia le encomendaban tierras e indígenas. En cambio, a nuestros Estados modernos les encomiendan otras cosas: liberar las tierras para ser capitalizadas, liberar el precio de la fuerza de trabajo, echar abajo las tarifas aduaneras para que entren libremente los productos extranjeros, hacerse competitivos, exportar a bajos precios productos no elaborados o materias primas, permitir el tránsito libre del capital extranjero, vender los objetos públicos con rentabilidad, globalizarse a cualquier precio. Este carácter de subcontratista o subcontratado que está adquiriendo el Estado en nuestra región le impide conducir el país y decidir en los asuntos importantes del mismo. Carece de recursos económicos, de territorio fiscal y de potestades legales. Los empresarios grandes no lo respetan ni toman en serio. Se oponen a mínimas reformas y a proporcionarle recursos suficientes, mediante el pago de mayores impuestos o la aprobación de una ley que impida la evasión de impuestos como lo plantea el gobierno chileno. Con estos mayores recursos el Gobierno de la Concertación, encabezado por Ricardo Lagos, podría avanzar en los programas de combate a la pobreza. Pero se le niegan nuevos recursos, argumentando que el gobierno quiere “aumentar” por esta vía los impuestos. Para ellos sólo el crecimiento económico y el mercado resuelven los problemas de desocupación y de exclusión social.

El Estado subcontratado enfrenta problemas estructurales para avanzar en un proceso de mayor justicia y equidad social, así como de profundización de la democracia. La equidad no se puede realizar sin Estado, a no ser que una fuerza filantrópica le encomiende la equidad, cosa que difícilmente sucederá. Para avanzar en la implantación de la justicia social y afianzar la democracia es imprescindible proceder a reconstituir el Estado. De seguir adelante este proceso de subcontratación estatal, corremos el riesgo de descender en la escala de importancia de las tareas encomendadas. De “virreinato” subcontratista podría descender a “capitanía”. Necesitamos recuperar la soberanía sobre nuestros asuntos. De lo contrario, nuestros países dejarán de ser tales, transformándose en masas pobres, sin Estado ni sociedad.

Pobreza y exclusión social

El mundo asiste a un espectacular progreso científico y tecnológico, así como a la multiplicación de la producción de riqueza en los últimos 50 años. Sin embargo, paradójicamente ha aumentado la distancia entre países ricos y pobres, acrecentándose la pobreza y exclusión social. Según el Informe sobre

Desarrollo Humano de las Naciones Unidas, el 20% de la población más rica del mundo participa de 86% del producto mundial, mientras que el 20% de la población más pobre sólo participa de 1,3% del consumo mundial; 3.000 millones de personas luchan por subsistir con menos de 2 dólares diarios; 1.500 millones de personas carecen de agua potable. Por otra parte, los 225 habitantes más ricos del planeta poseen una riqueza equivalente superior a un billón de dólares, igual al ingreso anual del 47% más pobre de la población mundial, esto es, 2.500 millones de habitantes. El informe señala que con sólo 4% de la riqueza combinada de estas 225 personas más ricas del mundo –cerca de 44.000 millones de dólares por año– se podría posibilitar el acceso universal a los servicios básicos para todos los pobres del mundo subdesarrollado (PNUD, 1998).

En América Latina, la pobreza alcanzaba en 1980 a 35% de los hogares; mientras que en 1990 subió a 45%, pasando de 135 a 200 millones. En 1998, más de 50 millones de personas, que habían pertenecido a las clases medias, se transformaron en “nuevos pobres”. Paralelamente se han profundizado las distancias con los países ricos del Norte. Así, por ejemplo, en el caso de Argentina, en 1816, al declararse independiente, la relación entre el país más rico y Argentina, era de alrededor de 3 a 1; mientras que en 1950 era de 35 a 1; en 1973 de 44 a 1; en 1992 de 72 a 1 ¡y en 1995 de 82 a 1! (Ramonet, 2000, 14). El aumento de la desigualdad social en América Latina ha sido consecuencia de la “década pérdida” de los 80, de las políticas y medidas de “ajuste” estructural dictadas por el Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, de la sangría económica derivada del pago de intereses y servicios de la deuda externa contraída por los países latinoamericanos, de la corrupción imperante, de la privatización de recursos naturales y del desmantelamiento de las funciones sociales del Estado y de las conquistas y derechos ciudadanos.

La brecha entre ricos y pobres también se ha incrementado en los países desarrollados. En Estados Unidos, 16% de la población padece problemas de exclusión social, 37% de los niños no tienen acceso a una cobertura médica satisfactoria, 47 millones de personas viven por debajo de los niveles de pobreza. En el Reino Unido, una cuarta parte de niños vive por debajo de los niveles de pobreza y más de la mitad de las mujeres trabajan en condiciones precarias (Ramonet, 2000, 14). A ello hay que agregar la existencia de altos niveles de desocupación en los países de la Unión Europea y el deterioro de los salarios en Estados Unidos, como consecuencia de los procesos de flexibilización del trabajo. La globalización concentra la riqueza en pocas manos, empuja a sectores medios hacia la pobreza, excluye a trabajadores del empleo formal, generando procesos de polarización y dualización de las sociedades.

Lo anterior también puede observarse en el caso de la sociedad chilena (Rojas, 1997, 63-91), en donde el malestar social ha aumentado en los últimos años. Según datos oficiales y gracias a un fuerte incremento del gasto social,

la pobreza e indigencia disminuyeron de 45,1% en 1987 a 23,2% en 1996 (encuestas Casen, Mideplan). Sin embargo, la desigualdad en la distribución del ingreso se mantiene invariable: en 1987 el decil más pobre (10% de los hogares) percibía 1,5% del ingreso nacional, mientras que en 1996 descendió a 1,4%; por su parte, en 1987 el decil más rico percibía 41,3% del ingreso nacional, manteniendo idéntico porcentaje en 1996 (PNUD, 1998, 50). Los resultados de la encuesta Casen 1998 indican que en ese año la pobreza sólo disminuyó en 1,5%, alcanzando 21,7% (3.160.100 personas), mientras que la indigencia aumentó levemente a 5,6% (820.000 personas). Por su parte, la distribución del ingreso se mantuvo estable desde 1990, el 20% más rico percibe 15,5 veces lo que recibe el 20% más pobre. Estos datos ponen en entredicho las políticas sociales del gobierno, en el sentido de que en dos años (1996-98) sólo fue posible que 128.000 personas salieran de la pobreza, mientras que la indigencia se incrementó en 7.200 personas. La dimensión actual de la pobreza, así como su estancamiento y empeoramiento durante 1999, como consecuencia de la recesión económica, la mantienen como uno de los problemas relevantes de la sociedad.

Esta insatisfacción social fue recogida en el estudio realizado por el PNUD, al sostener que “un difuso malestar recorre Chile” como consecuencia de la existencia de inseguridad existencial, provocada por una “desigualdad en la distribución de oportunidades”, especialmente en educación y salud (PNUD, 1998, 214-222). Los gobiernos chilenos de la Concertación –así como otros gobiernos latinoamericanos– optaron por implementar una política social focalizada de superación de la pobreza. La focalización da a los programas un carácter segmentado, parcial, desequilibrado y descoordinado. Ello implica desconocer o no asumir el carácter esencialmente heterogéneo y multidimensional de la pobreza, que exige respuestas integradas y más universales. Un ejemplo de ello lo constituye el apoyo insuficiente del Estado, en el ámbito productivo, en zonas de “extrema urgencia” (cuenca del carbón, en particular). Aquí, el dogma neoliberal de la “no-injerencia productiva” del Estado contribuye a perpetuar la pobreza. Las zonas más “abandonadas” por el sector público –las zonas rurales– son las que presentan los índices más elevados y persistentes de pobreza. Por otro lado, como lo subraya bien Raczynski (1995, 259), “existe una yuxtaposición o adición de iniciativas, las que difícilmente madurarán en ausencia de otras iniciativas”. La superación de la pobreza exige de políticas redistributivas del ingreso nacional, de coordinación de los diferentes esfuerzos e iniciativas estatales (proyectos sociales), de soluciones integrales y de participación ciudadana.

Transformaciones de la matriz sociopolítica

El Estado ha sido la matriz fundamental de la nacionalidad: la nación, en América Latina, no existiría sin el Estado. El Estado ha configurado e impregnado profundamente el devenir de las sociedades contemporáneas, sean éstas

desarrolladas, de desarrollo medio o reciente o simplemente pobres o periféricas del sistema capitalista.

A comienzos del siglo xx cambió el carácter del Estado en los países desarrollados y también en América Latina. En Europa el cambio fue aún más temprano. En América Latina, la irrupción de las clases medias y de los trabajadores, como consecuencia del proceso de industrialización, cuestionó la existencia del Estado oligárquico decimonónico e inauguró, vía rupturas históricas, el comienzo de una nueva época. Las clases medias en alianza con sectores obreros presionaron fuertemente para cambiar el Estado. Surgen nuevos partidos políticos, de centro y de izquierda, los que asumen los problemas e intereses de los sectores sociales más subordinados y pobres. De esta manera, las luchas sociales hacen posible el establecimiento de leyes sociales y que se amplíen los derechos individuales y ciudadanos. La lucha por el progreso y por el cambio social estaba a la orden del día. Junto a la promulgación de leyes y códigos sociales, se amplió la enseñanza y se mejoró la salud pública. Se legalizó el derecho a la organización sindical y floreció la actividad académica y universitaria. La ampliación de los derechos políticos y sociales significó un aumento de la participación ciudadana y, por ende de la democracia, en los países que la tuvieron. La lucha por la igualdad y la justicia social impregnaron los procesos de reforma y revoluciones.

Pero a pesar de todos los esfuerzos estos Estados de capitalismo periférico no fueron capaces de integrar a los diferentes sectores de la sociedad, como ocurrió con los Estados europeos de posguerra. Los problemas estructurales, heredados del pasado, no fueron solucionados, por ejemplo, la pobreza y marginación de vastos sectores de la población. Los problemas de injusticia social, las enormes distancias entre ricos y pobres, la falta de oportunidades, etc., reprodujeron una y otra vez las clases rivales, agudizaron los conflictos y luchas sociales. Es decir, el Estado, al no integrar a la mayoría de la población a los beneficios del progreso, se deslegitima. De esta manera deviene la polarización social y política. En todo caso, el progreso social y político que experimentaron algunas sociedades latinoamericanas entre mediados de la década de los 20 y comienzos de los 70, fue recibido y llevado adelante por la participación activa del Estado, haya sido éste corporativista como el mexicano o más republicano como el chileno. El rol activo del Estado de esta época se tradujo en políticas de mayor distribución del ingreso nacional, en mayor justicia social e igualdad de oportunidades. Se puede afirmar que lo social constituyó una dimensión esencial del Estado.

A fines de la década de los 60 y comienzos de los 70, esta matriz socio-política, basada en la existencia de un Estado fuerte, con presencia importante de partidos políticos y organizaciones sociales (especialmente sindicatos), entró en crisis junto con el llamado modelo sustitutivo de importaciones. La regulación estatal fue, y sigue siendo, fundamental para que el conjunto de la sociedad se desarrollara más equitativamente. El Estado probablemente no necesita ser

empresario, pero sí es necesario que el uso de los recursos naturales y el tratamiento del recurso humano esté adecuadamente reglamentado, para evitar formas salvajes, depredadoras e incivilizadas de explotación, como las imperantes actualmente en nuestros países. Sin embargo, la no participación del Estado en la economía no debe transformarse en un dogma. El desarrollo actual de la economía y de las empresas no es explicable sin considerar la participación activa que tuvo el Estado en su creación e impulso en el pasado. Actualmente nuestros países requieren de Estados más fuertes, con capacidad de regulación, control e iniciativa emprendedora, capaces de defender los recursos naturales, los intereses nacionales y regionales y de conducir el desarrollo estratégico de los países por las difíciles turbulencias de la globalización.

Problemas como la pobreza y la marginalidad crecientes de importantes sectores de la población sólo pueden ser encarados más seriamente por el Estado. En ninguna parte del mundo ha sido el mercado un buen instrumento de resolución de estos problemas. Menos aún del imperativo de preservar ecológicamente los recursos naturales. Tampoco de introducir mayor valor agregado a los productos nacionales. Ni de elaborar un plan estratégico de desarrollo del país y de las regiones. Estas responsabilidades sólo puede asumirlas el Estado, en concertación interactuante con la diversidad de actores sociales –empresarios, gremios, profesionales, etc.– implantados en la sociedad. La defensa del papel del Estado no implica desconocer su carácter burocrático, meramente procedimental, con altos grados de ineficiencia, lentitud, paternalismo y autoritarismo. Por cierto que este tipo de Estado no contribuía al fortalecimiento de la sociedad civil; muy por el contrario, con frecuencia se enfrentó a ella o agredió a alguna de sus partes. Una sociedad civil débil, desorganizada y desprotegida busca en el Estado las compensaciones negadas por los intercambios desproporcionados que se producen en el mercado. Pero el Estado expropiado y, en una gran medida, privatizado y despolitizado no puede responder a las demandas sociales, provenientes de diferentes sectores sociales afectados por los procesos de globalización y modernización.

El Estado, un ausente de la modernización

El proceso de modernización puesto en marcha en Chile sólo ha considerado determinados aspectos –especialmente el económico–, dejando excluidos o pendientes a otros importantes. Entre estos últimos se encuentran los problemas de equidad, la descentralización y regionalización, la modernización del Estado, de la educación, salud, el respeto al medio ambiente, la reforma del sistema político y el esclarecimiento de las violaciones a los derechos humanos. Todos estos temas son esenciales para avanzar en la consolidación de la democracia y sacar al país del subdesarrollo, eliminando la pobreza y otorgando igualdad de oportunidades para progresar y mejorar la calidad de vida de la mayoría de los chilenos.

La estrategia neoliberal ha materializado violentamente una nueva fase de modernización, pretendiendo superar la crisis global experimentada por la primera, provocada sobre todo por la presión creciente de los sectores populares por entrar al progreso, aspirando a ejercer los mismos derechos de los ya integrados y beneficiados por el avance social. En el pasado, el Estado, la acción de los partidos populares y los movimientos sociales trataron de superar los problemas de marginalidad y desigualdad social redistribuyendo, fortaleciendo el ámbito de lo público (educación, salud, infraestructura, equipamiento social, etc), impulsando reformas agrarias, alfabetizando, ampliando y extendiendo el sistema educacional, profundizando la democracia. La primera modernización industrialista se tradujo en un desarrollo del mercado interno, una mayor distribución del progreso y una ampliación significativa de los derechos de las personas. La segunda modernización es exógena, privilegia el mercado, el consumo y la exportación de productos al mercado mundial. El nuevo paradigma es el consumo, lo que no requiere mucha democracia ni participación ciudadana. Chile se habría transformado en la década de los 90 "en una sociedad de consumo". Efectivamente, el país experimenta una irrupción de individuos ávidos de consumismo, pero muchos de ellos se frustran al no poder realmente participar de las magníficas ofertas de las vitrinas y del mercado.

El Estado chileno ha sido el gran ausente del proceso de modernización exógena. Sigue operando en forma autoritaria, con estructuras obsoletas, con instituciones con competencias y funciones sectorializadas que impiden resolver los problemas complejos que vive la sociedad en forma integrada. Salvo algunas dependencias y ministerios, los procedimientos de toma de decisiones son lentos y responden a criterios elaborados en el pasado. El Estado fue abandonado a su suerte, con pocos funcionarios, precaria infraestructura, escasos recursos económicos, poco poder de decisión y escasa regulación. Además, prácticamente se le retiró de la actividad económica y prohibió intervenir en el mercado. Y menos Estado implica menos distribución de las riquezas y menos regulación. El Estado siguió existiendo, pero reducido a una mínima expresión, salvo en sus funciones represivas. Siguió existiendo centralizadamente, sin trasladar prerrogativas a los gobiernos regionales ni locales. Actualmente en Chile, por ejemplo, la licitación de las calles a los buses privados de una ciudad es determinada centralmente por el gobierno. La falta de poder real de los gobiernos regionales y municipales constituye un factor importante de subdesarrollo.

Los ciudadanos frente al Estado

En la sociedad posdictatorial prevalece el autoritarismo. Ello se manifiesta tanto en las instituciones del Estado (senadores designados y vitalicios, Consejo de Seguridad Nacional, inamovilidad de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y carabineros), en la existencia de un sistema político binominal (no proporcional representativo), que permite a la oposición conservadora con sólo un tercio de los votos controlar 50% de los cargos en el Parlamen-

to, la imposibilidad constitucional de convocar a plebiscito para dirimir conflictos políticos trascendentales. A ello se une el exceso de centralismo que ahoga las iniciativas de las regiones y comunas, no obstante la gravitación que adquieren en el proceso de globalización y en las demandas cotidianas de la ciudadanía.

El autoritarismo no se limita a las instituciones. Está fuertemente enraizado en la cultura y en el modo de ser chileno. El autoritarismo prevalece en la familia, en la escuela, en las universidades y en el trabajo. La desconfianza existente en la sociedad alimenta y fortalece las jerarquías y el autoritarismo, bloqueando el desarrollo de la individualidad, el subjetivismo y la ciudadanía plena. En el fondo, el autoritarismo desconfía de la capacidad del otro para aportar, crear y decidir soberanamente, considerando a los ciudadanos como menores de edad, desvalidos e incapacitados.

Los partidos políticos aún no comprenden el clamor de la gente por ser tomados en cuenta, de ser tratados como verdaderos ciudadanos. Los gobiernos de la Concertación declaran el derecho a participar, pero no lo practican en forma consecuente. La reforma educacional apunta a crear niños y jóvenes más responsables, innovativos, solidarios y participativos, pero el autoritarismo domina aún las aulas y los gabinetes y oficinas de la burocracia estatal. Niños y jóvenes se desarrollan enormemente, en forma inteligente, pero el sistema educacional se mantiene en el pasado, a pesar de los programas reformistas. La conciencia ambiental crece en la población, pero los proyectos y actividades económicas se imponen, en muchos casos, como hechos consumados, pasando por encima de los preceptos legales y de la voluntad de la gente. Existe un sentimiento generalizado de rechazo a los “poderes fácticos”. El medio ambiente aún no es considerado seriamente en su dimensión ecológica y humana.

La participación no es compatible con la existencia de un mercado desregulado o de una sociedad de mercado, como últimamente se sostiene. Una política neoliberal sólo considera al individuo como consumidor, no como una persona con derechos plenos. La ciudadanía neoliberal –si es que existe algo que se pueda llamar así– se limita a comprar o vender(se). A los actores institucionales y empresariales les cuesta mucho aceptar que otros, que no sean ellos, puedan decidir por sí mismos. La falta de participación real en la toma de decisiones por parte de la ciudadanía constituye un grave problema y desafío de la sociedad chilena en el umbral del nuevo milenio. Los chilenos quieren y aspiran a participar plenamente, sin demagogia ni subterfugios, sin engaños. Abrir caminos a formas modernas de participación ciudadana real implica un cambio profundo en la cultura política autoritaria imperante en la sociedad, instituciones e individuos.

El reclamo profundo por participación ciudadana y justicia social, en el fondo, se entronca con el proyecto democrático, nacional y popular en tanto que

idea matriz inspiradora del ideal político-social del siglo xx (Garretón, *El Mercurio*, 29-8-1999). Este proyecto histórico, interrumpido violentamente por la dictadura militar (1973-1989), aún se mantiene como ideario válido para importantes sectores de la sociedad chilena, especialmente para aquellos que quedan fuera del proyecto modernizador neoliberal y que son muchos.

El proyecto democrático nacional chileno no es de carácter populista, como lo fue en otros países latinoamericanos. En efecto, la democracia, el pluralismo político y cultural –no obstante la existencia de extremismos de distinto signo que la negaron en determinadas coyunturas– siempre han estado presentes en la vida política y cultural del país, simbolizando una especie de imaginario social generador de identidad nacional. El Estado industrializador y educador de los frentes populares, la reforma agraria y la promoción popular de la revolución en libertad democratacristiana, la nacionalización del cobre y la distribución del ingreso del socialismo democrático de Allende, constituyeron –más allá de las fuertes presiones sociales, políticas e internacionales que los acompañaron e incluso desbordaron– momentos históricos de materialización progresiva del proyecto democrático, nacional y popular de hacer país y ciudadanía.

Como es lógico el proyecto democrático nacional ha avanzado –también retrocedido– por diferentes pendientes y vicisitudes, siendo impulsado, frenado o repelido por diferentes actores e instituciones. El progreso decimonónico y la ilustración liberal-burguesa, marxista (en su versión ortodoxa y crítica), socialcristiana y socialdemócrata sirvieron de inspiración a los actores principales, provenientes sobre todo de las capas medias profesionales, intelectuales y trabajadores organizados. En todo caso la dictadura militar se inspiró e hizo retroceder el reloj de la historia en el Portales autoritario de comienzos de la República para realizar la “refundación de Chile”. En efecto, el progreso y la democracia habían avanzado considerablemente en favor de los sectores populares y medios, por lo que la “transformación capitalista requería el disciplinamiento simultáneo de los asalariados y de los burgueses” (Moulian, 1997, 25). No obstante el “transformismo” del Chile actual, la producción de lo “nuevo” siempre se realiza en el campo de lo antiguo (Moulian, 1997, 375).

Salazar y Pinto, en su interpretación reciente de la historia de Chile, definen al proyecto nacional del siglo xix como un proyecto de integración mercantil hacia afuera con fuerte diferenciación social hacia adentro, impuesto con violencia y represión. Entre 1930 y 1973 se impuso un proyecto de integración hacia adentro, el que en verdad había empezado a incubarse en el discurso económico “pipiolo” (1825-1873), más tarde en lo social (1885-1908), para alcanzar sus dimensiones sociopolítica y cultural a comienzos del siglo xx (1908-1925). Para los autores, este proyecto es de carácter nacional desarrollista, con fuerte intervención del Estado y expresiones de corporativismo social y populismo. La contradicción entre el discurso tecnocrático y estatista y las luchas por el poder de la baja sociedad civil (expresada en “cordones indus-

triales”, “comandos populares”, “Asamblea del Pueblo”, que tendían a sustituir instituciones estatales) hizo fracasar el proyecto nacional de “integración hacia adentro”, dando lugar a la reimposición autoritaria del proyecto neoliberal de integración hacia afuera. Por otra parte, estos autores ven en la década de los 90 “la eclosión de una nueva etapa del insumergible proyecto de ‘integración hacia adentro’, impulsado por diferentes actores: el frente social ampliado de los derechos humanos (banderillas rojas), la masa de trabajadores, especialmente jóvenes, víctimas de la flexibilización del mercado laboral y ‘mercantilización’ de la educación (banderillas negras del modelo neoliberal) y finalmente se encuentran los actores autónomos, de base, con un discurso transliberal” (Salazar y Pinto, 1999, 130-181).

El malestar político se engendró durante los 17 años de dictadura, pero ha perdurado en democracia, al verse frustrados, en la población menos privilegiada, los anhelos de democracia y justicia social no satisfechos por los gobiernos de la Concertación. Este malestar político reivindica lo mejor del pasado frente a un presente equívoco, inseguro y carente de identidad nacional.

Hacia un nuevo proyecto democrático

¿Hacia dónde va el país? No se puede saber a ciencia cierta el rumbo que tomará el país bajo la conducción del tercer Gobierno de la Concertación encabezado por Ricardo Lagos. El gobierno busca acercarse a la gente y resolver sus problemas, vinculados a la falta de trabajo, precariedad del sistema de salud, inseguridad, mala calidad ambiental, insuficiente educación, mala distribución del ingreso, pobreza, etc. Son muchos los problemas, escasos los recursos del Estado y del gobierno. Por otro lado, las expectativas de la población son muy altas, lo que inevitablemente hará surgir fuertes tensiones sociales.

Desde el punto de vista histórico, y considerando la naturaleza de los problemas existentes, así como la dinámica y presión de las fuerzas sociales interesadas en el cambio, todo indica que la sociedad chilena podría entrar progresivamente en un nuevo curso de desarrollo democrático, con características específicas, diferentes a las del pasado, pero entroncadas históricamente.

No es posible eliminar la sustancia ni las raíces históricas de un país. La historia transcurre en un territorio geográfico específico y en medio de una comunidad humana peculiar, donde la interacción de ideas genera proyectos de vida económica, política, social y cultural. En este hábitat territorial y espiritual se incuba y desarrolla un imaginario social ideal de sociedad, una representación colectiva de la convivencia humana. Este imaginario crece y se desarrolla lentamente, conforme maduran las interacciones y las ideas se transforman en proyectos de nación.

La historia de una sociedad puede explotar o reventar por los límites, saliendo del “marco” querido y buscado por sus actores principales. Existen momentos de conflictos y antagonismos agudos que desestabilizan y generan crisis institucionales, difíciles de superar. Son los momentos de dictaduras, momentos en que desaparece la democracia y desaparecen también físicamente sus sostenedores sociales y políticos. Pero luego se les busca, la sociedad los reclama, porque constituyen su memoria histórica, su sentido, su ser, su razón de ser. Entonces entra a esta sociedad un nuevo elemento que la enriquece: los derechos humanos empiezan a formar parte del nuevo proyecto de sociedad nacional. Ya no se puede prescindir más de los derechos humanos, no se les puede violar. Y estos derechos convocan a otros derechos, con lo que el proyecto de sociedad se transforma y renueva, mostrando nuevos contenidos y visibilidad.

El mejoramiento sustancial de la calidad de la educación y los servicios de salud son dos exigencias fundamentales de la mayoría de los chilenos. La educación y salud públicas constituyen parte del proyecto histórico de democratización de la sociedad chilena, iniciado en la década de los 30 del siglo xx. Por lo tanto, su actual exigencia implica retomar el viejo curso de la historia del proyecto de integración hacia adentro. Existe una gran insatisfacción con el sistema privado de salud que no entrega una adecuada cobertura a los problemas de salud de la población. Las Isapres son percibidas por los usuarios como simples negocios privados. La reforma educacional se ve como necesaria, pero aún insuficiente en relación con los recursos y la calidad de la educación que se ofrece tanto en los establecimientos municipalizados como en los privados. El gobierno de Ricardo Lagos está consciente de las deficiencias de ambos sistemas y quedan planteados como un problema central de justicia social y calidad de vida para ser abordados en el futuro cercano.

La participación ciudadana forma parte también del nuevo proyecto de desarrollo en germen. En el pasado, la participación no era ciudadana, sino corporativa. Esto es, la participación era canalizada por los partidos populares y por las organizaciones sociales (sindicatos, gremios, organizaciones de pobladores, etc.). En la actualidad, los procesos de individualización y la mercantilización de las relaciones sociales han debilitado al máximo las organizaciones tradicionales, dejando al ciudadano solo frente al poder del mercado y de las instituciones. Este individuo empieza progresivamente a tomar conciencia de sus derechos y a exigir su respeto, aunque lo sea básicamente en su calidad de consumidor.

En la actualidad, la participación ciudadana ya no es canalizada por el Estado ni por los partidos. Lo es escasamente por los gremios y asociaciones debilitadas. La participación se canaliza mucho más por los ciudadanos mismos y por las redes sociales. La mera participación electoral (“cada individuo un voto”) no es suficiente y se exigen formas plebiscitarias, consultas ciudadanas e implicancia concreta de las personas en las decisiones, sean éstas del

ámbito político, laboral, ambiental, económico, cultural o social. En este sentido, se puede hablar de una modernización de la comprensión sobre las definiciones más avanzadas de participación ciudadana.

Este desarrollo incipiente de la conciencia ciudadana choca a menudo contra el burocratismo imperante en el Estado chileno y encuentra resistencia en el centralismo –político y cultural– que aún prevalece en el gobierno y en los partidos políticos. La multiculturalidad empieza lentamente a formar parte del discurso del progresismo chileno. Las luchas del pueblo mapuche por tierras, reconocimiento constitucional, respeto cultural y autonomía como pueblo han movilizado la conciencia de muchos chilenos que muestran simpatías por un pueblo que resiste a las privatizaciones y a la arrogancia de los grandes empresarios nacionales y multinacionales que los amenazan –vía realización de megaproyectos en sus territorios– en su existencia misma como etnia y pueblo. Aspiran, ancestralmente, a ser integrados desde la diversidad cultural, a ser respetados como pueblo con capacidad de decidir sobre sus propios asuntos.

El cuidado del medio ambiente es otro tema que atraviesa transversalmente a la sociedad. Lentamente crece la conciencia ambiental en la población. La lucha por los espacios territoriales, por la conservación de áreas verdes, por mejorar la calidad de vida, por superar los graves problemas de contaminación del suelo, aire, agua, alimentos, materiales de construcción, vertederos, residuos industriales tóxicos, que afectan la salud de la población, especialmente de los más vulnerables, toma cada vez más centralidad en la preocupación y en las movilizaciones de los chilenos. Es un aspecto nuevo que se agrega a la configuración de un nuevo proyecto democrático en ciernes. El medio ambiente seguirá creciendo en importancia, seguirá gravitando en los futuros conflictos sociales y políticos, por lo que ya constituye un factor que no puede ser ignorado por la acción económica ni política.

¿Pero qué queda del Estado nacional? ¿Qué queda de la comunidad nacional? ¿Cuánto de Estado y de comunidad tendrá el nuevo proyecto democrático? La globalización de la economía y las privatizaciones han debilitado considerablemente al Estado y la comunidad chilenos. En este sentido, resulta difícil hacer retroceder la rueda de la historia. Nuestros países se enfrentan en la actualidad a un dilema muy profundo. El dilema consiste en si seremos meros “remeros de las galeras” de la modernización globalizada (Touraine, 1997, 201-202) o si seremos actores respetados, con posibilidades de incidencia, al menos en nuestros asuntos locales, regionales y nacionales: “Llega el 2000, los países menos desarrollados tienen la gran oportunidad de dar el salto hacia la modernidad o de ser “colonizados” definitivamente por otros más avanzados” (Castells, *El Mercurio*, 20-6-1999).

No podemos volver atrás, pero para poder avanzar, para no terminar por ser “colonizados” o declarados “inviabiles” como pueblo, necesitamos cristali-

zar un nuevo proyecto democrático con un Estado regulador, distribuidor de equidad y moderno. Necesitamos agregar valor a nuestros recursos, protegerlos ambientalmente y elevar significativamente la calidad de vida de los chilenos y su injerencia real en los asuntos que les conciernen. La renovación del proyecto histórico pasa ahora, a fines de milenio, por la distribución del poder, la riqueza, la cultura y la igualdad a los ciudadanos, especialmente a los más despojados y excluidos.

En la actualidad existe una débil relación entre las instituciones y los diferentes actores sociales. La vieja matriz fue reemplazada por un fuerte proceso de desregulación de las actividades públicas y privadas, autonomizando la acción de los diferentes actores y actividades. El Estado se retiró de importantes actividades, cediendo su lugar al mercado y a los privados. Los partidos dejaron de jugar un papel de intermediarios y terminaron por aceptar las reglas de la economía y del mercado, rompieron sus antiguas ataduras y lealtades sociales, y entraron en un proceso de profesionalización y tecnificación de la acción política. Éstos son algunos elementos estructurantes de la nueva matriz sociopolítica imperante.

Ahora bien, el posesionismo individualista agresivo, en marcha en la mayoría de los países latinoamericanos, pone en serio peligro las bases mínimas de la convivencia humana. Es necesario repensar las relaciones sociales, replantearse nuevamente la relación entre individuo, sociedad y naturaleza.

Se requiere de la existencia de un Estado regulador, motivador, movilizador de fuerzas y voluntades, confeccionador de planes estratégicos de desarrollo, distribuidor y protector de los recursos naturales y humanos y cogestor de iniciativas social y políticamente concertadas. Ahora no se trata de un Estado que planifica solo, sino en cooperación, concertado con actores sociales, con individuos, con regiones, con minorías étnicas, con grupos sociales.

La interacción y la cooperación son consideradas hoy día por las empresas modernas como el instrumento que por excelencia genera aumentos cualitativos de la productividad. No es el individuo aislado el que más agrega valor al producto, sino la sinergia de los individuos socialmente relacionados. En este sentido, la asociatividad interactuante es parte consustancial de una nueva forma de competitividad y, al mismo tiempo, es expresión moderna de la democracia.

Sin embargo, sabemos que esta interacción y cooperación es aún, en lo fundamental, un proyecto. Muchos elementos negativos de la cultura tradicional paternalista, así como la burocracia y la ineficiencia, sobreviven a los intentos de modernización, transformándose en serios obstáculos de la innovación en la gestión de la acción tanto pública como privada. De allí que, más que una realidad, la cooperación es un desafío, una tarea compleja y difícil de im-

plementar. Se trata, en el fondo, de poner en marcha nuevos valores, comportamientos y expresiones culturales.

Entre el “ser real” y el “deber ser” existe en nuestras sociedades una enorme distancia. Normalmente el peso del ser real es superior y se impone a lo que se quiere cambiar. Entre ambas realidades existe un divorcio profundo. La distancia entre lo que se piensa y lo que se hace, constituye un problema metodológico de difícil superación. ¿Cómo transitar de la realidad real a la realidad querida o planificada? ¿Qué pasos concretos deben darse para cambiar la porfiada realidad? ¿Cómo modificar nuestra manera subdesarrollada de pensar y actuar? Mediante los instrumentos de la interacción, el diálogo, la confianza, la creatividad, la solidaridad y la responsabilidad individual y social.

Nuevos procesos institucionales regionales y locales

A nuevos procesos tienen que someterse todos los actores y representantes de instituciones regionales y locales. Por lo tanto, es fundamental que exista una voluntad real de cambiar, de aceptar al otro, de ceder en “mi competencia” e intereses, de estar dispuestos a buscar los espacios comunes, a intercambiar informaciones con transparencia, a abrirse al diálogo y a la relación constructiva en función del interés mutuo y superior. Ello no significa crear una suprainstitución que esté por encima de las particulares/sectoriales o que decida en nombre de todos cuando haya desacuerdos —como siempre los habrá— sino que implica sobre todo establecer nuevas reglas del juego democrático, nuevas modalidades de solución de problemas y conflictos, que sean aceptadas y respetadas por todos, sin excepción.

Esto es lo más difícil de hacer operativo. Por lo general, las instituciones sectoriales y los representantes de grupos económicos y sociales se niegan a establecer reglas o modalidades que pudiesen eventualmente “perjudicar” sus intereses. Prefieren muchas veces la ambigüedad reglamentaria —expresada en resquicios o vacíos legales— para de esta manera retirarse o no codecidir cuando se vean en “peligro” sus reivindicaciones. De manera que, en situaciones complicadas, se reservan siempre la posibilidad o el derecho de no dar consenso, dejando el problema pendiente, sin resolver; es decir, los problemas se mantienen, sus soluciones se postergan hacia un futuro incierto, con lo cual normalmente terminan por agravarse aún más. Esta práctica es muy frecuente en nuestros países y regiones.

Por otra parte, la distribución del poder pasa por desarrollar las regiones y, por lo tanto, descentralizar el aparato del Estado. La solución no consiste en seguir privatizando el Estado, sino en descentralizarlo, en fortalecer el país consolidando el desarrollo autónomo de las regiones y localidades. La elección democrática de las autoridades regionales y el fortalecimiento real de las comunas harán posible un mayor equilibrio de la preocupación de los partidos políticos sobre los problemas regionales y nacionales, impidiendo que el cen-

tro se desarrolle a costa del subdesarrollo de las regiones, como actualmente sucede. El centralismo no sólo ahoga a las regiones, también polariza al país y alimenta resentimientos que pueden tener consecuencias fatales, como ocurre en Chiapas. De allí la necesidad de propender al desarrollo más equilibrado entre la ciudad capital, que concentra el capital y los mejores índices de progreso y bienestar, y las regiones que aparecen como simples proveedoras y se mantienen en la postergación, pobreza y subordinación política.

Los nuevos procesos exigen de nuevas visiones estratégicas, de visiones en que coincidan y converjan los múltiples intereses, visiones de mediano y largo plazo que trasciendan el egoísmo ciego de los intereses cortoplacistas e inmedatistas. Los nuevos procesos no surgen por decretos gubernamentales, sino por voluntades y visiones comunes, inspiradas en el bien y sustentación de los sistemas naturales y la felicidad humana.

La nueva institucionalidad regional es imprescindible para superar las diferencias abismales existentes en el desarrollo de las regiones y entre los habitantes del país. Ahora bien, su creación sólida requiere de un verdadero proceso de traspaso de poder desde el centro hacia las regiones. Requiere también de la concertación mancomunada de los diferentes actores sociales, provistos de un nuevo espíritu de cooperación. En el caso de Chile, la nueva institucionalidad pasa necesariamente por la elección de las autoridades regionales, los intendentes, y por la creación de instancias regionales democráticas de participación de la ciudadana. Otra tarea urgente consiste en la necesidad de recuperar y hacer "región", agregando valor a sus productos, valorando y fomentando las expresiones de multiculturalidad y fomentando la cooperación de la comunidad. Una nueva institucionalidad democrática implica también reconocer los derechos a la autodeterminación de los pueblos indígenas que viven en el país, proporcionándoles tierra y recursos suficientes para que puedan vivir dignamente y conserven sus tradiciones y cultura.

Finalmente, en un mundo cada vez más hegemónico por la economía y por las grandes empresas, se requiere del desarrollo de una conducta socialmente responsable de las empresas, esto en relación tanto con el cuidado ambiental de los recursos y de los sistemas naturales, como también con el desarrollo de las regiones y localidades, del mejoramiento de la calidad de vida de la población. En América Latina aún no surge esta conciencia socialmente responsable de las empresas. Es el momento de su arribo. Sin un cambio profundo del comportamiento, no será posible superar los problemas de desigualdad social y pobreza, ni de mantener una mínima cohesión social que permita la convivencia y la paz nacional. De otra manera, existe el peligro de que los conflictos sobrepasen los límites institucionales y desestabilicen localidades, regiones, países y finalmente el continente latinoamericano.

Bibliografía

- Baranda, Benito (1999): Presidente de la Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza, entrevista al diario *El Mercurio*, Santiago, 16 de junio.
- Castells, Manuel (1998): *La era de la información*, Madrid, Alianza, vol. 3, pp. 369-394.
- _____ (1999): "La cuestión social", entrevista al diario *El Mercurio*, Santiago, 20 de junio.
- Encuesta Casen (1998): Encuesta sobre ingresos realizada por Mideplan (Ministerio de Planificación Nacional), Santiago, Ed. PNUD, p. 50.
- Garretón, Manuel Antonio (1999): "Un proyecto democrático, nacional y popular", entrevista al diario *El Mercurio*, Santiago, 29 de agosto.
- Giddens, Anthony (2000): *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus.
- Habermas, Jürgen (2000): *La constelación posnacional*, Barcelona, Paidós.
- _____ (2000): El Estado-nación europeo y las presiones de la globalización, *New Left Review* 1, Madrid, pp.121-134, Ediciones Akal.
- Hobsbawm, Eric (2000): *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica.
- Instituto Nacional de Estadística (INE) (1999): "Encuesta Instituto Nacional de Estadísticas", *El Mercurio*, 28 de agosto.
- Moulian, Tomás (1997): *Chile Actual. Anatomía de un mito*, Santiago, LOM.
- Organización Internacional del Trabajo (OIT) (1998): *Chile. Crecimiento, empleo y el desafío de la justicia social*.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (1998a): *Desarrollo Humano en Chile 1998*, Santiago, Ed. PNUD.
- _____ (1998b): *Informe sobre desarrollo humano*, Madrid, Mundi-Prensa.
- Ramonet, Ignacio (2000): "Efectos de la globalización en los países en desarrollo", *Le Monde Diplomatique*, septiembre, p. 14.
- Rojas Hernández, Jorge (1997): "Sociedad dualizada. Éxito económico, pobreza, malestar, violencia y movilizaciones sociales", *Revista Sociedad Hoy*, Universidad de Concepción, pp. 63-91.
- _____ (2000a): "La pobreza como depredación humana condicionada y aprendida en sociedad, Criterios de sustentabilidad social", *Revista Aula Magna*, n° 1, enero-junio, Caracas, Universidad Central de Venezuela, pp. 62-89.
- _____ (2000b): "La sociedad chilena posdictatorial, entre la modernización y el imaginario democrático", *Nueva Sociedad*, n° 165, Caracas, enero-febrero, pp. 32-43.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto (1999): *Historia contemporánea de Chile (I. Estado, legitimidad, ciudadanía)*, Santiago, LOM.
- Sen, Amartya (1999): "Die Freiheit der Märkte haben wir - wo bleiben Gleichheit und Brüderlichkeit?" en *Der Kapitalismus im 21. Jahrhundert*, Frankfurt, Alemania, Alfred Herrhausen Gesellschaft für Internationalen Dialog, p. 40.
- Sennett, Richard (2000): *La corrosión del carácter, las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- Tironi, Eugenio (1999): *La irrupción de las masas y el malestar de las élites*, Santiago Grijalbo.
- Touraine, Alain (1997): *¿Podremos vivir juntos?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

INTRODUCCIÓN A LOS ORÍGENES Y TRANSFORMACIONES DEL ESTADO-NACIÓN

Victor Abreu

El Estado nacional es la forma que ha asumido el Estado en la época moderna y contemporánea. Es la organización política y territorial que ha ido recubriendo el planeta desde el siglo xv. El Estado-nación se configura con la descomposición y recomposición del orden feudal. Es, inicialmente, un monopolio territorial en manos de un príncipe que define su “soberanía” como exclusión de otros príncipes y otros territorios. Un Estado nacional se va constituyendo en relación con otros que desarrollan el mismo proceso. Por ello un solo Estado-nación no fue posible, a la manera del antiguo Imperio Romano universal, en el que el César era el *dominus mundi* (amo del mundo). Así, la forma moderna del Estado no es un Estado único sino una red de Estados nacionales.

Entender en una dimensión cercanamente exacta el Estado-nación, obliga a retrotraerse al Estado feudal, pues aquél se origina del reordenamiento de éste. La teocracia medieval había ordenado la sociedad y el poder político como un gran *corpus mysticum* (cuerpo místico), una estructura despótica, completamente jerarquizada, donde el valor social de los cuerpos depende del eslabón social en que se ubiquen. Es decir, se vale en tanto que campesino, clérigo o guerrero. Mientras más se ascienda en la línea jerárquica más cerca se está de Dios, del Uno, del Absoluto. Desde luego, de mayor valor social gozan el Papa, como vicario de Cristo en la Tierra, y el Emperador, como máxima expresión del poder temporal. La jerarquización en un mundo que se supone intemporal, preconstituido, fijo, inmutable y, sobre todo, incuestionable, apoya su legitimación en la doctrina de las dos ciudades de San Agustín y en la cosmología aristotélica de la escolástica. La vida en la Tierra, corruptible e intrascendente, debe estar llena de un sinnúmero de padecimientos para redimir los pecados y merecer la vida eterna de la Ciudad de Dios o el mundo supralunar.

A diferencia de lo que será la “soberanía” del Estado moderno, la teocracia opera mediante la “suceranía”. El orden feudal es una organización cohesionada por una alianza de palabra: primero, por la adhesión a la palabra revelada en las Sagradas Escrituras¹; segundo, por la palabra de fidelidad y obe-

¹ Después de la caída del Imperio Romano en el siglo v (476), Europa occidental es una constelación de reinos romano-barbáricos. Con la coronación de Carlomagno en el 800 por el papa León III, se consolida la alianza entre lo que había quedado de Roma,

diencia que cada eslabón le da a su superior, así como por la palabra de protección de las almas bajo su custodia de cada superior a sus eslabones inferiores. Esto se denomina el “contrato feudal”². Por lo tanto, en el Estado feudal, el poder no estaba, como lo estará en el primer Estado moderno, centralizado ni concentrado, sino diluido en degradación a lo largo de toda la pirámide social.

Por otra parte, el feudalismo es un orden económico cerrado, autárquico. Estrictamente entre la segunda mitad del siglo VII, con el cierre del comercio en el Mediterráneo como consecuencia de las incursiones árabes, y aproximadamente el año 1000, están ausentes las prácticas mercantiles, la economía monetaria y la vida urbana. La reaparición del mercado desatará una intensa recomposición del territorio social, capaz de gestar lo que hoy reconocemos como Estado nacional y economía mercantil moderna (capitalismo). El resurgimiento del comercio va diluyendo la relación de dependencia personal o de sujeción entre señor y siervo y los va “individualizando”. La propiedad “condicional” se convierte en “privada” y la nobleza (militar y clerical) en “aristocracia”.

Lo que es más importante para los fines que nos ocupan, la nueva ciudad mercantil de la Alta Edad Media significa un quiste en el decadente despotismo feudal. Son emporios comerciales por excelencia, en donde habitan individuos socialmente equivalentes y no miembros de por vida de una determinada categoría jerárquica. En ellas reaparece el derecho romano³ y la economía monetaria. Las ciudades son además pioneras en las luchas por los derechos civiles. Con “El aire de la ciudad libera” como lema de aquellos tiempos, se entiende que la ciudad mercantil irradiará con sus novedades la transformación del mundo feudal.

que era el poder espiritual de la Iglesia católica, y el poder militar de los bárbaros. Esta alianza se produce para contener el avance de los árabes (infieles), quienes ya habían cruzado los Pirineos y amenazaban con apoderarse de toda Europa. Con ello desaparecen las diferencias entre romanos y bárbaros: ahora todos son cristianos (fieles) y forman parte de la República Cristiana, mezcla de *Sacerdotium* e *Imperium*. Fue Carlomagno quien dividió el nuevo Imperio en condados, ducados, marquesados, etc. Entre la fundación del Sacro Romano Imperio y el Renacimiento, Occidente es el mundo de la *Christianitas* (Cristiandad).

² Este es un “contrato” muy diferente al “contrato social” moderno, pues aquél es jerárquico, entre desiguales. La idea de equivalencia o igualdad entre los individuos es ajena al orden despótico feudal.

³ La reaparición del derecho romano será fundamental para el Estado moderno, pues contemplaba la *lex* (ley) que regulaba las relaciones entre el poder imperial y los ciudadanos, y el *ius* (derecho) que regulaba las relaciones entre los ciudadanos, es decir, entre individuos equivalentes. Esta es una prefiguración de lo que en el Estado moderno, y en particular en el Estado liberal, se verá como separación entre lo “público” y lo “privado”, que para los romanos era la *res pública* (cosa pública) y la *res privada* (cosa privada). La adopción del derecho romano por el Estado moderno no es, por tanto, un hecho casual.

Además de la ciudad, existe otro núcleo genético del Estado nacional: el príncipe territorial. La eclosión del comercio resquebraja la vieja alianza de palabra y propicia el conflicto en la clase feudal antes tan bien cohesionada⁴. El príncipe es un señor como cualquiera, pero con mayor poder militar y aliado con la emergente clase comercial y financiera. Su objetivo es centralizar el diluido poder feudal: primero, eliminando las prerrogativas feudales y concentrándolas en su persona; segundo, desconociendo la autoridad de las jerarquías superiores, convirtiéndose en un “soberano”. Nace así la idea de “soberanía”, que significa que por encima de la persona del príncipe no hay nadie más en la jerarquía que conduce a Dios⁵. Dado lo anterior, se entiende que la soberanía sea la preocupación central de la teoría política moderna: Maquiavelo y Bodino inicialmente; luego Hobbes, Locke, Montesquieu y Rousseau, entre otros tantos.

Junto al concepto de soberanía se va estableciendo también el nuevo concepto de “nación”. El Estado moderno es un “Estado-nación”. La nación es el producto de la homogeneización del territorio social en términos lingüísticos y culturales en general, a partir de elementos como valores y costumbres más o menos arraigados y perdurables en un territorio. Es la adhesión, sentimiento de pertenencia o identidad, y sobre todo de fidelidad de la población al nuevo ordenamiento político y territorial; es el principal factor de cohesión social en el Estado moderno. Pero, históricamente, en realidad la “nación” es una creación del Estado y no al revés⁶. No debe dejarse de mencionar el factor religioso como un elemento más de estandarización nacional en los Estados-nación

⁴ El conflicto al interior de la nobleza por el control de un territorio que va siendo nacional es claro en el siglo xv, con la Guerra de las Dos Rosas y la Guerra de los Cien Años.

⁵ Históricamente, la primera disputa para consolidar la idea de soberanía es la que ocurre entre el primer rey de Francia, Felipe IV “El Hermoso” y el papa Bonifacio VIII, en el siglo xiii. El primero desconoció la autoridad del segundo en el territorio bajo su control y se perfiló como soberano. En el siglo xv, para también consolidar su poder real, Enrique VIII en Inglaterra rompe con Roma, asumiendo el credo protestante. La expropiación de los bienes de la Iglesia favorecerá a la aristocracia, la cual emprenderá la revolución agrícola, prerrequisito de la revolución industrial, proceso que determinará la posterior hegemonía inglesa.

⁶ La ideología nacionalista del siglo xix supone que la nación es anterior al Estado y que el Estado es la realización de una nación supuestamente preexistente. La homogeneización cultural del territorio social en los primeros Estados nacionales fue, muchas veces, violenta. En Francia, por ejemplo, se impone por la fuerza el idioma del norte (*oui*) al del sur (*oc*). En España, la homogeneización está revestida de fanatismo religioso, mostrado en la persecución de los moros y la expulsión de los judíos en 1492. Que la “nación” es una creación del Estado, y no al revés, se ve claro en la hoy América Latina, donde hay tres nacionalidades diferentes: peruana, boliviana y ecuatoriana. Si el Estado respondiera a una estricta raíz étnica y cultural común se hubiese conformado un solo Estado. La razón de las tres nacionalidades es que se crearon tres Estados distintos. En otros casos como España, no se dio un proceso de homogeneización absoluta.

iniciales. La Reforma protestante⁷ y las guerras de religión del siglo xvi tuvieron gran importancia en el afianzamiento del poder soberano y en la homogeneización cultural que define a la nación⁸.

El príncipe centraliza el poder en su persona y le da una escala nacional a las viejas instituciones feudales. Las instituciones del Estado moderno son una readecuación de las instituciones feudales a las nuevas prácticas mercantiles. El príncipe le arrebató los privilegios a la nobleza y los concentra: el derecho de los señores de cobrar impuestos se convierte en hacienda pública nacional, las huestes feudales en ejército nacional, las "investiduras" en burocracia, etc. (Anderson, 1985)⁹. En lo político, se dejan de convocar los parlamentos¹⁰ para afianzar la soberanía del rey. Dirá Bodino en sus *Seis libros de la República* de fines del siglo xvi: el rey tiene derecho a hacer y deshacer las leyes sin el consentimiento de sus súbditos. "El Estado soy yo" dirá el Rey Sol, Luis XIV, emblema del "Estado absolutista" del siglo xvii. Asimismo, el príncipe emprende una homogeneización económica, creando el mercado interno, la "economía nacional". Ello lo hace disolviendo las prácticas feudales, unificando el sistema de pesas y medidas, instaurando una moneda única, eliminando las alcabalas, integrando el territorio nacional mediante vías de comunicación, etc. Por ello la concepción y política económica del Estado absolutista, primer Estado moderno, se denomina mercantilismo.

El Estado absolutista es el modelo de Estado característico en la Europa posterior a la Paz de Westfalia (1648). Concluida la Guerra de los Treinta Años las relaciones mundiales serán interestatales o internacionales. El absolutismo creará también la institución moderna de la diplomacia. El viejo sentido de la "embajada", que consistía en misiones esporádicas para dirimir asuntos puntuales entre reinos cambiará radicalmente; ahora consistirá en un lugar permanente para atender los asuntos bilaterales entre los Estados nacionales.

⁷ La Reforma fue la estocada de gracia para el desmoronamiento de la unidad de la Iglesia universal, núcleo del ordenamiento político feudal. Al protestantismo, particularmente calvinista, se le atribuye además el impulso del capitalismo, frente a los viejos prejuicios católicos medievales que obstaculizaban el comercio, como la doctrina del "justo precio" y contra la usura. Esto, amén de las implicaciones de la "doctrina de la predestinación", fue desarrollado en un planteamiento ya clásico por Max Weber (1973).

⁸ No será sino hasta el movimiento liberal de fines del siglo xvii, y sobre todo del xviii, cuando se abogue por la libertad de culto como una de las libertades inalienables del individuo. Por ello el Estado liberal separará definitivamente Estado e Iglesia, abolirá el Estado confesional y será completamente secular.

⁹ Por otro lado, el afianzamiento del poder del Estado sobre la Iglesia medieval se observa en los países protestantes, en los que los diezmos de la Iglesia son eliminados y la atribución de cobrar impuestos centralizadamente para financiar el ejército nacional y la burocracia será exclusiva del Estado.

¹⁰ *Parlamento* en Inglaterra, *Estados Generales* en Francia, *Cortes* en España, *Dieta* en Alemania.

El objetivo central del absolutismo y de su política económica mercantilista es el fortalecimiento del poder real, tanto al interior del territorio, como también frente a otros príncipes y Estados. En un tiempo en que el mercado es todavía incipiente y el juego de la riqueza y el poder se entiende como uno de sumacero, los puntos estratégicos no podían ser otros que la guerra, los matrimonios y la diplomacia. Igualmente, si la riqueza es entendida como algo dado, que un Estado sólo puede obtenerla si logra ganársela a otro, la clave no podía ser otra que el comercio exterior. Y como del comercio exterior dependen la riqueza y el poder del rey, aquél debe estar controlado y regulado por el Estado y, sobre todo, no podía estar en manos de cualquiera, sino de grandes monopolios concedidos por el Estado¹¹. Por eso el mercantilismo fue tan celoso con el comercio exterior.

El mercantilismo concebía la riqueza de la nación como la riqueza del soberano. No será sino hasta que logre constituirse un sector privado, y que éste solidifique una actividad económica autónoma, con relativa independencia del Estado, cuando se levanten las banderas del libre comercio, de la abolición de los monopolios otorgados por el Estado y de la eliminación de los controles estatales. Por primera vez, en el siglo XVIII los fisiócratas franceses formularán el principio de *laissez faire, laissez passer*. La economía ya no será la estrategia de fortalecer la riqueza y el poder del soberano, sino una disciplina que estudie cómo se produce, circula, se distribuye y acumula la riqueza de la nación. Tratará de explicar las leyes impersonales que regulan estos movimientos entre los sujetos privados, las que con el tiempo serán llamadas leyes del mercado. Nacería así, en la segunda mitad del siglo XVIII, la “economía política”.

El primer desafío político al absolutismo ocurre en Inglaterra, con la Revolución Gloriosa (1688). Guillermo de Orange es coronado bajo la condición de que se someta a la *Petition of Rights* que le presenta el parlamento. Con ello se fijaban límites al poder regio. El “Estado liberal” aquí prefigurado es precisamente poner un límite al poder del Estado para preservar las libertades individuales. El límite es el “límite de la ley”. La ley ya no es producto de la voluntad de un príncipe que está *ab legibus solutus* como sentenciaba Bodino, sino de la voluntad –lo que Rousseau llamará “voluntad general”– de los “individuos soberanos” expresada en el parlamento. Se inaugura así la regla de la ley (*rule of law*): ya el príncipe no estará, como en el absolutismo, por encima de la ley, sino será la ley la que estará por encima como gran límite del poder del Estado. Dos años después de la Revolución inglesa, John Locke publicará sus *Dos tratados sobre el gobierno civil*, obra iniciadora del pensamiento liberal.

¹¹ Decía Colbert, ministro de Luis XIV y emblema del mercantilismo, que las compañías de comercio eran los verdaderos ejércitos del rey. Es la época de las grandes compañías de Indias Orientales y Occidentales (inglesas, francesas y holandesas), como también de la piratería que vulnera los monopolios comerciales rivales.

Locke influenciará a los enciclopedistas franceses y los revolucionarios americanos. El Estado liberal será producto de las luchas del individuo por arrebatar la soberanía concentrada en el déspota, es decir, por ganarle un mayor espacio al Estado. La Revolución americana (1776-1787) y, finalmente, la Revolución Francesa (1789-1791), terminarán por disolver el Antiguo Régimen (*Ancien Régime*) e inaugurar el tipo de Estado contemporáneo. Entre los principales fundamentos del Estado liberal se encuentran:

- La regla de la ley como producto de la voluntad general y como límite del poder del Estado. La nación –establecerán Sieyès y la Revolución Francesa– es el único lugar de donde proviene toda soberanía¹².
- La Constitución, como gran pacto social que expresa aquella voluntad general, como límite de la ley, y a partir de la cual pueden sancionarse las leyes particulares. En aquella quedan garantizados los derechos individuales frente al Estado y de los individuos entre sí.
- El principio de la generalidad de la ley, que impide privilegios y sienta el postulado de la igualdad de derechos (con el Estado liberal se disuelve el Estado estamental de tres órdenes –Primer Estado, Segundo Estado y Tercer Estado–, característico del Antiguo Régimen).
- La separación y contrapeso de los poderes del Estado, que impide la reconstitución de un poder despótico de tipo absolutista. Con la Revolución inglesa se prefigura una primera división de los poderes entre Estado y gobierno, y entre rey y parlamento. Pero este principio no se presentará más acabadamente sino con Montesquieu, en *Del espíritu de las leyes* (1748) y las revoluciones americana y francesa: Poder Ejecutivo, Poder Legislativo y Poder Judicial. Particularmente, el gobierno será un fideicomiso de los hombres privados, una mera instancia administrativa, será fiscalizado por el parlamento y será responsable ante la sociedad.
- La separación entre Estado e Iglesia, quedando abolido el Estado confesional y consagrándose el Estado liberal como un Estado secular¹³.

¹² Podríamos puntualizar tres momentos clave en la definición de la “nación” en el Estado moderno y contemporáneo: 1) la idea nacional forjada en los primeros Estados modernos (Inglaterra, Francia y España); 2) el concepto del abate Sieyès en *¿Qué es el Tercer Estado?* (1789) y de la Asamblea Nacional Francesa, como genuino lugar de la soberanía; 3) la ideología nacionalista del siglo XIX, producto del romanticismo y de la estructuración tardía de los Estados alemán e italiano.

¹³ En Estados Unidos, la tolerancia religiosa y la separación entre Estado e Iglesia se dan para lograr la unión de 13 ex colonias de distinto carácter religioso. Scharf (1974, 187-188) explica cómo con la instauración del Estado liberal en Occidente, que marca el fin de los Estados confesionales, el sentimiento nacional sirve ahora de legitimación de los gobernantes, y que el nacionalismo es potencialmente la religión del nuevo tipo de Estado: “Si la tolerancia religiosa es posible, porque los gobernantes se apoyan

- La delimitación de los espacios del Estado y la sociedad civil, es decir, de la frontera entre lo estrictamente público y la esfera privada de los individuos¹⁴.
- El antipaternalismo, por cuanto el individuo es independiente del Estado y debe proveer a su propia vida como sujeto racional. Esto es, con su actividad y en competencia con otros individuos; en igualdad de condiciones pero expresando y tolerando sus diferencias.

Derrotado Napoleón en 1815 y superada la pausa conservatista establecida en el Congreso de Viena con el Acuerdo de Metternich (1814-1815), se produce un apogeo liberal a partir de 1830. La segunda mitad del siglo XIX es el triunfo de la sociedad burguesa (la “era victoriana” en Inglaterra), de la fórmula política del Estado liberal y de la doctrina del *laissez faire* en lo económico. En el último tercio del siglo XIX, la “revolución marginalista”, que funda la escuela “neoclásica” de la economía (la ortodoxia económica), fundamentará teóricamente al mercado como mecanismo autónomo y suficiente para regular la actividad económica. El principio del *laissez faire* no será cuestionado hasta 1936, por John Maynard Keynes y su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*.

El Estado liberal configurado con las revoluciones americana y francesa será explicitado jurídicamente y será presentado como “Estado de derecho”. La Constitución ampara y garantiza los derechos inalienables o imprescriptibles del individuo (de allí las “garantías constitucionales”) y una serie de libertades como la libertad de culto, de pensamiento, de expresión, de prensa, de asociación, de reunión, de movimiento, económica, y otros derechos fundamentales como el derecho a la propiedad y a ser juzgado por tribunales regulares. El Estado de derecho fue fundamentado filosóficamente por Immanuel Kant y Wilhelm von Humboldt a fines del siglo XVIII, y por Benjamin Constant a comienzos del XIX, teniendo en este último siglo su mayor desarrollo jurídico¹⁵.

para su legitimación en el sentimiento nacional, existe siempre el riesgo de que el mismo nacionalismo evolucione hasta convertirse en una forma de religión intolerante con respecto a las demás (...) el nacionalismo puede llegar a ser la base de una posición intolerante y de un fervor casi religioso”.

¹⁴ Uno de los principales aportes institucionales del período napoleónico fue la creación del Código Civil –es decir, el código de la sociedad civil–, que será adoptado por muchos países.

¹⁵ De los alemanes proviene la expresión *Rechstaat* para denotarlo. El término fue acuñado por Karl Welcker en 1813. El *Rechstaat* es una reacción contra el “Estado policía” (*Polizeistaat*) dedicado a la felicidad de los súbditos. Además de Welcker fue desarrollado a lo largo del siglo XIX por los juristas Robert von Mohl, Friedrich Julius Stahl, Karl von Rotteck y Rudolf von Gneist (Merquior, 1997, 117 y ss.). Amén de los ya mencionados, establece una serie de otros principios como la jerarquía de las normas, la irretroactividad de la ley, etc.

El clásico Estado de derecho supone además una premisa fundamental que lo diferenciará del Estado eudemonológico del siglo XVIII, y sobre todo del Estado "social" del siglo XX: es un Estado abstencionista, circunscrito a garantizar los goces privados, como diría Constant cuando exaltaba la libertad de los modernos frente a la de los antiguos. Es un Estado antipaternalista. Se exime de velar por las condiciones materiales o físicas de la población, porque eso sería atentar contra las libertades individuales. El nivel de vida alcanzado por cada individuo, su éxito o su fracaso, sería producto de sus talentos y sus esfuerzos y el Estado nada tendría que ver con ello. Debe limitarse a preservar las libertades de los ciudadanos y la igualdad de oportunidades, mas no debe interferir la esfera privada de los individuos.

En el siglo XX el Estado de derecho se transformó en "Estado social de derecho"¹⁶ y la economía de mercado no dejó de ser asumida por muchos como economía "social" de mercado. Es un "Estado benefactor" o "de bienestar", asistencialista, *Welfare State*, etc. En definitiva, un Estado preocupado por el nivel de vida de la población. El Estado social se consolida después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). En un caso como totalitarismo político: Estado socialista del tipo stalinista, Estado fascista italiano y Estado nacionalsocialista alemán. En el caso de las democracias liberales de mayor tradición, como Estados Unidos, Inglaterra y Francia, no se da como alteración de la estructura ni de las instituciones del Estado liberal, sino a través de la política keynesiana monetaria y fiscal, y del Estado asistencial.

El movimiento neoliberal de finales del siglo XX (Hobhouse, Hayek, Friedman, Buchanan, por nombrar a algunos exponentes) se propone desandar el camino recorrido por el Estado social contemporáneo. Quiere que el Estado social de derecho vuelva a ser el clásico Estado de derecho: un Estado restringido a garantizar los goces privados y desatento de las condiciones de vida de la población, pues ello atañe a la estricta iniciativa individual. Es una ideología que auspicia que el Estado asistencial sea desmontado. Apoyados en las premisas de la escuela neoclásica de la economía, se plantea suprimir el dirigismo y confiar exclusivamente al mercado la regulación de la actividad económica. Finalmente, propugna lo que, con un término reciente, se denota como "Estado mínimo" (*minimal state*)¹⁷. Luego de los años de euforia neoliberal, de la extinción del mundo socialista y con el llamado proceso de globalización, el Estado-nación actual tiene planteado severos retos y experimenta sustanciales transformaciones.

¹⁶ La expresión "Estado social de derecho" (*Sozialer Rechtsstaat*) fue empleada por vez primera en 1929 por el jurista alemán Hermann Heller (Combellas, 1990, 46-47).

¹⁷ Una de las más recientes e importantes posturas en torno al Estado "mínimo" es la de Robert Nozick (1990), quien rebate tanto la negación anarquista del Estado como el Estado de justicia y particularmente las muy discutidas tesis de John Rawls (1985). La polémica se desarrolla en los años 70 y 80 y ha suscitado nuevas elaboraciones en los 90, involucrando a muchos otros autores.

Bibliografía

- Abreu, Victor (2000): *La tradición liberal: individuo soberano y desigualdad*, Caracas, Ediciones Faces/UCV.
- Anderson, Perry (1985): *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI.
- Azkin, Benjamín (1986): *Estado y nación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, Norberto (1994): *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1993): *Liberalismo y democracia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1992): *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, Fernand (1994): *Civilización material, economía y capitalismo*, Madrid, Alianza, 2 vols.
- Búfalo, Enzo del (1997): *El sujeto encadenado. Estado y mercado en la genealogía del individuo social*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.
- _____ (2001): *Estado nacional y economía mundial. La economía política de la globalización*, Caracas, mimeo.
- Cappelletti, Ángel J. (1994): *Estado y poder político en el pensamiento moderno*, Mérida, Universidad de Los Andes.
- Combellas, Ricardo (1990): *Estado de derecho. Crisis y renovación*, Caracas, Editorial Jurídica Venezolana.
- Crossman, R.H.S. (1986): *Biografía del Estado moderno*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Deane, Phyllis (1993): *El Estado y el sistema económico. Introducción a la historia de la economía política*, Barcelona, Crítica/Grijalbo.
- Duby, Georges (1996): *El año mil*, Barcelona, Gedisa.
- Ferry, Luc y Alain Renaut (1997): *Filosofía política: de los derechos del hombre a la idea republicana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- García-Pelayo, Manuel (1984): *Las transformaciones del Estado contemporáneo*, Madrid, Alianza.
- Hobsbawm, Eric J. (1978a): *La era del capitalismo*, Barcelona, Labor (Guadarrama/Punto Omega), 2 vols.
- _____ (1978b): *Las revoluciones burguesas*, Barcelona, Labor (Guadarrama/Punto Omega), 2 vols.
- Merquior, José Guilherme (1997): *Liberalismo, viejo y nuevo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- North, Douglass C. (1994): *Estructura y cambio en la historia económica*, Madrid, Alianza.
- North, Douglass C. y Robert Paul Thomas (1991): *El nacimiento del mundo occidental*, Madrid, Siglo XXI.
- Nozick, Robert (1990): *Anarquía, Estado y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Polanyi, Karl (1992): *La gran transformación. Orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rawls, John (1985): *Teoría de la justicia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición en inglés [1971].
- Recalde, José R. (1982): *La construcción de las naciones*, Madrid, Siglo XXI.
- Scharf, Betty R. (1974): *El estudio sociológico de la religión*, Barcelona, Seix Barral.
- Schumpeter, Joseph A. (1984): *Historia del análisis económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2 vols.

Touchard, Jean (1990): *Historia de las ideas políticas*, Madrid, Tecnos.

Weber, Max (1973): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península.

DOCUMENTOS

PLAN DE GUERRA CONTRA EL TERRORISMO

Discurso del presidente George W. Bush ante el Congreso de EEUU 20 de septiembre de 2001

**Señor Presidente temporal
Miembros del Congreso
Conciudadanos:**

Normalmente los presidentes vienen a esta Cámara para informar sobre el estado de la nación. Miren, esta noche no hace falta, un informe de esa naturaleza ya ha sido presentado por el pueblo de Estados Unidos. Lo hemos visto en el coraje de los pasajeros que se arriesgaron y se enfrentaron a terroristas para defender a otros; pasajeros que avanzaban, a cuya cuestión le damos la bienvenida también. Hemos visto el estado de la nación, en la perseverancia de los socorristas que han ido más allá del punto de agotamiento; lo hemos visto en las banderas, en las velas, en las donaciones de sangre, en las plegarias en inglés, en hebreo, en árabe. Lo hemos visto en la decencia de un pueblo generoso que ha compartido el dolor de los extraños. En los últimos días, el mundo entero ha visto por sí mismo el estado de nuestra nación, y es sólido.

Esta noche somos un país que ha despertado al peligro y ha sido llamado a defender la libertad. Nuestro dolor se ha tornado en rabia y esa rabia se ha tornado en decisión. Si vamos a llevar a nuestros enemigos ante la justicia o llevar la justicia hasta ellos, la justicia se hará. Le agradezco al Congreso por su liderazgo en este momento tan importante. Toda la nación fue conmovida en la noche de la tragedia, al ver a dirigentes demócratas y republicanos, cantando *Dios Bendiga a la Nación*, en la entrada del Capitolio. Pero hicieron más que cantar, ustedes actuaron aprobando una partida de 40.000 millones de dólares para ayudar a reconstruir a las comunidades afectadas y para nuestras Fuerzas Armadas. Presidente de la Cámara y presidentes de la mayoría y la minoría, les agradezco por su amistad, por su liderazgo y por sus servicios a la nación.

Y en nombre del pueblo de Estados Unidos le agradezco al mundo por sus expresiones de respaldo. Nuestro país nunca olvidará el sonido de nuestro himno nacional en el Palacio de Buckingham, en las calles de París y en la puerta de Brandenburgo. No olvidaremos a los niños surcoreanos orando frente a nuestra Embajada en Seúl. O las plegarias y expresiones de condolencia en una mezquita en El Cairo. Los minutos de silencio en Australia, en África y en Latinoamérica, ni olvidaremos a los ciudadanos de otras 80 naciones que murieron junto con los nuestros; docenas de paquistaníes, más de 130 israelíes, más de 250 ciudadanos de la India, hombres y mujeres de El Salvador, Irán, México y Japón y cientos de ciudadanos británicos. Nuestro país no tiene mejores amigos que nuestros amigos británicos. Una vez más estamos aquí reunidos en una causa noble. Es un honor que el Primer Ministro Británico haya cruzado el océano para demostrarnos su unidad. Gracias por estar aquí, amigo.

El 11 de septiembre, los enemigos de la libertad cometieron un acto de guerra contra nuestro país. Nuestro país ha vivido guerras, pero en los últimos 136 años esas guerras habían sido en el extranjero, salvo por un domingo, en 1941. Sabemos lo que es tener bajas en la guerra, pero nunca en el centro de una ciudad, en una mañana pacífica. Nuestro país sabe de ataques sorpresivos, pero nunca antes contra miles de civiles. Todo esto se produjo en un solo día, y anocheció en un mundo diferente. Un mundo donde la libertad misma estaba siendo atacada. Nuestro país tiene muchos interrogantes, anoche los estadounidenses se preguntan quién atacó nuestro país. La evidencia que hemos recabado apunta a una colección de organizaciones terroristas vinculadas bajo la bandera de Al Qaeda, son los mismos responsables por el ataque contra embajadas en Tanzania y Kenya y por el ataque contra el destructor Cole. Al Qaeda es un grupo de terror, como la mafia para el crimen, pero no busca hacer dinero, lo que busca es cambiar el mundo e imponer sus puntos de vistas radicales en la gente del mundo entero. Practican una forma de extremismo que ha sido rechazada por los doctores islámicos y clérigos islámicos. Un movimiento que evita la enseñanza de la paz a través del islamismo. Es terrorismo contra cristianos y judíos que insta a matar a los estadounidenses sin hacer distinciones entre militares y civiles, incluyendo mujeres y niños. Este grupo y su líder, un hombre llamado Osama ben Laden se vincula a otras organizaciones en diferentes países incluyendo la Jihad islámica, el Movimiento Islámico de Uzbekistán. Hay miles de estos terroristas en más de 60 países. Son reclutados en sus países y vecindarios y son llevados a campamentos en lugares como Afganistán donde se los entrena en las tácticas del terrorismo. Luego, son enviados a sus países, a otros países, a esconderse para complotar para la maldad y la destrucción. El liderazgo de Al Qaeda tiene gran influencia en Afganistán y respalda al régimen del Talibán que controla la mayor parte de ese país.

En Afganistán vemos la visión que Al Qaeda tiene del mundo, el pueblo afgano ha sido objeto de maltratos, está casi muriéndose de hambre y muchos han tenido que huir; a las mujeres no se les permite ir a la escuela; se puede encarcelar a una persona por tener un televisor. La religión sólo puede practicarse como lo dictan sus líderes. Una persona puede ir a la cárcel si su barba no es suficientemente larga. Estados Unidos respeta al pueblo de Afganistán, después de todo, somos su principal fuente de asistencia humanitaria, pero condenamos al régimen del Talibán. No solamente está oprimiendo a su pueblo sino que es una amenaza para pueblos de otros lugares, albergando y dotando a terroristas; ayudando a asesinos. El régimen del Talibán está cometiendo asesinatos, y esta noche, Estados Unidos está haciendo las siguientes exigencias al Talibán:

- Entreguen a las autoridades estadounidenses a todos los líderes de Al Qaeda que se encuentran en su país.
- Liberen a todos los extranjeros que tienen detenidos, incluyendo a ciudadanos estadounidenses que están encarcelados injustamente.
- Protejan a los periodistas extranjeros, a los socorristas y a los diplomáticos en el país.
- Cierren o terminen de inmediato todos los centros de entrenamiento de terroristas en Afganistán y entreguen a todos los terroristas en su estructura de respaldo a las autoridades correspondientes.
- Permítanle a Estados Unidos acceso pleno a esos campamentos de terroristas para asegurarnos que ya no están operando.

Estas demandas no son negociables ni están sujetas a discusión. El Talibán debe actuar y actuar de inmediato, van a entregar a los terroristas o van a compartir las suertes que éstos corran.

También quiero hablarles directamente a los musulmanes en todo el mundo: respetamos su fe, es practicada libremente por millones de estadounidenses y millones más de personas en países que son nuestros aliados. Es una enseñanza de paz. Pero aquellos que cometen maldades en nombre de Alá son una blasfemia para Alá. Los terroristas son traidores a su propia fe, tratando de tener como rehén a la misma fe islámica. Nuestros enemigos no son nuestros aliados árabes y musulmanes, nuestros enemigos son los terroristas y los gobiernos que los respaldan. Nuestra guerra contra el terrorismo comienza con Al Qaeda pero no termina allí. No va a terminar hasta que todos los grupos terroristas de alcance mundial hayan sido ubicados, detenidos y derrotados.

Los estadounidenses se preguntan ¿por qué nos odian? Ellos odian lo que ven acá en esta Cámara, un gobierno democráticamente elegido; líderes designados por el pueblo; odian nuestra libertad, la libertad de religión, la libertad de expresión, nuestra libertad para votar, y para estar en desacuerdo unos con otros. Ellos quieren derrocar los gobiernos que están en numerosos países islámicos como Egipto, Arabia Saudita y Jordania. Ellos quieren erradicar al Estado de Israel. Ellos quieren deshacerse de los cristianos y judíos en vastas regiones de Asia y África. Estos terroristas no solamente eliminan vida, buscan interrumpir una forma de vida. Con cada atrocidad ellos esperan que nos intimidemos, que nos repluguemos del mundo y olvidemos a nuestros amigos. Ellos se nos enfrentan porque nosotros somos un obstáculo para ellos. Porque nosotros no nos dejamos engañar por su pretendida piedad. Hemos visto gente de esa calaña antes; ellos son los herederos de todas las doctrinas asesinas del siglo xx, sacrificando vidas humanas para justificar sus puntos de vista radicales, abandonando los valores, excepto la búsqueda del poder: el fascismo, el nazismo y el totalitarismo, y van a seguir ese paso hasta donde termina, en la historia sin marca, la historia de vidas que se van al olvido.

Los estadounidenses se preguntan ¿cómo podemos librar y ganar esta batalla? Vamos a dirigir todos los recursos que tenemos a nuestra disposición, todos los medios diplomáticos, todos los instrumentos de inteligencia, todos los instrumentos legales, los recursos financieros, y cualquier arma de guerra que sea necesaria para acabar con, para derrotar a, estas redes de terrorismo internacional. Esta guerra no va a ser como la guerra contra Irak hace una década, con una liberación decisiva de territorio y un final decisivo. No va a ser como el conflicto aéreo en Kosovo, cuando no se usaron tropas terrestres y no se perdió la vida de un solo estadounidense en combate. Nuestra respuesta involucra mucho más que una represalia instantánea y golpes aislados. El país no debe esperar una sola batalla, sino una campaña prolongada. Una campaña sin paralelo en nuestra historia; puede incluir momentos dramáticos, visibles en televisión y acciones encubiertas, en secreto hasta cuando tienen éxito.

Vamos a hacer que se enfrenten unos con otros, los vamos a poner en desbandada, hasta que no haya refugio ni descanso. Y vamos a ir contra las naciones que les den albergue o protección. *Cualquier nación, en cualquier lugar, tiene ahora que tomar una decisión: o están con nosotros o están con el terrorismo.* De aquí en adelante, cualquier nación que siga albergando o respaldando terroristas será considerada por Estados Unidos como un régimen hostil.

Nuestra nación ha sido puesta en alerta, no somos inmunes a los ataques. Tomaremos medidas defensivas contra el terrorismo para proteger a nuestros ciudadanos. Hoy en día hay docenas de organizaciones y gobiernos locales y estatales que tienen responsabilidades concernientes a la seguridad nacional. Esto se debe coordinar al nivel más alto posible. Así que esta noche anuncio la creación de una posición del Gabinete, que estará directamente adscrita a la Presidencia, es la Oficina de Protección Nacional, y también quiero anunciar la designación de un distinguido estadounidense para hacerse cargo de esta oficina, un veterano, un patriota, un amigo, Tom Ridge, de Pennsylvania. Él se hará cargo de manejar toda una estrategia nacional para resguardar a nuestro país del terrorismo y para responder a cualquier ataque que se presente. Estas medidas son esenciales. La única forma de derrotar al terrorismo como una amenaza a nuestro sistema de vida es deteniéndolo, eliminándolo y destruyendo su semillero. Muchos participarán en este esfuerzo, desde agentes del FBI hasta gentes de inteligencia, hasta las reservas, a las que hemos activado. Todos merecen nuestro agradecimiento y a todos los acompañan nuestras plegarias. Y esta noche, a pocos kilómetros del Pentágono, tengo un mensaje para nuestras Fuerzas Armadas ¡Prepárense! Les he pedido a las Fuerzas Armadas que estén en alerta y hay una razón para ello: se acerca la hora de que entremos en acción, y ustedes nos van a hacer sentir orgullosos.

Esta no es sólo una pelea de nuestro país y lo que está en juego no es solamente la libertad de Estados Unidos. Esta es una lucha de todo el mundo. Esta es la lucha de la civilización. Esta es la lucha de todos los que creen en el progreso, el pluralismo, la tolerancia y la libertad. Les pedimos a todas las naciones que se unan a nosotros. Vamos a pedir la ayuda que necesitamos de la policía, servicios de inteligencia y sistemas bancarios, en el mundo entero. Estados Unidos agradece a muchas naciones y organizaciones internacionales que ya han respondido con simpatía, solidaridad y respaldo. Naciones de América Latina, Asia, África, Europa, del mundo islámico. Quizás la actitud más apropiada sea la de la OTAN: un ataque contra uno es un ataque contra todos. El mundo civilizado se está uniendo junto con nuestro país, comprenden que si este acto de terror continúa sin castigo, sus ciudades, sus ciudadanos, pueden ser los próximos en la lista. El terror, esa ignominia, no solamente derriba edificios, amenaza la estabilidad de gobiernos legítimos. Y ¿saben qué? ¡No lo vamos a permitir!

Los estadounidenses se preguntan ¿qué se espera de nosotros? Les digo: vivan sus vidas, abracen a sus hijos. Sé que hay muchos ciudadanos que esta noche tienen miedo, les digo: tengan calma y mantengan la resolución aun frente a esta amenaza. Les pido que defiendan los valores de nuestra nación y no olviden por qué tantos están aquí. Estamos en una lucha de principios y nuestra principal responsabilidad es cumplir esos principios, nadie puede ser maltratado o insultado por sus antecedentes étnicos o su fe religiosa. Les pido que sigan respaldando a las víctimas de esta tragedia con sus contribuciones. Si desean hacerlo pueden ir a un punto central de información libertyunited.org. Allí encontrarán los nombres de quienes pueden ayudar en Nueva York, Pennsylvania y Virginia. Los miles de agentes del FBI que están trabajando en esta investigación necesitan de su ayuda y les pido que se la den. Les pido que tengan paciencia por los retrasos e incomodidades que pueden ir aparejados a una mayor seguridad y por su paciencia en la que va a ser una campaña larga. Les pido que sigan participando en la economía del país y demuestren su confianza en ella. Los ataques terroristas fueron contra símbolos de nuestra prosperidad, pero no tocaron sus fuentes.

El éxito de nuestro país depende de la creatividad y del espíritu emprendedor de nuestra gente. Éstos son los pilares de nuestra economía, lo fueron antes del 11 de septiembre y siguen siendo los pilares de nuestra fortaleza. Finalmente, por favor, continúen orando por las víctimas del terrorismo y sus familias, por nuestros hombres y mujeres en uniforme y por nuestro gran país. La plegaria nos ha ayudado en el momento de dolor y nos ha dado fortaleza y nos dará fortaleza en el camino por venir.

Les agradezco a mis compatriotas por todo lo que han hecho y por lo que van a hacer. Y señoras y señores del Congreso, les agradezco a ustedes, sus representantes, por todo lo que han hecho y por lo que haremos juntos. Esta noche nos enfrentamos a nuevos retos nacionales. Vamos a unirnos para mejorar la seguridad aérea, para expandir el número de alguaciles en los vuelos nacionales y para tomar medidas para evitar los secuestros. Vamos a unirnos para darles estabilidad a nuestras aerolíneas para que puedan continuar operando con ayuda durante esta emergencia. Vamos a unirnos para darles a las autoridades los instrumentos que necesitan para combatir el terrorismo en el país. Vamos a trabajar juntos para afianzar nuestra capacidad de inteligencia, para poder detectar cuanto antes los planes del terrorismo y hallarlos antes de que ataquen. Juntos vamos a tomar medidas para afianzar la economía del país y para poner a nuestra gente de nuevo en el trabajo.

Esta noche les damos la bienvenida a dos líderes que representan el espíritu de los neoyorquinos, el gobernador George Pataqui y el alcalde Rudolph Giuliani. Como un símbolo de la resolución de nuestro país, mi gobierno va a trabajar junto con el Congreso y con estos líderes, para demostrarle al mundo que vamos a reconstruir a la ciudad de Nueva York.

Después de todo, de lo que ha pasado, de las vidas perdidas y las esperanzas que murieron con ellos, es natural preguntarse si el futuro de la nación es un futuro de temor. Algunos hablan de una era de terror. Sé que habrá dificultades y enfrentaremos peligros, pero este país va a definir sus tiempos, no se va a dejar definir por las circunstancias. Somos una nación decidida y fuerte. No va a ser una era de terror, va a ser una era de libertad aquí y en el mundo. Nos ha causado un daño muy profundo. Hemos sufrido una enorme pérdida y en nuestro dolor y en nuestra rabia hemos encontrado nuestra misión y nuestro momento: la libertad y el temor están en guerra. El progreso de la libertad, los logros de nuestros tiempos y la esperanza de todos los tiempos dependen de nosotros. Nuestra nación, esta generación, van a acabar con la amenaza de la violencia contra nuestros pueblos para el futuro. Vamos a unir al mundo en esta causa, con nuestros esfuerzos, con nuestro coraje. No nos vamos a cansar y no vamos a flaquear y no vamos a fallar.

Tengo la esperanza de que, en los meses y años por venir, la vida regrese a la normalidad, que volvamos a nuestra rutina, y eso es bueno. Incluso el dolor se suaviza con el tiempo y con la gracia, pero no vamos a abandonar nuestra resolución. Recordaremos lo que pasó, lo que sucedió, el momento en que recibimos la noticia, dónde estábamos y lo que estábamos haciendo. Algunos recordarán imágenes de un incendio, de rescate. Algunos recordarán un rostro o una voz que no se escuchará más, y yo llevaré esto conmigo. Es la chapa de un policía, John Howard que murió en el World Trade Center tratando de salvar a otros. Esto me lo dio su madre Aleen, como un homenaje a su hijo. Esto es lo que me recuerda que hay vidas que terminaron, pero hay una tarea que no termina. No puedo olvidar la herida sufrida por nuestro país y quienes la causaron. No vamos a ceder, no voy a descansar, no voy a dejar esta lucha

por la libertad y por el pueblo estadounidense. No sabemos cuál va a ser el derrotero de este conflicto, pero sí cuál va a ser el desenlace. La libertad y el temor, la justicia y la crueldad, siempre han estado enfrentados, y sabemos que Dios no es neutral.

Compatriotas: vamos a enfrentar la violencia con una justicia paciente. Seguros como estamos de la justicia, de nuestra causa y confiados en las victorias por venir, y los que están frente a nosotros, Dios nos dé la sabiduría y que Dios proteja a los Estados Unidos de América. Gracias.

Trans. MRC (TvPrensa 2000, C.A.), sitio www.globovision.com, Tomado de el 24-9-2001, a las 6:08:26 pm.

JURO QUE AMÉRICA NO VIVIRÁ EN PAZ

Declaración atribuida a Osama ben Laden

7 de octubre de 2001

Aquí está América golpeada por Dios Omnipotente en uno de sus órganos vitales, con sus más grandes edificios destruidos. Por la gracia de Dios. El horror ha sido vertido sobre América de norte a sur, de este a oeste, y agradecemos a Dios que lo que América está padeciendo ahora es sólo una muestra de lo que nosotros hemos padecido. Nuestra nación islámica ha estado padeciendo lo mismo durante más de 80 años, humillación y desgracia, sus hijos asesinados y su sangre derramada, sus lugares santos profanados.

Dios ha bendecido a un grupo de la vanguardia de los musulmanes, la primera línea del Islam, para destruir América. Dios les bendiga y les asigne un supremo lugar en el Cielo, porque Él es el único capaz y autorizado para hacerlo. Cuando aquellos que se han levantado en defensa de sus débiles niños, de sus hermanos y hermanas en Palestina y en otras naciones musulmanas, todo el mundo quedó conmocionado, los infieles seguidos por los hipócritas.

Un millón de niños inocentes están muriendo en este momento en que hablamos, muertos en Irak sin ninguna culpa. No oímos ninguna denuncia, no oímos ningún edicto de los gobernantes hereditarios. En estos días, los tanques israelíes irrumpen violentamente en Palestina, en Ramalá, Rafah y Beit Jala y muchos otros lugares de la tierra del Islam y no oímos a nadie alzar su voz o reaccionar. Pero, cuando la espada cayó sobre América después de 80 años, la hipocresía levantó su cabeza para gemir por los asesinos que jugaban con la sangre, el honor y los lugares santos de los musulmanes. Lo menos que puede ser dicho de esos hipócritas es que son apóstatas que siguen el camino equivocado. Apoyan al carnicero contra la víctima, al opresor contra el niño inocente. Yo busco refugio en Dios contra ellos y le pido que nos deje ver lo que se merecen.

Yo digo que el asunto es muy claro. Cada musulmán después de este acontecimiento debe luchar por su religión, atacar a los altos funcionarios de EEUU, empezando por el jefe internacional de los infieles, Bush y su equipo, que hicieron un despliegue de vanidad con sus hombres y caballos, y a aquellos que volvieron incluso a países que creían en el Islam contra nosotros, el grupo que apeló a Dios, el Omnipotente, el grupo que rehúsa ser sojuzgado en su religión. Ellos han estado diciéndole al mundo falsedades, que están luchando contra el terrorismo. En una nación del confín del mundo, Japón, cientos de miles fueron asesinados y ellos dicen que esto no es un crimen mundial. Para ellos no es un asunto claro; un millón de niños murieron en Irak pero para ellos no es un asunto claro. Pero cuando pocos más de 10 murieron en Nairobi y en Dar es Salam, Afganistán e Irak fueron bombardeados y la hipocresía se alzó tras el jefe internacional de los infieles, el símbolo moderno del paganismo mundial, EEUU, y sus aliados.

Yo les digo a ellos que estos acontecimientos han dividido al mundo en dos campos, el campo de los creyentes y el campo de los infieles. Dios nos proteja a nosotros y a vosotros de ellos. Cada musulmán debe levantarse para defender su religión. El vien-

to de la fe está soplando y el viento del cambio está soplando para expulsar al demonio de la península de Mahoma, la paz sea con él. A América y a su gente les digo unas pocas palabras: juro por Dios que América no vivirá en paz hasta que la paz no reine en Palestina y hasta que todos los ejércitos de los infieles no salgan de la tierra de Mahoma, la paz sea con él. Dios es el más grande y gloria al Islam.

AMENAZA TERRORISTA EN LAS AMÉRICAS

Resolución de la OEA aprobada en la primera sesión plenaria, celebrada el 21 de septiembre de 2001

La Vigésimo Cuarta Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores actuando como Órgano de Consulta en aplicación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR),

CONSIDERANDO los ataques terroristas perpetrados contra personas inocentes de distintos países que tuvieron lugar el 11 de septiembre de 2001 en el territorio de los Estados Unidos de América;

RECORDANDO el derecho inmanente de los Estados de actuar en ejercicio del derecho de legítima defensa, individual y colectiva, de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR);

DESTACANDO que el artículo 2 de la Carta de la Organización de los Estados Americanos proclama que uno de los propósitos esenciales de la Organización es fortalecer la paz y la seguridad del Continente y organizar la acción solidaria en caso de agresión;

CONSIDERANDO que la obligación de asistencia mutua y defensa colectiva de las repúblicas americanas se vincula esencialmente con sus ideales democráticos y su voluntad de cooperar permanentemente en el cumplimiento de los principios y propósitos de una política de paz; y

Tomando nota de la resolución CP/RES. 797 (1293/01), del 19 de septiembre de 2001, aprobada por el Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos actuando provisionalmente como Órgano de Consulta del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), en la cual se convocó una Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores para actuar como Órgano de Consulta en aplicación del TIAR, con relación a los ataques terroristas perpetrados en los Estados Unidos de América, el 11 de septiembre de 2001,

RESUELVE:

1. Estos ataques terroristas contra los Estados Unidos de América son ataques contra todos los Estados americanos y, de conformidad con todas las disposiciones pertinentes del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y el principio de solidaridad continental, todos los Estados Parte del Tratado de Río deberán brindar asistencia recíproca efectiva para enfrentar tales ataques y la amenaza de ataques similares contra cualquier Estado americano, y para mantener la paz y la seguridad del Continente.

2. Si un Estado Parte tiene elementos fundados para presumir que alguna persona en su territorio pueda haber participado o prestado cualquier asistencia en los ataques perpetrados el 11 de septiembre de 2001, que esté protegiendo a los perpetradores o que pueda estar involucrada en actividades terroristas, ese Estado Parte deberá utilizar todas las medidas disponibles conforme a la ley para perseguir, capturar, extraditar y castigar a estos individuos.
3. Los Estados Parte prestarán asistencia y apoyo adicional a los Estados Unidos y entre sí, según corresponda, en relación con los ataques del 11 de septiembre y a fin de prevenir futuros actos terroristas.
4. Los Estados Parte mantendrán al Órgano de Consulta debidamente informado sobre todas las medidas adoptadas de conformidad con esta resolución.
5. Mantener abierta la Vigésimo Cuarta Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, actuando como Órgano de Consulta, con el fin de asegurar la pronta y efectiva aplicación de esta resolución y, si fuere necesario, adoptar las medidas adicionales adecuadas para abordar este asunto.
6. Designar una comisión integrada por los representantes de cada Estado Parte del Tratado de Río en el Consejo Permanente de la OEA, a fin de realizar consultas adicionales y adoptar medidas para darles seguimiento a los criterios aquí adoptados.
7. Solicitar a todos los gobiernos americanos y a la Organización de los Estados Americanos que presten su total cooperación en la aplicación de esta resolución.
8. Encomendar al Consejo Permanente que tome las medidas pertinentes en cumplimiento de la Resolución RC.23/doc.7/01 adoptadas en la Vigésimo Tercera Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores.
9. Informar de inmediato al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sobre el texto de la presente resolución y sobre cualquier decisión que pueda adoptarse con relación a este asunto.

**RESOLUCIÓN DE LA OEA
VIGÉSIMO CUARTA REUNIÓN DE CONSULTA DE MINISTROS DE RELACIONES EXTERIORES
Washington, D.C, 21 septiembre 2001
OEA/Ser.F/II.24 RC.24/RES.1/01**

EL CHOQUE DE LAS IGNORANCIAS

Edward W. Said

Miércoles 10 de Octubre 2001

En el número de *Foreign Affairs* aparecido en la primavera de 1993, se publicó un artículo de Samuel Huntington con el título de “The Clash of Civilizations” (El choque de las civilizaciones) y de inmediato atrajo atención y múltiples reacciones. Puesto que el artículo pretendía compartir con los estadounidenses una tesis original en torno a “la nueva fase” de la política mundial después de la Guerra Fría, los términos de la argumentación de Huntington parecían amplios, audaces, incluso visionarios. En la mira tenía a sus rivales —las filas de planificadores de políticas públicas, los teóricos como Francis Fukuyama y sus teorías del fin de la historia, pero también las legiones que celebraban el advenimiento del globalismo, el tribalismo y el desvanecimiento del Estado. Pero ellos —concedía— habían entendido *algunos* aspectos de este nuevo período. Huntington estaba por anunciar el “aspecto crucial, de hecho central” de lo que “debía ser una política global en los años venideros”. Sin dudar lo enfatizó:

Es mi hipótesis que la fuente fundamental de conflicto en este nuevo mundo no será primordialmente ideológica ni económica. Las grandes divergencias entre la humanidad y la fuente dominante de conflicto serán culturales. Las naciones-Estado continuarán siendo poderosos actores de los asuntos mundiales, pero los conflictos principales de política global ocurrirán entre las naciones y grupos de diferentes civilizaciones. El choque de las civilizaciones dominará la política mundial. Las líneas de quiebre entre las civilizaciones serán los frentes de batalla del futuro (p. 22).

La mayor parte de los argumentos volcados en las subsecuentes páginas de su texto se apoyaban en la vaga noción de algo que Huntington denominaba “la identidad de la civilización”, y “las interacciones entre siete u ocho [sic] civilizaciones principales”. De éstas, el conflicto entre dos de ellas, Islam y Occidente, recibía la tajada del león de sus atenciones. Sumergido en esta beligerante forma de pensamiento, se apoyaba centralmente en un artículo, aparecido en 1990, del veterano orientalista Bernard Lewis, cuyos colores ideológicos son manifiestos desde el título: “Las raíces de la rabia musulmana”. En su texto y en el de Lewis se impulsaba con temeridad la personificación de entidades enormes en términos de “el Occidente” y “el Islam”, como si asuntos tan complicados como la identidad y la cultura existieran en un mundo de caricatura donde Popeye y Plutón se vapulean sin misericordia, y donde el pugilista más experto siempre le gana la mano a su adversario. Ciertamente, ni Huntington ni Lewis invierten mucho tiempo en la dinámica o la pluralidad internas de toda civilización, ni en el hecho de que el reto principal de casi todas las culturas modernas estriba en la definición o interpretación de cada cultura; tampoco en la posibilidad, poco atractiva para ellos, de que haya mucha demagogia e ignorancia ramplona en la presunción de hablar por toda una civilización o una religión. No, el Occidente es el Occidente y el Islam es el Islam. El reto de los planificadores occidentales de políticas públicas, dice Huntington, es asegurarse de que Occidente se haga más fuerte y mantenga a raya a todos los otros, en particular al Islam.

Preocupa más que Huntington suponga que su perspectiva —esa de revisar el mundo desde una percha que esté por encima de los apegos ordinarios y las lealtades ocultas— es la correcta, como si todos los demás anduvieran por las ramas buscando res-

puestas que él ya encontró. De hecho, Huntington es un ideólogo, alguien que quiere convertir a “las civilizaciones” y “las identidades” en algo que no son: entidades cerradas, selladas, que se purgaron de las miríadas de corrientes y contracorrientes que animan la historia humana, aquellas que por muchos siglos han hecho posible que la historia no sea sólo una de guerras religiosas o de conquista imperial, sino también una de intercambio, fertilización mutua y confianza compartida. Esta historia invisible es ignorada en la premura de resaltar la guerra, constreñida y comprimida ridículamente, que en “El choque de las civilizaciones” se argumenta como realidad. Cuando en 1996 publicó su libro, con el mismo título, intentó conferirle a sus argumentos algo más de sutileza, y lo llenó con muchas, muchas notas a pie de página; por desgracia, lo único que logró fue confundirse, demostrar lo torpe que era como escritor y lo poco elegante que era como pensador. El paradigma básico de Occidente contra el resto (reformulando la oposición propia de una Guerra Fría) se mantuvo incólume y aparece, a veces con insidia, a veces implícito, en la discusión que siguió a los terribles sucesos del 11 de septiembre.

El ataque suicida, patológicamente motivado, horrendo asesinato de masas cuidadosamente planeado por un grupo de militantes perturbados, se ha convertido en confirmación de las tesis de Huntington. En vez de tomarlo como es –la “gran idea” [uso el término sueltamente] de una bandita de fanáticos enloquecidos con propósitos criminales–, las grandes luminarias (de Benazir Bhutto, ex primera ministra paquistaní, al primer ministro italiano Silvio Berlusconi) han pontificado en torno de los problemas del Islam y, en el caso de Berlusconi, han usado a Huntington para despotricar afirmando la superioridad de Occidente –cómo “nosotros” tenemos a Mozart y Miguel Ángel y ellos no (días después se disculpó a medias por insultar al “Islam”)

Pero, ¿por qué no se han buscado paralelismos, seguramente menos espectaculares en su destructividad, entre Osama ben Laden y sus seguidores, y cultos como la rama de los davidianos o los discípulos del reverendo Jones en Guyana o el Aun japonés? Incluso el semanario británico *The Economist*, normalmente sobrio, en su número de septiembre 22-28, no puede resistirse a la vasta generalización y ensalza a Huntington, de forma bastante extravagante, por sus “cruels y arrasadoras, y no obstante agudas” observaciones acerca del Islam. “Hoy”, afirma el semanario con solemnidad impropia, Huntington escribe que “los miles de millones de musulmanes en el mundo están convencidos de la superioridad de su cultura, y se obsesionan por la inferioridad de su poder”. ¿Habrá encuestado a 100 indonesios, 200 marroquíes, 500 egipcios y 50 bosnios? Aunque así fuera, ¿qué clase de muestra es ésa?

Son incontables los editoriales en los diarios y revistas de América y Europa que le añaden a este vocabulario de gigantismo y apocalipsis; no son editoriales diseñados para edificar al lector, sino para inflamarlo con pasión indignada como miembro de “Occidente” y decirle lo que hay que hacer. Surgen los combatientes autodesignados, particularmente en Estados Unidos, que con retórica al estilo Churchill proclaman una guerra contra quienes los odian, los destruyen y los despojan, mientras conceden escasa atención a las complejas historias que desafían tal reduccionismo y que se cuelan de un territorio a otro, en un proceso que sobrepasa todas las fronteras –aquellas que supuestamente nos separan en campos armados.

Este es el problema con etiquetas tan poco constructivas como Islam u Occidente: nos dan pistas falsas y nos oscurecen el pensamiento cuando intentamos hallar sentido en una realidad desordenada que no podemos encasillar ni amarrar así no más. Re-

cuerto haber sido interrumpido por un hombre que se levantó entre el público de una conferencia que impartí en la West Bank University, en 1994, y que comenzó a atacar mis ideas por “occidentales”, tan contrarias a las estrictamente islámicas que él profesaba. “Por qué usa usted saco y corbata”, fue la primera réplica simplista que se le ocurrió, “eso también es occidental”. Se sentó después con una sonrisa apenada en el rostro, pero recordé este incidente cuando comenzó a fluir información de cómo se las habían ingeniado los terroristas del 11 de septiembre para obtener los detalles técnicos requeridos para perpetrar los homicidios en el World Trade Center y el Pentágono, y para maniobrar los aviones que usaron. ¿Dónde traza uno la línea entre la tecnología “occidental” y, como declarara Berlusconi, “la incapacidad islámica para ser parte de la modernidad”?

No se puede, por supuesto, pero finalmente me quejo de lo inadecuadas que son las etiquetas, las generalizaciones, las aseveraciones culturales. A cierto nivel, las pasiones primitivas y el *know-how* sofisticado convergen para darle visos de realidad a una frontera fortificada ya no sólo entre “Occidente” e “Islam” sino entre pasado y presente, entre ellos y nosotros, por no hablar de los propios conceptos de identidad y nacionalidad en torno de los cuales existe un desacuerdo y un debate interminables. La decisión unilateral que nos lanzó a trazar rayas en la arena, emprender cruzadas, oponer el mal con nuestro bien, extirpar el terrorismo y —como dice Paul Wolfowitz con su vocabulario nihilista— finiquitar las naciones por completo, no facilita la lectura de esas supuestas entidades. Nos dice en cambio que es mucho más fácil hacer declaraciones belicosas con el propósito de movilizar pasiones colectivas que reflexionar, examinar, analizar aquello con lo que lidiamos en realidad, la interconexión de innumerables vidas, las “nuestras” y las de “ellos”.

En una serie de tres artículos notables —publicados entre enero y marzo de 1999 en *Dawn*, uno de los semanarios más respetados de Pakistán—, el fallecido Eqbal Ahmad, escribiendo para un público musulmán, analizó lo que denominaba las raíces de la derecha religiosa y se lanzó acremente contra las mutilaciones promovidas por tiranos absolutistas y fanáticos cuya obsesión por regular la conducta de las personas hace que “el orden islámico se reduzca a un código penal, despojado de su humanismo, su estética, sus búsquedas intelectuales y su devoción espiritual”. Esto “entraña la afirmación absoluta de uno de los aspectos de la religión, generalmente descontextualizado, en contra de todos los otros. Un fenómeno que distorsiona la religión, rompe las bases de la tradición y sesga el proceso político donde quiera que se despliega”. Como ejemplo pertinente de esta ruptura de las bases tradicionales, Ahmad presenta primero el rico y complejo significado pluralista del término *jihad*, y luego se centra en demostrar que en el confinamiento actual del término —guerra indiscriminada contra los supuestos enemigos—, es imposible “reconocer [...] la religión, la sociedad, la cultura o la política islámicas como las han vivido y experimentado por siglos los musulmanes”. Los islamitas modernos, concluye Ahmad, están “preocupados por el poder, no por el alma; por movilizar al pueblo con propósitos políticos y no por compartir y aliviar sus sufrimientos y aspiraciones. El suyo es un programa muy limitado y constreñido en tiempo”. Lo que agrava la situación es que en los universos del discurso “judío” y “cristiano” hay un celo y una distorsión semejantes.

Fue Conrad, con más fuerza que cualquiera de sus lectores de finales del siglo XIX, quien imaginó, quien entendió que las distinciones entre el Londres civilizado y “el corazón de las tinieblas” se colapsaban muy rápido en situaciones extremas, y que las alturas de la civilización europea podían revertirse instantáneamente a prácticas bárba-

ras, sin preparación o transición. Fue también Conrad, en *El agente secreto*, publicado en 1907, quien describió la final degradación moral del terrorista y la propensión del terrorismo hacia abstracciones como “la ciencia pura” (y por extensión hacia el “Islam” o el “Occidente”).

Porque hay ligas, mucho más cercanas de lo que supondríamos, entre civilizaciones aparentemente enfrentadas y, como lo han mostrado tanto Freud como Nietzsche, el tráfico entre fronteras cuidadosamente mantenidas, incluso vigiladas, es con frecuencia bastante fácil. Pero resulta entonces que tales ideas fluidas, plenas de ambigüedad y escepticismo, en torno de nociones a las que nos aferramos, no nos proporcionan una guía práctica y pertinente para situaciones a las que ahora nos enfrentamos, y resurgen los bandos tranquilizadores de lucha (una cruzada, el bien contra el mal, la libertad contra el miedo, etcétera) extraídos de la oposición entre Islam y Occidente, al modo de Huntington, de la que el discurso oficial sacó su vocabulario en los primeros días después del 11 de septiembre. Desde entonces, ese discurso se ha morigerado notablemente, pero a juzgar por el flujo constante de acciones y palabras de odio dirigidas contra los árabes, los musulmanes y los *indis* de todo el país —más los reportes de los esfuerzos por hacer cumplir la ley—, se mantiene el paradigma.

Una razón adicional para su persistencia es la perturbadora presencia de musulmanes por toda Europa y Estados Unidos. Piensen en las poblaciones de Francia, Italia, España, Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos, incluso Suecia, y estarán de acuerdo en que el Islam ya no está en los bordes de Occidente, sino en el centro. ¿Pero por qué amenaza tanto su presencia? Sepultada en la cultura colectiva está la memoria de las primeras grandes conquistas del Islam árabe, iniciadas en el siglo VII, que —como anotó el célebre historiador belga Henri Pirenne en su crucial libro *Mohammed et Charlemagne*, aparecido en 1939— hizo añicos de una vez por todas y para siempre la antigua unidad del Mediterráneo, destruyó la síntesis cristiano-romana y dio paso a una nueva civilización dominada por los poderes del norte (Alemania y la Francia carolingia), cuya misión, parece decirnos, fue reanimar la defensa de “Occidente” contra sus enemigos histórico-culturales. Lo que Pirenne deja fuera, caray, es que, para crear esta nueva línea de defensa, Occidente recurrió al humanismo, la ciencia, la filosofía, la sociología y la historiografía del Islam, que ya se habían interpuesto entre el mundo de Carlomagno y la antigüedad clásica. Islam está dentro desde el principio, como lo reconoció Dante, gran enemigo de Mahoma, al poner al Profeta en el corazón de su Infierno.

Está también el persistente legado del monoteísmo mismo, las religiones abrahámicas, como lo ha expuesto correctamente Louis Massignon. Empezando por el judaísmo y la cristiandad, cada uno es un sucesor perseguido por el fantasma de lo que vino antes: para los musulmanes Islam satisface y culmina la línea de una profecía.

No existe aún una historia decente o una desmistificación de la contienda de tantos ángulos en la que se hallen estos tres seguidores —ninguno de los cuales implica un campo unificado o monolítico— del más celoso de todos los dioses, pese a que su sangrienta convergencia moderna en Palestina nos proporcione un rico ejemplo secular de todo lo que permanece irreconciliable entre ellos. No sorprende entonces que musulmanes y cristianos hablen con demasiada facilidad de cruzadas o *jihads*, pasando por alto, ambos, la presencia judaica; a veces con sublime indiferencia. Tales planes, dice Egbal Ahmad, son “muy tranquilizadores para los hombres y mujeres que se hallan varados en medio (...) entre las aguas profundas de la tradición y la modernidad”.

Pero todos nadamos esas aguas, por igual occidentales y musulmanes. Y ya que las aguas son parte del océano de la historia, es fútil tratar de ararlas o de levantar barreras entre ellas. Estos son tiempos de tensión, pero es mejor pensarlos en términos de comunidades con poder o sin él, en términos de la política secular de razón e ignorancia, y de principios universales de justicia o injusticia, que vagar en busca de vastas abstracciones que nos puedan brindar satisfacción momentánea pero muy poco autoconocimiento y análisis informado. La tesis de “el choque de las civilizaciones” es un señuelo como “la guerra de los mundos”, más para reforzar el orgullo autodefensivo que para entender de manera crítica la enloquecedora interdependencia de nuestros tiempos.

Traducción: **Ramón Vera Herrera.**

INJUSTICIA INFINITA: LA NUEVA GUERRA CONTRA EL TERROR

Noam Chomsky

Miercoles 7 de noviembre de 2001

Asumo dos condiciones para esta conferencia. La primera, presumo, un reconocimiento de los hechos: los eventos del 11 de septiembre fueron una atrocidad horrenda, que causaron, fuera de una guerra, el mayor número de muertes súbitas en toda la historia. La segunda tiene que ver con los objetivos. Estamos interesados en reducir la probabilidad de que crímenes como éste se repitan, sean contra nosotros o contra otros. Si ustedes aceptan estas dos presunciones, surge una cantidad de preguntas, estrechamente relacionadas, que merecen una reflexión.

Las cinco preguntas

La pregunta más importante es ¿qué está sucediendo ahora mismo y qué podemos hacer al respecto? La segunda tiene que ver con la suposición de que lo ocurrido el 11 de septiembre es un acontecimiento histórico. Pienso que es cierto, y debemos preguntarnos ¿exactamente por qué? La tercera se relaciona con el título de esta charla, *La guerra contra el terrorismo*: ¿qué es exactamente esta guerra y qué es el terrorismo? La cuarta tiene que ver con los orígenes de los crímenes del 11 de septiembre, y la quinta con ¿qué opciones políticas existen en el combate de esta guerra contra el terrorismo, y en el trato de las situaciones que la provocaron?

¿Qué está sucediendo en este momento?

Hablaré sobre la situación en Afganistán. De acuerdo con *The New York Times* hay entre 7 y 8 millones de personas en ese país al borde de la inanición. Esto, en realidad, era cierto antes del 11 de septiembre; sobrevivían gracias a la ayuda internacional. El 16 de septiembre el *Times* informó que Estados Unidos exigía de Pakistán la eliminación de los convoyes de camiones que suministraban gran parte de los alimentos y otras provisiones a la población civil de Afganistán. Esta información se transmitió por los radios nacionales en toda Europa el día siguiente y no hubo ninguna reacción ante la exigencia de que se impusiera la muerte por hambre a millones de personas.

La amenaza de ataques aéreos después del 11 de septiembre obligó a desalojar de ese país a los trabajadores que prestaban ayuda internacional, lo que fracturó los programas en la materia. Los refugiados que llegaron a Pakistán, después de duros viajes desde Afganistán, describieron escenas de desesperación y temor en el país, cuando la amenaza de los ataques dirigidos por Estados Unidos convirtió la prolongada miseria diaria en una catástrofe potencial. El país colgaba de una cuerda de salvamento y acabábamos de cortarla, dijo un cooperante a *The New York Times Magazine*.

El Programa Mundial de Alimentos de la ONU comenzó a funcionar nuevamente hasta principios de octubre. Se empezó a enviar alimentos, pero a niveles más reducidos. Como la ONU no tiene personal en Afganistán, el sistema de distribución fue obs-

taclizado y se suspendió en cuanto comenzaron los bombardeos. Así, mientras la entrega de ayuda fluía de nuevo, las agencias humanitarias criticaban con dureza que Estados Unidos lanzara alimentos vía aérea, y condenaban estos actos al considerarlos instrumentos de propaganda que probablemente hacían más daño que bien. Ahora estoy citando a *The Financial Times* de Londres, pero es fácil continuar.

Después de la primera semana de bombardeos, *TNYT* informó que de acuerdo con la ONU pronto habría 7,5 millones de afganos necesitando desesperadamente un pedazo de pan, y sólo quedaban unas cuantas semanas antes de que comenzara el duro invierno, lo cual imposibilitará el aprovisionamiento de muchas áreas. Y reiteraba que con los bombardeos los suministros se habían reducido a la mitad de lo que se necesitaba. El mismo día, Washington rechazó una vez más, con desdén, las ofertas de negociación para la entrega de Osama ben Laden, así como la solicitud de que diera evidencias para sustanciar la exigencia de una capitulación total. Un informador especial de la ONU del programa de alimentos solicitó a Estados Unidos que suspendiera los bombardeos para salvar a millones de víctimas. El lunes siguiente, las principales agencias de ayuda Oxfam y Christian Aid se unieron a ese ruego. No fue posible encontrar información al respecto en el *TNYT*. Sólo hubo una línea en *The Boston Globe*, escondida en una historia sobre otro tópico: Cachemira.

Todo esto nos indica que está ocurriendo una especie de genocidio silencioso, y nos brinda la oportunidad de ver lo que es la cultura de la élite, de la que formamos parte. Los planes y los programas que se están poniendo en marcha se basan en la suposición de que pueden llevar a la muerte a varios millones de personas en las próximas semanas con toda tranquilidad, sin comentarios, como si fuera algo normal, aquí y en buena parte de Europa. No son en el resto del mundo. En realidad, ni siquiera en gran parte de Europa. Si uno lee la prensa irlandesa o la de Escocia las reacciones son muy diferentes. Lo que está sucediendo ahora está ciertamente bajo nuestro control. Podemos hacer mucho para influir en lo que está sucediendo. Y de eso se trata.

¿Por qué fue un evento histórico? Un ataque al territorio nacional

Ahora bien, consideremos esta pregunta un poco más en abstracto, olvidando por el momento que al parecer estamos en medio de un intento de asesinato de 3 a 4 millones de personas, no talibán, sino sus víctimas. Volvamos a la pregunta sobre los históricos acontecimientos que ocurrieron el 11 de septiembre. Ciertamente, fue un evento histórico. No por su dimensión, de la que duele hablar, porque en esos términos no es tan extraordinario. Dije que probablemente se trata del atentado que produjo el peor número de víctimas súbitas de cualquier crimen. Y puede ser cierto. Pero por desgracia hay crímenes terroristas con efectos más prolongados, que son más extremos. Sin embargo, es un evento histórico porque hubo un cambio. Una situación radicalmente nueva.

La última vez que el territorio nacional de Estados Unidos fue atacado e incluso amenazado fue en 1814, cuando los británicos incendiaron Washington. Ha habido otros casos y es común presentar el de Pearl Harbor, pero no es una analogía válida. Los japoneses bombardearon bases militares en dos colonias de Estados Unidos, no el territorio nacional; colonias que habían sido arrebatadas a sus habitantes. Ahora es el territorio nacional el que ha sido atacado en gran escala. Se pueden encontrar varios ejemplos marginales, pero éste es único.

Durante cerca de 200 años, Estados Unidos expulsó y exterminó a la población indígena, a millones de personas; conquistó la mitad de México; realizó depredaciones en toda la región, en el Caribe, América Central, y algunas veces más allá. Conquistó Hawai y Filipinas, y para lograrlo mató a cientos de miles de filipinos. Desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha extendido su alcance a todo el mundo utilizando métodos que no precisan descripción, pero siempre matando a otros, desarrollando batallas en otros lugares. Las masacres siempre fueron en otros países, no aquí, dentro del territorio nacional.

En el caso de Europa el cambio es aún más dramático porque su historia es más horrenda que la nuestra. Somos, básicamente, un vástago de Europa. Durante cientos de años Europa masacró gente en todo el planeta. Fue así como conquistó el mundo. Durante este periodo Europa sufrió guerras asesinas, pero eran asesinos europeos matándose mutuamente. La única razón por la que terminó la Segunda Guerra Mundial en 1945 fue porque todos comprendieron que la próxima vez que practicaran ese *juego* sería el fin del mundo. Porque los europeos, incluyéndonos nosotros, han desarrollado tales armas de destrucción masiva que ese juego debe acabar. En el siglo xvii, aproximadamente 40 por ciento de toda la población de Alemania fue eliminada en una sola guerra.

Durante ese periodo de sangrientas matanzas, los europeos se mataron unos a otros, y mataron gente en otras partes. Congo no atacó a Bélgica; India no atacó a Inglaterra; Argelia no atacó a Francia. Hubo algunas excepciones, muy pequeñas en escala, casi invisibles en la escala de lo que Europa y nosotros le hacíamos al resto del mundo.

El ataque del 11 de septiembre es el primer cambio de esta situación. Es la primera vez que se apunta en la dirección contraria, y probablemente es el motivo por el cual se ven reacciones tan diferentes. El mundo se ve muy distinto, dependiendo de si uno tiene el látigo en sus manos o si ha estado recibiendo latigazos durante siglos. Así, pienso que el choque y la sorpresa en Europa y en sus vástagos son muy comprensibles. Es un evento histórico pero, por desgracia, no en escala, y es una razón por la que la mayor parte del resto del mundo lo ve de manera muy diferente. Por qué lo consideran desde una perspectiva diferente, es algo que debiéramos tratar de comprender.

¿Qué es la guerra contra el terrorismo?

Ahora veamos ¿qué es la guerra contra el terrorismo?, y una pregunta adicional: ¿qué es el terrorismo? La guerra contra el terrorismo ha sido descrita en las altas esferas como una lucha contra una plaga, contra un cáncer que es propagado por bárbaros, por "oponentes depravados de la civilización misma". Es un sentimiento que comparto. Pero sucede que estas palabras son de hace 20 años. Son del presidente Reagan y de su secretario de Estado. La administración Reagan llegó al poder hace 20 años declarando que la guerra contra el terrorismo internacional se hallaría en el centro de nuestra política... y la describió en los términos que mencioné antes. El gobierno de Reagan reaccionó a esa plaga propagada por oponentes depravados a la civilización creando una red terrorista internacional extraordinaria, sin precedente, que realizó masivas atrocidades en todo el mundo.

La guerra contra Nicaragua

Sólo mencionaré un caso, que no es el más extremo pero sí es incontrovertible gracias a los fallos de las principales autoridades internacionales: la Corte Internacional de Justicia, la Corte Mundial y el Consejo de Seguridad de la ONU.

Este caso es particularmente relevante porque ofrece un precedente sobre cómo un Estado que respeta el derecho reaccionó ante el terrorismo internacional. Y fue aún más extremo que los eventos del 11 de septiembre. Estoy hablando de la guerra de Reagan-EEUU contra Nicaragua, que causó decenas de miles de muertos y arruinó al país, tal vez irremediablemente.

Nicaragua reaccionó, pero no lanzando bombas contra Washington sino llevando el caso a la Corte Mundial, y no tuvo problemas para reunir las evidencias.

La Corte Mundial aceptó el caso, decidió a su favor, condenó lo que consideró el "uso ilegal de la fuerza" ¿que sólo es otra palabra para denominar al terrorismo internacional? por parte de EEUU, y ordenó a Washington que detuviera el crimen y pagara masivas reparaciones. Estados Unidos rechazó el fallo y anunció que en lo futuro no aceptaría la jurisdicción de la Corte.

Entonces Nicaragua acudió al Consejo de Seguridad de la ONU, el cual adoptó una resolución e hizo un llamado a todos los Estados a respetar el derecho internacional. No se mencionó a nadie, pero todos comprendieron. Estados Unidos vetó la resolución.

En la actualidad, Estados Unidos es el único Estado que ha sido condenado por la Corte Mundial por terrorismo internacional y ha vetado la resolución del Consejo de Seguridad.

Nicaragua acudió a la Asamblea General de la ONU, donde técnicamente no existe el derecho a veto pero en el que un voto negativo de Estados Unidos equivale a un veto. La asamblea aprobó una resolución similar y sólo se opusieron Estados Unidos, Israel y El Salvador. Lo mismo ocurrió el año siguiente, pero esa vez Washington sólo pudo conseguir el apoyo de Israel.

Llegado ese punto, a Nicaragua no le quedó ningún recurso legal. Había intentado todas las medidas posibles, pero es claro que no funcionan en un mundo regido por la fuerza.

Sólo fue el comienzo. Estados Unidos respondió a las resoluciones de la Corte Mundial y del Consejo de Seguridad con una escalada inmediata de la guerra, decisión compartida, casualmente, por los partidos Demócrata y Republicano, y los términos de la guerra también fueron alterados. Por primera vez hubo órdenes oficiales al ejército terrorista de atacar los denominados "objetivos blandos", es decir, objetivos civiles indefensos, y mantenerse lejos del ejército nicaragüense.

La *contra* pudo hacerlo porque Estados Unidos controlaba totalmente el espacio aéreo de Nicaragua y suministró al ejército mercenario modernos equipos de comunicación. No se trataba de una guerrilla en el sentido normal. Recibía instrucciones sobre los desplazamientos de las fuerzas del ejército nicaragüense, de manera que podía

atacar impunemente cooperativas agrícolas, clínicas sanitarias, etcétera, es decir, *objetivos blandos*. Esas eran las órdenes oficiales.

Todo era conocido. Hubo una reacción. La política utilizada fue considerada como sensata por la opinión liberal de izquierda. Así, Michael Kinsley, quien representa a la izquierda en la discusión en los medios oficiales, escribió un artículo en el que dijo que no debiéramos apresurarnos demasiado en la crítica de esa política, como lo había hecho Human Rights Watch. Una "política sensata" debe "pasar el *test* del análisis de costos y beneficios" es decir, el análisis de "la cantidad de sangre y miseria que habrá que introducir, y la probabilidad de que la democracia emerja por el otro extremo". La democracia, tal como Estados Unidos comprende la expresión, ilustrada gráficamente por los países vecinos (a Nicaragua).

Nótese que es axiomático que las élites de Estados Unidos tienen el derecho de realizar el análisis y el proyecto si pasa sus *tests*. Y los pasó. Cuando Nicaragua terminó por sucumbir ante el ataque de la superpotencia, los comentaristas elogiaron pública y alegremente el éxito de los métodos utilizados, y los describieron en detalle.

The Time Magazine, por ejemplo, alabó el éxito de los métodos escogidos "para arruinar la economía y proseguir una larga y mortífera guerra por encargo, hasta que los nativos exhaustos derribaron por sí mismos el gobierno indeseado", con un costo "mínimo" para nosotros, dejando a las víctimas con "puentes destruidos, estaciones eléctricas saboteadas y granjas arruinadas", dándole así al candidato de Estados Unidos un "tema ganador": "terminar con el empobrecimiento del pueblo de Nicaragua".

The New York Times, a su vez, publicó una primera plana que, ante los resultados de esa política, decía: "Estadounidenses unidos en la alegría".

El terrorismo no es arma de los débiles

La cultura en que vivimos revela varios hechos. Uno es que el terrorismo funciona. No fracasa. La violencia funciona generalmente. Es la historia del mundo. En segundo lugar, es un error analítico muy serio decir, como se hace comúnmente, que el terrorismo es el arma de los débiles. Como otros medios de violencia, constituye sobre todo un arma de los fuertes. El terrorismo es considerado arma de los débiles porque los fuertes también controlan los sistemas doctrinarios y su terror no cuenta como terror.

Esto es casi universal. No se me ocurre ninguna excepción histórica. Incluso los peores asesinos en masa ven el mundo de esa manera. Tomemos como ejemplo a los nazis. No imponían el terror en la Europa ocupada. Estaban protegiendo a la población local contra el terrorismo de los partisanos. Y como en el caso de otros movimientos de resistencia, hubo terrorismo. Los nazis realizaban contraterrorismo. Además, Estados Unidos estuvo esencialmente de acuerdo con eso.

Después de la guerra, el ejército estadounidense realizó profundos estudios de las operaciones de contraterrorismo de los nazis en Europa. Aprendió de ellos y comenzó a realizar operaciones similares, a menudo contra los mismos objetivos: la antigua resistencia. Pero los militares que estudiaron los métodos nazis también publicaron interesantes estudios, criticando tales métodos, a veces, por su ineficiencia: "¡Ustedes no hicieron esto bien, pero lo otro sí!". Pero esos métodos fueron importados a este país con los consejos de los oficiales de la Wehrmacht y se convirtieron en los manuales de

la contrainsurgencia, del contraterrorismo, de la guerra de baja intensidad, y son los procedimientos que se están utilizando. Así que los nazis no fueron los únicos que lo hicieron. Los dirigentes de la civilización occidental consideraron que eran acciones correctas y procedieron a hacer lo mismo. El terrorismo no es arma de los débiles, es el arma de los que están contra "nosotros", sin importar quiénes sean esos "nosotros".

Cómo vemos el terrorismo

Una indicación interesante sobre la naturaleza de nuestra cultura es la forma en que se considera todo esto. Una forma es simplemente ocultándolo. Así que casi nadie ha oído hablar del asunto. Y el poder de la propaganda y la doctrina estadounidenses es tan fuerte que hasta las víctimas apenas lo saben. Quiero decir, por ejemplo, que cuando se habla de este asunto con ciudadanos de Argentina, hay que recordárselo. El tema es ocultado profundamente, y las consecuencias absolutas del monopolio de la violencia pueden ser muy poderosas en términos ideológicos.

Un aspecto esclarecedor de nuestra propia actitud hacia el terrorismo es la reacción a la idea de que Nicaragua pudiera haber tenido el derecho de defenderse. Estudié esto a detalle buscando en bancos de datos. La idea de que Nicaragua pudiera haber tenido el derecho de defenderse fue considerada escandalosa. Prácticamente no existe nada en los comentarios de los medios de comunicación oficiales que indique que Nicaragua podría haber tenido ese derecho. Y ese hecho fue aprovechado por la administración Reagan y su propaganda de una manera interesante.

Aquellos que vivieron esa época recordarán que periódicamente se lanzaban rumores de que los nicaragüenses recibían jets MIG de Rusia. Al llegar ese punto, los halcones y las palomas se dividían. Los halcones decían: "Está bien, hay que bombardearlos". Las palomas decían: "Esperemos, hay que ver si los rumores son ciertos. Y si los rumores son ciertos, hay que bombardearlos porque constituyen un peligro para Estados Unidos".

¿Por qué iban a obtener aviones MIG? Trataron de conseguir aviones de los países europeos, pero Estados Unidos presionó a sus aliados para que no les enviaran medios de defensa, porque quería que recurrieran a los rusos. Recuerden, estaban a sólo dos días de la marcha de Harlingen, Texas.

En 1985 declaramos una emergencia nacional para proteger el país contra la amenaza de Nicaragua. Y siguió en vigor. Así que más valía que consiguieran armas de los rusos. ¿Por qué iban a querer aviones jet? Por las razones que ya he mencionado. Estados Unidos tenía un control total sobre su espacio aéreo, volaba sobre éste y lo utilizaba para dar instrucciones al ejército terrorista con el fin de que pudiera atacar *objetivos blandos* sin encontrarse con las tropas nicaragüenses que podrían defenderlos.

Todo el mundo sabía que éste era el motivo. No iban a utilizar sus jets para otra cosa. Pero la idea de que se pudiera permitir a Nicaragua defender su espacio aéreo contra el ataque de una superpotencia que dirigía a fuerzas terroristas era considerada en Estados Unidos como escandalosa y era una opinión general.

El caso Honduras

Otro ejemplo de cómo vemos el terrorismo ocurre ahora mismo. Hace dos semanas Estados Unidos designó un embajador ante Naciones Unidas para conducir la guerra contra el terrorismo. ¿Quién es? Su nombre es John Negroponte. Fue embajador de Estados Unidos en el feudo de Honduras a principios de los años 80. Hubo cierto alboroto por el hecho de que debe haber sabido, y sabía, de los asesinatos en gran escala y de otras atrocidades que estaban cometiendo las fuerzas de seguridad de Honduras, a las que apoyábamos. Pero eso es sólo una pequeña parte del asunto.

Como procónsul en Honduras, Negroponte fue el supervisor local de la guerra terrorista conducida en ese país, por la que su gobierno fue condenado por la Corte Mundial y por el Consejo de Seguridad, en una resolución vetada. Y acaba de ser nombrado embajador ante la ONU para conducir la guerra contra el terror.

Después que Estados Unidos volvió a apoderarse de Nicaragua bajo condiciones que fueron gráficamente descritas por la prensa, el país quedó destruido en los años 80. Desde entonces se ha desmoronado totalmente en casi todos los sectores. Ahora es el segundo país más pobre del hemisferio.

Lo mismo ocurría en otras partes del mundo. Tomemos por ejemplo África. Sólo durante los años de Reagan, los ataques de Sudáfrica contra los países vecinos, respaldados por Estados Unidos y Gran Bretaña, causaron cerca de un millón y medio de víctimas, daños por 60.000 millones de dólares y la destrucción de países enteros.

Esa fue la primera guerra contra el terror, sobre la que he dado un pequeño ejemplo. ¿Y se supone que le prestemos atención? ¿O hay algún motivo para pensar que podría ser relevante? Después de todo no se trata exactamente de historia antigua. Evidentemente no es así, como se puede deducir al considerar la actual discusión sobre la guerra contra el terror que ha constituido el tópico principal del mes pasado.

Haití, Guatemala y Nicaragua

Mencioné que Nicaragua se ha convertido en el segundo país más pobre del hemisferio. ¿Cuál es el más pobre?, Haití, que es también víctima de la mayor cantidad de intervenciones estadounidenses en el siglo xx. Lo dejamos totalmente devastado. Nicaragua está en segundo lugar en el grado de intervención estadounidense en el siglo xx, y es el segundo más pobre. En realidad, compite con Guatemala. Se alternan cada uno o dos años como el segundo país en el nivel de pobreza, y también en cuál es el objetivo principal de las intervenciones militares de Estados Unidos.

El peor violador de los derechos humanos en los años 90 fue Colombia, y fue también el principal receptor de ayuda militar de Estados Unidos para mantener el terror y las violaciones de derechos. En 1999, Colombia reemplazó a Turquía como el principal receptor de armas estadounidenses en todo el mundo, excluyendo a Israel y Egipto, que están en una categoría especial. Y eso nos dice mucho más sobre la guerra contra el terror.

¿Por qué recibía Turquía un flujo tan grande de armas de Estados Unidos? Porque está ubicada estratégicamente, es miembro de la OTAN, etcétera.

El flujo de armas a Turquía aumentó radicalmente en 1984 y este hecho nada tuvo que ver con la Guerra Fría. Rusia se estaba desmoronando. Y continuó al mismo nivel de 1984 a 1999, cuando se redujo y Colombia pasó a primer término. ¿Qué sucedió entre 1984 y 1999? En 1984 los turcos lanzaron una gran guerra terrorista contra los kurdos en el sudeste de Turquía. Entonces aumentó la ayuda militar de Estados Unidos. Y no se trataba de pistolas, sino de aviones jet, tanques, entrenamiento militar. Esa ayuda permaneció y se incrementó a la par que aumentaban las atrocidades durante los años 90. El año cumbre fue 1997, cuando la ayuda militar de Estados Unidos a Turquía fue superior a la de todo el periodo entre 1950 y 1983, es decir, durante la Guerra Fría, lo que es una indicación de la medida en que la dicha guerra afectó la política. Los resultados fueron impresionantes. Produjo entre 2 y 3 millones de refugiados, parte de la peor limpieza étnica de fines de los 90; decenas de miles de muertos, y 3 mil 500 ciudades y aldeas destruidas, mucho más que en Kosovo, a pesar de las bombas de la OTAN. Estados Unidos suministró 80% de las armas. Dejó de hacerlo en 1999 porque, una vez más, el terror funcionó, como lo hace usualmente cuando es llevado a cabo por sus principales agentes, sobre todo los poderosos.

En 1999, el terror turco, llamado contraterror, funcionó. Por eso Turquía fue reemplazada por Colombia, que no había tenido éxito en su guerra terrorista. Y por eso tuvo que alcanzar el primer lugar como receptor de armas de Estados Unidos.

Lo que hace esto tanto más pasmoso es que todo sucedía justo en medio de un inmenso *autobombo* de los intelectuales occidentales, que probablemente no tiene parangón en la historia. La masiva autoadulación sobre cómo por primera vez en la historia somos tan magníficos, cómo defendemos principios y valores, cómo estamos dedicados a terminar la falta de humanidad por doquier en esta nueva era. Evidentemente no podemos tolerar atrocidades cerca de las fronteras de la OTAN. Esto se repitió una y otra vez. Sólo dentro de las fronteras de la OTAN no nos limitamos a tolerar atrocidades, sino que contribuimos a ellas. Otra oportunidad de ver lo que es la civilización occidental y la nuestra, es preguntarse: ¿cuántas veces se discute este tema? Es un hecho impresionante que un sistema de propaganda se salga con la suya en una sociedad libre. No creo que se pudiera lograr en un Estado totalitario.

Y Turquía está muy agradecida. Hace algunos días, el primer ministro Ecevit anunció que Turquía se unirá a la coalición contra el terror con mucho entusiasmo. En realidad, dijo que contribuiría con tropas, lo que otros no están dispuestos a hacer, y explicó por qué: “Tenemos una deuda de gratitud con Estados Unidos porque fue el único país que estuvo dispuesto a contribuir de manera tan masiva a nuestra propia guerra ‘contraterrorista’”, es decir, a nuestra propia limpieza étnica y nuestras atrocidades y nuestro terror. Otros países ayudaron un poco, pero se contuvieron.

Estados Unidos, por su parte, contribuyó con entusiasmo y decisión y pudo hacerlo por el silencio y el servilismo de las clases educadas que podían averiguar fácilmente lo que sucedía. Después de todo, somos un país libre. Se pueden leer los informes sobre derechos humanos. Pero preferimos contribuir a las atrocidades y Turquía está muy contenta, tiene con nosotros una deuda de gratitud y por eso contribuirá con tropas, al igual que lo hizo durante la guerra en Serbia.

Turquía fue muy elogiada por utilizar los F16 que le suministramos para bombardear Serbia, exactamente como lo hizo con los mismos aviones contra su propia población, hasta el momento en que finalmente logró aplastar el terror interno. Y como de

costumbre, la resistencia incluye terror. Vale también para la revolución estadounidense. Vale para todos los casos que conozco. Igual que es verdad que aquellos que tienen un monopolio de la violencia hablan de sí mismos como si realizaran contraterror.

La coalición

Todo esto es impresionante y tiene que ver con la coalición que se ha organizado para librar la guerra contra el terror. Es muy interesante ver cómo se está describiendo dicha coalición. Echemos una mirada a *The Christian Science Monitor*, uno de los mejores periódicos internacionales, con verdadera cobertura mundial. Su principal artículo es sobre cómo Estados Unidos está conduciendo la guerra contra el terror. El primer ejemplo, en realidad el único, es Argelia. Resulta que Argelia siente mucho entusiasmo por la guerra de Estados Unidos contra el terror. La persona que escribió el artículo es un experto en África. Debe saber que Argelia es uno de los Estados terroristas más sanguinarios del mundo, y que ha estado aplicando un terror horrendo contra su propia población durante los últimos años.

Durante un tiempo, el hecho fue mantenido en secreto. Pero finalmente fue denunciado en Francia por desertores del ejército argelino. Lo saben en Francia, Inglaterra y en otros países. Pero aquí estamos muy orgullosos porque uno de los peores Estados terroristas del mundo saluda con entusiasmo la guerra de Estados Unidos contra el terror, y en realidad está alentando a Washington para que dirija la guerra. Lo cual muestra hasta qué punto estamos haciéndonos populares.

Y si se considera la coalición que se está formando contra el terror, vemos mucho más. Un miembro destacado de la coalición es Rusia, deleitada de que Estados Unidos apoye su guerra terrorista asesina en Chechenia en lugar de criticarla de vez en cuando tras bambalinas. China se une con entusiasmo. Está deleitada de conseguir apoyo para las atrocidades que está cometiendo en China occidental contra lo que califica de secesionistas musulmanes. Turquía está feliz con la guerra contra el terror. Son expertos en ella. Argelia e Indonesia también están deleitados de tener aún más apoyo estadounidense para las atrocidades que realizan. Podemos repasar toda la lista de los Estados que se han unido a la coalición y es bastante impresionante. Tienen una característica común: están, ciertamente, entre los principales Estados terroristas del mundo y son dirigidos por el campeón mundial.

¿Qué es el terrorismo?

Esto nos hace retornar a la pregunta ¿qué es el terrorismo? Hay algunas respuestas fáciles y una definición oficial. Se puede encontrar en el código de Estados Unidos o en los manuales del ejército estadounidense: terror es el uso calculado de la violencia o de la amenaza de violencia para lograr objetivos políticos o religiosos a través de la intimidación, la coerción o la provocación de miedo. Eso es terrorismo. Es una definición bastante justa y creo que es razonable aceptarla. El problema es que no puede ser aceptada, porque si es aceptada vienen todas las consecuencias erróneas. Por ejemplo, las que acabo de mencionar.

Hay ahora mismo un importante esfuerzo en la ONU para tratar de desarrollar un tratado exhaustivo sobre el terrorismo. Cuando Kofi Annan recibió el premio Nobel se informó que había dicho que deberíamos dejar de perder el tiempo con el tema y poner manos a la obra.

Pero existe un problema. Si se utiliza la definición oficial de terrorismo, se llegará a resultados desacertados. No se puede proceder así. Si se lanza un vistazo a la definición de *guerra de baja intensidad*, que es una política oficial de Estados Unidos, se ve que es una paráfrasis muy próxima de lo que acabo de leer. En realidad, una guerra de baja intensidad es simplemente otro nombre para el terrorismo. Es el motivo por el cual todos los países denominan todo acto horrendo que cometen contraterrorismo. Sucede que nosotros lo llamamos contrainsurgencia o guerra de baja intensidad. No podemos utilizar la verdadera definición. Tenemos que encontrar cuidadosamente una definición que no lleve a consecuencias indeseadas.

Hay varios problemas adicionales. Algunos se presentaron en diciembre de 1987. La Asamblea General de Naciones Unidas aprobó una resolución muy enérgica contra el terrorismo, condenando la plaga en términos muy firmes, llamando a todos los Estados a combatirla por todos los medios. Fue aprobada por unanimidad. Un país, Honduras, se abstuvo. Dos naciones, las de costumbre, votaron en contra: Estados Unidos e Israel. ¿Por qué iban a votar Estados Unidos e Israel contra una importante resolución condenando enérgicamente el terrorismo, en realidad utilizando en gran parte los mismos términos que estaban siendo usados por la administración Reagan? Hay una razón. Existe un párrafo que dice que nada en esa resolución infringe los derechos de los pueblos que luchan contra regímenes racistas y colonialistas o contra la ocupación militar extranjera, a continuar con su resistencia con la ayuda de otros Estados extranjeros, en su justa causa. Estados Unidos e Israel no pueden aceptar algo semejante. La razón principal por la que no lo podían permitir en esa época era África del Sur, un país calificado oficialmente de aliado. Había una fuerza terrorista en África del Sur. Se llamaba Congreso Nacional Africano. Oficialmente, constituía una fuerza terrorista. África del Sur, al contrario, era un aliado y, evidentemente no se podía apoyar las acciones de un grupo terrorista que luchaba contra un régimen racista. Sería algo imposible.

Hay otro caso. El de los territorios ocupados por Israel desde hace 35 años. Apoyado sobre todo por Estados Unidos para impedir una solución diplomática desde hace 30 años. En esa época había otro motivo. Israel estaba ocupando el sur de Líbano y encontraba la resistencia de lo que Estados Unidos llama una fuerza terrorista, Hezbolá, que finalmente logró expulsar a Israel de Líbano. Y no podemos permitirle a nadie que luche contra una ocupación militar, cuando la apoyamos. Por eso Estados Unidos e Israel tuvieron que votar contra la principal resolución de la ONU contra el terrorismo. Como dije antes, un voto de Estados Unidos en contra es esencialmente un veto.

Así que nada de todo esto fue publicado, y nada de esto ha aparecido en los anales del terrorismo. Si uno mira los trabajos de gran erudición sobre el terrorismo, no se ve nada de lo que acabo de mencionar. La razón es que los que tienen los fusiles no son los que quisiéramos. Hay que afinar cuidadosamente las definiciones y la erudición para llegar a las conclusiones correctas; de otra manera no constituye una erudición respetable y un periodismo honorable. Los problemas de este tipo son los que obstaculizan los esfuerzos por desarrollar un tratado exhaustivo contra el terrorismo. Tal vez debemos convocar a una conferencia académica o algo parecido para tratar de ver si podemos descubrir una manera de definir el terrorismo, que produzca exactamente las respuestas que nos gusten, no las otras. No será fácil.

¿Cuáles son los orígenes del crimen del 11 de septiembre?

Bien, pasemos a la cuarta pregunta: ¿Cuáles son los orígenes de los crímenes del 11 de septiembre? Aquí debemos hacer una distinción entre dos categorías, que no debieran confundirse. Una se refiere a los agentes directos del crimen. La otra es una especie de reserva de simpatía, a veces apoyo, que provoca incluso entre gente que se opone fuertemente a los criminales y a sus acciones. Y éstas son dos cosas muy diferentes.

Categoría 1: los probables perpetradores

No tenemos bien claro quiénes cometieron los atentados. Estados Unidos no puede o no quiere presentar evidencias que tengan sentido. Hubo una especie de obra de teatro hace una o dos semanas, en la que se había previsto que Tony Blair las presentaría. No sé exactamente cuál era el propósito. Tal vez era para que Estados Unidos apareciera como si estuviera reteniendo alguna evidencia que no podía revelar, o para que Tony Blair pudiera representar algunas poses churchillianas o algo así. Sean cuales fueren las razones de relaciones públicas, Blair hizo una presentación que en círculos serios fue considerada absurda y apenas fue mencionada. Por ejemplo, en *The Wall Street Journal*, uno de los periódicos más serios, hubo un pequeño artículo en el que señalaba que no hubo mucha evidencia y luego citaron a algún alto funcionario estadounidense que dijo que no importaba si había pruebas, porque de todas maneras lo iban a hacer. Así que para ¿qué preocuparse por la evidencia?

La prensa más ideológica, como *The New York Times* y otros, publicó grandes titulares en primera plana. Pero la reacción de *The Wall Street Journal* fue razonable y, si se considera la llamada evidencia, se ve por qué. Pero supongamos que fuera cierta. Me sorprende cuán débil era la evidencia. Pienso que se podría hacer algo mejor sin ningún servicio de inteligencia. En realidad, recuerden que esto fue después de semanas de la investigación más intensiva en la historia de todos los servicios de inteligencia del mundo occidental, trabajando horas extra, tratando de juntar algo. Se trataba de un caso de presunciones de hecho, un caso muy sólido incluso antes de que se tuviera algo. Y terminó más o menos donde comenzó, con un caso de presunciones de hecho. Así, supongamos que es verdad, que lo que parecía obvio el primer día aún lo sigue siendo, que los verdaderos perpetradores venían de las redes islámicas radicales, llamadas aquí fundamentalistas, de las que la organización de ben Laden es, sin duda, parte importante. Si estaban implicadas o no, nadie lo sabe. En realidad eso no tiene gran importancia.

¿De dónde vinieron? Sabemos todo al respecto. Nadie sabe eso mejor que la CIA, porque los ayudó a organizarse y los amamantó durante mucho tiempo. Efectivamente, la CIA y sus asociados de otras partes: Pakistán, Gran Bretaña, Francia, Arabia Saudita, Egipto, China, los reunieron en los años 80. La idea era tratar de hostigar a los rusos, el enemigo común. Según el consejero de seguridad nacional del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski, Estados Unidos comenzó a participar a mediados de 1979. Rusia invadió Afganistán en diciembre de 1979. Según Brzezinski, el apoyo de Estados Unidos para los mujaidines que combatían al gobierno comenzó seis meses antes. Está muy orgulloso de ello. Dice que atrajimos a los rusos a la trampa afgana, apoyando a los mujaidines, provocando su intervención, introduciéndolos en la trampa. Logramos desarrollar ese increíble ejército mercenario. Nada insignificante, tal vez unos 100.000 hombres, reuniendo a los mejores asesinos que logramos encontrar: fanáticos islamis-

tas radicales de África del Norte, Arabia Saudita, de cualquier lugar donde podíamos encontrarlos. A menudo los llamaban los afganis, aunque muchos de ellos, como ben Laden, no eran afganos. Fueron traídos por la CIA y sus amigos de otras partes. No sé si Brzezinski dice la verdad o no. Pudo haber estado alardeando. Pero tal vez sea cierto. Algún día lo sabremos si publican los documentos. En enero de 1980 ya no cabía duda alguna de que Estados Unidos estaba organizando a los *afganis* y esa masiva fuerza militar para tratar de causar el máximo de problemas a los rusos. Era legítimo que los afganos combatieran contra la invasión rusa. Pero la intervención de Estados Unidos no estaba ayudando a los afganos. En realidad, ayudó a destruir el país y mucho más. Los llamados afganis se salieron con la suya. Obligaron a los rusos a retirarse, aunque muchos analistas creen que probablemente retardaron su retirada porque, desde antes, estaban buscando la manera de irse. De todas maneras, como sea, se retiraron.

Mientras tanto, las fuerzas terroristas que la CIA estaba organizando, armando y entrenando continuaron con su propia agenda. No era nada secreto. Uno de sus primeros actos fue en 1981, cuando asesinaron al presidente de Egipto, que fue uno de sus creadores más entusiastas. En 1983, un atacante suicida que puede o no haber estado conectado con ellos, eso es bastante oscuro, nadie lo sabe, hizo salir a los militares estadounidenses de Líbano. Y la cosa continuó. Estados Unidos logró movilizarlos para que combatieran por su causa, pero mientras estaban haciendo lo suyo. Sabían muy bien adónde iban. Después de 1989, cuando los rusos se habían retirado, simplemente se volcaron en otras direcciones. Desde entonces han estado luchando en Chechenia, China occidental, Bosnia, Cachemira, el sudeste asiático y África del Norte, entre otras partes.

Nos dicen exactamente lo que piensan. Estados Unidos quiere silenciar el único canal de televisión libre en el mundo árabe, porque está emitiendo toda una gama de opiniones desde Colin Powell a Osama ben Laden. Así que Estados Unidos se está uniendo ahora a los regímenes represivos del mundo árabe para tratar de clausurarlo. Pero si uno escucha lo que dice ben Laden, vale la pena. Si no se quiere escuchar su propia voz, hay numerosas entrevistas realizadas por importantes reporteros occidentales, entre otros Robert Fisk. Lo que ha dicho es bastante consecuente. No es el único, pero tal vez sea el más elocuente. No sólo ha sido sólo consecuente desde hace tiempo, también es consecuente en sus acciones. Existen todas las razones del mundo para tomarlo en serio.

Sus enemigos principales son los que denomina regímenes autoritarios, corruptos y opresivos del mundo árabe, y cuando dice eso tiene bastante resonancia en toda la región. También quieren reemplazarlos por auténticos gobiernos islamistas. Y ahí es donde pierden el apoyo de la gente de la zona. Pero, hasta ese momento, lo apoyan. Desde su punto de vista, incluso Arabia Saudita, el Estado fundamentalista más extremo del mundo ¿supongo que fuera de los talibán, que es su vástago?, tampoco es suficientemente islamista. También quieren defender a los musulmanes en todas partes. Odian a los rusos como si fueran veneno, pero en cuanto los rusos se retiraron de Afganistán, dejaron de realizar actos terroristas en Rusia, como lo habían hecho con respaldo de la CIA antes, dentro de Rusia, no sólo en Afganistán. Se trasladaron a Chechenia. Pero ahí están defendiendo a los musulmanes contra una invasión rusa. Al igual que en los otros sitios que he mencionado. Desde su punto de vista, están defendiendo a los musulmanes contra los infieles. Eso lo tienen muy claro y es lo que han estado haciendo.

¿Por qué se pusieron contra Estados Unidos? Eso tuvo que ver con lo que consideran una invasión de Arabia Saudita por parte de Estados Unidos. En 1990 Estados Unidos estableció bases militares permanentes en Arabia Saudita, lo que desde su punto de vista es comparable con la invasión rusa de Afganistán, con la excepción de que Arabia Saudita es mucho más importante. Ahí se encuentran los sitios más sagrados de Islam. Y éste es el motivo por el cual sus actividades se volvieron contra Estados Unidos. En 1993 trataron de hacer volar el World Trade Center. Lo lograron en forma parcial, no completamente, y eso era sólo una parte de sus planes. Querían volar el edificio de la ONU, los túneles Holland y Lincoln, el edificio de la FBI. La lista era más larga. Una persona que está en la cárcel por ese atentado es un clérigo egipcio que había entrado a Estados Unidos a pesar de las objeciones del Servicio de Inmigración, gracias a la intervención de la CIA, que ayudó a su amigo. Dos años más tarde hizo volar el World Trade Center. Y eso ha estado ocurriendo en todos los sentidos. No voy a repasar toda la lista, pero, si se quiere comprender, todo concuerda. Es un cuadro consistente. Está descrito en palabras. Se ha revelado en la práctica durante 20 años. No hay razón para no tomarlo en serio.

Categoría 2: ¿base de apoyo?

¿Cuál es la base de apoyo? No es difícil descubrir en qué consiste. Una de las cosas buenas que han ocurrido desde el 11 de septiembre es que un sector de la prensa comenzó a revelar algunas de estas cosas. El mejor, que yo sepa, es *The Wall Street Journal*, que de inmediato comenzó a publicar informes serios sobre las razones por las que la gente de la región, aunque odia a ben Laden, y a pesar de todo lo que está haciendo, lo sigue apoyando en muchos sentidos e incluso lo considera como la conciencia de Islam. Ahora bien, *The Wall Street Journal* y otros no auscultan la opinión pública. Están auscultando la opinión de sus amigos: banqueros, profesionales, abogados internacionales, empresarios ligados a Estados Unidos, gente que entrevistan en restaurantes McDonald, que allá son sitios elegantes, portando exquisitas vestimentas estadounidenses. Esa es la gente que han estado entrevistando, porque quieren descubrir cuáles son sus actitudes. Sus actitudes son muy explícitas y claras, y de muchas maneras concordantes con el mensaje de ben Laden y otros. Están furiosos con Estados Unidos por su apoyo a regímenes autoritarios y brutales; su intervención para bloquear cualquier tendencia hacia la democracia; su intervención para detener el desarrollo económico; sus políticas de devastación de las sociedades civiles de Irak, mientras fortalecen a Saddam Hussein, y recuerdan, aunque nosotros preferimos no hacerlo, que Estados Unidos y Gran Bretaña apoyaron a Hussein durante sus peores atrocidades, incluyendo el asesinato de los kurdos con gas; ben Laden recuerda esos actos constantemente, y lo saben aunque nosotros no lo queramos saber. Y desde luego, el apoyo a la ocupación militar israelí, dura y brutal, que ya lleva 35 años. Estados Unidos ha estado proveyendo un abrumador apoyo económico, militar y diplomático para posibilitar esa ocupación, y sigue haciéndolo. Lo saben y no les gusta. Especialmente cuando se combina con la política de Estados Unidos hacia la sociedad civil iraquí que está siendo destruida. Esas son básicamente las razones. Y cuando ben Laden da esas razones, la gente lo reconoce y lo apoya.

Esa no es la manera como la gente de acá quiere ver las cosas, por lo menos no la opinión liberal educada. Les gusta la línea que es repetida por toda la prensa, y sobre todo por los liberales de izquierda. No he hecho un verdadero estudio, pero pienso que la opinión de derecha ha sido, generalmente, más honesta. Pero, si uno considera, por ejemplo, *The New York Times*, las cosas cambian. En la primera columna de opinión

que publicó ese diario, la de Ronald Steel, un intelectual liberal serio de izquierda, se pregunta “¿Por qué nos odian? Nos odian porque abogamos por un nuevo orden mundial de capitalismo, individualismo, secularismo y democracia, que debiera ser la norma por todas partes. Por eso nos odian”. El mismo día, *The Wall Street Journal* pasó revista a las opiniones de banqueros, profesionales, abogados internacionales, que dijeron: “Miren, los odiamos porque ustedes están bloqueando la democracia, ustedes están impidiendo el desarrollo económico, ustedes están apoyando regímenes brutales, regímenes terroristas y ustedes están cometiendo cosas horribles en la región”.

Dos días más tarde, Anthony Lewis, ubicado bien a la izquierda, explicó que el terrorista sólo busca el “nihilismo apocalíptico”, y no importa qué es lo que hagamos. La única consecuencia de nuestras acciones que podría ser dañina, dice, es que podría dificultar el que los árabes se unan al esfuerzo de la coalición contra el terrorismo. Pero fuera de eso, todo lo que hagamos es irrelevante. Bueno, por lo menos es algo reconfortante. Hace que nos sintamos bien y que nos digamos lo maravillosos que somos. Nos posibilita evadir las consecuencias de nuestras acciones. Pero tiene un par de defectos. Uno es que no tiene nada que ver con todo lo que sabemos. Y otro es que es la manera perfecta de asegurarse de que escalemos el ciclo de la violencia.

Si uno quiere vivir con los ojos cerrados y pretender que nos odian porque se oponen a la globalización, ése sería el motivo por el que asesinaron a Sadat hace 20 años, porque combatieron contra los rusos o trataron de volar el World Trade Center en 1993. Y se trata de gente que está en medio de la globalización corporativa, pero si uno quiere creer eso, es reconfortante. Y es una forma de asegurarse que la violencia escale. Es una violencia tribal: “Ustedes me hicieron algo. Yo les haré algo peor. No me importa cuáles son los motivos. Seguiremos por ese camino”. Y es una forma de hacerlo. Es clara la opinión liberal de izquierda.

Las opciones políticas

¿Cuáles son las opciones políticas? Hay una multitud. Una opción política estrecha desde el principio fue seguir el consejo de radicales extremos como el Papa. El Vaticano dijo de inmediato: “Miren, se trata de un horrible crimen terrorista”. En el caso de un crimen, uno trata de encontrar a los perpetradores, los presenta a la justicia y los juzga. No se mata a civiles inocentes. Es como si alguien roba en mi casa y pienso que el que lo hizo vive en el vecindario al otro lado de la calle. No salgo con un fusil de asalto a matar a todos en ese vecindario. No es la forma como se enfrenta el crimen, sea un crimen pequeño o uno realmente masivo como el de la guerra terrorista de Estados Unidos contra Nicaragua, o incluso crímenes peores. Y hay numerosos precedentes que vienen al caso.

Cuando el Ejército Republicano Irlandés colocó bombas en Londres, fue un asunto bastante serio. Gran Bretaña podría haber respondido bombardeando Boston, que es la principal fuente de financiamiento del IRA. Y desde luego, arrasando Belfast occidental. Ahora bien, fuera de la factibilidad, hubiera sido una idiotéz criminal. El camino fue: buscar a los perpetradores, juzgarlos y buscar los motivos que los animaron. Porque esas cosas no vienen de ninguna parte. Ocurren por alguna razón. Acaso se trate de un crimen en las calles o de un monstruoso crimen terrorista, o de algo diferente. Hay motivos. Y usualmente, si se consideran los motivos, algunos son legítimos y debieran ser considerados.

Pero eso presenta problemas. Un problema es que Estados Unidos no reconoce la jurisdicción de algunas instituciones internacionales. Así que no podemos recurrir a ellas. Ha rechazado la jurisdicción de la Corte Mundial. Se ha negado a ratificar la Corte Penal Internacional. Es suficientemente poderoso para establecer una nueva corte, si quiere hacerlo. Pero hay un problema con cualquier tipo de corte, sobre todo que se requiere evidencia. Para ir a cualquier clase de corte, se requiere alguna clase de evidencia. No a Tony Blair hablando por televisión. Y eso sí que es difícil. Puede ser imposible de encontrar.

Resistencia sin dirigentes

Saben que la gente que lo hizo se mató. Nadie lo sabe mejor que la CIA. Son redes descentralizadas, no jerárquicas. Siguen un principio denominado resistencia sin dirigentes, que fue desarrollado por los terroristas de la derecha cristiana en Estados Unidos. Se trata de pequeños grupos que realizan actos. No hablan con nadie más. Existe una especie de antecedentes generales de suposiciones, y la cosa se hace. En realidad, la gente en el movimiento contra la guerra está bastante familiarizada con el tema. Solíamos llamarlos grupos de afinidad. Si uno supone correctamente que el grupo al que uno pertenece está siendo penetrado por el FBI, cuando algo serio está sucediendo, no se hacen las cosas en una reunión. Se hacen con personas que uno conoce y en las que confía, un grupo de afinidad que no puede ser infiltrado. Es una de las razones por las que el FBI nunca logró descubrir lo que sucedía en los movimientos populares. Y lo mismo vale para otras agencias de inteligencia. No pueden. Eso es resistencia sin dirigentes o grupos de afinidad, y las redes descentralizadas son muy difíciles de infiltrar. Cuando Osama ben Laden pretende que no estuvo implicado, es posible que así sea. En realidad es bastante difícil imaginar cómo un individuo que vive en una cueva en Afganistán, que ni siquiera tiene radio o teléfono, podría haber planificado una operación altamente sofisticada. Lo probable es que forme parte del fondo. Como en otros grupos terroristas de resistencia sin dirigentes. Lo que significa que va a ser extremadamente difícil encontrar pruebas.

Y Estados Unidos no quiere presentar pruebas porque quiere poder actuar sin tenerlas. Es la parte crucial de nuestra reacción. Nótese que Estados Unidos no pidió la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU, que probablemente habría recibido este caso, no por hermosas razones, sino porque los otros miembros permanentes de dicho consejo también son Estados terroristas. Están contentos de unirse a una coalición contra lo que llaman el terror, concretamente en apoyo de su propio terror. Así que Estados Unidos probablemente habría obtenido la autorización del Consejo de Seguridad, pero no la quería. Y no la quería porque sigue un principio que viene de largo, que no es de George Bush, que fue algo explícito en la administración Clinton, articulado y aun mucho más antiguo: el derecho de actuar unilateralmente.

No queremos autorización internacional porque actuamos unilateralmente y por ello no la deseamos. No nos preocupan la evidencia ni la negociación. No nos preocupan los tratados. Somos el más fuerte del mundo; el perdonavidas más duro del barrio. Hacemos lo que nos da la gana. Una autorización es algo malo y hay que evitarla. Hay incluso un nombre para esta conducta en la literatura técnica, se llama establecer credibilidad. Es un factor importante en muchas políticas. Fue la razón oficial dada para la guerra en los Balcanes y la razón más plausible.

Si quieren saber lo que significa credibilidad, pregúntenle a su *capo* preferido de la mafia. Él les explicará lo que significa credibilidad. Y es lo mismo en los asuntos internacionales, excepto que se discute en las universidades utilizando grandes palabras. Pero es básicamente el mismo principio. Tiene sentido y generalmente funciona. El principal historiador que ha escrito sobre esto en los últimos años es Charles Tilly, en un libro titulado *Coerción, capital y los Estados europeos*. Señala que la violencia ha sido el principio fundamental de Europa durante siglos y la razón es que funciona, si se tiene una predominancia abrumadora de la violencia y una cultura de la violencia que la respalda. Por eso tiene sentido seguirla. Todos éstos son problemas que se presentan cuando se siguen caminos legales. Y si usted tratara de seguirlos, abriría verdaderamente algunas puertas muy peligrosas. Como la de Estados Unidos exigiendo que los talibán entreguen a Osama ben Laden. Y ellos responderán de una manera que se considera totalmente absurda y extravagante en Occidente, porque dicen: “Está bien, pero primero denos alguna evidencia. En Occidente eso se considera absurdo. Es un signo de su criminalidad”.

Haití

Esto es fácil de probar. No tenemos que inventar casos. Por ejemplo, en los últimos años Haití ha solicitado a Estados Unidos que extradite a Emmanuel Constant, un asesino importante. Es uno de los principales responsables de la matanza de unas 4 mil o 5 mil personas a mediados de los años 90, bajo la junta militar, que casualmente estaba siendo apoyada por las administraciones Bush y Clinton. Tienen muchas evidencias. En esa materia no hay problemas. Ya ha sido juzgado y condenado en Haití y las autoridades piden a Estados Unidos que lo entregue. Bien, quiero que ustedes realicen su propia investigación. Vean cuánto se ha discutido el tema. Haití renovó el pedido hace dos semanas. Pero el caso ni siquiera fue mencionado. ¿Por qué vamos a entregar a un asesino convicto responsable del asesinato de 4 mil o 5 mil personas hace dos años? En realidad, si lo entregáramos, quién sabe lo que diría. Tal vez diría que estaba siendo financiado y ayudado por la CIA, lo que probablemente es cierto. No queremos abrir esa puerta. Y no es el único caso.

Costa Rica

Quiero decir que durante unos 15 años, Costa Rica, que se ha llevado el premio de la democracia, ha estado tratando de que Estados Unidos le entregue a John Hull, un propietario de tierras en Costa Rica al que acusan de crímenes terroristas. Estaba utilizando la tierra, aseguran con bastante evidencia, como una base para la guerra de Estados Unidos contra Nicaragua, lo que no es una conclusión controvertible. La Corte Mundial y el Consejo de Seguridad la respaldan. Así que tratan de conseguir que Estados Unidos lo entregue. ¿Han oído hablar del tema? No.

En realidad confiscaron las tierras de otro terrateniente estadounidense, John Hamilton. Pagaron una compensación y convirtieron sus terrenos en parque nacional, porque esas tierras también estaban siendo utilizadas como base para el ataque de Estados Unidos contra Nicaragua. Costa Rica fue castigada por hacerlo. Fueron castigados mediante la retención de la ayuda: “No aceptamos ese tipo de insubordinación de nuestros aliados”. Podemos continuar, y si se abre la puerta a preguntas sobre extradición nos conducirá en direcciones muy desagradables.

¿Y qué pasa con las reacciones en Afganistán? La retórica inicial hablaba de un ataque masivo que mataría visiblemente a mucha gente y también de un ataque contra otros países en la región. Bien, la administración Bush se apartó sabiamente de esa idea. Todos los dirigentes extranjeros, la OTAN, los especialistas, y supongo que también sus propias agencias de inteligencia, le dijeron que sería la cosa más estúpida que podrían hacer. Simplemente sería como si abrieran oficinas de reclutamiento para ben Laden en toda la región. Es exactamente lo que quiere. Y sería extremadamente dañino para sus propios intereses. Así que se apartaron de esa idea, y se están orientando hacia lo que describí antes: una especie de genocidio silencioso.

Una propuesta sensata está a punto de ser considerada: que haya una iniciativa de la ONU que reúna a afganos expatriados o a supuestos dirigentes tribales del interior, que mantendría totalmente fuera del asunto a rusos y estadounidenses. Son los dos países que prácticamente han borrado al país del mapa en los últimos 20 años. Deben permanecer fuera del asunto y pagar indemnizaciones. Pero es su único papel. Es concebible que una iniciativa de la ONU para reunir a elementos del interior de Afganistán, que podría tratar de construir algo sobre las ruinas, funcionaría, con mucho apoyo y ninguna interferencia. Si Estados Unidos insiste en controlar el proceso, igual podríamos abandonarlo. Tenemos una experiencia histórica al respecto.

Recordarán que al principio el nombre de esta operación iba a ser una *cruzada*, pero lo dejaron de lado porque los agentes de relaciones públicas les dijeron que no funcionaría. Después iba a ser Justicia Infinita, pero los agentes de relaciones públicas les dijeron: "Esperen un momento, ustedes suenan como si fueran una divinidad". Así que no funcionaría. Y entonces lo cambiaron a Libertad Duradera. Sabemos lo que significa. Pero nadie ha señalado hasta ahora, por suerte, que eso contiene una ambigüedad (*Endure* = durar en inglés, también significa soportar, aguantar dolor o sufrimiento, N.d.T). *Endure* implica sufrir. Y hay mucha gente en el mundo que ha sufrido lo que llamamos libertad. Por suerte tenemos a una clase educada de excelente comportamiento, así que nadie ha señalado esa ambigüedad.

Un camino fácil para reducir el nivel del terror

Queremos reducir el nivel del terror, no escalarlo, y un camino fácil para lograrlo es dejar de participar en el terror. Eso reduciría automáticamente el nivel del terror. Pero eso no puede ser discutido. Bueno, debemos hacer posible que se discuta la idea. Así que ésta es una manera fácil de reducir el nivel del terror.

Fuera de eso, debemos repensar el tipo de políticas, y Afganistán no es la única, con las cuales organizamos y entrenamos a ejércitos terroristas. Tienen consecuencias, y estamos viendo algunas ahora. Un caso es el 11 de septiembre. Repiénsenlo.

Repiensen las políticas que están creando una base de apoyo. Exactamente lo que banqueros y abogados están diciendo en sitios como Arabia Saudita. En las calles las opiniones son mucho más amargas, como se pueden imaginar. Es posible. Esas políticas no son eternas.

Y además hay oportunidades. Es difícil encontrar muchos rayos de luz en las últimas semanas, pero uno es que hay más franqueza. Muchos temas están siendo discutidos en los círculos de la élite y entre el público en general. Éste no era el caso hace dos semanas. Si un periódico como *USA Today* puede publicar un excelente artículo,

un artículo serio, sobre la vida en la franja de Gaza, es que ha habido un cambio. Las cosas que mencioné, publicadas en *The Wall Street Journal*, son otro cambio. Y creo que en el público en general hay mucha más franqueza y disposición a pensar sobre cosas que estaban ocultas bajo la alfombra. Son oportunidades y deben ser aprovechadas, por lo menos por la gente que acepta el objetivo de tratar de reducir el nivel de violencia y terror, incluyendo amenazas potenciales que son extremadamente severas y que podrían hacer que el 11 de septiembre pareciera nimio.

Discurso pronunciado por Noam Chomsky en el Massachusetts Institute of Technology el 18 de octubre de 2001 transcrito por *Z Magazine*, www.zmag.org. Traducción: Germán Leyens.

ÍNDICE ACUMULADO: 2001

Autores y títulos	N°	pág.
Basile, Teresa. <i>Educación y política. La Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo</i>	3	131-150
Blanco, Alejandro. <i>Ideología, cultura y política: la "Escuela de Frankfurt" en la obra de Gino Germani</i>	3	51-77
Castro Gómez, Santiago. <i>Fin de la modernidad y transformaciones de la "cultura" en tiempos de globalización</i>	1	65-79
De Venanzi, Augusto. <i>Medio ambiente y sistema-mundo: la degradación ecológica y el enverdecimiento de los negocios</i>	1	133-148
El Achkar, Soraya. <i>Liberación dialógica del silencio: una intervención político cultural</i>	3	111-129
Fergusson L., Alex. <i>Notas ambientales</i>	1	181-194
Fergusson L., Alex y Rigoberto Lanz. <i>El desarrollo sustentable ¿Paradigmas de fin de siglo?</i>	1	105-112
García Larralde, Humberto. <i>Desarrollo industrial y tipo de cambio real. El caso venezolano</i>	3	13-50
García-Guadilla, María Pilar. <i>El movimiento ambientalista y la constitucionalización de nuevas racionalidades: dilemas y desafíos</i>	1	113-132
Juhász Mininberg, Emeshe. <i>Puerto Rico y las fronteras de la identidad nacional. Estudios recientes sobre cultura y poder</i>	3	197-217
Leff, Enrique. <i>La insostenible levedad de la globalización: la capitalización de la naturaleza y las estrategias fatales de la sustentabilidad</i>	1	149-160
Lo Vuolo, Rubén M. <i>De la década perdida a la década destructiva. El modelo argentino de ajuste estructural</i>	1	81-102
López, Odalis. <i>La "enfermedad holandesa" y la economía venezolana: el período 1973-1982 y el colapso del "capitalismo rentístico"</i>	2	67-107
Maccioni, Laura. <i>Nuevos significados de "política", "cultura" y "políticas culturales" durante la transición a la democracia en los países del Cono Sur</i>	3	239-257
Martínez Fernández, Pablo. <i>Masculinidad. ¿Nuevas construcciones o más de lo mismo?</i>	2	13-34
Mato, Daniel. <i>Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder</i>	3	83-109
Medina, Medófilo. <i>Chávez y la globalización</i>	2	115-128
Mignolo, Walter D. <i>Descolonización epistémica y ética. La contribución de Xavier Albó y Silvia Rivera Cusicanqui a la reestructuración de las ciencias sociales desde los Andes</i>	3	175-195

Ochoa Gautier, Ana María. <i>Políticas culturales, academia y sociedad: (in) mediaciones</i>	3	219-238
Parker, Dick. <i>El chavismo: populismo radical y potencial revolucionario</i>	1	13-44
Perona, Nelida B. <i>Desde la marginalidad a la exclusión social. Una revisión de los conceptos</i>	2	35-48
Quiroga Martínez, Rayán. <i>Crecimiento económico, exclusión social e insustentabilidad ecológica. El caso de Chile 1974-1999</i>	1	161-179
Ramos, Marisa. <i>Partidos y grupos políticos en Venezuela (1998-2000): dimensiones ideológicas y cohesión programática</i>	2	157-182
Roberts, Kenneth. <i>La descomposición del sistema de partidos en Venezuela vista desde un análisis comparativo</i>	2	183-200
Sarto, Ana del. <i>Disonancias entre las ciencias sociales y la "crítica cultural". Aportes y límites de un diálogo "cómplice"</i>	3	259-277
Smilde, David. <i>Protagonismo cultural desde la pobreza: respuesta a Mikel de Viana</i>	1	45-64
Stolowicz, Beatriz. <i>La crisis de la "democracia gobernable"</i>	2	49-66
Vargas, Virginia. <i>Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio. Una lectura político personal</i>	3	151-173
Vilas, Carlos M. <i>La sociología política latinoamericana y el "caso" Chávez: entre la sorpresa y el déja vu</i>	2	129-145
Werz, Nikolaus. <i>Chávez en la prensa europea y estadounidense</i>	2	147-155
Wortman, Ana. <i>El devenir de lo político cultural en la Argentina. ¿Una nueva cultura o nuevas subjetividades del pensamiento?</i>	3	279-296

Resúmenes/Abstracts

Introducción a los orígenes y transformaciones del Estado-nación

Victor Abreu

Resumen

En estas notas docentes, el autor ofrece una visión panorámica de la conformación y evolución histórica del Estado moderno, como referencia útil para apreciar la discusión contemporánea sobre los desafíos que le plantea el proceso de globalización. Revisa, de manera sumaria, los factores conjugados en la gestación del Estado nacional y de sus principales instituciones, así como el tránsito de lo que fuera inicialmente un monopolio territorial en manos del príncipe al Estado absolutista, al Estado liberal, al Estado de derecho y al Estado social de derecho. De igual modo, bosqueja las tendencias esenciales del devenir de la economía y la sociedad modernas que acompañan las transformaciones políticas del Estado-nación.

Palabras clave: Estado-nación, Estado, nación, globalización

Introduction to the Origin and Transformations of the Nation-State

Victor Abreu

Abstract

In these class notes, the author offers a panoramic vision of the conformation and historical evolution of the modern State, conceived as a useful reference for the current debate over the impact of globalization. He briefly examines: first, the factors which led to the emergence of the National State and its main institutions; and then successively, the transit from what was initially a territorial monopoly in the hands of the Princes of the Absolutist State to the Liberal State, and, finally, the Welfare State. He then resumes the basic changes in economic tendencies and in modern society which accompanied the political transformations of the Nation-State.

Key Words: Nation-State, State, Nation, Globalization

Las paradojas de la globalización

Rubén Alayón Monserat y Sary Levy Carciente

Resumen

Este trabajo forma parte de una investigación realizada por los autores sobre las distintas miradas sobre la globalización. Un mundo paradójico se abre ante nuestros ojos arrojando resultados que no aparecen en el discurso hegemóni-

co difundido por el imperialismo semántico. Las tres paradojas expuestas en este trabajo son: afirmarse para negarse; islas de bienestar en un océano de miseria; y en el norte nos encontramos al sur.

Palabras clave: globalización, pobreza, bienestar

The Paradoxes of Globalization

Rubén Alayón Monserrat and Sary Levy Carciente

Abstract

This text is the product of an investigation realized by the authors on the varied analytical perspectives used to broach the globalization phenomenon. The results reveal a series of paradoxes not present in the hegemonic discourse, which is so widely propagated by semantic imperialism. The three paradoxes which are analyzed are: affirmation as the basis of negation; islands of prosperity in a sea of poverty; and the South in relation to the North.

Key Words: Globalization, Poverty, Welfare

La transformación de las instituciones de reciprocidad y control del *don* al *capital social* y de la *biopolítica* a la *focopolítica*

Sonia Álvarez Leguizamón

Resumen

El trabajo plantea la importancia de las instituciones de reciprocidad, en el contexto de la “nueva agenda social” de los organismos internacionales en su “lucha” contra la pobreza. Este nuevo paradigma de desarrollo valoriza las relaciones primarias de reciprocidad (redes, estrategias de supervivencia, capital social) como recurso para enfrentar fallas del mercado y del Estado. Se analiza, en primer término, la transformación histórica de las relaciones de reciprocidad y su relación con las instituciones de resolución del riesgo social, para situarla luego en la problemática específica de América Latina. Se realiza un breve recorrido por las categorías asociadas a la reciprocidad en las ciencias sociales latinoamericanas y su actual funcionalidad en el discurso del desarrollo del Banco Mundial. Finalmente y en carácter de conclusión, se abordan las paradojas que plantea este nuevo paradigma y el paso de las formas de control de la “biopolítica” a lo que denominamos “focopolítica”. En la etapa actual no se controlan los cuerpos y las vidas para obtener una mayor productividad o para moralizar. Se trata de territorializar y de producir formas de autocontrol comunitario, aunque se mantienen algunas de las técnicas de la biopolítica. El tiempo ya no debe ser dedicado al trabajo sino a las formas de subsistencia comunitarias y locales.

Palabras clave: reciprocidad, pobreza, estrategias de supervivencia, Estado

The Transformation of the Institutions of Reciprocity and Control: From the "Gift" to "Social Capital", from "Biopolitics" to "Focus Politics".

Sonia Álvarez Leguizamón

Abstract

This article outlines the importance of reciprocal institutions in the context of the "new social agenda" of international development organizations in their "fight" against poverty. This new developmental dilemma appraises the primary reciprocal relations of the poor (networks, survival strategies and social capital) which act where the market and the state have failed. In the first place, an analysis is made of the historical transformation of reciprocity relations and the institutions that seek to resolve those of social risk. This analysis is then situated within the specific problematic of Latin America. Then, the author offers a brief description of the categories associated with reciprocity in Latin American social sciences and their actual functionality within the developmental discourse of the World Bank and others developmental institutions. Finally, and as a conclusion, the paradox that this new dilemma presents is outlined and the movement from the forms of control of "biopolitics" to what may be called "focus politics". Currently, the issue is not so much about controlling bodies and lives to achieve greater productivity. The issue at stake is to fix the poor in the community level and to produce means of self-control within the community, although some techniques of "biopolitics" may be maintained. Time should no longer be dedicated to work but to community and to local means of subsistence.

Key Words: Reciprocity, Poverty, Survival Strategies, State

El *santiagueñazo* (Argentina, 1993). Las memorias de la protesta

Javier Auyero

Resumen

El 16 de diciembre de 1993, en la ciudad de Santiago del Estero, Argentina, miles de manifestantes (en su mayoría empleados públicos) invadieron, destruyeron y quemaron los edificios de la casa de gobierno, la legislatura, los tribunales y las residencias de cerca de una docena de prominentes políticos y funcionarios locales. Empleados estatales y municipales, maestras primarias y secundarias, jubilados, estudiantes, dirigentes sindicales y otros reclamaban el pago de sus salarios, jubilaciones y pensiones (adeudados desde hacía tres meses), protestaban contra la implementación de políticas de ajuste estructural y expresaban su descontento con la generalizada corrupción gubernamental. Basado en trabajo etnográfico y en investigación de archivos, este trabajo reconstruye parte de la historia de la protesta más violenta en la Argentina democrática contemporánea. Se argumenta que los múltiples sentidos que los protagonistas del evento (manifestantes, policías, funcionarios del Estado, políticos, etc.) han estado construyendo desde que éste ocurrió son producto de una conversación beligerante entre los detentadores del poder, los medios

una conversación beligerante entre los detentadores del poder, los medios de comunicación y los manifestantes. El artículo procura contribuir a los recientes debates sobre la relación entre movilización, narrativa y construcción de identidad, prestando particular atención al rol de los relatos en la creación de los diferentes significados de un evento y en la construcción de las identidades de los participantes.

Palabras clave: protesta popular, narrativa, construcción de identidad, Santiago del Estero, Argentina

The *Santiagoñazo* (Argentina, 1993). Memories of the Protest

Javier Auyero

Abstract

On the 16th of December 1993, in Santiago del Estero, Argentina, thousands of demonstrators (the majority public servants) invaded, destroyed and burned the buildings of the State Government, the Legislative Assembly, the High Court and the houses of a dozen or so of the most prominent local politicians and public servants. State and municipal employees, primary and secondary teachers, pensioners, students, trade union leaders and others demanded their wages and pensions (which had not been paid during the previous three months), protested against the introduction of adjustment policies and expressed their discontent with the widespread official corruption. On the basis of an ethnographic study and archive work, the author reconstructs part of the history of the most violent protest seen in contemporary democratic Argentina. It is argued that the multiple interpretations, which the protagonists of the event (demonstrators, police, public employees and politicians) have elaborated over the event, are the product of a belligerent interchange between those in power, the means of communication and the demonstrators. The article attempts, on the basis of this research, to contribute to the recent debates about the relationship between mobilization, narrative and the construction of identity, paying particular attention to the role of subsequent accounts in the creation of the varying meanings attributed to the event and in the construction of identities for the participants.

Key Words: Popular Protest, Narrative, Identity Construction, Santiago del Estero, Argentina

El Estado-nación, la globalización y la inmortalidad del cangrejo

Simón Alberto Consalvi

Resumen

En este artículo el autor sostiene que la globalización no puede llevarse a cabo partiendo de la abdicación de los Estados-nación. Aborda la problemática considerando aspectos tales como: a) la definición y componentes del Estado-

nación; b) la definición y caracterización del proceso de globalización, con especial énfasis en sus vinculaciones con el neoliberalismo; c) el análisis de los aspectos críticos del Estado-nación en el marco de la globalización; d) los cambios en la política exterior como consecuencia del proceso de globalización; e) las críticas a la globalización, y f) la relación de aspectos que favorecen la pervivencia del Estado-nación.

Palabras clave: Estado-nación, Estado, nación, globalización

The Nation-State, Globalization and the Immortality of the Crab

Simón Alberto Consalvi

Abstract

In this article, the author argues that globalization cannot be based on the abdication of the Nation-State. The discussion is broached taking into account problems such as: a) the definition and composition of the Nation-State; b) definition and characteristics of globalization, stressing the latter's links with neoliberalism; c) an analysis of those aspects of the Nation-State affected by globalization; d) the modifications in foreign policy, consequence of globalization; e) the criticisms of globalization; and f) an account of the factors which favor the survival of the Nation-State.

Key Words: Nation-State, State, Nation, Globalization

Literatura reciente sobre la democracia latinoamericana

Steve Ellner

Resumen

Este artículo examina los trabajos académicos de los últimos 10 años sobre el tema de la democracia en América Latina y los clasifica como pesimistas, optimistas o en una posición intermedia. Señala que la literatura pesimista sobre el futuro de la democracia en América Latina tiende a ser determinista, y viceversa. Los libros también presentan puntos de vista diferentes sobre los partidos políticos, pero en general los politólogos son más escépticos que en el pasado acerca del papel central desempeñado por los partidos en la defensa de la democracia latinoamericana. Otra área de comparación es la de las definiciones de la democracia formuladas. En general, los politólogos han tratado de ir más allá de la definición *minimista* de la democracia basada en elecciones y la existencia de libertades básicas. Los libros reseñados en este artículo aprecian la importancia de la globalización, el reforzamiento de los Ejecutivos nacionales, el debilitamiento de los interlocutores organizados, y otros cambios que han moldeado a la democracia latinoamericana en el pasado reciente.

Palabras clave: democracia, América Latina

Recent Literature on Democracy in Latin America

Steve Ellner

Abstract

This article examines academic works of the last ten years on themes related to democracy in Latin America. It points out that the pessimistic literature on the future of Latin American democracy tends to be deterministic, and vice versa. The books also present different points of view on political parties, but in general political scientists are more skeptical than in the past about the central role played by parties in the defense of Latin American democracy. Another area of comparison is the definitions of democracy. In general, political scientists have tried to go beyond the minimalist definition of democracy based on elections and the existence of basic liberties. The books reviewed in this article appreciate the importance of globalization, the strengthening of the national executive, the weakening of interlocutors, and other changes that have shaped Latin American democracy over the recent past.

Key Words: Democracy, Latin America

Partidos de vocación popular en la recomposición del sistema político venezolano: fortalezas y debilidades
--

Margarita López Maya

Resumen

El actual proceso sociopolítico venezolano se centra en una feroz lucha entre diversas fuerzas y actores políticos por la hegemonía. Dentro de ese proceso, uno de los aspectos que hasta ahora lucen más inciertos es cuáles de los partidos políticos que participan en esta lucha se estabilizarán en el sistema político emergente. En este artículo se exploran las posibilidades de supervivencia política de dos organizaciones de explícita vocación popular: el Movimiento Quinta República y el Patria Para Todos. Para ello se examinan dos aspectos de su desarrollo: la organización y la "función identificante".

Palabras clave: Partidos políticos, Movimiento Quinta República, Patria Para Todos, Movimiento al socialismo, Venezuela.

Popular Parties in the Reconstruction of Venezuela's Political System: -Their Strengths and Weaknesses
--

Margarita López-Maya

Abstract

Venezuela's sociopolitical process during the last fifteen years has been characterized by a ferocious struggle between diverse political forces and interests, which seek to achieve hegemony. In this struggle one of the aspects that seems less clear is which of the many political parties that participate will sur-

vive and form part of the emerging political system. This article explores the possibilities of survival of two parties that have made an explicit claim of representing the poor sectors of society: Movimiento Quinta República (Fifth Republic Movement) and Patria Para Todos (Fatherland for All). It examines two aspects that are essential for political survival: their organization and their capacity of fulfilling the "identification function."

Key words: Parties, Fifth Republic Movement, Fatherland for All, Movement Towards Socialism, Venezuela.

La centralidad del Estado en la mundialización

Jaime Osorio

Resumen

Este trabajo discute las tesis que postulan la pérdida de significación del Estado en los procesos económicos y políticos que están dando vida a la mundialización. Para aquellas tesis, los nuevos actores en el escenario internacional, como los conglomerados transnacionales o los organismos financieros internacionales, estarían rebasando el ámbito estatal. Desde la perspectiva del sistema mundial se postula que la soberanía siempre se ha ejercido de manera desigual en los centros y las periferias y que la expropiación de valores que ese sistema reclama tiene asientos estatales específicos.

Palabras clave: globalización, Estado-nación, empresas transnacionales, instituciones financieras internacionales

The Key Role of the State in Globalization

Jaime Osorio

Abstract

This article offers a critical assessment of the thesis according to which the importance of the State has diminished with the advances of globalization. This thesis argues that new actors on the international scene, such as the transnational conglomerates and the international financial institutions, escape from State control. The author, however, argues that, within the context of the World System, sovereignty has always been unequally distributed between the center and the periphery and that the maintenance of this relationship is firmly rooted in specific State structures.

Key Words: Globalization, Nation-State, Transnational Firms, International Financial Institutions

Repertorios de poder y globalización

Frances Fox Piven y Richard A. Cloward

Resumen

Durante la etapa industrial de la modernización, los trabajadores desarrollaron con relativo éxito formas de poder en sus relaciones con empresarios y políticos. En la actual etapa globalizadora, estas formas de poder ya no confrontan eficientemente las nuevas y agresivas estrategias de las élites. En este artículo se desarrolla este argumento, basándose en la experiencia del sector laboral estadounidense. Se considera, sin embargo, que puede aplicarse también de manera general. Asimismo, se describen las estrategias laborales incipientes que comienzan a usarse con éxito en esta actual etapa de la globalización.

Palabras clave: movimiento obrero, repertorios, globalización.

Power Repertoires and Globalization

Frances Fox Piven and Richard A. Cloward

Abstract

During the industrial era of modernization workers were able to develop successful forms of power in their relations with employers and politicians. In this new era of globalization those forms of power have become ineffective to responding to the new and highly aggressive strategies of the elites. This article takes the case of the US labor movement in order to develop this argument, which it considers can apply more generally. It also describes some of the incipient strategies of the workers in this globalization era.

Key words: Working Class Movement, Repertoires, Globalization.

¿Ser o no ser? El dilema del Estado-nación en los procesos de globalización

Eira Ramos Martino

Resumen

Una vez culminada la Guerra Fría, conceptos, estructuras y procesos que mantuvieron vigentes y con validez los parámetros de la vida internacional durante décadas, están derrumbándose. Nuevos actores y nuevos desafíos emergen colocando a los Estados ante una compleja y delicada situación que exige de los mismos profundos cambios y transformaciones. Este artículo revisa cuáles son los retos que debe enfrentar el Estado así como las capacidades que aún conserva para dar una respuesta a los mismos.

Palabras clave: Estado-nación, globalización

To Be or Not to Be? The Dilemma of the Nation-State in the Globalization Processes

Eira Ramos Martino

Abstract

With the end of the Cold War, concepts, structures and processes in force for decades and crucial for international relations, are being radically questioned. New actors and new challenges have emerged, placing the State in a delicate situation, which imposes profound transformations. This article examines the challenges which the State confronts and its capacity for responding to them.

Key Words: Nation-State, Globalization

Estados-nación en el nuevo capitalismo global: confines de la democracia, subcontratación y derechos ciudadanos

Jorge Rojas Hernández

Resumen

En este artículo, el autor analiza cómo las transformaciones mundiales que experimenta el capitalismo amenazan el corazón mismo del Estado-nación. Examina los problemas de entrar a la globalización sin Estado, y de la subcontratación de las actividades tradicionales del gobierno. Con ello plantea los impactos que han tenido tales problemas en la pobreza y la exclusión en la matriz sociopolítica latinoamericana, con especial referencia al caso chileno.

Palabras clave: Estado-nación, globalización, democracia, derechos ciudadanos, América Latina, Chile

Nation-States in the New Global Capitalism: Limits on Democracy, Sub-Contracts and Civil Rights

Jorge Rojas Hernández

Abstract

In this article, the author analyzes how the current transformations in the capitalist system menace the very heart of the Nation-State. He examines the problems of participating in the globalization process without a State and of the subcontracting of activities traditionally in the hands of the government. He then goes on to analyze the impact of these tendencies on poverty and exclusion, and on Latin America's socio-political matrix, with special reference to the Chilean case.

Key Words: Nation-State, Globalization, Democracy, Civil Rights, Latin America, Chile.

COLABORADORES

Abreu, Víctor

vicbreu@cantv.net

Economista egresado de la Universidad Central de Venezuela (UCV) con estudios de postgrado en ciencia política en la Universidad Simón Bolívar. Profesor en la Escuela de Economía de la UCV, desarrollando investigaciones en las áreas de la economía política, el institucionalismo y las relaciones entre Estado y economía. También ha impartido docencia en las Escuelas de Historia y de Sociología de la misma Universidad. Ha publicado recientemente: "El Estado social y los desafíos de la globalización: pistas para América Latina" en el libro colectivo *Los costos sociales de las reformas neoliberales* (Caracas, 2001), y *La tradición liberal: individuo soberano y desigualdad* (Ediciones FACES/UCV, 2000). Obtuvo el Premio Literario Fundarte en 1990.

Alayón Monserrat, Rubén

ream_99@yahoo.com

Sociólogo graduado en la UCV con estudios en Economía Internacional y cursante en el Doctorado en Ciencias Sociales en la misma casa de estudios; Investigador del Instituto Económico y Social de la FACES y profesor agregado de la Escuela de Trabajo Social.

Álvarez Leguizamón, Sonia

sonialva@unsa.edu.ar

Licenciada en Trabajo Social, Master en Sociología del Desarrollo, profesora de la asignatura "Antropología urbana" de la carrera de Antropología y de la Maestría en políticas sociales, en temáticas de pobreza, Políticas Sociales y representaciones sociales. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Argentina.

Auyero, Javier

auyero@aol.com

Profesor en el departamento de sociología de la State University of New York-Stony Brook y miembro del Centro de Estudios en Cultura y Política de la Fundación del Sur (Cecyp). Sus áreas de investigación son la etnografía política, la acción colectiva, y la pobreza y desigualdad urbanas. Su libro *Poor People's Politics* (Duke University Press, 2001) fue finalista del C. Wright Mills Award y obtuvo el premio al mejor libro de parte del New England Council of Latin American Studies. En el 2000 recibió la John Simon Guggenheim Memorial Fellowship y actualmente está finalizando un manuscrito sobre la intersección entre biografía y protesta en la Argentina contemporánea, titulado *Contentious*

Lives. Two Women, Two Protests, and The Quest For Recognition (será publicado por Duke University Press en 2003).

Cloward, Richard

Richard Cloward fue profesor en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Columbia (Nueva York). Sus trabajos primeros se centraron en el tema de la delincuencia, siendo coautor de un libro devenido en clásico sobre el tema. *Delincuencia y oportunidad* influyó los programas contra la pobreza que se formularon y aplicaron en los EEUU en los años sesenta. Más tarde se interesó por las luchas populares desde una perspectiva “desde abajo” y ha publicado numerosos trabajos sobre este tema con la profesora Frances Fox Piven. Entre los libros más conocidos de ambos: *Regulando a los pobres* y *Los movimientos de los pobres*. El profesor Cloward murió en agosto de 2001.

Consalvi, Simón Alberto

consalvi@cantv.net

Internacionalista, diplomático e intelectual venezolano. Graduado en la School of International Affairs de la Universidad de Columbia, Nueva York. Fue Embajador ante la ONU y miembro del Consejo de Seguridad (1974-1976); Canciller de la República durante los periodos 1977-1979 y 1985-1988; Embajador en Yugoslavia; Senador; Presidente del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, entre otras funciones cumplidas. Autor de una prolífica y variada obra.

Ellner, Steve

esteven74@cantv.net

Steve Ellner ha sido profesor en el campo de las ciencias políticas en la Universidad de Oriente-Anzoátegui desde 1977. Es autor de docenas de artículos académicos sobre política historia venezolana, como también varios libros, incluyendo *De la derrota guerrillera a la política innovadora: el Movimiento al Socialismo* (Monte Ávila Editores) y *El sindicalismo en Venezuela en el contexto democrático, 1958-1994* (Editorial Tropykos).

Hernández, Jorge Rojas

jrojas@udec.cl

Chileno, con estudios de filosofía en la Universidad Católica de Valparaíso, Magister en Sociología y Ciencias Políticas y doctorado de la Universidad de Hannover, donde fue investigador y docente del Instituto de Sociología (1984-1994). Es profesor titular del Departamento de Sociología, del Programa de Doctorado en Ciencias del Medio Ambiente del Centro EULA-Chile y del Programa de Doctorado en Educación de la Universidad de Concepción.

Levy C., Sary

Economista graduada en la UCV con Maestría en Economía Internacional y candidata a Doctora en Planificación del Desarrollo del Cendes y jefe de la Unidad de Asuntos Internacionales del Instituto Económico y Social de la FA-CES y profesora agregada de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.

López Maya, Margarita

malopez@reacciun.ve

Historiadora, doctora en Ciencias Sociales. Profesora Titular del Centro de Estudios del Desarrollo de la Universidad Central de Venezuela. En los años recientes se ha dedicado al estudio del proceso político de fin de siglo en Venezuela, en especial la protesta popular y los actores políticos emergentes. Entre sus publicaciones recientes: "Refounding the Republic: The Political Project of Chavismo" (*Nacra*, vol. XXXIII, no. 6, mayo-junio de 2000, pp. 22-28) y "Elecciones de 2000 en Venezuela. Implantación de una nueva hegemonía" (*Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe*, no. 4, 2001, pp. 9-17).

Osorio, Jaime

josorio@cueyatl.uam.mx

Sociólogo chileno, doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Sociología por El Colegio de México, es autor entre otros de los libros *Fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento* (2001, México, Fondo de Cultura Económica-UAM-X); *Despolitización de la ciudadanía y gobernabilidad* (1997, UAM-X), y *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad de la sociología latinoamericana* (1995, México, Triana editores). Está adscrito al Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, (UAM-X), México.

Piven, Frances Fox

ffox-piven@gc.cuny.edu

Frances Fox Piven es profesora distinguida de Ciencia Política y Sociología en el Centro para Graduados de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY). Sus áreas de estudio incluyen los movimientos sociales, la política del Estado de bienestar y las políticas electorales en los EEUU. Sus libros más recientes, escritos conjuntamente con el ya fallecido profesor Richard Cloward, son: *¿Por qué no votan los norteamericanos?* (Beacon Press, 2000) y *La ruptura del compacto social norteamericano* (New Press, 1997).

Ramos Martino, Eira

eira_ramos@hotmail.com

Internacionalista venezolana graduada en la Universidad Central de Venezuela con maestría en Estudios Políticos de la Universidad Javeriana, Bogotá. Profesora en el pre y el posgrado de Relaciones Internacionales de la UCV, donde también realiza estudios de doctorado en Ciencias Políticas. Es Directora de la

Coordinación de Extensión de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la misma Universidad.

REVISTA VENEZOLANA DE ECONOMIA Y CIENCIAS SOCIALES INSTRUCCIONES PARA LA PRESENTACION DE MANUSCRITOS

1. Los artículos sometidos a la consideración del Comité Editorial deben ser inéditos. Se presentarán escritos en un procesador de palabras (preferentemente Word for Windows) para su lectura en una computadora IBM o compatible, con la identificación del programa utilizado. En caso de incluir gráficos o tablas preparados con otro programa, se agradece su identificación. También se requiere dos copias a doble espacio en papel tamaño carta.
2. En el texto los subtítulos, así como la ubicación de cuadros o tablas, deben ser claramente indicados. Cada cuadro o tabla debe presentarse en hoja aparte colocado con su debida identificación al final del texto.
3. Las notas deben aparecer debidamente enumeradas al pie de página y deben ser lo más breve posible. Las referencias bibliográficas se incorporan al texto y entre paréntesis se coloca el apellido del autor, coma, el año de publicación, coma, el número de página. Las referencias completas se incluyen en la bibliografía, después del texto, organizadas alfabéticamente según el apellido del autor. Las referencias bibliográficas se registran de la siguiente manera: PARA LIBROS, apellido(s), coma, nombre(s), año de publicación (entre paréntesis), dos puntos, título (en cursivas), coma, lugar de publicación, coma, casa editora, punto. Ejemplo: Rudé, George (1978): *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, Barcelona, Ariel. PARA ARTICULOS, apellido(s), coma, nombre(s), año de publicación (entre paréntesis), dos puntos, título (entrecomillado), coma, nombre de la revista (en cursivas), coma, volumen, coma, número, coma, lugar de publicación, coma, mes de publicación, coma, páginas. Ejemplo: Tedesco, Juan Carlos (1972): "Universidad y clases sociales: el caso argentino", *Revista Latinoamericana de Ciencias Políticas*, vol. 3, nº 2, Buenos Aires, abr-jun., pp. 197-227. La bibliografía colocada al final del texto debe ser exclusivamente de referencias que aparecen en el texto. Para referencia de entrevistas en el texto debe aparecer entre paréntesis el apellido, coma, entrevista, coma, año. Ejemplo: (Rodríguez, entrevista, 2000). En la bibliografía al final del artículo, en un aparte para entrevistas se coloca: apellido (s), coma, nombre (s), coma, lugar de la entrevista, coma, fecha. Ejemplo: Rodríguez Araque, Alí, Caracas, 4 de marzo de 2000.
4. La extensión de los artículos no debe exceder las 30 cuartillas, aunque el Comité Editorial podría admitir flexibilidad en caso de que el interés del tema lo amerite.
5. Los autores deberán enviar, junto con sus artículos, un resumen, en español y en inglés, de 6 a 10 líneas del artículo y otro de 6 a 8 líneas de sus datos personales incluyendo: (1) título(s) académico(s), (2) lugar o lugares donde está destacado, (3) breve lista de sus obras más importantes.
6. Los manuscritos que el Comité Editorial considera potencialmente apropiados para su publicación serán sometidos al arbitraje de especialistas en el tema; los comentarios al respecto serán remitidos al autor junto con cualquier sugerencia de la Dirección de la Revista.
7. El Comité Editorial se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos sometidos o a condicionar su aceptación a la introducción de modificaciones.
8. Los autores de los artículos publicados recibirán 2 ejemplares del número en que aparecen, diez separatas y una suscripción a la revista por un año.

**PUBLICACIONES FACES-UCV
DIRECCIÓN DE COORDINACIÓN DE EXTENSIÓN**

- 95 FLORES LYON, EMILIO
Prestaciones sociales, transformaciones estructurales y su tendencia en el ámbito de la globalización.
- 96 FONSECA ZAMORA, JOSÉ ANTONIO
La capacitación específica como estrategia ganadora.
- 97 PROYECTO MARACAY
Las manifestaciones culturales en Ocumare de la Costa.
- 98 ROMERO, KAMAL
El tipo de cambio como instrumento de política.
- 99 ACOSTA, VLADIMIR
¿Viejas y nuevas violencias? Violencia cotidiana y neoliberalismo.
- 100 ESPINOZA A., LUCÍA; EXPÓSITO P., MARISELA; TORRES Y., NORIS y VERDE C., ANA M.
El barrio en la cárcel. Una aproximación hermenéutica a la cotidianidad de los presos en el internado judicial El Junquito.
- 101 LÓPEZ MAYA, MARGARITA
La protesta venezolana entre 1989 y 1993. En el umbral del neoliberalismo.
- 102 VILERA, MARCOS
La protección administrativa de los trabajadores a domicilio.
- 103 MORO, ÁNGEL
Símbolos políticos del saber.
- 104 GONZÁLEZ, CAROLINA
Jóvenes: danza de vida y muerte.
- 105 RON CAMEJO, IRAIMA
El Estado y los derechos económicos y sociales. El debate en la Asamblea Constituyente de Venezuela (1946-47).
- 106 HERNÁNDEZ, ANA ROSA
El problema de la complejidad de lo humano y la comunicación. Notas para una aproximación.
- 107 GONZÁLEZ, CAROLINA
Fragmentos de vida y violencia.

176**CONTENIDO**Director: Dietmar Dirmoser
Jefe de Redacción: S. Chejfec**COYUNTURA:** Carlos Mesa Gisbert, Bolivia. En la hora de la transición. Clyde Soto, Paraguay. Bajo el signo del estancamiento.**APORTES:** Franklin Ramírez Gallegos, Las paradojas de la *cuestión indígena* en el Ecuador. Etiquetamiento y control político. Alejandro Macías Macías, La economía mexicana en 2001 frente a 1994. Fortalezas y debilidades. José Miguel Candia, Movimientos vecinales y redes de trueque. ¿Hacia una sociedad alter-nativa?**TEMA CENTRAL:** Dirk Messner, Globalización y gobernabilidad global. Andrés Serbin, Globalifóbicos vs. globalitarios. Fortalezas y debilidades de una sociedad civil regional emergente. Rodrigo Araya Dujisin, La globalización de los ciudadanos. El caso Attac. Daniel García Delgado. Integración y neoliberalismo en Argentina. ¿ALCA o Mercosur? Enrique Dussel Peters, ¿Una gobernanza global ante la creciente polarización territorial internacional? Juan Gabriel Tokatlian, La desconcertación sudamericana. Ernst Hillebrand / Uwe Optenhögel, Mediadores en un mundo sin fronteras. Sobre el papel de las fundaciones políticas alemanas en la política exterior.**LIBROS:** María Luiza Levi, Elys Gilbrando Mora B.**SUMMARIES.**

SUSCRIPCIONES	ANUAL	BIENAL
(Incluido flete aéreo)	(6 núms.)	(12 núms.)
América Latina	US\$ 56	US\$ 97
Resto del mundo	US\$ 86	US\$ 157

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones. Dirección: Apartado 61712- Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Telfs.: (58-212) 267.31.89 / 265.99.75 / 265.53.21 / 266.16.48 / 265.18.49, Fax: 267.33.97; @: nuso@nuevasoc.org.ve; nusoven@nuevasoc.org.ve. Página digital: www.nuevasoc.org.ve

FONDO BIBLIOGRÁFICO SOBRE AMÉRICA LATINA-CIENCIAS SOCIALES (FOBAL-CS)

El Proyecto FOBAL-CS ha venido desarrollándose desde 1988, a partir de una iniciativa conjunta del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y la FACES. En el proceso de estructuración de este Proyecto ha destacado también la participación de la Red de Información Socio-Económica (REDINSE), auspiciado por el CONICIT. El Proyecto está destinado a consolidar un Fondo Bibliográfico sobre América Latina y el Caribe (FOBAL) en el área de las ciencias sociales que permita reunir un acervo extenso e integrado en ese campo, propiciando la cooperación inter-institucional para el logro de dicho objetivo. El FOBAL-CS aspira a constituir un valioso apoyo para la investigación y para la formación a nivel de postgrado, así como para la elaboración de políticas públicas

El Fondo abarca fundamentalmente tres dimensiones, de acuerdo al tipo de material considerado:

1) LIBROS. El Fondo ha venido ampliándose principalmente mediante las adquisiciones que efectúa la Biblioteca Nacional, siguiendo las recomendaciones al respecto por miembros del Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Escuela de Sociología de la FACES.

2) DOCUMENTOS. El acceso a documentación se realiza a través del Centro de Documentación e Información MAX FLORES DIAZ. Más que plantearse una línea de adquisición extensa de documentos, se ha propuesto brindar a los usuarios la información que les permita acceder o solicitar los documentos no convencionales que puedan ser de su interés.

3) PUBLICACIONES PERIODICAS. Las publicaciones periódicas son consideradas como la columna vertebral del FOBAL-CS, al concebírselas como el instrumento más idóneo y ágil para obtener información actualizada acerca del debate que se desarrolla en el campo de las ciencias sociales en y sobre América Latina y el Caribe. La conformación de un programa cooperativo para la adquisición de publicaciones periódicas para el FOBAL vino a ser un recurso fundamental para potenciar el aprovechamiento del valioso material existente en diversos centros bibliotecarios. La participación de REDINSE en la identificación de esas colecciones y en la coordinación del programa ha permitido elaborar un catálogo colectivo de unos 250 títulos pertinentes para el FOBAL-CS, ubicados en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Central de la UCV, el Centro de Documentación e Información Max Flores Díaz, la Biblioteca Ernesto Peltzer del Banco Central de Venezuela, la Biblioteca del IESA, el Centro de Documentación del CONICIT, la Biblioteca del CELARG o la Biblioteca del Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar.

PUBLICACIONES

En abril de 1989 se inició la edición del Boletín trimestral 'Sumarios de Revistas FOBAL-CS'. Dicho boletín agrupa las tablas de contenidos de las publicaciones periódicas del FOBAL-CS que han ingresado desde el segundo semestre de 1988. Con ello el usuario podrá localizar y solicitar los artículos que sean de su interés desde cualquiera de los centros integrados al programa. Actualmente se plantea la posibilidad de hacer la información acumulada disponible para los usuarios a través de diskettes. (Para más información se puede dirigir a la Coordinación REDINSE, Residencia 1-A. FACES, UCV, tlf.: 662.83.15.)

Sobre la base de un Convenio suscrito entre la FACES y la Biblioteca Nacional en enero de 1993, se ha dado inicio a la publicación de una Serie Bibliográfica FOBAL-CS que contempla la edición de dos tomos por año. Está circulando ya el primer número dedicado a la Revolución Cubana, preparado por el profesor Dick Parker y están en preparación tomos sobre El Caribe Anglófono (del Profesor Andrés Serbín), sobre la actual discusión en torno a la Democracia en América Latina (del Prof. Edgardo Lander), sobre los Debates Centrales en las Ciencias Sociales Latinoamericanas (de la Profesora Irayma Camejo), y otro sobre Colombia.

CENTRO DE DOCUMENTACION «MAX FLORES DIAZ»

El Centro de Documentación e Información «Max Flores Díaz», tiene como misión atender las necesidades de información de los docentes, investigadores y estudiantes de pre y postgrado de la Universidad Central de Venezuela y en términos más amplios los intereses del área socioeconómica en el país y en el resto de la Región.

Para cumplir con la aspiración anterior, contamos con una colección de revistas, documentos no convencionales —actas, conferencias, informes, entre otros— así como obras de referencia especializadas, en los campos de interés del Centro.

SERVICIOS

En Sala. Consulta y recuperación de información en bases de datos y fuentes impresas. El Centro tiene una colección de publicaciones periódicas, que forma parte del Fondo Bibliográfico de América Latina —ciencias sociales— compartido entre ocho bibliotecas del Area Metropolitana de Caracas. A través del Boletín de índices de estas revistas y de la Red Socioeconómica (REDINSE).

Servicio de Referencia. A través de este servicio los investigadores pueden tener acceso a 35 bases de datos bibliográficas.

Búsqueda de Documentos. Localización de documentos en unidades de información del país.

Reproducción de Documentos.

CONVENIOS INTERINSTITUCIONALES

Entre los acuerdos de intercambio de productos y servicios de información están:

- FACES - Banco Central
- FACES - Oficina Central de Estadística e Informática
- FACES - Fundación de Etnomusicología y Folklore

HORARIO DE SERVICIO

LUNES A VIERNES de 8:00 a.m. a 6:00 p.m.

DIRECCION: Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales «Rodolfo Quintero». Residencias A-1. Apartado Postal 54057. Caracas 1051a. Venezuela. **Teléfono:** 662.9521 / **Fax:** 662.9521.



IEP Instituto de
Estudios Políticos

Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Politeia

Politeia es una publicación semestral arbitrada, publicada por el Instituto de Estudios Políticos y esta abierta a todas las corrientes de pensamiento, especialmente en el área de las Ciencias Políticas y sobre aspectos relativos a América Latina.

En cada número se publican los resultados de los trabajos de los investigadores asociados a este centro de investigaciones, así como también contribuciones, ensayos, artículos e informaciones referidas principalmente a las Ciencias Políticas, y en general a las Ciencias Sociales.

Politeia goza de reconocimiento por parte de los estudiosos de la realidad política, gracias a su larga trayectoria y amplio prestigio. En sus páginas han escrito distintas personalidades como Manuel García-Pelayo, Juan Carlos Rey, Humberto Njaim, Ricardo Combellas y muchos otros que han aportado por medio de sus investigaciones, distintos conocimientos que enriquecen la Teoría Política Venezolana.

Información sobre **Politeia** se incluye anualmente en: CLASE, de la Universidad Nacional Autónoma de México/ "International Political Science Abstracts" del International Political Science Association/ "REDINSE" de la Universidad Central de Venezuela.

Subscripciones año 2002 (2 ejemplares):

	INDIVIDUAL	INSTITUCIONAL
Venezuela	Bs. 10.000	Bs. 10.000
Resto del Mundo	US\$ 25	US\$ 25

Favor emitir cheque de gerencia no endosable a nombre de: **Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la U.C.V.**

DIRECCIÓN

Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Instituto de Estudios Políticos. Ciudad Universitaria, Los Chaguaramos. Caracas, Venezuela.

Telefax: 58-2-6052382 / 6052365

e-mail: politeia@mail.com

PUBLICACIONES 2000 CDCH/UCV

LANDER, Edgardo
NEOLIBERALISMO, SOCIEDAD CIVIL Y DEMOCRACIA.
Ensayos sobre América Latina y Venezuela.
- 1era. Reimpresión

LANZ, Rigoberto
EL DISCURSO POSMODERNO: Crítica de la razón escéptica
- 3ra. Edición

LÓPEZ-SANZ, Rafael
**PARENTESCO, ETNIA Y CLASE SOCIAL
EN LA SOCIEDAD VENEZOLANA**
- 2da. Edición

MOSQUERA, Genaro (Coordinador)
ANÁLISIS DE RIESGO INDUSTRIAL
Congreso con el Instituto Superior de Ciencias
y Tecnologías Nucleares de La Habana, Cuba.

MOSQUERA, Genaro (Coordinador)
**LAS VIBRACIONES MECÁNICAS Y SU APLICACIÓN
AL MANTENIMIENTO PREDICTIVO.**
Congreso con el Instituto Superior de Ciencias
y Tecnologías Nucleares de La Habana, Cuba.

PÉRERA, Miguel Ángel
ORO Y HAMBRE. GUAYANA SIGLO XVI.
Antropología histórica y ecología cultural
de un malentendido 1498 - 1597
Coedición con la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales

RÍOS, Josefina y Gastón Carvallo
**ANÁLISIS HISTÓRICO DE LA ORGANIZACIÓN
DEL ESPACIO EN VENEZUELA**
- 1era. Reimpresión

VÁSQUEZ, Maura y Guillermo Ramírez
**ASPECTOS TEÓRICOS DEL ALGEBRA MATRICIAL
CON APLICACIONES ESTADÍSTICAS**
Coedición con la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales

ASTORGA, Omar
LA INSTITUCIÓN IMAGINARIA DEL LEVIATHÁN.
Hobbes como intérprete de la política moderna

DEMBO, Miriam y María Teresa Guevará (Compiladoras)
**APORTES A LA PSICOLOGÍA DEL COMPORTAMIENTO
INFANTIL Y EDUCACIÓN PREESCOLAR**
- 1era. Reimpresión

ESTEVA-GRILLET, Roldán
JULIÁN ONATE Y JUÁREZ (1843 - 1900 ca.).
Un pintor de ultramar en el arte latinoamericano del Siglo XIX

GARCÍA BACCA, Juan David
CONFESIONES. Autobiografía íntima y exterior
Coedición con Editorial Anthropos de España

CERROLAZA, Miguel y Julio Flórez-López (Compiladores)
MODELOS MATEMÁTICOS EN INGENIERÍA MODERNA

SANDOVAL, María Eugenia
DIAGNÓSTICO DE ARENISCAS

SALOMÓN, Ricardo y María Corina Salomón
TEMAS DE GASTROENTEROLOGÍA. VOL. III

• **Audio CD**
PALACIOS, María Antonia y Juan Francisco Sans.
A BAILAR TOCAN: Géneros de Pataleo en la Venezuela del Siglo XIX

Nuestras publicaciones pueden
ser adquiridas en el
Departamento de Relaciones
y Publicaciones del
CONSEJO
DE DESARROLLO
CIENTÍFICO
Y HUMANÍSTICO.
Av. Principal de La Floresta,
Quinta Silenia,
La Floresta, Caracas.
Telfs: 284.7222
284.7077 - 284.7666
Fax: 285-1104.
E-mail: publicac@telcel.net.ve

**UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES
REVISTA VENEZOLANA DE ECONOMÍA Y CIENCIAS SOCIALES**

SUSCRIPCIÓN

Nombre y Apellidos: _____

Institución: _____

Dirección: _____

Ciudad: _____ País: _____

Código postal: _____ Teléfono: _____ Fax: _____

Correo electrónico: _____

Tipo de suscripción: Institucional _____ Individual: _____

Fecha: _____ de _____ de 2001

Firma: _____

**CHEQUES Y DEPÓSITOS A NOMBRE DE
Luis E. Lander, Cuenta de Ahorro, Banco Provincial,
N° de cuenta 0108 0030 0200189187**

Manuscritos, correspondencia, suscripciones, etc. deben dirigirse a:
RVECS, Edificio FACES-UCV, Piso 6, oficina N° 635, Ciudad Universitaria,
Caracas, Venezuela o
Módulo UCV, Código Postal 1053-A Caracas, Venezuela.

reveciso@faces.ucv.ve

Suscripción institucional	\$60	Bs. 20 000
Suscripción individual	\$40	Bs. 15 000
Ejemplar suelto	\$15	Bs. 5 000

Impreso en Venezuela por
MIGUEL ÁNGEL GARCÍA E HIJO, S.R.L.
Sur 15, N° 107, El Conde
Telf.: 576.13.62 - Caracas

Próximo número

Nº 2, mayo-agosto 2002

Tema central:

**La reforma petrolera
en Venezuela**

De venta en las mejores librerías del país



ARTÍCULOS Y ENSAYOS

- | | |
|--|--|
| FRANCES F. PIVEN
Y RICHARD A. CLOWARD | REPERTORIOS DE PODER Y GLOBALIZACIÓN |
| JAVIER AUYERO | EL SANTIAGUEÑO (ARGENTINA 1993). LAS MEMORIAS DE LA PROTESTA |
| SONIA ÁLVAREZ LEGUIZAMÓN | LA TRANSFORMACIÓN DE LAS INSTITUCIONES DE RECIPROCIDAD Y CONTROL:
DEL <i>DON</i> AL <i>CAPITAL SOCIAL</i> Y DE LA <i>BIOPOLÍTICA</i> A LA <i>FOCOPOLÍTICA</i> |
| RUBÉN ALAYÓN M.
Y SARY LEVY C. | LAS PARADOJAS DE LA GLOBALIZACIÓN |
| MARGARITA LÓPEZ MAYA | PARTIDOS DE VOCACIÓN POPULAR EN LA RECOMPOSICIÓN DEL SISTEMA POLÍTICO
VENEZOLANO: FORTALEZAS Y DEBILIDADES |
| STEVE ELLNER | LITERATURA RECIENTE SOBRE LA DEMOCRACIA LATINOAMERICANA |

TEMA CENTRAL: LOS RETOS DEL ESTADO NACIONAL

- | | |
|------------------------|---|
| VÍCTOR ABREU | PRESENTACIÓN |
| EIRA RAMOS MARTINO | ¿SER O NO SER? EL DILEMA DEL ESTADO-NACIÓN EN LOS PROCESOS DE GLOBALIZACIÓN |
| JAIME OSORIO | LA CENTRALIDAD DEL ESTADO EN LA MUNDIALIZACIÓN |
| SIMÓN ALBERTO CONSALVI | EL ESTADO-NACIÓN, LA GLOBALIZACIÓN Y LA INMORTALIDAD DEL CANGREJO |
| JORGE ROJAS HERNÁNDEZ | ESTADOS-NACIÓN EN EL NUEVO CAPITALISMO GLOBAL: CONFINES DE LA DEMOCRACIA
SUBCONTRATACIÓN Y DERECHOS CIUDADANOS |
| VÍCTOR ABREU | INTRODUCCIÓN A LOS ORÍGENES Y TRANSFORMACIONES DEL ESTADO-NACIÓN |

DOCUMENTOS - ÍNDICE ACUMULADO 2001 - RESÚMENES/ABSTRACTS